

An underwater scene in shades of blue and green. In the center, the skeletal remains of a shipwreck are visible on the seabed. To the right, a large shark is swimming towards the viewer. The water is filled with small fish and bubbles. The overall atmosphere is mysterious and suspenseful.

CLIVE CUSSLER

con GRAHAM BROWN

LA GUARIDA DEL DIABLO

Lectulandia

Un carguero japonés navega por aguas del Atlántico cuando, de repente, se ve envuelto en llamas. Una banda de piratas se acerca rápidamente para sacar provecho del desastre, pero su barco estalla en mil pedazos. ¿Qué demonios está pasando? ¿Tienen estos sucesos alguna relación con el secuestro de un reputado científico en Ginebra? ¿Con la misteriosa huida de un espía ruso sesenta años atrás? ¿Con el extraordinario descubrimiento de un cementerio marino, plagado de restos de barcos y aviones?

Cuando Kurt Austin, Joe Zavala y el resto del equipo de la agencia NUMA se apresuren a investigar los extraños incidentes que tienen a la comunidad científica en vilo, se verán inmersos en los ambiciosos y terroríficos planes de un dictador africano que pondrá en jaque a las potencias mundiales.

Lectulandia

Clive Cussler & Graham Brown

La guarida del diablo

Archivos NUMA - 9

ePub r1.2

Titivillus 06.03.15

Título original: *Devil's gate*
Clive Cussler & Graham Brown, 2011
Traducción: Ignacio Gómez Calvo
Retoque de portada: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Aeropuerto de Santa María, archipiélago de las Azores, 1951

Hudson Wallace se encontraba en la rampa situada delante del edificio de la terminal una noche fría y húmeda. Su chaqueta de cuero apenas lo protegía del frío mientras una mezcla de llovizna y niebla envolvía el aeropuerto y toda la isla.

Enfrente de él, las luces azules de los taxis brillaban en un estoico silencio, lo que no contribuía a dotar la escena de calidez, mientras en lo alto un haz de luz blanca giraba a través de la niebla seguido momentos más tarde del destello verde de la baliza que daba vueltas lenta y repetidamente.

Hudson dudaba que hubiera alguien arriba que pudiese verlo, con las nubes tan densas y bajas, pero que Dios lo ayudara si lo había. Las montañas rodeaban el aeropuerto por tres lados, y la isla no era más que un punto en el mapa en medio del oscuro Atlántico. Incluso en 1951 encontrar un lugar como ese no era tarea sencilla. Y, si alguien encontraba Santa María entre aquella niebla, Hudson creía que chocaría contra los picos mucho antes de ver las luces de la pista de aterrizaje a través de la lluvia.

De modo que llegar a la isla era una cosa y salir otra muy distinta. Pese al tiempo, Hudson quería irse; de hecho, estaba deseando ponerse en marcha. Por motivos que conocía perfectamente, quedarse se había vuelto peligroso. A pesar de ese hecho, a pesar de ser el piloto y el dueño del Lockheed Constellation aparcado en la rampa, no tenía la última palabra.

Sin mucho que hacer salvo mirar y esperar, sacó una pitillera de plata del bolsillo de su chaqueta. Extrajo un cigarrillo Dunhill y se lo metió entre los labios. Haciendo caso omiso de los carteles de «Prohibido fumar» pegados cada seis metros, acercó un mechero Zippo a su cara y encendió el Dunhill.

Estaba a cien metros del avión o de la manguera de combustible más cercana, y todo el aeropuerto estaba empapado por la llovizna y la niebla. Se figuraba que las posibilidades de causar problemas eran prácticamente nulas. ¿Y las posibilidades de que alguien se molestara en salir del caliente y seco edificio de la terminal para quejarse? Se figuraba que incluso eran menos probables.

Tras una profunda y satisfactoria calada, Hudson espiró.

La nube gris de humo se desvaneció al mismo tiempo que la puerta de la terminal se abría detrás de él.

Apareció un hombre vestido con ropa mal entallada. Su cara redonda estaba parcialmente oculta por un sombrero marrón. Llevaba una chaqueta y unos pantalones de lana áspera que parecían excedentes del catálogo de invierno del Ejército Rojo. Unos finos mitones completaban la imagen de viajero paleta, pero

Hudson no se dejaba engañar por las apariencias. Ese hombre, su pasajero, sería rico dentro de poco. Es decir, si sobrevivía para llegar a Estados Unidos.

—¿Va a despejarse el tiempo? —preguntó el hombre.

Otra calada al Dunhill. Otra bocanada de humo antes de responder.

—No —contestó Hudson en un tono de abatimiento—. Hoy no. Y tal vez siga así hasta dentro de una semana.

El pasajero de Hudson era un ruso llamado Tarasov. Se trataba de un refugiado de la Unión Soviética. Su equipaje estaba compuesto por dos baúles de acero inoxidable tan pesados que parecían estar llenos de piedras. Los dos se hallaban cerrados con llave y encadenados al suelo del avión de Hudson.

A Hudson no le habían dicho qué había en esos baúles, pero la recién formada Agencia Central de Inteligencia iba a pagarle una pequeña fortuna por llevar a Tarasov y su equipaje a Estados Unidos. Se imaginaba que iban a pagar mucho más al ruso por desertar y llevar los baúles con él.

Por el momento todo había salido bien. Un agente estadounidense había conseguido llevar a Tarasov a Yugoslavia, otro país comunista, pero desde que la nación se encontraba bajo el gobierno de Tito, Stalin no era bien considerado allí. Gracias a un generoso soborno, el avión de Hudson había entrado y salido de Sarajevo antes de que alguien empezara a hacer preguntas.

Desde entonces habían viajado hacia el oeste, pero se había descubierto su huida y Tarasov había sido víctima de un atentado que lo había dejado cojo, con una bala alojada en la pierna.

Las órdenes de Hudson consistían en llevarlo a Estados Unidos lo antes posible y ser discreto, pero no le habían especificado ninguna ruta. Eso también era bueno, porque Hudson no la habría seguido.

De momento habían evitado tres ciudades europeas importantes y habían optado por viajar a las Azores, donde podría repostar para luego pilotar hasta Estados Unidos sin hacer escalas. Era un buen plan, pero no había contado con el tiempo, ni con el miedo a volar de Tarasov.

—Aquí nos encontrarán tarde o temprano —señaló Hudson. Se volvió hacia su pasajero—. Tienen agentes por todas partes, como mínimo en cada puerto y aeropuerto.

—Pero usted dijo que esto estaba apartado.

—Sí —convino Hudson—. Pero cuando no nos encuentren en los sitios que no están apartados, empezarán a buscar en el resto de lugares. Probablemente ya hayan empezado.

Hudson dio otra calada al cigarrillo. No estaba seguro de que los rusos fueran a registrar las Azores, pero dos estadounidenses y un extranjero que aterrizaban en un avión de pasajeros internacional —y luego se quedaban esperando tres días sin hablar con nadie— podían llamar la atención.

—En algún momento tendrá que decidir qué le da más miedo —dijo, señalando

con la cabeza el avión apartado bajo la llovizna—, un poco de turbulencias o un cuchillo en las tripas.

Tarasov alzó la vista al cielo agitado y oscuro. Se encogió de hombros y alargó las manos con las palmas hacia arriba, al igual que un hombre que tratara de mostrar al mundo que no tenía dinero.

—Pero no podemos volar en estas condiciones —dijo.

—Aterrizar —aclaró Hudson—. No podemos aterrizar en estas condiciones. —Movié la mano imitando un avión al descender y aterrizar—. Pero sí podemos despegar —continuó, levantando otra vez la mano—. Y luego podemos ir derechos al oeste. En esa dirección no hay montañas. Solo mar... y libertad.

Tarasov negó con la cabeza, pero Hudson advirtió que su voluntad estaba flaqueando.

—Consulté el tiempo en Nueva York —dijo, mintiendo una vez más. No había hecho tal cosa, pues no quería que nadie supiera su destino—. Estará despejado durante las próximas cuarenta y ocho horas, pero después...

Tarasov pareció entender.

—O nos vamos ahora o nos quedamos aquí una semana.

A su pasajero no parecían gustarle ninguna de las dos opciones. Miró al suelo y luego al gran Constellation plateado con sus cuatro enormes motores de pistones y su aerodinámica triple cola. Contempló la lluvia y el manto nocturno más allá.

—¿Puede salir de aquí?

Hudson lanzó el cigarrillo al suelo y lo apagó con su bota. Lo había convencido.

—Puedo salir de aquí —dijo.

Tarasov asintió con la cabeza a regañadientes.

Hudson miró hacia el avión e hizo un movimiento giratorio con la mano. El motor de arranque sonó bruscamente, y salió humo negro del motor número tres. Las bujías se encendieron, y el gran motor radial arrancó. En unos instantes, la enorme hélice estaba dando vueltas a mil quinientas revoluciones por minuto, lanzando la lluvia detrás del avión. Segundos más tarde, el motor número uno arrancó de golpe.

Hudson había albergado la esperanza de poder convencer a su pasajero para volar. Había dejado a Charlie Simpkins, su copiloto, en el avión y le había dicho que lo tuviera preparado para despegar.

—Vamos —dijo Hudson.

Tarasov respiró hondo y se apartó de la puerta. Echó a andar hacia el avión. A mitad de camino, sonó un disparo que resonó por la pista de despegue mojada. Tarasov se tambaleó hacia delante, arqueando la espalda y girándose a un lado.

—¡No! —chilló Hudson.

Avanzó dando brincos y agarró a Tarasov, manteniéndolo en pie y empujándolo hacia el avión. Sonó otro disparo. Este falló y se desvió a la derecha.

Tarasov se desplomó.

—¡Vamos! —gritó Hudson, tratando de levantarlo.

La siguiente bala impactó a Hudson en el hombro y le hizo girarse. Cayó al suelo y rodó por el hormigón. La bala le había alcanzado con una trayectoria descendente como si alguien le hubiera disparado desde arriba. Supuso que el disparo procedía del tejado de la terminal.

Haciendo una mueca de dolor, sacó un Colt 45 de su pistolera. Se dio la vuelta, apuntó hacia el tejado del edificio y disparó a ciegas en la que calculó era la dirección aproximada del tirador.

Después de disparar cuatro tiros, Hudson creyó ver una figura escondida detrás del borde del tejado de la terminal. Disparó otro tiro en esa dirección, volvió a agarrar a Tarasov y tiró de él hacia el avión, arrastrándolo por el suelo como un trineo, hasta que llegaron a la escalera de la parte delantera del avión.

—Arriba —gritó Hudson, tratando de levantarlo.

—No... puedo —dijo Tarasov.

—Le ayudaré —repuso, subiendo—. Solo tiene que...

Cuando puso a Tarasov en pie sonó otro disparo, y el hombre cayó de bruces al suelo.

Hudson se metió debajo de la escalera y gritó en dirección a las puertas abiertas del avión.

—¡Charlie!

No hubo respuesta.

—¡Charlie! ¿Qué pasa?

—¡Estamos preparados para despegar! —contestó una voz.

Hudson oyó que el último motor arrancaba. Cogió a Tarasov y le dio la vuelta. El cuerpo del hombre yacía sin fuerzas como el de una muñeca de trapo. El último disparo le había atravesado el cuello. Sus ojos miraban sin vida hacia arriba y atrás.

—Maldita sea —exclamó Hudson.

La mitad de la misión había fracasado, pero todavía conservaban los baúles de acero y su contenido. Aunque la CIA era una organización secreta, tenían oficinas y direcciones. Si no le quedaba más remedio, Hudson los encontraría y llamaría a su puerta hasta que alguien lo recibiera y le pagara.

Se volvió y disparó otra vez hacia la terminal. Y en ese momento se fijó en las luces de un par de coches que corrían hacia él desde el otro extremo de la rampa. Dudaba que fueran la caballería.

Subió corriendo la escalera y cruzó la puerta en el preciso instante en que una bala rebotaba en el revestimiento liso del avión.

—¡Vamos! —gritó.

—¿Y nuestro pasajero?

—Demasiado tarde.

Mientras el copiloto empujaba la palanca del acelerador, Hudson cerró la puerta de un portazo y giró la manilla justo cuando el avión empezaba a moverse. Por encima del zumbido de los motores oyó un crujido de cristales rompiéndose.

Se volvió y vio a Charlie Simpkins desplomado sobre la consola central, sujeto por el cinturón de seguridad.

—¿Charlie?

Hudson avanzó corriendo mientras el avión se movía. Entró en la cabina al tiempo que otro disparo impactaba en el avión y luego otro.

Pegado al suelo, alargó el brazo y empujó de golpe la palanca del acelerador. Mientras los motores rugían, se metió debajo del asiento del piloto y empujó fuerte el timón derecho. El gran avión empezó a acelerar, moviéndose pesadamente pero cobrando velocidad y virando.

Otro disparo de rifle impactó en la lámina de metal detrás de él seguido de otros dos. Hudson calculó que había girado lo suficiente para que el avión ya no estuviera orientado hacia la terminal. Se sentó en su asiento y redirigió el avión hasta la pista.

Llegado ese momento, tenía que despegar. No había ningún sitio seguro en la rampa. El avión estaba orientado en la dirección correcta, y Hudson no iba a esperar a que le dieran autorización. Empujó la palanca al máximo, y el gran avión empezó a acelerar.

Por un segundo o dos, oyó unas balas que abrían agujeros en el revestimiento del avión, pero pronto estuvo fuera de su alcance, avanzando con gran estruendo por la pista y aproximándose a la velocidad de rotación.

Con apenas visibilidad y la ventanilla del lado izquierdo hecha añicos, Hudson se esforzaba por ver las luces rojas en el otro extremo de la pista. Se acercaban deprisa.

Bajó los alerones cinco grados y esperó hasta estar a cien metros del final del asfalto antes de tirar hacia atrás de la palanca de mando. El Constellation elevó el morro, vaciló durante un largo y exasperante segundo, y a continuación saltó del extremo de la pista, con las ruedas batiendo entre la alta hierba más allá de la pista de despegue.

Mientras se elevaba y viraba hacia el oeste, Hudson recogió el tren de aterrizaje y acto seguido alargó el brazo para tocar a su copiloto.

—¿Charlie? —dijo, sacudiéndolo—. ¡Charlie!

Simpkins no reaccionó. Hudson le buscó el pulso, pero no lo encontró.

—Maldita sea —dijo para sí.

Otra baja. Durante la guerra, media década antes, Hudson había perdido la cuenta de todos los amigos que lo habían dejado, pero siempre había un motivo. En cambio, allí no estaba seguro de que hubiera uno. No sabía qué había en esos baúles, pero más valía que fuera digno de las vidas de los dos hombres fallecidos.

Empujó a Simpkins hacia atrás contra el asiento y se concentró en el vuelo. El viento de costado era malo, las turbulencias peores, y mirar un muro de niebla gris oscura mientras se elevaba entre las nubes resultaba desconcertante y peligroso.

Sin horizonte ni ningún otro elemento con el que calcular visualmente la orientación del avión, las sensaciones físicas no eran fiables. Muchos pilotos habían estrellado sus aviones contra el suelo en condiciones similares, creyendo que volaban

horizontalmente en línea recta.

Muchos más habían disminuido la velocidad y habían hecho virar aviones perfectamente nivelados porque sus cuerpos les habían hecho creer que estaban girando y cayendo. Era como estar borracho y notar que la cama daba vueltas; sabías que no estaba pasando, pero no podías controlar la sensación.

Para evitarlo, Hudson bajó la vista, examinó los instrumentos y se aseguró de que las alas del avión seguían niveladas. Mantuvo un ángulo de ascenso seguro de cinco grados.

A seiscientos metros de altura y casi cinco kilómetros del aeropuerto, el tiempo empeoró. Las turbulencias sacudían el avión, y violentas corrientes ascendentes y descendentes amenazaban con hacerlo pedazos. La lluvia azotaba el parabrisas y el revestimiento metálico. Las hélices impulsaban aire a veinticinco kilómetros por hora, lo que impedía que la mayor parte del viento entrara por la ventana rota, pero la lluvia rociaba la cabina, y el ruido constante era tal que parecía que un tren de mercancías estuviera pasando a toda velocidad.

Con los agujeros de bala y la ventana rota, Hudson no podría presurizar el avión, pero aun así podía elevarse a cuatro mil doscientos metros o más sin que se enfriara tanto que dejara de funcionar. Alargó la mano detrás del asiento y tocó una botella verde llena de oxígeno puro; la necesitaría cuando estuviera a más altura.

Otra oleada de turbulencias sacudió el avión, pero con el tren de aterrizaje recogido y los cuatro motores en marcha Hudson creía que podría atravesar la tormenta y salir al otro lado.

El Constellation era uno de los aviones más avanzados de la época. Diseñado por Lockheed con ayuda del aviador de renombre mundial Howard Hughes, podía volar a trescientos cincuenta nudos y recorrer casi cinco mil kilómetros sin repostar. Si hubieran recogido a Tarasov un poco más al oeste, Hudson se habría dirigido a Terranova o a Boston sin hacer escala.

Se volvió para comprobar el rumbo. Estaba aproando hacia el norte más de lo que deseaba. Se disponía a corregir el viraje cuando notó un acceso de vértigo. Se niveló justo en el momento en que se encendió una señal luminosa.

El generador del motor número uno estaba fallando, y el motor funcionaba con problemas. Un momento más tarde, el motor número dos empezó a detenerse, y se encendió la señal luminosa eléctrica principal.

Hudson trató de concentrarse. Se sentía mareado y aturdido como si lo hubieran drogado. Se llevó la mano al lugar del hombro donde le había dado la bala. Le dolía la herida, pero no sabía cuánta sangre había perdido.

En el tablero de instrumentos, el horizonte artificial —un instrumento que los pilotos usaban para mantener las alas niveladas cuando no podían ver el exterior— estaba descendiendo. A su lado, el giroscopio direccional también estaba descendiendo.

El avión estaba fallando al mismo tiempo que su cuerpo.

Hudson miró la vieja brújula, un antiguo instrumento que se convertía en el último recurso de un piloto cuando todos los instrumentos mecánicos dejaban de funcionar. Indicaba que el avión había virado en exceso hacia la izquierda. Intentó nivelarlo, pero se ladeó demasiado en la otra dirección. La alarma de pérdida sonó porque la velocidad aérea había descendido, y un instante más tarde se encendieron señales luminosas por todo el tablero de mandos. Prácticamente todo lo que podía parpadear parpadecía. La alarma de pérdida retumbaba en sus oídos. El aviso del tren de aterrizaje sonó.

Un relámpago brilló tan cerca de él que lo deslumbró, y se preguntó si habría alcanzado el avión.

Cogió la radio, cambió a una banda de onda corta que le había indicado la CIA y empezó a transmitir.

—Socorro, socorro, socorro —dijo—. Aquí...

El avión se sacudió a la derecha y a la izquierda. Cayó otro relámpago, un chispazo de un millón de voltios apagándose justo delante de sus ojos. Notó una descarga a través de la radio y soltó el micrófono como si fuera una patata caliente. El aparato se balanceó colgado del cable que se hallaba bajo el tablero.

Hudson alargó la mano para coger el micrófono. No acertó. Se inclinó más y volvió a intentarlo haciendo un esfuerzo, y lo atrapó con las puntas de los dedos. Tiró de él, listo para volver a transmitir.

Y entonces alzó la vista justo a tiempo para ver que las nubes se desvanecían y las aguas negras del Atlántico llenaban el horizonte y se elevaban a toda velocidad hacia él.

Ginebra, Suiza, 19 de enero de 2011

Alexander Cochrane caminaba por las tranquilas calles de Ginebra. Era ya pasada la medianoche de un oscuro día de invierno. La nieve descendía suavemente de lo alto y se añadía a los siete centímetros que habían caído durante el día, pero no soplaba ningún viento digno de mención, y la noche era silenciosa y serena.

Cochrane se caló su gorro de punto, se tapó bien con su grueso abrigo de lana y metió las manos en los bolsillos. Suiza en enero. Se suponía que tenía que nevar, y a menudo nevaba, pero normalmente pillaba por sorpresa a Cochrane.

El motivo de su sorpresa era que se pasaba el día a cien metros por debajo del suelo en los túneles y en la sala de control de un enorme acelerador de partículas conocido como el Gran Colisionador de Hadrones, o GCH. El GCH era responsabilidad del Consejo Europeo para la Investigación Nuclear, aunque se conocía por el acrónimo francés CERN (Conseil Européen pour la Recherche Nucléaire).

La temperatura en la sala de control del GCH se mantenía a veinte grados exactos, la iluminación era constante y el ruido de fondo era un zumbido invariable de generadores y energía vibrante. Allí abajo no había diferencia entre varias horas o varios días, o varias semanas, como si el tiempo no pasara.

Pero claro que pasaba, y a Cochrane solía dejarlo atónito lo distinto que estaba el mundo cuando regresaba a la superficie. Había entrado en el edificio por la mañana bajo un cielo azul y un sol vigorizante aunque lejano. Ahora había nubes densas y bajas, iluminadas desde abajo con un fulgor anaranjado por las luces de Ginebra. Un manto de nieve de siete centímetros que no estaba doce horas antes cubría toda la ciudad.

Cochrane atravesó el campo blanco en dirección a la estación de ferrocarril. Los peces gordos del CERN —los físicos y otros científicos— iban y venían en coches con chóferes y asientos con calefacción proporcionados por el CERN.

Cochrane no era físico ni investigador de las partículas ni tenía ningún título de esa clase. Desde luego que era un hombre culto. Tenía un máster en teoría electromagnética, veinte años de experiencia en el campo de la transferencia de energía y estaba bien remunerado. Pero la gloria del CERN era para los físicos y los otros especialistas que buscaban los componentes básicos del universo. Para ellos, Cochrane no era más que un mecánico muy bien pagado. Ellos eran más importantes que él. Incluso la máquina con la que trabajaba era más importante que él; en realidad, era más importante que nadie.

El Gran Colisionador de Hadrones era el instrumento científico más grande del

mundo. Sus túneles trazaban una ruta circular de veintisiete kilómetros que se extendía fuera del territorio de Suiza hasta Francia. Cochrane había ayudado a diseñar y a construir los imanes superconductores que aceleraban las partículas dentro de los túneles. Y como empleado del CERN, los mantenía en funcionamiento.

Cuando el GCH estaba encendido, utilizaba una cantidad de energía increíble, la mayoría de ella para los imanes de Cochrane. Después de enfriarse a 168 grados bajo cero, los imanes podían acelerar protones casi a la velocidad de la luz. Las partículas del GCH viajaban tan deprisa que daban la vuelta a los veintisiete kilómetros once mil veces en un solo segundo.

El único problema para Cochrane era que si se producía un fallo en los imanes, toda la instalación se apagaba durante días o incluso semanas seguidas. Unos meses antes, se había molestado especialmente cuando un subcontratista había instalado un circuito de segunda categoría que rápidamente se había fundido. A Cochrane todavía le parecía increíble; una máquina de diez mil millones de dólares dañada porque alguien quería ahorrar un par de euros.

Reparar los daños había llevado tres semanas, además de tener que aguantar a sus superiores todos los días. En cierto modo, era culpa suya. Pero, claro, siempre era culpa suya.

Aunque ahora las cosas iban bien, parecía que los físicos y la dirección del CERN consideraban los imanes el punto débil del sistema. Como consecuencia, Cochrane era sometido a un riguroso control y prácticamente vivía en la instalación.

Por un momento aquello le puso furioso, pero luego se encogió de hombros. Dentro de poco sería el problema de otra persona.

Cochrane siguió avanzando a través de la nieve hasta la estación de ferrocarril. En cierto modo, la nieve era algo positivo. Dejaría huellas. Y le interesaba que esa noche hubiera huellas allí.

Subió al andén y consultó los horarios. Faltaban cinco minutos para el próximo tren. Había llegado justo a la hora prevista. Dentro de cinco minutos o menos, estaría camino de una nueva vida, una vida que sin duda sería más gratificante que la actual.

Una voz lo llamó.

—¿Alex?

Se volvió y miró por el andén. Un hombre había subido por la escalera del fondo y se dirigía hacia él sin prisa, pasando por debajo de las lámparas halógenas.

—Me ha parecido que eras tú —dijo el hombre, acercándose.

Cochrane reconoció a Philippe Revior, subdirector de seguridad del GCH. Se le tensó el cuello. Esperaba que nada saliera mal. No esa noche.

Cochrane sacó su teléfono para asegurarse de que no le habían pedido que volviera. No había mensajes. Ni llamadas. ¿Qué demonios estaba haciendo Revior allí?

—Philippe —dijo Cochrane en el tono más alegre que pudo—. Creía que estabas preparándote para la sesión de mañana.

—Ya hemos hecho nuestro trabajo —contestó Revior—. El equipo nocturno puede encargarse del resto.

De repente Cochrane se puso nervioso. Pese al frío, empezó a sudar. Tenía la sensación de que la aparición de Revior era algo más que una casualidad. ¿Habían descubierto algo? ¿Se habían enterado de lo suyo?

—¿Vas a coger un tren? —preguntó.

—Claro —respondió el subdirector de seguridad—. ¿Quién conduce con este tiempo?

¿Quién conduce con este tiempo? Siete centímetros de nieve eran lo habitual en un día de invierno en Ginebra. Todo el mundo conducía con ese tiempo.

A medida que Revior se aproximaba, a Cochrane empezó a darle vueltas la cabeza. Lo único que sabía con seguridad era que no podía permitir que el subdirector de seguridad viajara con él. No aquí, no ahora.

Pensó en volver al GCH, aduciendo de repente que se había olvidado algo. Consultó su reloj. No había tiempo. Se sentía atrapado.

—Te haré compañía —dijo Revior, sacando una petaca—. Podemos tomar un trago.

Cochrane miró hacia las vías. Oía el sonido del tren que se acercaba. A lo lejos vio el fulgor de sus luces.

—Yo... esto... yo... —comenzó a decir Cochrane.

Antes de que pudiera terminar oyó unas pisadas detrás, alguien que subía la escalera. Se volvió y vio a dos hombres. Llevaban abrigos oscuros abiertos, expuestos a los elementos.

Por un instante, Cochrane creyó que eran los hombres de Philippe, miembros de seguridad, o incluso policías, pero la verdad se reflejó en la expresión de la cara de Revior. Los observó con suspicacia; una vida entera evaluando amenazas le reveló lo que Cochrane ya sabía: que aquellos hombres eran peligrosos.

Cochrane trató de pensar, trató de dar con una solución para evitar lo que estaba a punto de ocurrir, pero sus pensamientos se apelmazaron como melaza en el frío. Antes de que pudiera hablar, los hombres sacaron unas semiautomáticas de cañón corto. Uno apuntó a Cochrane y el otro a Philippe Revior.

—¿Creías que nos fiaríamos de ti? —dijo el jefe a Cochrane.

—¿Qué pasa? —preguntó Revior.

—Cállate —le espetó el segundo hombre, acercando la pistola a Revior.

El jefe de los dos matones agarró a Cochrane por el hombro y lo atrajo de un tirón. La situación se estaba yendo de las manos.

—Vas a venir con nosotros —dijo el jefe—. Nos aseguraremos de que te bajas en la parada correcta.

Mientras el segundo matón se reía y lanzaba una mirada a Cochrane, Revior atacó asestando un rodillazo al hombre en la entrepierna y abalanzándose sobre él.

Cochrane no sabía qué hacer, pero cuando el jefe se volvió para disparar, le agarró

el brazo y lo empujó hacia arriba. La pistola se disparó y el tiro resonó a través de la oscuridad.

Sin más opciones que pelear, Cochrane arremetió contra el hombre más corpulento, lo tumbó y se arrastró con él por el suelo.

Un revés en la cara lo dejó aturdido. Un brusco codazo en las costillas lo derribó a un lado.

Al incorporarse vio a Revior embistiendo contra el segundo matón. Después de dejarlo fuera de combate, Revior atacó y arremetió contra el jefe, que acababa de quitarse a Cochrane de encima. Forcejearon para hacerse con la pistola, dándose golpes brutales.

Un sonido atronador empezó a inundar el ambiente mientras el tren tomaba la curva a cuatrocientos metros de la estación. Cochrane podía oír los frenos chirriando a medida que las ruedas de acero se acercaban.

—¡Alex! —gritó Revior.

El agresor había dado la vuelta a Revior y estaba intentando apuntarle con la pistola a la cabeza. El viejo especialista de seguridad apartó la pistola con todas sus fuerzas y a continuación la atrajo hacia sí, un movimiento que pareció sorprender al agresor.

Dio un mordisco en la mano al hombre, y el matón la agitó hacia atrás instintivamente. La pistola salió volando de su mano y cayó en la nieve al lado de Cochrane.

—¡Dispárale! —gritó Revior, sujetando al agresor e intentando inmovilizarlo.

El sonido del tren resonaba en los oídos de Cochrane. El corazón empezó a latirle con fuerza en el pecho cuando cogió la pistola.

—¡Dispárale! —repitió Revior.

Cochrane miró hacia la vía; solo disponía de unos segundos. Tenía que elegir. Apuntó al agresor. A continuación bajó el arma y disparó.

La cabeza de Philippe Revior se sacudió bruscamente hacia atrás, y un chorro de sangre salpicó el andén cubierto de nieve.

Revior estaba muerto, y el agresor del abrigo gris no tardó en arrastrarlo hasta las sombras y lanzarlo a un banco, justo cuando el tren pasaba por delante de una pared de árboles al final de la estación.

Sintiendo ganas de vomitar, Cochrane se metió la pistola en la cintura del pantalón y la tapó con la camisa.

—Deberíais haberos retirado —dijo Cochrane.

—No podíamos —contestó su supuesto atacante—. No teníamos un plan alternativo.

El tren se detuvo frente al andén, revolviendo la nieve y levantando una ráfaga de viento.

—Tenía que parecer un secuestro —gritó Cochrane por encima del ruido.

—Y lo parecerá —repuso el hombre.

Movió rápidamente su gruesa mano derecha, golpeó a Cochrane en un lado de la cabeza y lo derribó al suelo, y a continuación le dio una patada en las costillas.

El tren se detuvo al lado de ellos mientras los dos agresores levantaban a Cochrane y lo arrastraban hacia atrás en dirección a la escalera.

Cochrane se mareó cuando se lo llevaron a rastras, desorientado y confundido. Oyó un par de disparos y unos gritos de los pasajeros que se apearon del tren casi vacío.

Lo siguiente de lo que tuvo conciencia fue de que estaba en la parte de atrás de un sedán, mirando por la ventanilla mientras circulaban por las calles a través de la nieve que caía.

Atlántico oriental, 14 de junio de 2012

Las aguas del Atlántico oriental se mecían con un suave oleaje mientras el *Kinjara Maru* navegaba hacia el norte rumbo a Gibraltar y a la entrada al Mediterráneo. El barco avanzaba a ocho nudos, la mitad de su velocidad máxima, pero era el ritmo óptimo desde el punto de vista del consumo de combustible.

El capitán Heinrich Nordegrun se hallaba en el puente de mando refrigerado de la embarcación, con la vista en la pantalla del radar. El tiempo no era digno de mención y había poco tráfico.

No había barcos delante de ellos y solo tenían una embarcación detrás, a unos dieciséis kilómetros, un superpetrolero. Los superpetroleros eran los barcos más grandes del mundo, más grandes que los portaaviones estadounidenses, demasiado grandes para navegar por el canal de Panamá o el canal de Suez, y a menudo con un peso de hasta quinientas mil toneladas cuando estaban totalmente cargados. Sin embargo, la embarcación que tenían detrás debía de estar vacía, a juzgar por la velocidad a la que navegaba.

Nordegrun había intentado hacer señas al petrolero. Le gustaba saber quién andaba ahí fuera, sobre todo en aguas inseguras. Allí, a la altura de la costa de África occidental, no había tanto peligro como en el otro lado del continente, cerca de Somalia. Pero aun así valía la pena comunicarse con otros barcos y averiguar qué sabían o qué habían oído. El barco no había respondido, pero eso no era ninguna sorpresa. Algunas tripulaciones hablaban y otras no.

Nordegrun optó por prescindir del petrolero y echó un vistazo a través de las ventanas situadas delante de él. El mar abierto y la noche tranquila contribuían a mejorar la navegación.

—Sube a doce nudos —dijo.

El timonel, era un filipino llamado Isagani Talan.

—Sí, señor —respondió.

El estado de la marina mercante mundial era tal que Nordegrun, un ciudadano noruego, era el capitán de un barco registrado en las Bahamas, construido en Corea del Sur, propiedad de una empresa japonesa y con una tripulación compuesta en su mayoría por marineros filipinos. Para redondear el estatus internacional de su viaje, transportaban un cargamento africano de minerales con destino a una fábrica china.

Un profano en la materia habría pensado que era una locura, pero lo único que importaba era que cada uno supiera hacer su trabajo. Nordegrun había navegado con Talan durante dos años y confiaba en él de forma incondicional.

La vibración del barco varió cuando los motores respondieron a la orden.

Nordegrun pasó de la pantalla del radar a un monitor situado delante de él. El monitor se hallaba extendido sobre un bloque como las antiguas mesas para estudiar las cartas de navegación, pero era una moderna pantalla táctil de alta definición. En ese momento mostraba las aguas que los rodeaban, la posición, el rumbo y la velocidad de su barco.

De lejos, todo parecía correcto, pero al tocar la pantalla Nordegrun hizo *zoom* y vio que una corriente del sur los había desviado quinientos metros de su rumbo.

Nada grave —pensó Nordegrun—, pero si la perfección es posible, ¿por qué no alcanzarla?

—Dos grados a babor —dijo.

Talan estaba situado delante de Nordegrun en el puente, ante el tablero de mandos, que tampoco se parecía en nada a la configuración que solía tener en un barco clásico. No había un gran timón ni un hombre girándolo a un lado o al otro para cambiar de rumbo. No había telégrafo, la pesada palanca de latón que comunicaba con la sala de máquinas para cambiar de velocidad.

En lugar de ello, Talan estaba sentado en una silla alta parecida a un pedestal con una pantalla de ordenador delante. El timón era un pequeño cubo de acero y el acelerador, una palanca del tamaño de la palanca de cambios de un coche.

Cuando Talan realizó los ajustes, unas señales electrónicas se transmitieron a las unidades de control del timón y los motores y la popa del barco. El cambio de rumbo fue tan ligero que no se notó ni se apreció visualmente, pero el capitán lo vio en la pantalla. Tardó varios minutos, pero el barco retomó el rumbo y se adaptó a la nueva velocidad.

Satisfecho, Nordegrun alzó la vista.

—Mantén esa ruta —dijo—. Ya que nos han dado todo este equipo, vamos a usarlo.

—Sí, señor —contestó Talan.

Con el barco de nuevo en el rumbo correcto, Nordegrun comprobó el cronómetro. Eran las diez de la noche pasadas según la hora local; el tercer turno estaba en marcha.

—Es todo tuyo —dijo.

Nordegrun se volvió hacia la proa para comprobar por última vez la posición del petrolero que los seguía. Este había cambiado de rumbo como el *Kinjara Maru* y, por extraño que pareciera, también había acelerado a doce nudos.

Después de salir por la puerta y dirigirse a popa, Nordegrun entornó los ojos en la penumbra. Distinguió las luces del barco que los seguía. Qué tono más raro, pensó. Eran de color blanco azulado, como los faros de alta intensidad de los modernos sedanes de lujo.

Nunca había visto esas luces en un barco, ni siquiera de lejos. Solo recordaba la habitual luz amarillenta o la sencilla luz blanca que emitían las bombillas incandescentes y fluorescentes. Claro que años atrás nadie pensaba que vería un

barco guiado por un ordenador.

Regresó a la escalera interior y cerró la escotilla. Al bajar a sus dependencias, notó un brío especial en su paso. A diferencia de las generaciones anteriores, a él y a sus oficiales les permitían llevar a su familia a bordo. La esposa de Nordegrun desde hacía dos años lo esperaba abajo; era la primera vez que lo acompañaba en el mar. Iría con él hasta El Cairo, donde desembarcaría y volvería a casa en avión mientras el *Kinjara Maru* cruzaba el canal de Suez.

Sería una buena semana, pensaba, unas vacaciones sin tener que pedir las. Si se daba prisa, le daría tiempo a acompañarla en el comedor del barco.

Cuando llegó a la cubierta inferior, las luces de la escalera se atenuaron. Alzó la vista. Los filamentos de la bombilla incandescente que había encima de la puerta parecían ascuas a punto de apagarse. Más arriba, los tubos fluorescentes empezaron a parpadear a un extraño ritmo.

Volvieron a brillar con normalidad por un instante, pero a Nordegrun no le cabía duda de que tenían algún problema con el generador. Irritado, se volvió para subir de nuevo por la escalera.

Las luces volvieron a atenuarse y a continuación se encendieron hasta despedir un blanco brillante. Los tubos fluorescentes emitieron un extraño ruido, se hicieron añicos y descargaron una lluvia de cristales sobre él. En la pared, la bombilla incandescente se apagó con un ruido seco y sonoro, y la escalera se iluminó de un azul eléctrico y acto seguido se sumió en la oscuridad.

Nordegrun agarró la barandilla, asustado y sorprendido. Nunca había visto algo parecido. Notó que el barco empezaba a escorar como si estuviera virando mucho. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, de modo que subió a toda prisa la escalera a oscuras y avanzó corriendo. Las luces se estaban apagando en todo el barco.

Notó una punzada de dolor en el cuello y en la mandíbula. Estrés, pensó, el instinto que lo empujaba a luchar o a salir corriendo cuando algo no iba bien en su barco.

Irrumpió en el puente de mando.

—¿Qué demonios está pasando? —gritó.

Ni Talan ni el oficial de guardia respondieron. Talan estaba ocupado gritando por el intercomunicador del barco. El oficial de guardia estaba peleándose con el ordenador, pulsando desesperadamente las teclas de anulación mientras el barco seguía virando.

Nordegrun vislumbró el indicador del timón, que apuntaba totalmente hacia babor. Un instante después, la pantalla brilló y se apagó. Saltaron chispas de otra máquina, y el dolor de cabeza de Nordegrun se agravó de repente.

Prácticamente al mismo tiempo, el oficial de guardia se cayó al suelo, llevándose la mano a la cabeza y gimiendo de dolor.

—Talan —gritó Nordegrun—. Ve abajo. Ve a buscar a mi mujer.

El timonel vaciló.

—¡Ahora!

Talan abandonó su puesto, y Nordegrun cogió la radio del barco e intentó transmitir. Apretó el interruptor para hablar, pero la radio emitió un chirrido agudo. Alargó la mano para coger otro aparato, pero de repente notó que le ardía el pecho.

Al mirar hacia abajo, vio que los botones de su chaqueta lucían un rojo encendido. Agarró uno y tiró, pero se quemó la mano. El ruido en el interior de su cabeza aumentó, y Nordegrun se cayó al suelo. Incluso con los párpados cerrados, veía estrellas y destellos de luz como si alguien le estuviera apretando los ojos con los dedos.

Después de notar un estallido en la cabeza, le empezó a sangrar la nariz. Algo se había roto en sus fosas nasales.

Abrió los ojos y vio que el puente de mando se llenaba de humo. Se arrastró hacia la puerta. Mientras le chorreaba sangre por la cara, abrió la escotilla y salió parcialmente. Al hacerlo, el ruido de su cabeza se convirtió en un chillido.

Se cayó sobre la cubierta, con la cara ladeada hacia popa. Detrás de él, había un arco de algo que parecía electricidad entre la barandilla y la superestructura. Más lejos vio que el barco de las extrañas luces seguía detrás de ellos. Permanecía a unos dieciséis kilómetros de distancia, pero ahora brillaba muchísimo más, como si estuviera cubierto de fuego de Santelmo.

La mente de Nordegrun se hallaba tan lejos que lo único que podía hacer era mirarlo. Y entonces su cuerpo sufrió una especie de convulsión y se tensó, el dolor alcanzó unas cotas inimaginables, y Nordegrun gritó mientras su piel estallaba en llamas.

Atlántico oriental, 15 de junio

Amanecía sobre el Atlántico y Kurt Austin se encontraba cerca de la proa del *Argo*, un barco de la NUMA (Agencia Nacional de Actividades Subacuáticas), secándose el sudor de la cara con una toalla. Acababa de dar cincuenta vueltas a la cubierta principal. Pero como la cubierta no rodeaba el barco, se había visto obligado a entrar en la superestructura al final de cada vuelta, subir dos tramos de escalera y cruzar el yugo de la cubierta, y luego bajar otros dos tramos de escalera y volver a salir para empezar la siguiente vuelta.

Habría sido mucho más fácil ir al gimnasio, correr ocho kilómetros en la cinta y luego subir a la máquina de steps, pero estaban en el mar, y para Austin el mar siempre había significado libertad; libertad para recorrer y explorar el mundo, libertad para alejarse del tráfico y del humo y en ocasiones de la existencia claustrofóbica de la moderna vida urbana. Allí —con la promesa del amanecer en el horizonte—, no iba a encerrarse en una angosta sala sin ventanas para hacer su ejercicio matutino, aunque tuviera aire acondicionado.

Vestido con un pantalón de chándal negro y una camiseta gris desteñida con el logotipo de la NUMA, Kurt se sentía como no recordaba haberse sentido nunca. Medía un poco más de metro ochenta y tenía las espaldas anchas y un pelo ondulado gris perla que a veces parecía casi platino. Según él, sus ojos azules eran azules, pero al parecer poseían un tono poco común, como muchas personas —sobre todo las mujeres de su vida— habían intentado explicarle.

A medida que se aproximaba a su cuadragésimo cumpleaños, Kurt se había decidido a hacer nuevamente ejercicio. Siempre había estado en forma. La carrera naval y varios años como miembro de un equipo de rescate clandestino de la CIA lo requerían. Pero a punto de cumplir los cuarenta, Kurt estaba decidido a ponerse más en forma que nunca, más incluso que a los treinta y a los veinte.

No era fácil. Requería más trabajo, causaba más molestias y dolores, y tardaba más en dar resultados que cuando era más joven, pero casi lo había conseguido.

Había perdido cuatro kilos y medio en el último año, haciendo pesas, ejercitando los músculos y levantando más peso en el gimnasio. Notaba que la fuerza recorría su cuerpo como cuando era joven y se creía capaz de cualquier cosa.

También era necesario. La carrera en la NUMA llevaba aparejados muchos castigos físicos. Aparte del intenso trabajo de rescate habitual, le habían pegado, le habían disparado y habían estado a punto de ahogarlo unas cuantas veces. Al cabo de un tiempo, los achaques eran cada vez más frecuentes. Hacía un año se había planteado aceptar la oferta que le había hecho su padre, dueño de una destacada

empresa de rescate, de volver a trabajar para él. Pero tendría que aceptar las condiciones de otra persona, y si había algo de lo que Kurt Austin se sentía incapaz era de acatar las directrices de alguien que no fuera él mismo.

Contempló el horizonte conforme pasaba de un intenso tono añil a un pálido azul grisáceo. La luz estaba aumentando aunque el sol todavía no había aparecido. Se estiró y se volvió, tratando de hacer crujir la espalda. Sobre el través de estribor, algo le llamó la atención: una fina estela de humo se elevaba hacia el cielo.

No la había visto mientras corría, pues la oscuridad debía de haberla ensombrecido, pero no era ninguna ilusión.

Entornó los ojos y miró fijamente, pero con la penumbra que precedía al amanecer no podía distinguir el origen del humo. Echó un último vistazo y se dirigió a la escalera.

Austin entró en el puente de mando y encontró al capitán Robert Haynes, el comandante del *Argo*, acompañado del oficial de guardia, trazando el rumbo a las Azores, donde el equipo de la NUMA participaría en una competición similar a las de la fundación Prize X para premiar al submarino biplaza más rápido del mundo.

La operación era un encargo rutinario. Una misión de investigación pura asignada a Kurt y a su compañero, Joe Zavala, como premio por todo el trabajo pesado que habían realizado en misiones recientes. Joe ya se encontraba en la isla de Santa María haciendo los preparativos y, seguramente, haciendo también amigos, sobre todo del género femenino. Kurt estaba deseando reunirse con él, pero antes de que empezaran las minivacaciones tendrían que desviarse un poco.

Haynes no levantó la vista de las cartas de navegación.

—¿Ya has acabado de desgastarme las cubiertas? —preguntó.

—De momento —contestó Kurt—. Pero vamos a tener que cambiar de rumbo a uno, nueve, cero.

El capitán alzó la vista un instante y volvió a bajarla a la mesa en la que estaba estudiando las cartas de navegación.

—Te lo tengo dicho, Kurt. Si se te cae algo, tendrás que ir nadando a buscarlo si quieres recuperarlo.

Kurt sonrió brevemente, pero la situación era grave.

—Hay una columna de humo sobre el través de estribor —dijo Kurt—. Hay fuego, y no creo que sea una barbacoa.

El capitán se irguió, sin rastro de expresión burlona en su rostro. Un incendio en el mar era una situación increíblemente peligrosa. Los barcos están llenos de tuberías y conductos que llevan líquidos inflamables como combustible y aceite hidráulico. A menudo transportan cargamentos peligrosos e incluso explosivos: petróleo, gas natural, carbón y productos químicos, incluso metales que arden como el magnesio y el aluminio. Y a diferencia de un incendio en tierra, no hay ningún lugar seguro adónde huir a menos que abandones el barco, la última opción en el manual de todo capitán.

Kurt lo sabía, como todos los hombres del *Argo*. El capitán Haynes no vaciló ni trató de confirmar la exactitud del juicio de Kurt. Se volvió hacia el timonel.

—Da la vuelta —dijo—. Pon rumbo uno, nueve, cero. A toda máquina.

Mientras el timonel ejecutaba la orden, el capitán cogió unos prismáticos y salió al ala de estribor del puente de mando. Kurt lo siguió.

El *Argo* estaba bastante cerca del ecuador, y en esas latitudes la luz aumentaba rápidamente. Kurt podía ver ahora el humo con claridad, incluso sin prismáticos. Denso y oscuro, se elevaba hacia el cielo en una estrecha columna vertical que solo se aclaraba ligeramente al subir y se desviaba un poco hacia el este.

—Parece un buque de carga —dijo el capitán Haynes.

Le dio a Kurt los prismáticos.

Este enfocó el barco. Se trataba de una embarcación de tamaño medio; no era un portacontenedores sino un buque granelero. Parecía que estuviera a la deriva.

—Es humo de petróleo —dijo Kurt—. Todo el barco está envuelto, pero es más denso en la parte de popa.

—Un incendio en la sala de máquinas —dijo Haynes—. O un problema con uno de los tanques de combustible.

Kurt había hecho la misma conjetura.

—¿Ha recibido alguna llamada de socorro?

El capitán negó con la cabeza.

—Ninguna. Solo la cháchara habitual por la radio.

Kurt se preguntó si el fuego había cortado el sistema eléctrico. Pero, incluso en ese caso, la mayoría de los barcos llevaban reservas, y todas las embarcaciones de ese tamaño disponían de unos cuantos transmisores-receptores portátiles, de una radiobaliza de emergencia e incluso de radios en los principales botes salvavidas. Parecía prácticamente imposible no recibir ningún aviso de que un barco de ciento cincuenta metros se estaba incendiando y yendo a la deriva.

Para entonces el *Argo* había terminado de virar e iba derecho al barco incendiado. Su velocidad estaba aumentando, y Kurt notó cómo se precipitaban a través del agua. El *Argo* podía alcanzar los treinta nudos en mares en calma. Kurt calculó que el barco estaba a una distancia de poco más de ocho kilómetros, más cerca de lo que había pensado en un principio. Eso era bueno.

Sin embargo, diez minutos más tarde, al enfocar la superestructura con los prismáticos y aumentar la imagen, vio varias cosas no tan buenas.

Las llamas salían por varias escotillas de la cubierta, lo que significaba que todo el barco estaba ardiendo, no solo la sala de máquinas. Definitivamente el barco se estaba escorando a babor y hundiendo en la proa, por lo que además de incendiarse se estaba llenando de agua. Pero lo peor de todo era que había tres hombres en las cubiertas que parecían estar arrastrando algo hacia la barandilla.

Al principio Kurt pensó que se trataba de un miembro de la tripulación que estaba herido, pero entonces lo soltaron y lo dejaron en la cubierta. El hombre se desplomó

como si lo hubieran empujado y a continuación se levantó y echó a correr. Dio tres o cuatro pasos, pero de repente se cayó de bruces.

Kurt desplazó rápidamente los prismáticos a la derecha para asegurarse. Vio a un hombre sujetando un rifle de asalto. Vio que la boca del arma emitía un fogonazo sin hacer ruido. Un estallido y luego otro.

Kurt volvió al hombre que se había caído. Ahora yacía totalmente inmóvil, tumbado boca abajo en la cubierta.

Piratas. Secuestradores con rifles de asalto, pensó. El buque de carga estaba en un aprieto mayor de lo que se había imaginado en un principio.

Kurt bajó los prismáticos, totalmente consciente de que se dirigían hacia algo más que un rescate.

—Capitán —dijo—. Nuestros problemas acaban de multiplicarse.

A bordo del *Kinjara Maru*, Kristi Nordegrun luchaba contra la oscuridad. Un extraño sonido le resonaba en los oídos, y el corazón le latía con fuerza como si hubiera estado bebiendo toda la noche. Estaba tumbada en el suelo, con las extremidades rígidas y dobladas por debajo del cuerpo en una incómoda postura.

Por mucho que lo intentaba, no recordaba cómo había llegado allí, y menos aún qué había pasado. Por lo dormidas que tenía las piernas, supuso que había estado mucho tiempo en esa postura.

Incapaz de levantarse, Kristi se apoyó contra la pared, combatiendo la falta de equilibrio.

Estaba al fondo de las dependencias de la tripulación, varios pisos bajo cubierta y cerca del centro de la embarcación. Había ido allí porque el comedor estaba en esa cubierta e iba a reunirse con su marido para cenar tarde antes de retirarse a dormir. Miró a su alrededor, pero no lo vio. Eso le preocupó.

Si se hubiera quedado inconsciente, seguro que su marido la habría encontrado. Pero, por otra parte, si el barco estaba en apuros, el principal deber de él era ejercer de capitán.

Kristi se percató de que olía a humo. No se acordaba de que hubiera habido una explosión, pero decididamente el barco estaba ardiendo. Recordó que su marido le había contado que había terroristas que colocaban bombas en determinadas aguas del mundo, pero esa posibilidad no parecía preocuparle en ese viaje.

Trató de levantarse otra vez, se cayó de lado y volcó una mesa en la que había latas de refrescos. En la oscuridad oyó un extraño sonido, como de canicas rodando.

El ruido se alejó de ella pero continuó hasta terminar con varios sonidos metálicos sordos. Entonces Kristi cayó en la cuenta de lo que había pasado: las latas se habían alejado rodando y habían cobrado velocidad hasta chocar contra el mamparo.

Definitivamente su equilibrio estaba descompensado, pero también lo estaba el suelo. El barco se estaba inclinando, escorando. El pánico se apoderó de ella, pues comprendió que se estaba hundiendo.

Se arrastró hasta la pared, chocó contra ella y la siguió hasta la puerta. La empujó, se movió varios centímetros pero topó con algo blando. Volvió a empujar, apoyando el hombro contra la puerta, y la abrió unos centímetros más. Al intentar pasar por la abertura, se dio cuenta de que el objeto que le cerraba el paso era el cuerpo de un hombre tendido a la entrada.

Cuando empujó, el hombre se movió un poquito, se dio la vuelta y gimió.

—¿Quién es usted? —preguntó ella—. ¿Está herido?

—Señora Nordegrun —logró decir el hombre.

Ella reconoció la voz; era uno de los miembros de la tripulación de su marido

destinados al puente de mando. Un hombre simpático, de Filipinas; su marido le había dicho que algún día sería un buen oficial.

—¿Señor Talan?

Él se incorporó.

—Sí —dijo—. ¿Se encuentra bien?

—No tengo equilibrio —respondió ella—. Creo que nos estamos hundiendo.

—Ha ocurrido algo —dijo él—. Tenemos que salir de este barco.

—¿Y mi marido?

—Está en el puente de mando —dijo Talan—. Me ha mandado a buscarla. ¿Puede llegar a la escalera?

—Sí —contestó ella—. Aunque tendré que arrastrarme.

—Es mejor así —dijo él, buscando la mano de la mujer y guiándola en la dirección correcta.

—Sí —convino ella—. Tenemos que quedarnos por debajo del humo mientras podamos.

Antes de casarse, Kristi había sido auxiliar médico y enfermera de urgencias. Había estado presente en la escena de muchos accidentes e incendios e incluso en el derrumbamiento de un edificio. Y pese al miedo y a la confusión, su formación y experiencia estaban tomando las riendas de la situación.

Empezaron a arrastrarse juntos por el suelo. Después de recorrer cuatro metros y medio, encontraron a otro miembro de la tripulación, pero no consiguieron despertarlo.

Kristi temió lo peor, pero debía asegurarse. Buscó el pulso del hombre.

—Está muerto.

—¿Cómo? —preguntó Talan.

Ella no lo sabía. De hecho, no le encontró ninguna marca, y al parecer el cuello estaba ileso.

—Tal vez hayan sido los gases.

El humo era más espeso allí, pero no parecía lo bastante denso para matar a alguien.

Kristi posó la mano del hombre muerto sobre el pecho de este, y los dos siguieron arrastrándose. Llegaron a la escalera y abrieron la puerta. Para gran alivio de Kristi, había menos humo dentro, y agarrándose a la barandilla pudo ponerse de pie.

Cuando empezaron a subir, un tenue haz de luz los iluminó. En el pasillo había encendidas algunas luces de emergencia mientras que otras estaban apagadas, y al principio Kristi pensó que la iluminación procedía de alguna luz de emergencia situada en la escalera, pero había algo raro. La luz era más blanca, más natural, y parecía atenuarse e intensificarse esporádicamente.

Dos pisos más arriba había una puerta con una ventana de cristal templado. Kristi supuso que la luz procedía de allí, pero eso no tenía sentido. Cuando ella había ido a la cafetería estaba oscuro. ¿Cómo podía haber ahora luz de día?

Sabía que tenía que haber otra explicación. Continuó subiendo, tratando de seguir el ritmo de Talan. Cuando llegaron al rellano en lo alto, la luz del día entraba a raudales desde fuera, oculta intermitentemente por las nubes de humo.

—Es de día —dijo, atónita.

—Debemos de haber estado inconscientes muchas horas —contestó Talan.

—¿Y nadie ha venido a buscarnos? —preguntó ella, y su temor se avivó ante lo que eso implicaba.

Parecía imposible que hubiera pasado mucho tiempo, o que nadie hubiera ido a buscarlos durante todas esas horas, pero considerando lo que estaban viendo tenía que ser verdad.

Dio un paso adelante y estuvo a punto de perder el equilibrio. Talan la cogió y la acompañó con cuidado hasta el mamparo.

—Agárrese —dijo.

—Estoy bien —murmuró ella.

Talan la soltó y se dirigió a la puerta, que tocó y examinó en busca de calor. Kristi se fijó en que el cristal de la ventana estaba hundido y descolorido como cera derretida.

—No hay peligro —dijo él—. Ya no hay fuego.

Empujó la puerta, que se abrió chirriando.

Salió e hizo señas a Kristi para que lo siguiera. Ella cruzó la puerta y se agarró fuerte a la barandilla del barco.

Mientras Talan miraba en dirección a popa, tratando de evaluar el estado del barco, un hombre apareció a través del humo a unos veinte metros. Era de constitución grande, ancho de espaldas, y vestía de negro de la cabeza a los pies. Kristi no recordaba que la tripulación vistiera de ese color.

El hombre se volvió hacia ellos, y ella vio que llevaba una ametralladora.

Se quedó boquiabierta. Instintivamente, quizá, Talan la empujó al suelo justo cuando la ametralladora abrió fuego. Kristi observó impotente cómo el pecho de Talan era acribillado a balazos. El timonel se desplomó hacia atrás por encima de la barandilla y se cayó al mar.

Kristi se lanzó hacia la puerta y tiró de ella, pero antes de que pudiera abrirla, el hombre que había aparecido entre el humo estaba encima de ella. Cerró la puerta de golpe con un pie, calzado en una gruesa bota.

—Ni se te ocurra, cielo —dijo, gruñendo de forma peculiar—. Tú te vienes conmigo.

Kristi intentó escabullirse, pero el hombre extendió su manaza, la agarró del cuello y la levantó de un tirón.

Kurt Austin se encontraba en el ala del puente de mando del *Argo* mientras el barco surcaba el agua a toda velocidad. A treinta nudos, la proa partía el mar en dos y

lanzaba olas de rocío contra el viento. Cortinas de agua se extendían y descendían, salpicando la superficie de manchas de espuma que rápidamente quedaban atrás.

Kurt observaba el buque granelero a través de los prismáticos. Había visto hombres yendo de escotilla en escotilla, lanzando granadas o algún tipo de explosivo uno detrás de otro.

—Es muy raro —dijo Kurt—. Parece como si estuvieran barrenando el barco a propósito.

—Los piratas suelen ser impredecibles —dijo el capitán Haynes.

—Sí —convino Kurt—, pero normalmente buscan dinero. El dinero de un rescate o la oportunidad de vender el cargamento en el mercado negro. Si mandan el barco al fondo del mar, no podrán hacerlo.

—Buena observación —dijo Haynes—. A lo mejor van a llevarse a la tripulación.

Kurt echó otro vistazo por la cubierta. Las dependencias estaban al final del barco. La estructura —a la que algunos marineros se referían como «castillo»— se elevaba cinco pisos por encima de la cubierta como un bloque de pisos.

La estructura se alzaba alta y orgullosa, pero la cubierta de proa apenas sobresalía del agua, con la punta de la popa a solo treinta centímetros de inundarse. No podía ver mucho más a través del fuego y del humo.

—Los he visto disparar como mínimo a un pobre hombre —dijo—. Tal vez haya un pasajero importante a bordo y el resto sean prescindibles. En cualquier caso, dudo que se rindan.

—Tenemos tres lanchas preparadas —le dijo Haynes—. La lancha rápida y dos auxiliares. ¿Quieres ir?

Kurt bajó los prismáticos.

—No pensaría que iba a quedarme mirando, ¿verdad?

—Pues entonces baja al arsenal —dijo el capitán—. Están equipando a un pelotón de abordaje.

A bordo del *Kinjara Maru*, el corpulento jefe de la banda de «piratas» arrastró a Kristi Nordegrun a través de la cubierta. Era conocido por el nombre de Andras, pero a veces sus hombres lo llamaban El Cuchillo porque le gustaba jugar con hojas afiladas.

—¿Por qué hacen esto? —preguntó ella—. ¿Dónde está mi marido?

—¿Tu marido? —dijo él.

—Es el capitán del barco.

Andras negó con la cabeza.

—Lo siento, cielo, pero puedes considerarte otra vez soltera.

Al oírlo, Kristi se abalanzó sobre él y le golpeó en la cara con la mano. Fue como dar un puñetazo a un muro de piedra. El hombre se zafó de ella, la lanzó a la cubierta y sacó uno de sus juguetes favoritos: una navaja plegable con una hoja de titanio de

doce centímetros. Abrió la hoja y la acercó a ella.

Ella retrocedió.

—Si me cabreas, te coseré a puñaladas con esto —dijo—. ¿Entendido?

Ella asintió despacio con la cabeza; claramente se reflejaba el miedo en sus ojos.

En realidad, Andras no quería hacerle daño; valdría más dinero con la cara intacta, pero ella no tenía por qué saberlo.

Silbó a sus hombres. Con la tripulación muerta y el barco hundiéndose, daba por concluida la última parte de su largo trabajo. Era el momento de que las ratas abandonaran el barco.

Se reunieron alrededor de su jefe y uno de ellos, un hombre de aspecto desaliñado con los dientes amarillentos y una cicatriz de anzuelo en el labio superior, se fijó de manera especial en Kristi. Se agachó y le tocó el pelo.

—Bonita —dijo, frotando sus mechones rubios entre los dedos.

Entonces una gruesa bota lo golpeó en un lado de la cabeza.

—Aparta —dijo Andras—. Búscate tu premio.

Luciendo un nuevo verdugón en ese rostro de expresión de pasmo, Anzuelo se escabulló como un perro apaleado.

—¿Qué va a hacer conmigo? —preguntó Kristi con sorprendente fortaleza.

Andras sonrió. Iba a pasársela por la piedra y luego la vendería en el mercado negro. Una buena bonificación aparte del dinero que le habían pagado por el trabajo. Pero ella tampoco tenía por qué saberlo.

Haciendo caso omiso de su pregunta, apartó la navaja y se agachó junto a ella. Le ató las manos con alambre, dándole varias vueltas antes de retorcer las puntas. A continuación la amordazó con un trapo. Eso la mantendría callada.

Antes de que se levantara, una voz gritó desde arriba:

—¡Se acerca un barco! Parece un cúter o una especie de fragata.

Andras levantó la cabeza de golpe. Trató de mirar a través del denso humo. No veía nada.

—¿Dónde, maldito idiota? —gritó—. ¿En qué dirección?

—Oeste-noroeste —contestó su hombre.

Andras se esforzó por ver a través de la nube de hollín y humo. Que se acercara un gran barco era una mala noticia, pero algo mucho peor le llamó la atención: una fina estela blanca cerca del casco del *Kinjara*.

La vio entre los escasos resquicios de visibilidad en medio del humo. Avanzaba hacia la parte delantera del barco, donde desaparecía en las nubes oscuras. Miró a popa: el agua la había inundado y ahora alcanzaba sesenta centímetros.

Un segundo más tarde la bruma oleaginosa se apartó, y una lancha hinchable salió a toda velocidad del humo, deslizándose directamente contra la proa. En la parte delantera había dos hombres tumbados boca abajo, apuntando y disparando con rifles M16.

Andras vio que dos de sus hombres caían y otro era alcanzado y empezaba a

cojear. Los otros se pusieron a cubierto mientras la veloz lancha se varaba en la cubierta, cerca de la segunda escotilla de carga del *Kinjara*.

Varios hombres con uniforme de camuflaje salieron en tropel por los dos lados de la lancha mientras uno de los tiradores —un hombre con un característico cabello canoso— apuntaba y disparaba con precisión mortal.

Dos hombres más de El Cuchillo fueron abatidos antes de que el tirador saliera rodando de la lancha y se pusiera a cubierto detrás de una de las escotillas de carga abiertas.

—Estadounidenses —maldijo Andras.

¿De dónde coño habían salido?

En un abrir y cerrar de ojos la cubierta del buque de carga se convirtió en un campo de batalla. Las balas y los casquillos volaban en todas direcciones. Andras se movió rápido, agarró a Kristi y la llevó a rastras hacia atrás. Contribuyó con algún que otro disparo a lo que se había convertido en un violento tiroteo, pero su plan consistía en algo más que quedarse a luchar.

Al retroceder, contempló la situación como lo que en realidad era: un ataque sorpresa. Los estadounidenses habían aparecido como un huracán, habían matado a media docena de sus hombres, pero ahora estaban atrapados en la cubierta en medio de una especie de fuego cruzado mientras el barco ardía y se hundía poco a poco bajo sus pies. Dudaba que lo hubieran hecho a propósito, a menos que estuvieran esperando refuerzos.

El sonido de un altavoz reverberó desde el cúter.

—Tiren las armas y ríndanse —exigió una voz autoritaria.

Aunque no tenía la más mínima intención de hacer lo que le mandaban, Andras era perfectamente consciente del peligro que corría. Pero, por otra parte, era un hombre que siempre había sabido cómo girar las tornas.

Llegó a una de las grúas de carga. Cogió el gancho que colgaba y lo metió por debajo del alambre con el que había atado las manos de Kristi.

Le dio al interruptor de encendido y oyó el sonido de la bomba hidráulica al ponerse en marcha. Antes de despachar a Kristi, le quitó la mordaza de la boca.

Ella lo miró.

—Te van a entrar ganas de gritar —dijo—. Créeme.

A continuación movió la palanca, y la grúa se puso en marcha. La máquina tiró de ella hacia arriba y empezó a balancearla sobre el campo de batalla a la vista de todos.

Kurt Austin se agachó detrás de la tapa de una escotilla. Su idea de rodear la proa del barco y abordarlo directamente había sido una táctica ingeniosa. Con el humo a su alrededor y el *Argo* acercándose por la dirección opuesta, Kurt y sus hombres habían pillado a los piratas por sorpresa, habían subido a la cubierta y habían alcanzado rápidamente a varios de ellos.

El único inconveniente que presentaba su plan era el número de piratas. Había muchos más de los que esperaba, más de una docena, tal vez unos veinte. Los que habían sobrevivido y se habían puesto a cubierto ahora lo tenían atrapado.

Tarde o temprano llegarían las embarcaciones auxiliares del *Argo*, lo que les daría ventaja numérica, pero hasta entonces las iban a pasar canutas.

La radio de su cinturón crepitó; se trataba de una llamada de una de las embarcaciones auxiliares.

—Kurt, nos estamos acercando a la popa. De momento no hemos encontrado

resistencia.

No le dio tiempo a contestar, pues empezaron a silbar balas en la escotilla situada detrás de él. Se agachó más, tratando de ver de dónde venían. Antes de que pudiera decidir qué hacer, oyó un grito de mujer. Miró al cielo y vio a una mujer de treinta y tantos años colgada del gancho de una grúa.

Segundos más tarde, una voz rugió por encima del estruendo.

—¿Estamos dispuestos a detener esta locura? —gritó la voz.

Kurt no levantó la cabeza, pues era una buena forma de que se la volaran, pero las pistolas dejaron de disparar a su alrededor.

Kurt echó un vistazo a la joven. Le chorreaba sangre por los brazos y por el vestido.

—Ahora que he captado su atención —tronó la voz—, van a dejar que mis hombres salgan de este asqueroso barcucho o reventaré a esa mujer como si fuera una piñata.

Kurt miró a su alrededor; le escocían los ojos del sudor y del humo. Vio que el agua empezaba a arremolinarse a la altura de sus tobillos y que entraba en una de las escotillas de carga abiertas a varios metros de distancia.

El barco se estaba hundiendo deprisa. La proa estaba ahora totalmente sumergida, y solo unos cuantos puntos elevados sobresalían como árboles muertos en un campo anegado. Y lo que era aún peor, cuando el agua empezara a llenar los compartimentos de carga de la parte delantera, el peso de la sección frontal aumentaría rápidamente.

Dentro de pocos minutos, el *Kinjara Maru* dejaría de hundirse lentamente y descendería en picado al abismo.

—¡Estoy esperando! —gritó de nuevo el hombre oculto que hablaba.

—¿Kurt? —preguntó una voz por la radio—. ¿Qué quieres hacer?

Kurt volvió a mirar a la mujer.

—Mantened vuestras posiciones —contestó.

—¿Y bien? —gritó la voz desconocida, exigiendo una respuesta.

—Está bien —chilló Kurt—. Coja a sus hombres y lárquense. —A continuación, gritó a sus hombres—: No disparéis hasta que se hayan ido.

Prácticamente al instante, Kurt oyó movimiento: los piratas se retiraban.

—¿Alguien puede verlo? —susurró Kurt a la radio—. Tiene que estar en un sitio elevado.

Alguien debió de aventurarse a mirar porque resonó un disparo. Un gruñido sonó por la radio.

—Sin asomarse —gritó la voz.

—Maldita sea —farfulló Kurt. Apretó el micrófono de la radio—. ¿A quién le han dado?

No hubo respuesta.

—Es Foster —dijo alguien.

Kurt movió la cabeza airadamente.

—¡Como dispare a otro de mis hombres —gritó a la figura oculta—, le prometo que morirá en este barco!

—Seguro que le gustaría creer que eso es posible —contestó el hombre.

Para entonces el agua lamía los muslos de Kurt. Era como si la marea estuviera creciendo, solo que demasiado rápido. El equilibrio del barco se estaba alterando. A medida que el grado de inclinación aumentaba, empezaron a deslizarse objetos sueltos por la cubierta en dirección a él.

Kurt volvió a mirar a la mujer. Tenía que estar sufriendo terriblemente. Quería disparar al cabronazo que la había colgado allí arriba, pero no correría el riesgo de buscar en ese momento a su torturador.

Entonces el sonido de unos grandes motores fuera borda resonaron desde el lado de estribor del barco. Enseguida, el suave rumor se convirtió en un intenso rugido, y lo que parecía una lancha motora destartalada empezó a alejarse a toda velocidad.

—Ahora —gritó Kurt.

Sus hombres entraron en acción.

—Hawthorne ha caído —dijo alguien.

—Levantadlo —gritó Kurt—. Llevadlos a él y a Foster a la lancha.

—¿Y el registro?

—Dudo que esos tipos hayan dejado supervivientes —dijo—. De todas formas, no hay tiempo para mirar.

El barco se había inclinado diez grados a proa, lo bastante para que una cadena se deslizara hacia él como una gran serpiente metálica.

Kurt esquivó la cadena, que chocó contra el borde de la escotilla de carga y se cayó en el cavernoso espacio de debajo, haciendo un inquietante ruido a medida que los eslabones se deslizaban por el borde, hasta que desapareció.

—Salid del barco —ordenó Kurt.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó uno de sus hombres.

—Voy a por esa mujer.

Mientras el *Kinjara Maru* se iba a pique, Kurt Austin avanzó con dificultad y subió por la cubierta inclinada. Resultaba difícil encontrar asidero en las zonas de la cubierta en las que había caído agua, aceite y fango. Ascendió ayudándose de cualquier cosa a la que pudiera agarrarse.

Cuando llegó a la escalera de la grúa, subió y vio que los piratas se alejaban a toda velocidad hacia el sur. Los apartó de su mente y, sujetándose a la barandilla, llegó a la cabina del operario de la grúa.

Una navaja plegable de extraña forma con el mango negro y una hoja de acero o titanio se hallaba clavada en el asiento del operario. Un pequeño regalo dejado por el matón que había colgado a la mujer. Kurt la cogió, la dobló y se la metió en el bolsillo.

Se volvió hacia el tablero de control y comprobó que había electricidad. Afortunadamente, las luces del tablero permanecían encendidas.

—Aguante —gritó a la mujer, y al decirlo cayó en la cuenta de que la pobre no tenía más remedio que aguantar, pero «No se mueva de ahí» habría sonado espantosamente.

Los años de trabajo en el sector del salvamento habían familiarizado a Kurt con las grúas. Agarró la palanca de control que devolvería la grúa a su posición original. Al mover la palanca oyó un zumbido, y la grúa se sacudió hacia atrás varios metros y se paró de golpe. La pobre mujer se balanceó de un lado a otro como un péndulo, llorando y gritando de dolor. Segundos más tarde, una señal luminosa se encendió.

Fue entonces cuando Kurt reparó en el líquido rojo que caía a raudales por el lateral de la grúa. Echó un vistazo y vio que el cable hidráulico había sido cortado del todo. Entonces el regalo cobró sentido. Casi podía oír al matón riéndose.

Su auricular crepitó.

—Kurt, estamos fuera del barco, pero desde aquí podemos ver la parte superior del timón. El coronamiento de popa está saliendo del agua.

Kurt miró adelante. La parte delantera del barco estaba sumergida, y había restos flotando por todas partes. El tiempo se estaba acabando deprisa.

Con la grúa parada, tenía pocas alternativas. Dejó el rifle y empezó a trepar por el aguilón de la grúa. Resultaba complicado arrastrarse, operación que se veía agravada por la grasa, el aceite y el fluido hidráulico. Tratando de mantener el aguilón debajo de él, avanzó desliziándose.

Detrás de él, un grupo de barriles de acero se desplomó por la cubierta. Uno de ellos golpeó contra algo puntiagudo, echó chispas y explotó. El impacto lanzó a Kurt a un lado. Le resbalaron los pies, y el peso de sus botas amenazó con tirarlo del aguilón.

Delante de él, la mujer gritó entre sollozos.

—Por favor —rogó—. Por favor, dese prisa.

Kurt estaba haciendo todo lo que podía por sujetarse. Miró atrás. El fuego envolvía la cabina en la que había estado momentos antes. Irse de allí había sido un golpe de suerte, pero no si solo había servido para posponer lo inevitable.

Balanceó las piernas a un lado y acto seguido al otro y hacia arriba, y enganchó una al aguilón. Una explosión más pequeña resonó desde abajo al tiempo que lo envolvía el olor a queroseno. Entre el humo negro, Kurt podía ver las llamas lamiendo el agua a medida que el combustible encendido se esparcía, y las ráfagas de calor lo abrasaban mientras avanzaba.

Después de recorrer tres metros más, llegó al lugar donde estaba enganchada la mujer. El alambre que le rodeaba las muñecas le estaba cortando la piel. Tenía los brazos teñidos de escarlata debido a la sangre que le caía y la cara blanca como el papel.

La agarró por los brazos e intentó levantarla, pero no podía hacer palanca. Del fuego chisporroteante se elevaban ondas de calor. El barco se sacudió cuando algo se desprendió en su interior. Uno de los motores o el cargamento debían de estar deslizándose.

—Kurt, se va a caer —dijo la voz por la radio—. En cualquier momento se va a caer.

Lo sé, pensó Kurt. Le agarró otra vez los brazos.

—Tire hacia arriba —gritó.

—No puedo —chilló ella—. Tengo el hombro dislocado.

A Kurt no le sorprendió. Pero eso le dejaba una única opción.

Sacó la navaja del bolsillo, la abrió y la introdujo bajo el alambre que sujetaba a la mujer. Procurando desesperadamente no cortarle pero sabiendo que no tenía mucho tiempo, Kurt empezó a serrar. El alambre se partió de golpe y la joven se zambulló en el mar.

Kurt se soltó y cayó después de ella.

El humo y el fuego pasaron ante él en un abrir y cerrar de ojos. Se hundió en el agua, y notó que golpeaba algo con la pierna por debajo. Cuando salió a la superficie, la mujer estaba justo delante de él, tratando de flotar denodadamente en posición vertical con un brazo.

Kurt la agarró y chapoteando se alejó de las llamas que la gasolina y el aceite alimentaban. Rápidamente reparó en un peligro mucho mayor. El agua se estaba arremolinando a su alrededor. Notó que tiraba de sus pies como una contracorriente en la playa.

El barco se estaba hundiendo.

Miró a popa. El coronamiento se había elevado como el *Titanic*, y la proa estaba empezando a sumergirse.

Empezó a nadar agarrando a la mujer del brazo y arrastrándola. Cuando el barco

se hundiera, crearía una enorme ola de succión que arrastraría todo en un radio de treinta metros. Los dos se habrían ahogado mucho antes de que el mar devolviera sus cuerpos a la superficie.

Era inútil, pero de todas formas nadaba con fuerza. Y entonces la veloz lancha del *Argo* apareció de repente y se deslizó hasta detenerse delante de ellos.

Los hombres subieron rápidamente a bordo a la mujer, sacándola del agua de un tirón, mientras Kurt trepaba por el costado. Los motores volvieron a rugir.

Kurt cayó sobre el fondo de la embarcación. Al alzar la vista vio que el «castillo» —la estructura de cinco pisos que albergaba las dependencias de la tripulación, el puente de mando y los postes de las antenas— se precipitaba hacia ellos en un ángulo de cuarenta y cinco grados, como un edificio cayendo del cielo.

El piloto aceleró al máximo, y la lancha avanzó dando saltos como un caballo. Derecho hacia la luz del día.

El castillo se estrelló contra el agua solo seis metros por detrás de ellos. Una ola de espuma los arrastró hacia delante y los expulsó como un surfista al salir de una enorme ola.

Segundos más tarde el *Kinjara Maru* desapareció.

Mientras se alejaban a toda velocidad, unos estruendosos sonidos reverberantes se elevaron de las profundidades, acompañados de olas de aire y desechos.

Kurt miró a la mujer. Estaba cubierta de hollín y de aceite, tenía el hombro roto o descoyuntado, las muñecas desgarradas por el alambre, que se le había clavado, y los ojos hinchados y casi tan rojos como la sangre que empapaba su ropa. Empleando la mano menos herida, ejercía presión sobre el corte de la otra muñeca.

—Tenemos un médico en el barco —dijo Kurt—. Él le curará las heridas en cuanto estemos a bordo.

Ella asintió con la cabeza. Por lo menos estaba viva.

—¿Vamos al *Argo*? —preguntó el timonel.

Kurt asintió.

—A menos que se te ocurra otro sitio.

El timonel negó con la cabeza.

—No, señor —dijo, y puso la lancha rumbo al *Argo*.

Diez minutos más tarde estaban de nuevo a bordo del *Argo*. Mientras el médico atendía a la joven y el equipo guardaba la lancha rápida, Kurt entró en el puente de mando.

El barco estaba acelerando y cambiando de rumbo.

—Estás hecho un asco —dijo el capitán Haynes—. ¿Por qué no estás en la enfermería?

—Porque no estoy enfermo —contestó Kurt.

El capitán observó con extrañeza a Kurt y a continuación miró más allá de él.

—Que alguien traiga una toalla a este hombre. Está goteando por todo el puente. Un alférez le lanzó una toalla, que Kurt usó para secarse la cara y el pelo.

—¿Podemos alcanzarlos? —preguntó.

Haynes echó un vistazo a la pantalla del radar.

—Son más rápidos que nosotros; van a cuarenta nudos. Pero una embarcación pequeña como esa no podrá llevarlos hasta África. Te apuesto un filete a que se dirigen a un buque nodriza.

Kurt asintió con la cabeza. En los últimos años los piratas se habían vuelto más sofisticados. Aunque la mayoría todavía actuaban desde pequeñas aldeas costeras en países del Tercer Mundo, algunos tenían barcos más grandes que los llevaban al mar. Buques nodriza, camuflados como viejos buques de mercancías y otras embarcaciones por el estilo.

Escondían dentro sus lanchas motoras modificadas y solían realizar viajes semilegales para ocultar su verdadero propósito. Kurt había oído decir a una autoridad que sería fácil atrapar a los piratas si alguien buscara los buques que descargaban continuamente pero que no cargaban nunca. Sin embargo, los compradores eran demasiado listos para preguntar de dónde venían las mercancías cuando conseguían grandes chollos.

—¿Aparece algo en el radar? —preguntó Kurt.

—Todavía no —respondió Haynes.

Después de secarse lo mejor posible, Kurt lanzó la toalla, cogió los prismáticos del capitán y miró al objetivo.

La embarcación propiamente dicha era difícil de ver, pero la estela blanca que dejaba era una flecha gigantesca que apuntaba directa hacia ella. Estaban a ocho kilómetros de distancia, y cada vez dejaban el *Argo* más atrás, pero tardarían horas en escapar del alcance del radar, y para entonces...

Un destello sorprendió a Kurt, deslumbrándolo momentáneamente a través de los prismáticos. Lo siguió rápidamente y vio restos volando por todas partes y una nube que se extendía.

—Pero ¿qué demonios...?

Unos segundos más tarde oyeron el sonido. Un profundo estruendo, como si un cohete hubiera estallado. Cuando la imagen se despejó, la lancha motora había desaparecido, destruida en una atronadora explosión.

Kurt Austin había estado más de una hora en la sala de comunicaciones del *Argo*. Los últimos cuarenta minutos de ese tiempo los había pasado hablando con el director de operaciones de la NUMA, Dirk Pitt.

Kurt se llevaba bien con el director, al que había conocido cuando Pitt todavía hacía trabajo de campo en la NUMA. Considerando la clase de misiones que acababa recibiendo el Equipo de Operaciones Especiales de la NUMA, resultaba de ayuda tener un jefe que había estado en la misma posición y había hecho el mismo trabajo que ellos, pues Pitt había estado prácticamente en todas partes y había hecho prácticamente de todo.

El traslado a la oficina central no había hecho que Pitt perdiese el norte, pese a situarlo en medio de los intereses opuestos del mundo de la política.

Mientras el *Argo* patrullaba en un amplio círculo en la zona donde se había hundido el *Kinjara Maru*, Kurt explicó lo que sabían y lo que no. Pitt le hizo preguntas, para algunas de las cuales Kurt no tenía respuesta.

—Lo más raro —dijo— es que han hundido el barco a propósito en lugar de quedárselo como presa. Y han matado a la tripulación. Parece más un atentado terrorista que una incursión pirata.

Una pantalla plana en la pared mostraba los duros rasgos de Pitt. Parecía que apretara la mandíbula mientras pensaba.

—¿Y no habéis encontrado ningún buque nodriza? —preguntó.

—Navegamos ochenta kilómetros en la dirección a la que iban —dijo Kurt—. Luego el capitán Haynes nos llevó ocho kilómetros al sur y dieciséis al norte. El radar no detectaba nada en ninguna dirección.

—Tal vez su rumbo era un rastro falso para desviaros hasta que se distanciaran de vosotros —propuso Pitt.

—Ya lo hemos pensado —dijo Kurt, recordando una conversación con el capitán cuando la búsqueda empezó a resultar infructuosa—. O tal vez llevaban a bordo suficiente combustible para volver a la costa. Un bidón o dos amarrados a la embarcación podrían explicar la explosión.

—Pero no explican qué hacían ellos en ese barco —observó Pitt—. ¿Y rehenes?

—Tal vez —contestó Kurt—. Pero tenemos a la esposa del capitán con nosotros. La dejaron a propósito para retrasarnos. La mujer ha dicho que no había nadie extraño a bordo. De hecho, si hubieran querido pedir un rescate, ella me habría parecido la mejor candidata, pero tampoco habrían sacado tanto.

Pitt apartó la vista de la pantalla. Se frotó la barbilla con la mano por un segundo y acto seguido se volvió de nuevo hacia la pantalla.

—¿Alguna idea? —preguntó finalmente.

Kurt propuso una teoría.

—Mi padre y yo llevamos a cabo mucho trabajo de salvamento cuando yo era más joven —comenzó—. Los barcos se hunden por muchos motivos, pero la gente los hunde tan solo por dos: para cobrar el dinero del seguro o para esconder algo a bordo. Una vez encontramos a un hombre al que habían disparado en la cabeza, pero seguía con el cinturón del asiento de su barco puesto. Resultó que su socio le había disparado y había hundido el barco esperando ocultarlo. No contaba con que la aseguradora decidiría recuperar el barco naufragado para sacar algo de dinero.

Pitt asintió con la cabeza.

—¿Crees que es el mismo caso?

—Matar a la tripulación y hundir el barco —dijo Kurt—. Alguien está intentando mantener algo en secreto.

Pitt sonrió.

—Eso explica por qué ganas tanto dinero, Kurt.

—¿Que yo gano mucho dinero? —contestó Kurt, riéndose—. No quiero saber lo que le paga al resto de la gente.

—Es una vergüenza —dijo Pitt—. Pero es mucho más dinero que el que me pagaba a mí el almirante cuando empecé.

Kurt se rió al pensar en ello. Pitt le había dicho en una ocasión que su primer sueldo no alcanzaba ni para curarse un brazo roto, pese a haber arriesgado la vida media docena de veces ese mes. Pero, por otra parte, ninguno de los dos se dedicaba a aquello por dinero.

Kurt continuó:

—Kristi Nordegrun, la mujer superviviente, ha dicho que no sabía qué estaba pasando, pero que las luces parpadearon y se apagaron, que los ruidos empezaron a resonarle en la cabeza, y que perdió el equilibrio y la conciencia. Cree que pasaron como mínimo ocho horas hasta que volvió en sí. Todavía parece un poco desorientada y no puede andar sin apoyarse en algo.

—¿Qué nos indica eso? —preguntó Pitt.

—No lo sé —dijo Kurt—. Tal vez usaron algún tipo de agente nervioso o un gas anestésico. Es otro detalle que me hace pensar que eran algo más que piratas.

Pitt asimiló aquella información.

—¿Qué quieres hacer?

—Bajar a husmear un poco —respondió Kurt—, ver lo que intentan ocultarnos.

Pitt echó un vistazo a un mapa que tenía en la pared. Un anticuado mapa con chinchetas marcaba la posición del *Argo*.

—Si no me equivoco, hay unos cinco kilómetros de agua entre vosotros y el fondo del mar. ¿Tenéis algún robot submarino a bordo?

—No —contestó Kurt—. No tenemos nada que pueda llegar a esa profundidad. Pero Joe tiene el *Barracuda* en Santa María. Si lo modificara, podríamos volver aquí dentro de unos días, una semana como mucho.

Pitt asintió con la cabeza como si estuviera considerando la idea, pero Kurt intuía que era más una muestra de admiración por su actitud entusiasta que la concesión de un permiso para la excursión.

—Te has ganado un descanso —dijo Pitt—. Seguid hasta las Azores. Ponte en contacto conmigo cuando llegues. Mientras tanto, me lo pensaré.

Kurt conocía el tono de voz de Pitt. No era un hombre que descartara ninguna posibilidad, pero seguramente se le ocurriría alguna idea propia mucho antes de que Kurt lo llamara.

—De acuerdo —dijo Kurt.

Se fue la imagen de la pantalla, y la cara de Pitt se vio sustituida por un logotipo de la NUMA.

En el fondo Kurt sabía que aquel incidente ocultaba más de lo que aparentaba, pero la pregunta era cuánto.

Tal vez los «piratas» simplemente habían tratado de borrar sus huellas. Quizá se habían llevado dinero y otros objetos de valor. Quizá habían matado a varios miembros de la tripulación en el asalto y luego habían decidido ocultar el incidente disparando al resto y barrenando el barco. Pero incluso esa hipótesis planteaba preguntas.

¿Por qué habían incendiado el barco? El humo podía delatarlos, y de hecho los delató. Habría sido mucho más sencillo inundarlo y hundirlo sin emplear explosivos.

¿Y los propios piratas? En los últimos tiempos había piratas en todo el mundo, principalmente habitantes de países pobres que veían la riqueza del mundo pasar delante de sus narices y un buen día decidían quedarse con una parte. Pero los hombres que Kurt había visto en el *Kinjara Maru* no parecían los típicos piratas. Más bien parecían mercenarios.

Examinó la navaja plegable que ahora reposaba sobre la mesa a su lado, un arma letal y de aspecto único. La recordó clavada en el asiento. Parecía un insulto, una tarjeta de visita y una bofetada al mismo tiempo.

Kurt pensó en la arrogancia de las palabras que había pronunciado aquel hombre y en su propia voz. No era la voz de un pirata indigente de África Oriental. Y lo que era aún más raro, Kurt tenía la extrañísima sensación de que había oído antes esa voz en alguna parte.

El continente africano se encuentra en la encrucijada oceánica. Sin embargo, a pesar de su situación, siempre ha sido más una barrera para el comercio que una vía de acceso. Su gran tamaño y sus inhóspitos ambientes —de las arenas del desierto del Sáhara a las oscuras e impenetrables selvas de su extensa región central— hacían imposible cruzarlo de forma provechosa.

Antiguamente, los barcos que deseaban pasar de un océano a otro se veían obligados a realizar una travesía de dieciséis mil kilómetros que los llevaba alrededor de Sudáfrica hasta unas de las aguas más peligrosas del mundo, más allá de un lugar llamado de manera nostálgica cabo de Buena Esperanza, aunque su nombre original se ajustaba más a su naturaleza: cabo de Tormentas.

La finalización del canal de Suez hizo innecesario el viaje, pero no contribuyó a acercar África al mundo moderno. Todo lo contrario. Ahora los barcos solo tenían que tomar el atajo, atravesar el canal y pronto estaban camino de Oriente Medio y sus campos petrolíferos, Asia y sus fábricas, y Australia y sus minas.

Cuando el comercio internacional estuvo en auge, África se pudrió como una verdura olvidada bajo el sol abrasador.

Tierra adentro se podía encontrar genocidios, hambruna y enfermedad, mientras que en la costa africana se hallaban algunos de los lugares más ingobernables del mundo. Somalia es, a todos los efectos, una tierra de anarquía; en Sudán la situación es un poco mejor. Menos conocidos pero prácticamente igual de abandonados están países de África Occidental como Costa de Marfil, Liberia y Sierra Leona.

Los problemas de Liberia han sido bien documentados, pues, uno tras otro, sus dirigentes han caído en medio del escándalo y la corrupción, y el país se ha precipitado hacia la anarquía y el caos. En Costa de Marfil ha ocurrido más o menos lo mismo.

Y durante gran parte de su historia, en Sierra Leona las cosas han ido todavía peor. Hace no mucho, se le consideraba un lugar más peligroso que Afganistán y tenía un nivel de vida por debajo de Haití y Etiopía. De hecho, hubo una época en que Sierra Leona se encontraba tan débil que prácticamente fue tomada por un pequeño grupo de mercenarios.

El grupo, que actuaba «invitado» por el régimen existente y se hacía llamar «Executive Outcomes». (Resultados Ejecutivos), aplastó a un grupo de rebeldes mucho mayor que amenazaba con tomar las minas, la única fuente de riqueza real en la época.

Los mercenarios pasaron entonces a proteger y controlar esos bienes, cuadruplicando la producción y quedándose con una gran tajada.

En ese mundo de inestabilidad apareció Djemma Garand. Originario de Sierra

Leona pero adiestrado por esos mercenarios sudafricanos, Djemma ascendió al poder del ejército de Sierra Leona, haciendo amigos importantes y garantizando que sus unidades estaban perfectamente adiestradas, disciplinadas y listas.

Tardó décadas, pero la oportunidad se presentó por fin, y Djemma se hizo con el poder en un sangriento golpe de Estado. Durante los años siguientes, consolidó su posición, elevó el nivel de vida del país y se ganó la reticente aprobación de Occidente. Por lo menos su régimen fue estable, ya que no democrático.

Como muestra de la aprobación de los países occidentales, incluso dejaron de preguntar por el bienestar y el paradero de Nathaniel Garand, hermano de Djemma y enérgico defensor de la democracia, que llevaba los últimos tres años pudriéndose en una de las cárceles del país.

Djemma consideraba el encarcelamiento de su hermano tanto el peor como el mejor momento de su vida. Personalmente, le daba asco, pero nada más dar la orden, todos sus temores sobre su capacidad para hacer lo que fuera necesario por su país se desvanecieron. Los lugares como Sierra Leona no estaban preparados para la democracia, pero con mano firme algún día la alcanzarían.

Sobre el suelo de mármol de su palacio, Djemma parecía un dictador africano cualquiera. Iba ataviado con un uniforme militar con medio kilo de medallas colgadas del pecho. Se tapaba los ojos con unas caras gafas de sol y llevaba una fusta, que le gustaba estampar sobre las superficies planas cuando consideraba que no lo estaban tomando suficientemente en serio.

Había visto la película *Patton* varias veces y admiraba la forma de ser del general. También le parecía interesante que Patton se considerara una reencarnación del africano Aníbal. Y es que la leyenda y las gestas de Aníbal poseían especial interés para Djemma Garand.

En muchos sentidos, el general cartaginés fue el último africano que conmocionó el mundo con su espada. Atravesó los Alpes con un ejército y un grupo de elefantes, asolando el Imperio romano en su propio territorio durante años, derrotando a una legión tras otra, y si no logró aniquilarlo fue solo porque carecía de máquinas de asedio con las que atacar la capital, Roma.

Desde entonces, entre guerras, golpes de estado y todos los demás episodios que tuvieron lugar en el continente africano, el resto del mundo se limitó a observar con desinterés. Les preocupaba la circulación de minerales, petróleo y metales preciosos, pero un cese temporal o una guerra civil o un aumento del hambre apenas les afectaban.

Después de hacer un poco de alarde militar, los nuevos dictadores accedían con entusiasmo a las mismas condiciones que los viejos: la mayor parte de los beneficios para ellos, y unas migajas para los pobres. Mientras los negocios se llevaran de esa forma, ¿por qué tenía que preocuparse el mundo?

Djemma Garand había presenciado todo aquello, lo había vivido, incluso lo había respirado; sin embargo, quería que su gobierno fuera algo más. Aunque viajaba en un

Rolls-Royce blindado, flanqueado por vehículos militares con ametralladoras, Djemma juraba que no era un simple déspota. Aspiraba a un legado que dejara a su gente en una situación mejor para toda la eternidad.

Pero hacer eso supondría algo más que cambiar su país; requeriría cambiar el lugar que Sierra Leona ocupaba en el mundo. Y para hacerlo necesitaba un arma que llegara más allá de las costas africanas y conmocionara el mundo, una versión moderna de los elefantes de Aníbal.

Y esa arma estaba casi a su alcance.

Djemma se sentó detrás de un imponente escritorio de caoba, colocó con cuidado sus gafas de sol en una esquina y esperó a que sonara el teléfono. Finalmente, una luz se encendió.

Despacio, sin prisa, levantó el aparato.

—Andras —dijo en voz baja—, más vale que tengas buenas noticias.

—Algunas son buenas —contestó una voz en tono mordaz.

—Esa no es la respuesta que espero de ti —dijo Djemma—. Explícate.

—Tu arma no funcionó según lo anunciado —explicó Andras—. Oh, sí, estropeé el barco, pero no salió mejor que la última vez. Eliminó la navegación y la mayoría de los controles, pero el barco siguió navegando con parte de la energía, y sobrevivió la mitad de la tripulación, los que quedaron atrapados más adentro. Ese artilugio tuyo no hace lo que esperas.

A Djemma no le gustó cómo sonaba eso. Pocas cosas podían ponerle furioso con tanta facilidad como enterarse de que su proyecto, su propia arma de destrucción masiva, había vuelto a dar unos resultados insatisfactorios.

Tapó el teléfono, chasqueó los dedos a un ayudante y garabateó un nombre en un trozo de papel.

—Tráemelo —dijo, dando el pedazo de papel al ayudante, y luego añadió, centrando de nuevo su atención en la llamada—: ¿Cuántos miembros de la tripulación sobrevivieron?

—Más o menos la mitad —respondió Andras.

—Espero que ya no estén vivos.

—No —dijo Andras—. Están muertos.

A Djemma le preocupó la ligera vacilación que detectó en la voz de Andras, pero siguió adelante.

—¿Y el cargamento?

—Descargado y rumbo a ti —contestó Andras.

—¿Y el barco?

—Oxidándose en el fondo.

—Entonces ¿qué es lo que te estás callando? —dijo Djemma, cansado de tener que sacar información a la fuerza a su empleado mejor pagado.

Andras se aclaró la garganta.

—Alguien ha intentado detenernos. Estadounidenses. Yo diría que un equipo de

las fuerzas especiales o dos. Me hace sospechar que tu secreto se ha filtrado.

Djemma consideró la posibilidad y la descartó. Si se hubiera filtrado información, habrían detenido el ataque antes de que comenzara. Era más probable que se tratara de un simple grupo de rescate con unas cuantas armas.

—¿Te ocupaste de ellos?

—Escapé y borré nuestro rastro —dijo Andras—. No podía hacer otra cosa.

Djemma no estaba acostumbrado a oír que alguien que se había enfrentado a El Cuchillo había sobrevivido.

—No me gustaría pensar que te estás volviendo excesivamente blando.

—De ninguna manera. Esos hombres eran duros. Más vale que averigües quiénes son.

Djemma asintió con la cabeza. Por una vez estaban de acuerdo.

—¿Y tu operación...? —preguntó Andras—. Pitón, ¿no? ¿Se llevará a cabo de todas formas?

La operación Pitón era el golpe maestro de Djemma. Si tenía éxito, proporcionaría a su país riqueza, estabilidad y prosperidad ilimitadas. Y si no daba resultado... Djemma no quería pensar en esa eventualidad. Pero si su arma no funcionaba según lo planeado, el fracaso era una posibilidad real.

—No se puede aplazar mucho más —dijo Djemma.

—¿Quieres que te eche una mano? —propuso Andras.

Bajó la voz con cinismo. Anteriormente había dejado claro que pensaba que Djemma estaba loco al intentar hacer lo que se proponía. Y todavía más loco por confiarle la tarea a su ejército. Pero Andras era un forastero y no conocía a las tropas como Djemma, su general y líder.

Djemma sonrió. Al contratar los servicios de Andras, estaba haciendo a ese hombre increíblemente rico, pero si había un método de conseguir todavía más riqueza y poder, Djemma esperaba que Andras lo siguiera. Sus insaciables bolsillos nunca se llenaban del todo.

—Cuando era niño —dijo Djemma—, las viejas tenían un dicho. Una serpiente en el jardín es buena. Se come las ratas que devoran las cosechas. Pero una serpiente en casa es un peligro. Mata al amo y se come al niño, y la casa se llena de pena.

Hizo una pausa y aclaró sus palabras.

—Conseguirás tu dinero, Andras, tal vez suficiente para comprarte un pequeño país. Pero si alguna vez pones un pie en territorio de Sierra Leona, haré que te maten y echen tus huesos a los perros en el patio de mi casa.

El silencio resonó a través de la línea telefónica, seguido de una risa tenue.

—La ONU se equivoca con respecto a ti —dijo Andras—. Eres implacable. A África le vendrían bien más hombres como tú, y no menos. Pero mientras sigas pagando, yo seguiré trabajando. No te quedes sin dinero, como dicen los periódicos que está a punto de pasarte. No me gustaría tener que sacarte mis honorarios de formas menos agradables.

Los dos hombres se entendían. El Cuchillo no tenía miedo a Djemma, aunque debería. No tenía miedo a nada. Por eso Djemma lo había elegido.

—Vete a Santa María —dijo—. Te daré más instrucciones cuando llegues.

—¿Y el *Kinjara Maru*? —preguntó Andras—. ¿Y si alguien se propone husmear dentro?

—Tengo planes por si eso ocurre —contestó Djemma.

Andras volvió a reírse.

—Tienes planes para todo —dijo sarcásticamente—. Me haces reír, Garand. Buena suerte con tus disparatados planes, jefe intrépido. Miraré los periódicos y continuaré de tu parte.

El teléfono hizo clic, la línea se cortó, y Djemma volvió a colocar el auricular en su soporte. Bebió un sorbo de agua de un vaso de magnífico cristal y alzó la vista cuando se abrieron las puertas de su despacho.

El ayudante al que había mandado salir corriendo volvió a entrar. Dos de los escoltas personales de Djemma lo seguían, acompañando a un hombre blanco que no parecía precisamente contento de estar presente.

Los escoltas y el ayudante salieron. Las puertas de más de tres metros y medio de altura se cerraron con un ruido sordo. Djemma y el hombre caucásico se quedaron el uno frente al otro.

—Señor Cochrane —dijo Djemma oficiosamente—. Su arma ha fallado... otra vez.

Alexander Cochrane permaneció como un niño al que han regañado, mirando con insolencia a su futuro padre. A Djemma le daba igual. Tendría éxito o habría consecuencias.

Alexander Cochrane se acercó al escritorio de Djemma con una sensación de mal augurio como no recordaba. Durante diecisiete meses, había estado trabajando duro para construir un arma de energía dirigida increíblemente potente.

Esa arma emplearía imanes superconductores, como los que Cochrane había diseñado para el Gran Colisionador de Hadrones que ahora quedaba tan lejos. Aceleraría y dispararía varias partículas cargadas casi a la velocidad de la luz en un rayo concentrado que se podría «pintar» rápidamente sobre un objetivo y destruiría componentes electrónicos, ordenadores y otros circuitos.

Afinada correctamente, el arma podía actuar como un gigantesco rayo de microondas que calentaba materia orgánica, asaba a sus objetivos de dentro afuera y les prendía fuego, aunque se pusieran a cubierto detrás de paredes de acero y hormigón.

A través del cielo, el arma de Cochrane podía derribar aviones en pleno ataque a distancias de tres kilómetros o más, o podía aniquilar ejércitos desplazándose de un lado a otro a través del campo de batalla como una manguera de jardín apuntando a unas hormigas.

En su fase de desarrollo final, el arma de Cochrane podría destruir una ciudad, no como una bomba atómica, ni con calor abrasador o con una fuerza explosiva, sino con precisión, cortando aquí y allá como el escalpelo de un cirujano, convirtiendo una manzana tras otra en tierra baldía.

Podría matar a sus ocupantes o dejarlos vivos a voluntad de Cochrane, o de Djemma. Pero incluso afinada para destruir únicamente componentes y sistemas electrónicos, podría hacer una ciudad inhabitable destruyendo toda la tecnología moderna que contenía en cuestión de segundos. Sin ordenadores, teléfonos, red eléctrica o agua corriente, una ciudad moderna e integrada se convertiría en una tierra de anarquía o en una ciudad fantasma poco después de que Cochrane —o Djemma— la pusiera en su punto de mira.

Sin embargo, para hacer todo eso el arma tenía que funcionar, y hasta el momento los resultados no eran concluyentes.

—Le dije que necesita más pruebas —dijo Cochrane tartamudeando.

—Se suponía que esta era la última prueba —dijo Djemma.

—¿Qué le ha pasado al bote?

—Querrá decir al «barco» —lo corrigió Djemma.

—Barco, bote —dijo Cochrane—, es lo mismo.

—Su falta de precisión me preocupa —contestó Djemma, con retintín—. Un barco de noventa mil toneladas no es un bote.

—¿Qué le ha pasado al barco? —preguntó Cochrane, harto de la actitud

condescendiente de Djemma.

Aquel hombre se comportaba como si estuviera pidiendo a Cochrane que fabricara un televisor o montara un ordenador con componentes prefabricados.

—El *Kinjara Maru* se ha ido al fondo del mar.

—¿Y el cargamento? —preguntó Cochrane. Nada mejoraría sin el cargamento.

—Cien toneladas métricas de óxido de itrio, bario y cobre dopado con titanio —dijo Djemma—. Extraídas tal y como usted pidió.

Cochrane lanzó un suspiro de alivio.

—Es una buena noticia.

—¡No! —le espetó Djemma, estampando su fusta sobre el escritorio—. Una buena noticia habría sido que las promesas que me hizo se han cumplido. Una buena noticia habría sido enterarme de que su arma ha funcionado como usted dijo, inutilizando totalmente el barco y matando a la tripulación en el acto. En realidad, el barco siguió funcionando y hubo supervivientes, de los que tuvimos que ocuparnos.

Cochrane se había acostumbrado al mal humor de Djemma, pero su repentina ira lo dejó anonadado. Se sobresaltó ante el chasquido de la fusta. Con todo, su seguridad no flaqueó.

—¿Y qué? —dijo finalmente.

—Que nuestros hombres estaban expuestos —replicó Djemma—. Un grupo de estadounidenses trataron de entrometerse. Hemos llamado la atención de las personas equivocadas. Y todo gracias a usted y a su falta de precisión.

Cochrane se removió en la silla. Su sensación de incomodidad se habría transformado directamente en miedo de no ser por un simple hecho: aunque Djemma podría haberlo matado con solo chasquear los dedos, jamás lo haría mientras necesitara y deseara que el arma funcionase.

De momento, Cochrane no había dejado cabos sueltos: desde la insistencia en que su desaparición pareciera un secuestro —para poder volver al sector industrial algún día— hasta la forma en que había emprendido la fabricación del arma de Djemma.

Había realizado todo el trabajo de desarrollo en persona, había dibujado todos los planos y supervisado los progresos directamente. Se había convertido en parte tan esencial del proyecto que Djemma apenas tenía nada con que amenazarlo, a menos que renunciara a la esperanza de terminarlo y de poseer la versión definitiva del arma.

Teniendo aquello presente, Cochrane habló con renovada confianza.

—Todos los sistemas requieren tiempo para ponerse a punto —insistió—. ¿Cree que fabricaron los supercolisionadores de cero y luego le dieron al interruptor y vieron cómo funcionaban? Por supuesto que no. Hacen falta meses y meses de pruebas y calibración antes de llevar a cabo el experimento más elemental.

—Ya ha tenido meses —dijo Djemma intencionadamente—. Y no quiero más experimentos. La siguiente prueba será a gran escala.

—El arma no está lista —insistió Cochrane.

La mirada fulminante de Djemma se intensificó.

—Más vale que lo esté —le advirtió—. O arderá conmigo cuando vengan a por nosotros.

Cochrane hizo una pausa. Las palabras de Djemma lo confundieron. ¿Por qué iban a arder? Desde el principio, Djemma había insistido en que venderían el arma, no a una potencia mundial sino a todas. Que se apuntarían en la cabeza los unos a los otros con el arma de Cochrane como se habían apuntado con misiles nucleares durante cincuenta años. Nunca la usarían, y tanto Cochrane como Djemma se harían ricos. No había ningún peligro. Ni necesidad de darse prisa.

—¿De qué está hablando? —preguntó.

—Tengo pensada otra cosa que no le he comentado —dijo Djemma—. Discúlpeme por engañar a un hombre tan honrado como usted.

El sarcasmo de la voz de Djemma mostraba la opinión que realmente le merecía Cochrane, y pese al atractivo de la riqueza e incluso la fama clandestina, de repente Cochrane se sintió peor que cuando estaba en el CERN.

Djemma sacó una carpeta y se puso a hojearla.

—Viene usted a mi país con sus planes pensados al dedillo —dijo—. Quiere nadar y guardar la ropa. Fabricar un arma de destrucción masiva, ingresar millones en bancos de las Bahamas y de Suiza, y luego volver a la buena vida, contando historias inventadas sobre los grandes apuros que ha pasado y lo arriesgada que fue su huida.

—Hicimos un trato.

—Los tratos cambian, Cochrane —dijo el líder africano—. Y usted me lo ha puesto en bandeja.

Sacó una foto de la carpeta y la deslizó a través del escritorio en dirección a Cochrane. La parte principal de la imagen era una fotografía policial de Philippe Revior muerto en la nieve. Un recuadro más pequeño en la esquina superior derecha mostraba un revólver colocado sobre un trapo blanco. La pistola resultaba terriblemente familiar a Cochrane.

—Es usted un asesino, señor Cochrane.

Este se violentó.

—No sea tímido —insistió Djemma—, es verdad. Si el mundo no lo sabe es por la mala ubicación de las cámaras de seguridad. Si intenta marcharse o me hace enfadar o si sigue dándome largas, me aseguraré de que la noticia salga a la luz. Como prueba, tengo la pistola con sus huellas dactilares por toda el arma.

La cara de Cochrane se crispó en una mueca de indignación. Estaba atrapado y lo sabía. Fuera lo que fuese lo que Djemma tenía pensado, Cochrane tendría que hacer que funcionara o perdería la vida.

Tras rumiar en silencio por un momento, Cochrane habló por fin.

—Sabe que yo no le haría enfadar. Para mí esto es demasiado importante para dejarlo a medias.

—Y sin embargo no está cumpliendo.

—Solo según su programa.

Djemma negó con la cabeza.

—No se puede cambiar.

Cochrane se lo temía. Significaba que tendría que confesar la verdad.

—Está bien —dijo—. Haré lo que pueda. Pero solo hay dos formas de aumentar la potencia del arma. Necesitaremos materiales mejores o, si quiere acabarla más rápido, necesitaré ayuda.

Djemma sonrió y se echó a reír, como si le alegrara mucho haber conseguido que Cochrane confesara.

—Por fin lo reconoce —dijo—. Ha prometido más de lo que puede ofrecer. Esto le supera.

—No es eso —insistió Cochrane—. El sistema es...

—Ha tenido un año y medio y todo el dinero que ha pedido —gruñó Djemma—. Dinero que podría haber servido para comprar comida y casas a mi gente.

Cochrane miró a su alrededor. El palacio era inmenso y estaba construido con piedra y mármol importados. En cada cuarto de baño había accesorios chapados en oro. ¿Y ese dinero?

—Es una máquina increíblemente compleja —dijo Cochrane—. Para hacerla bien puede que necesite ayuda.

Djemma miró a Cochrane, abriendo con sus ojos agujeros ardientes en la mente de este último, como se suponía que hacía el arma.

—Ya lo sé —dijo el líder africano—. Vuelva a su trabajo. Recibirá los materiales y la ayuda. Se lo prometo.

Isla de Santa María, las Azores, 17 de junio

Los habitantes de Vila do Porto vieron las líneas elegantes del *Argo* poco después del mediodía, hora local. Como en un principio el *Argo* había sido construido para el servicio de guardacostas y diseñado para trabajos de salvamento, cumplimiento de la ley e interceptación, su perfil era el de un pequeño buque de guerra: largo, esbelto y angular.

Doscientos cincuenta años antes, un barco con ese aspecto, o el equivalente en su día, habría sido observado con cautela desde las calles y las atalayas del Forte de São Brás.

Construido en el siglo XVI, con cañones fijados en lo alto de unos sólidos muros de piedra y argamasa, el fuerte era ahora un depósito naval portugués que albergaba a personal y autoridades locales, aunque pocos barcos de su armada visitaban la isla con regularidad.

Mientras el *Argo* echaba anclas delante del puerto, Kurt Austin meditaba sobre el asalto pirata que había presenciado hacía poco y el hecho de que ese tipo de actos estuvieran aumentando en todo el mundo. Dudaba que fuertes como ese volvieran a ser necesarios, pero se preguntaba cuándo los países del mundo se enfadarían lo suficiente para unirse y luchar contra la piratería a escala internacional.

Por lo que había oído, el hundimiento del *Kinjara Maru* había conmocionado a toda la comunidad marítima, y las reacciones enérgicas estaban aumentando. Era un buen paso, pensaba Kurt, pero algo le decía que las palabras se las llevaría el viento antes de que se emprendiera alguna acción real, y la situación seguiría como antes.

Fuera cual fuese el resultado, otro pensamiento había invadido la mente de Kurt mientras repetía su versión en las conversaciones con la Interpol, con los aseguradores del *Kinjara Maru* y con varias asociaciones marítimas en contra de la piratería.

Todos centraban sus preguntas en la piratería y hacían caso omiso a Kurt cuando decía que los piratas no hundían barcos que podían robar ni mataban a miembros de la tripulación que podían tomar como rehenes.

Ellos agradecieron sus ideas y luego las clasificaron, y lo más probable es que se olvidaran de ellas. Pero Kurt no se olvidó, como tampoco pudo olvidar la imagen de los miembros de la tripulación siendo abatidos a tiros cuando intentaban escapar, o la extraña historia de Kristi Nordegrun sobre las luces que parpadeaban, el ruido estridente que sonaba dentro de su cabeza y su pérdida de conciencia hasta que se hizo de día.

Allí estaba pasando algo más. Tanto si el mundo quería como si no, Kurt tenía el

mal presentimiento de que con el tiempo se verían obligados a aceptarlo.

Como el *Argo* estaba fuera de servicio, el capitán Haynes dio a la mayoría de su tripulación permiso para ir a tierra. Estarían allí dos semanas mientras Kurt y Joe terminaban sus pruebas y competían en la carrera submarina. Durante ese tiempo, una tripulación mínima permanecería a bordo del *Argo*, y un grupo distinto rotaría cada pocos días.

El último consejo del capitán a la tripulación fue que no se metieran en líos, pues los isleños tenían fama de ser agradables pero no eran la clase de personas que aguantaban a forasteros bulliciosos, y habían detenido a muchos, incluida la tripulación del mismísimo Cristóbal Colón.

Al bajarse de la embarcación auxiliar del *Argo* a la sombra del Forte de São Brás, Austin se preguntaba qué supondría esa reputación para su buen amigo Joe Zavala. Joe era un ciudadano responsable, pero solía sumergirse en la vida social allí adonde iba, y aunque no era un alborotador, le gustaban las travesuras y le encantaba divertirse.

Cuando Kurt llegó a la tienda donde estaban preparando el *Barracuda*, no vio a Joe por ninguna parte. Un guarda jurado se rió cuando preguntó por él.

—Llega justo a tiempo para verlo pelear —dijo el guarda jurado—. En el centro de recreo, si no lo han dejado ya fuera de combate.

Kurt recibió la noticia con recelo, pidió las señas del centro de recreo y se acercó allí a paso ligero.

Entró en el centro de recreo y se dirigió a un gran gimnasio del que procedía el clamor de una multitud alborotada.

Abrió la puerta y vio un público compuesto por doscientas o trescientas personas sentadas en gradas dispuestas alrededor de un cuadrilátero. No era precisamente el Madison Square Garden, pero el recinto estaba lleno.

Cuando sonó la campana, la multitud se levantó y empezó a dar vítores y a patear hasta que el edificio se sacudió. Kurt oyó los sonidos de los pies arrastrándose sobre la lona y, a continuación, los ruidos secos de los puños enfundados en guantes dándose golpes.

Avanzó por el pasillo y vislumbró el espectáculo del *ring*. Vio a Joe Zavala con calzones rojos. El corto cabello moreno de su amigo quedaba prácticamente oculto bajo el casco protector que llevaba. Mientras Joe se movía de un lado a otro con paso ligero, su cuerpo fuerte, alto y delgado y sus bronceados y musculosos brazos y hombros brillaban del sudor.

Enfrente de Joe, con calzones negros y casco protector, Kurt vio a un hombre más corpulento. De hecho, parecía una versión del dios noruego Thor. Con una estatura de al menos un metro noventa y cinco, el cabello rubio, los ojos azules y un físico bien definido, el contrincante de Joe se movía con mucha menos agilidad pero lanzaba puñetazos como rayos.

Joe esquivó uno, sorteó otro y se apartó echándose atrás. Por un instante se

pareció un poco al campeón de peso medio Óscar de la Hoya: una comparación de la que Joe se habría enorgullecido. Acto seguido contraatacó, asestó unos cuantos puñetazos que parecieron no surtir efecto en su contrincante, y de repente se pareció menos a la superestrella de peso medio cuando un tremendo derechazo de Thor le dio en un lado de la cabeza.

El público dejó escapar un grito ahogado, sobre todo una hilera de mujeres sentadas en la primera fila. Joe se apartó tambaleándose, se agarró a las cuerdas delante de las mujeres, se ajustó el casco y sonrió. A continuación, se volvió y siguió moviéndose hasta que sonó de nuevo la campana.

Cuando Joe llegó a su rincón, Kurt ya estaba allí.

El entrenador de Joe le dio agua y le ofreció sales aromáticas.

Entre profundas bocanadas de aire y unos cuantos sorbos de agua más, Joe dijo:

—Ya era hora de que aparecieras.

—Sí —dijo Kurt—. Parece que lo estás agotando —añadió—. Si te sigue pegando así en la cabeza, se le van a cansar los brazos.

Joe se enjuagó la boca con el agua, escupió un poco y miró a Kurt.

—Lo tengo justo donde quiero.

Kurt asintió con la cabeza, dudando de las palabras de su amigo. Joe había boxeado en el instituto, en la universidad y en la Marina, pero de eso hacía mucho tiempo.

—Por lo menos tienes admiradoras —dijo Kurt, señalando con la cabeza a la primera fila, donde había un grupo de diversas edades que abarcaba desde una universitaria con una flor en el pelo hasta varias mujeres que podían tener los mismos años que Joe pasando por un par de ancianas demasiado arregladas y maquilladas para un evento de ese tipo.

—A ver si lo adivino —dijo Kurt—. Estás peleando para defender su honor colectivo.

—Nada de eso —contestó Joe, mientras su entrenador mojaba el protector bucal de Joe y volvía a metérselo en la boca—. He afrorellado una faca.

La campana sonó, y Joe se levantó, chocó los guantes y regresó al combate.

Las palabras de Joe habían quedado amortiguadas por el protector bucal, pero a Kurt le parecía que había dicho: «He atropellado una vaca».

Ese asalto duró poco; Joe esquivó los rayos de Thor y le asestó unos cuantos golpes rápidos en el diafragma, pero era como si golpeará un muro de piedra. Cuando Joe volvió, se notaba que estaba sin aliento.

—¿Has atropellado una vaca? —preguntó Kurt.

—En realidad, tan solo choqué contra ella —dijo Joe respirando entrecortadamente.

—¿Era la vaca del Dios del Trueno? —preguntó Kurt, señalando con la cabeza al contrincante de su amigo.

—No —respondió Joe—. De un ganadero.

Kurt no logró despejar su confusión.

—¿Cómo acaba eso en un combate de boxeo?

—Aquí hay reglas —dijo Joe—, pero no hay vallas. Las vacas pasean por todas partes; incluso salen a las carreteras. Si atropellas una vaca de noche, es culpa de la vaca. Pero si atropellas una vaca de día, es culpa tuya. Yo choqué contra una al anochecer. Por lo visto, eso es una zona gris.

—¿Y por eso tienes que pelear a muerte en un combate? —dijo Kurt, bromeando.

—¿Te parece esto una pelea a muerte? —preguntó Joe.

—Bueno...

—El tío al que le atropellé la vaca es el dueño del gimnasio. El escandinavo ese se mudó aquí y se convirtió en el campeón amateur de la zona hace un año. A los isleños les gusta, pero preferirían ver a otro de campeón, alguien que se parezca más a ellos.

Kurt sonrió. Con su origen latino, Joe se parecía mucho más a los isleños que Thor.

La campana volvió a sonar, y Joe se acercó y trató de situarse al alcance de los largos brazos del escandinavo. Era peligroso, pero salvo recibir unos cuantos golpes oblicuos, Joe parecía estar defendiéndose, y el escandinavo daba la impresión de volverse cada vez más lento.

Joe se sentó de nuevo, y Kurt cambió de tema.

—Tengo que hablar contigo del *Barracuda* —dijo.

—¿Qué pasa?

—¿Puede sumergirse a casi cinco mil metros?

Joe negó con la cabeza.

—No es una batisfera, Kurt. Está diseñado para la velocidad.

—Pero ¿podrías modificarlo para un trabajo?

—Sí —dijo Joe—. Metiéndolo dentro de una batisfera.

Kurt se quedó callado. Joe era un genio con las máquinas. Aun así, trabajaba ciñéndose a las leyes de la física.

Joe se enjuagó la boca y escupió.

—Está bien, te escucho —dijo—. ¿Qué hay en el fondo del Atlántico que te interese tanto?

—¿Te has enterado de lo que pasó el otro día?

Joe asintió.

—Estuvo a punto de caer un barco encima.

—Sí —confirmó Kurt—. Me gustaría mirarlo más detenidamente ahora que está a salvo en el fondo.

La campana sonó, y Joe se levantó con la mirada fija en Kurt. Parecía estar pensando.

—Puede que haya una forma —dijo con los ojos chispeantes.

Pero Joe se había entretenido demasiado. El Dios del Trueno había cruzado el

cuadrilátero.

—Cuidado —gritó el entrenador de Joe.

Joe se dio la vuelta y se agachó tapándose, al mismo tiempo que el directo de su contrincante le rozaba el brazo levantado. Retrocedió contra las cuerdas protegiéndose, mientras el otro boxeador le lanzaba golpes de izquierda y de derecha.

De repente, Kurt se sintió terriblemente mal por su amigo, ya que lo que se suponía que era un combate amistoso parecía más una paliza. Él tenía parte de culpa por haber distraído a Joe. Si hubiera sido un combate de lucha, habría cogido una silla plegable y la habría lanzado sobre los hombros de Thor. Pero se suponía que eso no estaba bien visto en las reglas de Queensbury.

Los guantes de Thor producían un fuerte sonido sordo al golpear contra los brazos, las costillas y la cabeza de Joe.

—Apóyate en las cuerdas y deja que te pegue hasta que se canse —gritó Kurt, dándole el único consejo que se le ocurría.

Los rugidos del gentío ahogaron su voz. Mientras tanto, las animadoras de Joe estaban boquiabiertas. Las ancianas apartaban la vista como si no pudieran mirar.

Al tener poco espacio para maniobrar, Joe siguió tapándose, incapaz siquiera de abrir los brazos para forcejear con el otro boxeador. Kurt miró el reloj. Era el último asalto, pero todavía faltaba más de un minuto para acabar.

No parecía que Joe fuera a aguantar hasta que sonara la campana. Entonces se le presentó una ocasión. Cuando el escandinavo hizo una pausa para lanzar otro golpe demoledor, se quedó desprotegido.

En ese preciso instante, Joe bajó el hombro y le asestó un gancho. El golpe alcanzó a Thor en el mentón y le lanzó la cabeza hacia atrás. Por lo visto, a esas alturas Thor solo esperaba que Joe se defendiera. Kurt vio que el hombre ponía los ojos en blanco y retrocedía dando traspiés.

Joe avanzó y propinó un fuerte derechazo a Thor que lo mandó contra la lona.

La multitud exclamó sorprendida. Las animadoras de Joe gritaron de alegría, como unas jóvenes que hubieran visto a los Beatles bajar de un avión. El árbitro empezó a contar.

El boxeador escandinavo se dio la vuelta y se puso a gatas cuando el árbitro iba por el número cuatro, mientras Joe danzaba por el cuadrilátero como Sugar Ray Leonard. A la altura del seis, Thor utilizó las cuerdas para levantarse, y Joe se mostró un poco menos contento con el devenir de los acontecimientos. En el número ocho, Thor se hallaba en pie, con aspecto de estar despejado, lanzando una mirada asesina al otro lado del cuadrilátero. A Joe se le había avinagrado el semblante.

El árbitro agarró a Thor por los guantes y parecía dispuesto a mandarlo de nuevo a pelear.

Y entonces sonó la campana.

El asalto y la pelea habían terminado. Se resolvió en un empate. Nadie quedó contento pero todo el mundo aplaudió.

Quince minutos más tarde, tras saldar su deuda con la sociedad, firmar unos cuantos autógrafos y como mínimo con un número de teléfono nuevo en el bolsillo, Joe Zavala estaba sentado con Kurt, quitándose la cinta adhesiva de las manos y presionando una bolsa de hielo contra su ojo.

—Así aprenderás a no atropellar las vacas de la gente —dijo Kurt, utilizando unas tijeras para ayudar a Joe a desprenderse de la cinta.

—La próxima vez que pelee —contestó Joe—, siéntate en la última fila. O, mejor aún, búscate otra cosa que hacer.

—¿Qué dices? —preguntó Kurt—. Yo creía que había ido bien.

Joe no pudo por menos de reírse. Kurt era el amigo más leal que Joe había tenido jamás, pero mostraba cierta tendencia a restar importancia al lado negativo de las cosas.

—Siempre me he preguntado qué entiendes tú por «bien».

Una vez que se hubo quitado la cinta, Joe se colocó la bolsa de hielo en la nuca mientras Kurt le explicaba lo ocurrido a bordo del *Kinjara Maru*.

Le pareció tan raro como a Kurt.

—¿Tu sexto sentido se ha disparado? —preguntó.

—Tres alarmas —dijo Kurt.

—Qué curioso —dijo Joe—. Ahora mismo oigo el mismo sonido en mi cabeza, pero creo que por otro motivo.

Kurt se echó a reír.

—Solo quiero echar un vistazo —insistió—. ¿Crees que el *Barracuda* puede llevarnos allí?

—Tal vez haya una forma de conseguirlo —respondió Joe—. Pero solo con un robot submarino. No me fiaría de las modificaciones a tanta profundidad. Además, no habría espacio para nosotros de todas formas.

Kurt sonrió.

—¿En qué estás pensando?

—Podríamos construir un pequeño casco exterior y meter el *Barracuda* dentro —comenzó a decir.

A medida que Joe hablaba podía ver el diseño mentalmente y notar su forma bajo las manos. Diseñaba cosas empleando la intuición. Hacía los cálculos solo para confirmar lo que ya sabía.

—Llenamos ese compartimiento de líquido no comprimido, o lo hiperpresurizamos con gas nitrógeno. Luego inundamos el interior del *Barracuda* o lo presurizamos varias atmósferas, y el gradiente en tres fases debería ayudar a compensar las fuerzas. De esa forma, ni el casco exterior ni el interior tendrían que soportar toda la presión.

—¿Y la instrumentación y los controles? —preguntó Kurt.

Joe se encogió de hombros.

—Ningún problema —contestó—. Todo lo que metamos estará impermeabilizado y diseñado para un entorno de alta presión.

—Suená bien —dijo Kurt.

Parecía contento. Joe sabía que lo estaría. Y por eso soltó la bomba.

—Solo hay un problemilla.

Kurt entornó los ojos.

—¿Cuál?

—Dirk me ha llamado antes de que llegaras.

—¿Y...?

—Me ha ordenado que no deje que me convenzas para cometer ninguna imprudencia.

—¿Imprudencia?

—Nos conoce demasiado bien —dijo Joe, pensando que hacía falta una mente intrépida, incluso imprudente, para conocer la forma de pensar de otra.

Kurt asintió con la cabeza, esbozando una sonrisa.

—Es verdad. Por otra parte, la palabra «imprudencia» nos da mucha libertad de acción.

—A veces me das miedo —dijo Joe—. Que quede claro.

—Dibuja los planos —dijo Kurt—. La carrera es dentro de dos días. Después estaremos solos.

Joe sonrió; le gustaba el desafío. Y aunque temía la ira de Dirk Pitt si perdían el *Barracuda* de la NUMA, valorado en un millón de dólares, estaba seguro de que Kurt y él habían hecho suficientes méritos para que Pitt lo ocultase si se daba el caso.

Además, si las historias que les habían contado eran ciertas, Dirk había perdido varios juguetitos más caros del almirante Sandecker a lo largo de los años. ¿Hasta qué punto podía enfadarse realmente?

Para recorrer el pasillo del barco de la NUMA *Matador*, Paul Trout tenía que agacharse cada vez que llegaba a un mamparo y su puerta de cierre hermético. Aunque cualquiera con una estatura de más de un metro ochenta tenía que agacharse en los mamparos si no quería arriesgarse a darse un buen cabezazo, Paul medía dos metros y siete centímetros descalzo, y tenía anchas espaldas y largas piernas. Prácticamente tenía que contorsionarse para pasar sin hacerse daño.

Paul era un ávido pescador que prefería el aire libre, de modo que no estaba hecho para el reducido espacio del interior de un barco moderno. Naturalmente, pasaba gran parte de su tiempo en un barco u otro, retorciéndose para entrar en los pequeños compartimentos llenos de máquinas, doblando la columna como una rosquilla para encajar en los sumergibles, o simplemente para recorrer los pasillos internos del barco.

Si hubiera sido otro día, habría salido a la cubierta principal antes de recorrer el barco a lo largo, pero el *Matador* estaba navegando a la altura de las islas Malvinas en el Atlántico Sur. Era invierno en el hemisferio sur, y el viento y la marea ya se habían levantado.

Atravesó otra escotilla y llegó a un compartimento más espacioso. Miró dentro. La sala tenuemente iluminada estaba en silencio; la mayor parte de la luz procedía de las esferas brillantes, los teclados retroiluminados y un trío de monitores de pantalla plana de alta definición.

Un par de investigadores de aspecto desaliñado estaban sentados delante de los monitores fuera borda, mientras que en medio de ellos, sobre una lámina de cristal retroiluminada marcada con una rejilla, se hallaba una mujer curvilínea con las manos extendidas como si estuviera haciendo equilibrios en la cuerda floja. Un visor le tapaba los ojos y le sujetaba el cabello color vino tinto como si fuera una cinta, en tanto que sus manos estaban enfundadas en unos extraños guantes con cables por todas partes. Calzaba unas botas de alta tecnología de las que salían más cables, que llegaban hasta un gran ordenador situado a pocos metros detrás de ella.

Paul sonrió al ver a su mujer, Gamay. Parecía una bailarina robótica. Movié la cabeza a la derecha, y la imagen de los monitores se movió de forma similar; unas luces brillantes iluminaron una superficie lisa cubierta de sedimento con un agujero dentado en lo que antaño había sido el casco de un buque militar.

—Caballeros —dijo—, ahí está el punto de entrada del misil Exocet que hundió su espléndido barco.

—La verdad es que no tiene tan mal aspecto —señaló uno de los hombres, cuyo acento inglés era tan pronunciado como su barba.

El *Sheffield* era la primera baja importante de la guerra de las Malvinas,

alcanzado por un misil de fabricación francesa que no había detonado pero aun así había provocado una serie de incendios que se habían propagado por todo el barco.

La embarcación había sobrevivido seis días después del ataque, antes de hundirse durante un intento por remolcarla hasta el puerto.

—Malditos franceses —dijo el otro inglés—. Probablemente se vengaron de nosotros por lo de Waterloo y Trafalgar.

El hombre de la barba se rió.

—En realidad se esforzaron mucho para avisarnos de la debilidad de esos misiles, y eso nos ayudó a detenerlos, pero habría preferido que hubieran sido un poco más prudentes a la hora de decidir a quién se los vendían.

Señaló la abertura.

—¿Puede meterlo dentro?

—Claro —dijo Gamay.

La mujer movió la mano derecha y cerró los dedos en un invisible botón de mando. Un segundo más tarde, el sedimento se agitó un poco, y la cámara empezó a acercarse al agujero del casco del barco.

Paul echó un vistazo a las pantallas de la pared. En una representación visual que recordaba un videojuego de acción con perspectiva en primera persona, vio lo mismo que Gamay veía en su visor: un tablero de control y varios indicadores que medían la profundidad, la presión, la temperatura y la orientación horizontal y vertical.

También vio una segunda pantalla que mostraba una imagen desde varios metros por detrás del submarino que su mujer estaba pilotando. También parecía un videojuego en la pantalla, mientras una pequeña figura robótica casi humana avanzaba hacia el revestimiento del casco destrozado.

—Desconectando el umbilical —informó Gamay.

Mucho más pequeño que un robot sumergible común, y con una forma que recordaba más a una persona que a un submarino, la figura era conocida por el impronunciable nombre de Explorador Inalámbrico Submarino Antropomórfico Avanzado Robótico. Como en inglés sus siglas eran RAPUNZE (Robotic Advanced Person-shaped Underwater Zero-connection Explorer), al equipo de pruebas le había dado por llamar a la pequeña máquina *Rapunzel*. Y en ese momento, desconectada de toda conectividad con la superficie, se consideraba que *Rapunzel* estaba «soltando su pelo».

En circunstancias normales, *Rapunzel* podía desprenderse del cordón umbilical de un kilómetro y medio de longitud que la mantenía conectada al *Matador* y funcionar por su cuenta en entornos en los que los cordones, los cables y cualquier otra cosa que colgara podían ser peligrosos. Alimentada con baterías que duraban tres horas en libertad, estaba impulsada por un rotor situado en lo que habría sido su vientre. Equipada con suspensión cardánica total, se podía girar trescientos sesenta grados en cualquier dirección, lo que le permitía moverse arriba, abajo, de lado, atrás o en cualquier combinación intermedia.

Como tenía forma humana, se podía doblar y entrar en lugares a los que no podía acceder un robot submarino normal. Incluso podía encogerse, replegando los brazos y las piernas de tal forma que ocupaba el mismo espacio que un balón de playa con una luz y una cámara de vídeo encima.

Empleando el sistema de realidad virtual y las botas con sensores de movimiento, los diseñadores hicieron posible manejar a *Rapunzel* como si un humano estuviera allí abajo haciendo el trabajo en persona. Se esperaba que fuera de gran ayuda en el sector del salvamento, evitando a los submarinistas acercarse a los restos de naufragios peligrosos y permitiendo explorar barcos hundidos considerados desde hacía mucho tiempo demasiado peligrosos o que estaban a demasiada profundidad para acceder a ellos.

La exploración del *Sheffield* iba a ser la fiesta de presentación en sociedad de *Rapunzel*, pero algo iba mal. Una señal luminosa roja se encendía repetidamente en uno de los teclados así como en la cabina virtual. El umbilical no se desconectaba.

—Déjenme volver a intentarlo —pidió Gamay, reiniciando la secuencia.

Paul intervino en voz baja.

—No quiero interrumpir —dijo—, pero me temo que *Rapunzel* tiene que volver para cenar.

—¿Es ese mi maravilloso marido? —dijo Gamay, que seguía toqueteando los mandos imaginarios.

—Sí. Se avecina una tormenta —explicó Paul, con su acento del nordeste—. Tenemos que asegurar el barco e ir al norte antes de que sea una tempestad con todas las de la ley.

Los hombros de Gamay se hundieron un poco. De todas formas, no importaba; el umbilical no se soltaba, y no podían enviar a *Rapunzel* dentro del barco con los cables todavía conectados. Activó otros interruptores. Un icono con el nombre «Regreso automático» apareció en la pantalla, y la mano virtual de Gamay se alargó y lo tocó.

Rapunzel empezó a salir del *Sheffield* y ascendió a través de las profundidades. Los LED de los guantes y las botas de Gamay se apagaron. Se quitó el visor y miró a Paul parpadeando. Se dirigió hacia él y estuvo a punto de perder el equilibrio.

Paul la sujetó.

—¿Estás bien?

—Al salir te desorientas un poco —dijo.

Parpadeó unas cuantas veces más como si estuviera intentando volver a enfocar el mundo real y luego sonrió a su marido.

Él le devolvió la sonrisa, sin dejar de preguntarse cómo había tenido la suerte de encontrar a una mujer tan guapa y tan perfecta para él.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó.

—Como estar allí abajo —contestó ella—. Solo que no estoy mojada ni tengo frío y puedo comer contigo mientras *Rapunzel* hace el trayecto de vuelta de quince

minutos desde el fondo.

Alargó la mano y le dio un beso.

—Ejem —dijo tosiendo uno de los ingleses.

—Perdón —se excusó ella, volviéndose hacia ellos—. Yo diría que *Rapunzel* va a ser un gran punto a nuestro favor. Solucionaremos los problemas mientras dure la tormenta y luego la soltaremos y volveremos a intentarlo.

—Me temo que no —repuso Paul—. Al menos hasta octubre.

—¿El tiempo está empeorando demasiado para usted, amigo? —preguntó el inglés—. Cuando era niño atravesábamos tormentas como esta en una lancha motora.

A Paul no le cabía duda de que aquel hombre decía la verdad: había estado veinticinco años en la Marina Británica antes de retirarse hacia una década. Se encontraba en el *Sheffield* cuando había sufrido el ataque letal.

—Supongo —dijo Paul, aceptando la idea—. Vamos al norte. Cuando hayamos pasado la tormenta, un helicóptero vendrá a recogerlos. Supongo que volverán a Inglaterra desde allí. Me aseguraré de que tengan té a bordo.

—Ah —exclamó el hombre con barba—. Es usted muy amable.

Los dos ingleses se levantaron.

—Me imagino que ya hemos visto lo que vinimos a ver. Nos gustaría que nos invitaran cuando vuelvan.

—Desde luego —dijo Gamay.

Estrecharon la mano a la mujer y se marcharon, avanzando por el pasillo con mucha más facilidad que Paul al venir minutos antes.

Gamay lo observó.

—¿Vamos a dejar este sitio por una tormenta que pasará dentro de unos días? —dijo con recelo.

—Me ha parecido una buena excusa para nuestros invitados —contestó Paul.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. Y no me mientas, o esta noche dormirás solo.

—¿Te acuerdas del buque que se hundió el otro día? Kurt estaba allí cuando pasó; incluso rescató a la mujer del capitán.

—Claro —dijo ella—. Los problemas siempre acaban encontrándolo.

Paul se rió. Efectivamente, los problemas acostumbraban a buscar a Kurt Austin y a visitarlo. Paul y Gamay a menudo habían participado en lo que ocurría a continuación. Parecía que esta vez no sería una excepción.

—Hay detalles del hundimiento que la prensa no ha contado —explicó él.

—¿Como qué?

—Los piratas mataron a la tripulación y barrenaron a propósito el barco —contestó Paul.

—No parece lógico, ¿verdad? —dijo Gamay.

—No —convino él—. Ni tampoco se lo parece a Kurt ni a Dirk, ni a la aseguradora. Con su permiso, Kurt nos ha pedido que llevemos a *Rapunzel* a echar un vistazo.

Gamay se quitó los guantes robóticos y se sentó para desatarse las botas.

—Parece bastante sencillo —dijo—. ¿Por qué estás preocupado?

—Porque Dirk me ha dicho que lo esté —dijo Paul—. Cree que alguien se ha esforzado mucho para ocultar lo que sucedió en ese barco. Y si es el caso, sean quienes sean, puede que se enfaden un poco con nosotros si husmeamos.

Ella alargó el brazo y le cogió la mano.

—¿Crees que puedes meter a *Rapunzel* en un barco hundido? —preguntó Paul.

—Me habría gustado acabar la prueba —contestó ella—, pero sí, creo que podemos conseguirlo.

Atravesando el agua a toda velocidad a treinta metros por debajo de la superficie, el *Barracuda* parecía más un pez manta con alas cortas y gruesas que un submarino... o una barracuda, para el caso. Con un tamaño aproximado de la mitad de un coche compacto, su morro con forma de cuña se estrechaba, tanto horizontal como verticalmente, y presentaba una extensión ligeramente bulbosa en la punta.

Era una característica aerodinámica que hacía que el agua se moviera suavemente alrededor y encima del submarino, lo que reducía la resistencia y aumentaba su capacidad para acelerar y para alcanzar la velocidad punta.

Además, el revestimiento de acero inoxidable estaba lleno de microscópicos surcos con forma de V, tan pequeños que de lejos simplemente parecían un dibujo vago en el acabado. Los surcos eran parecidos al recubrimiento que se usaba en los cascos de los yates de regatas, y también añadían velocidad reduciendo la resistencia.

Como el submarino estaba destinado a realizar trabajo de salvamento, había un compartimento cerrado en la base de cada ala que contenía enseres diversos: sopletes para cortar, pinzas de sujeción y otras herramientas. En verdad, el *Barracuda* había sido diseñado más como un caza silencioso que como un submarino. Faltaba por saber si podría volar como un caza.

Pilotado por Kurt, que se hallaba a los controles, y Joe, justo detrás supervisando todos los sistemas, el *Barracuda* se precipitaba a través del agua a treinta y cuatro nudos. Joe insistía en que podía alcanzar los cuarenta y cinco, pero esa velocidad agotaría rápidamente la batería. Para dar dos vueltas al recorrido de noventa y tres kilómetros del que constaba la carrera, treinta y cuatro nudos era lo máximo a lo que podían aspirar.

—Nos estamos acercando a un cambio de profundidad —mencionó Joe.

La carrera no solo estaba compuesta de tramos horizontales, donde los submarinos podían correr a toda velocidad y elevarse. También exigía maniobras para completarla: cambios de profundidad, cambios de rumbo, incluso una sección que requería que serpentearan entre un grupo de pilones, avanzaran deprisa hasta determinado punto y luego volvieran a salir, antes de dar la vuelta y correr hasta la siguiente boya.

La competición estaba compuesta de tres etapas, con un premio de cien mil dólares para el ganador de cada etapa y unos suculentos diez millones para el vencedor absoluto.

—¿No te parece increíble que esos tíos ofrezcan diez millones al ganador? —dijo Joe entusiasmado.

—Debes saber que ese dinero irá a parar a la NUMA si ganamos —contestó Kurt.

—No me deprimas —dijo Joe—. Estoy soñando. Me voy a comprar un rancho en

Midland y una camioneta del tamaño de una pequeña excavadora.

Kurt se echó a reír. Por un momento, consideró lo que podría hacer con diez millones de dólares y se dio cuenta de que probablemente haría lo mismo que estaba haciendo ahora. Trabajar para la NUMA. Ver mundo. En ocasiones salvar algún que otro mar.

—Te recuerdo quién ha puesto el dinero.

—La Corporación Africana Submarina —dijo Joe—. Son muy conocidos en el sector de la perforación de plataformas continentales.

Kurt asintió. El supuesto objetivo de la competición era desarrollar sumergibles que se pudieran usar para trabajar rápido, sin peligro y con autonomía a profundidades de hasta trescientos metros. Kurt se imaginaba que aquello tenía más que ver con la publicidad que con otra cosa.

Con todo, aunque no consiguiera el dinero, a Kurt le gustaba ganar.

—Dentro de quince segundos, comienza el descenso a setenta y cinco metros —dijo Joe.

Kurt acercó la mano a un teclado, pulsó 7 - 5 y mantuvo el dedo sobre la tecla de «Enter». Tanto Kurt como Joe podían variar la profundidad manualmente si querían, pero el ordenador era más preciso.

—Tres... dos... uno... ahora.

Kurt pulsó la tecla y oyeron el sonido de una pequeña bomba introduciendo aceite de la parte posterior en una cámara delantera del submarino. Eso hizo que el morro pesara más y descendiera. Sin necesidad de repostar agua, de orientar los reguladores de inmersión o de ajustar la potencia, el *Barracuda* avanzó a velocidad óptima, descendiendo y acelerando a medida que se sumergía.

Alrededor de ellos, la luz empezó a desvanecerse, y el color pasó de un intenso tono aguamarina a un azul más oscuro. Arriba hacía un precioso día soleado, con altas presiones en todas partes.

—¿Cómo vamos? —preguntó Kurt.

—Faltan seis kilómetros y medio para la señal exterior —contestó Joe.

—¿Y los otros participantes?

Era una carrera cronometrada; se habían dispuesto los submarinos a intervalos de diez minutos para mantenerlos separados, pero Kurt y Joe ya habían adelantado a una embarcación. Más adelante alcanzarían a otro competidor.

—Podríamos embestir contra ellos si nos estorban —propuso Joe.

—Esto no es NASCAR —respondió Kurt—. Creo que eso nos restaría puntos.

Mientras Kurt mantenía el *Barracuda* con un rumbo preciso, oyó que Joe tecleaba detrás de él.

—Según la telemetría —explicó Joe—, el XP-4 está ochocientos metros más adelante. Deberíamos ver sus luces traseras dentro de unos diez minutos.

A Kurt le parecía bien. Faltaban siete minutos para el siguiente cambio de profundidad. Ascenderían a cuarenta y cinco metros, pasarían por encima de una

cresta y correrían cerca de la superficie de una meseta submarina: una llanura lisa que antiguamente había sido un campo de lava submarino.

—Es más fácil y más divertido adelantar cuando pueden verte pasar —dijo.

Siete minutos más tarde, Kurt elevó el *Barracuda*, pasaron zumbando por encima de la cresta y se nivelaron a cuarenta y cinco metros. Un momento más tarde la radio crepitó.

—... experimentando proble... eléctri... baterías... fallo del siste...

La confusa señal de baja frecuencia era difícil de entender, pero puso a Kurt en alerta.

—¿Lo has oído?

—No he podido entenderlo —dijo Joe—. Pero alguien tiene problemas.

Kurt se quedó callado. Todos los submarinos habían sido equipados con una radio de baja frecuencia que, en teoría, podía comunicar con las boyas flotantes repartidas a lo largo del circuito de la carrera y retransmitir la señal al árbitro y a las embarcaciones de emergencia situadas a lo largo de la ruta. Pero la señal era tan débil que Kurt no sabía quién la estaba transmitiendo.

—¿Ha dicho que tienen problemas eléctricos?

—Creo que sí —dijo Joe.

—Llámales —la pidió Kurt.

Un momento más tarde Joe estaba hablando por radio.

—Al submarino que informa de problemas. La transmisión llega entrecortada. Por favor, repetidla.

Los segundos pasaron sin respuesta. La sensación de peligro de Kurt aumentó. Para hacer más rápidos los submarinos, la mayoría habían sido construidos con tecnología experimental. Algunos incluso tenían baterías de iones de litio que, en circunstancias excepcionales, podían arder. Otros tenían motores eléctricos experimentales y cascos de finos polímeros.

—Al submarino que informa de problemas —insistió Joe—. Aquí el *Barracuda*. Por favor, repetid vuestro mensaje. Transmitiremos a la superficie.

Más adelante, Kurt vio un reguero de burbujas. Tenía que ser la estela del XP-4. Se había olvidado por completo de él y ahora iban derechos hacia su tubo de escape. Ladeó el *Barracuda* a la izquierda y entonces reparó en algo extraño: el reguero de burbujas formaba un arco hacia abajo y hacia la derecha. No tenía sentido, a menos que...

—Es el XP-4 —dijo—. Tiene que serlo.

—¿Estás seguro?

—Mira el GPS.

Kurt aguardó mientras Joe cambiaba de pantalla.

—Estamos justo encima de él.

—Pero no lo veo por ninguna parte —señaló Kurt.

Joe volvió a la radio.

—XP-4, ¿me recibís? —preguntó Joe—. ¿Habéis informado de problemas?

Un breve estallido de interferencias sonó por la radio y luego nada.

—Perderemos si viramos —avisó Joe.

Kurt ya lo había pensado. Las reglas eran estrictas.

—Olvídate de la carrera —dijo Kurt, y giró ampliamente a la derecha, redujo el ritmo y tomó el control de profundidad manualmente.

Encendió las luces del *Barracuda* y buscó el reguero de burbujas.

—¿De qué está hecho el XP-4? —preguntó.

Joe conocía a los demás competidores mejor que él.

—De acero inoxidable, como nosotros —respondió Joe.

—Podríamos usar el magnetómetro para encontrarlo. Quinientos kilos de acero deberían darnos una lectura desde esta distancia.

Kurt vio lo que le pareció que era la columna de burbujas. Giró para seguir el reguero curvo y descendente. Detrás de él, Joe activó el magnetómetro.

—Algo no va bien —dijo Joe, toqueteando los mandos.

—¿Qué pasa?

—Míralo tú mismo.

Joe pulsó un interruptor, y la pantalla central del panel de visualización de Kurt cambió. Las líneas del acimut y de la densidad magnética deberían haberse visto con relativa claridad, pero las distintas líneas subían y bajaban, y el indicador direccional giraba como la aguja de una brújula dando vueltas sobre sí misma.

—¿Qué demonios le pasa? —masculló Kurt.

—No lo sé.

La radio volvió a emitir un zumbido de interferencias y esta vez se oyó una voz.

—... problemas continuados... humo en la cabina... posible fuego eléctrico... apagando todos los sistemas... por favor...

La transmisión se cortó bruscamente, y a Kurt se le heló la sangre.

Miró a través del parabrisas curvado de plexiglás del *Barracuda*, reduciendo aún más la marcha del submarino. A medida que la velocidad disminuía, bajó el morro hasta que estuvieron inclinados hacia abajo casi en línea recta.

Mientras descendían lentamente a través del agua, escudriñó el fondo. A cincuenta metros, la luz de la superficie todavía se filtra, pero el color circundante es de un azul marino puro, y la visibilidad se limita a un radio de quince metros.

Las luces del *Barracuda* aumentaban la visibilidad. Como el agua del mar dispersa y absorbe longitudes de onda de luz más largas, Joe había instalado bombillas especiales que emitían un brillante tono verde amarillento del espectro visible. Las luces ayudaban a abrirse camino a través de la penumbra, y conforme el *Barracuda* se acercaba al fondo, Kurt vio lo que parecía una gubia en el sedimento arenoso.

Viró para seguirla.

—Allí —dijo Joe.

Más adelante, una figura de acero tubular que se parecía más a un submarino tradicional yacía de costado. Las siglas «XP-4» se podían leer pintadas en grandes letras negras.

Kurt giró alrededor de él hasta que llegó a un lugar desde el que se podía ver la cubierta exterior de la cabina. De la cola del submarino salían lentamente burbujas, pero la cabina parecía intacta.

Apagó las luces e intentó permanecer flotando junto a la embarcación, pero la corriente lo hacía difícil.

—Mándales un mensaje.

Mientras Kurt se esforzaba por mantener el *Barracuda* en posición, Joe cogió una linterna, enfocó con ella al XP-4 a través de la ventana y envió un mensaje en código Morse.

Kurt vio movimiento en el interior, y a continuación recibieron un mensaje.

—Tod... electr... apag... —dijo Joe, traduciendo.

Kurt notó que volvían a navegar a la deriva y le dio al propulsor.

—Tienen que tener oxígeno —dijo Kurt, revisando mentalmente las normas de seguridad que los organizadores del certamen habían establecido—. ¿Pueden reventar la cobertura de la cabina?

Joe encendió y apagó la linterna, enviando el mensaje. La respuesta echó por tierra esa esperanza.

—Cubiert... electr... atrapados.

—¿A quién se le ocurre fabricarse una cubierta de cabina eléctrica? —masculló Kurt.

Entonces miró a Joe.

—La nuestra tiene apertura manual —le dijo Joe en tono tranquilizador.

—Solo me estaba asegurando.

Joe sonrió.

—¿Podemos remolcarlos?

—Parece que no nos queda más remedio —contestó Kurt—. Utiliza el gancho.

Detrás de él, Joe activó los mandos del sistema de sujeción, y en el ala derecha del *Barracuda* se abrió un tablero. Apareció un aparato metálico plegado. Una vez que estuvo encajado, se desplegó y adoptó la forma de un largo brazo metálico con una pinza en el extremo.

Mientras la pinza se extendía, Kurt se dio cuenta de que estaban yendo a la deriva y se estaban alejando del XP-4.

—Acércame —dijo Joe.

Kurt volvió a activar los propulsores, y el *Barracuda* se dirigió a la sección trasera del XP-4 hasta un punto en el que un asidero salía del casco. En la superficie, el buque nodriza del XP-4 se acoplaría a ese asidero con una grúa para sacar el submarino del agua. Kurt y Joe intentarían hacer lo mismo desde abajo.

—Tal vez esto nos venga bien para la nota de salvamento —dijo Joe.

—Tú coge el submarino —replicó Kurt.

La pinza se extendió pero falló. Kurt ajustó su posición, y Joe volvió a intentarlo un par de veces.

—Algo no va bien —dijo.

—Sí, tu puntería —contestó Kurt.

—O tu forma de pilotar —repuso Joe.

Kurt no quería oír eso, pero era verdad. Y sin embargo, cada vez que se adaptaba a la corriente, el *Barracuda* parecía volver a desviarse. Echó un vistazo al sedimento en un intento por analizar mejor la corriente.

—Ejem, ¿kurt...? —dijo Joe.

Kurt no le hizo caso. Decididamente, algo no iba bien. A menos que le fallara la vista, el *Barracuda* iba a la deriva en dirección contraria a la corriente. Y, por extraño que pareciera, el XP-4 también se movía, si bien a un ritmo más lento al ser arrastrado por el fondo.

—Kurt —insistió Joe en tono más urgente.

—¿Qué?

—Mira detrás de nosotros.

Kurt giró el submarino varios grados y torció el cuello. El fondo arenoso dio paso a la oscuridad. Estaban yendo a la deriva hacia una especie de acantilado. En las cartas de navegación aparecía como una profunda depresión circular con una elevación en el centro: la caldera de un volcán que había estado activo miles de años antes.

La idea de que el XP-4 estropeado se despeñara por el borde de esa caldera con dos hombres atrapados en su interior bastó para que Kurt se olvidara de los extraños movimientos de los dos submarinos. Lo único que quería era coger al XP-4 y salir de allí.

Avanzó hasta que el morro del *Barracuda* estuvo pegado al del otro submarino. Joe intentó agarrar el pequeño asidero con la pinza de sujeción, pero no podía atraparlo. El sedimento empezó a removerse a su alrededor mientras Kurt aumentaba la velocidad de los propulsores.

Habían llegado al punto en el que el suelo empezaba a bajar en pendiente.

No sabían qué estaba pasando, pero estaban siendo arrastrados hacia la caldera. Kurt utilizó la alimentación principal, bloqueando el XP-4 y dándole repetidamente al acelerador, en un intento por retenerlos.

El XP-4 empezó a balancearse girando contra el morro del *Barracuda*. Estaba siendo arrastrado más allá del submarino. La caldera se abría detrás de ellos.

—Ahora o nunca, Joe.

Joe gruñó al tiempo que manejaba los mandos. El brazo se extendió, y la pinza se fijó.

—Ya lo tengo —dijo Joe.

El XP-4 había llegado al borde y se estaba desplomando; Kurt no tenía otra

opción que dejar que el *Barracuda* cayera con él momentáneamente. Si le daba al acelerador, el brazo se doblaría y se partiría debido al peso.

Resbalaron por el borde, se deslizaron hacia atrás y cayeron en la oscuridad. Kurt apartó el morro del *Barracuda* del XP-4. La pinza de sujeción giró hasta apuntar a la parte de atrás, y los dos submarinos descendieron de lado mientras Kurt encendía despacio el propulsor principal.

Poco a poco, el *Barracuda* apartó el XP-4 de la pared de la caldera y empezó a nivelarse. Los dos submarinos seguían hundiéndose, atraídos de un modo extraño hacia el centro del volcán.

El *Barracuda* comenzó a acelerar, seguido del cuerpo con forma de torpedo del XP-4. Mientras Kurt los remolcara y no torciera ni doblara el brazo, estaba bastante seguro de que aguantaría.

—Seguimos descendiendo —dijo Joe.

Kurt era consciente de ello, aunque no se explicaba el porqué.

—Tal vez les haya entrado agua —aventuró.

Dio más potencia al submarino hasta que el propulsor estuvo casi al máximo. El descenso se frenó y empezaron a cobrar velocidad; velocidad que necesitarían para subir.

Una forma apareció más adelante, una columna de roca de treinta metros que se elevaba desde el centro de la caldera como una chimenea. Si hubiera tenido que adivinar de qué se trataba, Kurt habría dicho que era el tapón volcánico que se había enfriado y se había endurecido cuando aquel respiradero de calor terrestre se había quedado inactivo. El problema era que se encontraba en mitad de su camino.

—¿Soplo los tanques? —preguntó Joe.

—No, los perderemos —dijo Kurt.

Puso el submarino a toda potencia y levantó el morro poco a poco. Se estaban acercando a la torre de roca con una rapidez espantosa.

—Vamos —lo apremió Kurt.

Parecía como si la torre de roca los estuviera atrayendo como un agujero negro. Y con el peso que remolcaban, solo eran capaces de ascender a una velocidad lentísima.

—Sube, maldita sea —gruñó Kurt.

Iban directos hacia la torre, como un avión que vuela contra un precipicio. La luz de la superficie quedó tapada por completo por la sombra de la roca. Estaban ascendiendo pero no lo bastante rápido. Parecía que iban a chocar de frente contra ella.

—Vamos —dijo Kurt.

—¿Kurt? —dijo Joe, con la mano sobre el mando del lastre.

—Vamos, pedazo de...

De repente, volvieron a ver la luz, y en el último segundo se elevaron por encima de la torre. Kurt niveló el submarino, lo que le permitió aumentar la velocidad.

—Creo que hemos raspado la pintura —dijo Kurt.

Detrás de él, Joe dejó escapar un suspiro de alivio.

—Mira el magnetómetro —dijo.

Kurt no le oyó.

—Apunta todo a popa, directamente a esa torre de roca. Es una especie de campo magnético de alta intensidad —le informó Joe.

En cualquier otro momento, a Kurt le habría parecido interesante, pero delante, iluminado por unas brillantes luces de color verde amarillento, vio algo que le resultó increíble.

El mástil de un gran barco se elevaba del suelo del océano como un árbol sin ramas. Detrás de él había un barco de pesca más pequeño, y justo a la izquierda, lo que en otro tiempo pudo haber sido el casco de un vapor volandero.

—¿Ves eso, Joe? —preguntó.

Mientras Joe se volvía para ver mejor, Kurt dirigió el *Barracuda* justo por encima de los tres barcos. Entonces vieron varios más. Barcos de carga que parecían los antiguos buques Liberty de la Segunda Guerra Mundial, con sus cascos oxidados cubiertos de una fina capa de algas y sedimento. Por todas partes había contenedores cuadrados desperdigados como si los hubieran tirado al azar por el costado de un barco.

Vio el ala de un pequeño avión, y cuatro o cinco objetos irreconocibles más que parecían fabricados a mano.

—¿Qué es este sitio? —se preguntó Kurt en voz alta.

—Es como una especie de cementerio de barcos —dijo Joe.

—¿Qué hacen todos aquí?

Joe negó con la cabeza.

—No tengo ni idea.

Pasaron por encima de los barcos naufragados, y el fondo del mar regresó poco a poco a la normalidad, sedimento y lodo en su mayor parte, con vegetación y pedazos de coral aquí y allá.

Deseoso de volver pero consciente de que tenía una cita más importante con la superficie, Kurt elevó el morro del *Barracuda* y ascendió de nuevo. Poco a poco, el suelo del mar empezó a alejarse.

Entonces, justo antes de que las luces perdieran el contacto, Kurt vio otra cosa: el fuselaje de un gran avión medio enterrado en el lodo. Su larga y estrecha cabina se extendía hacia atrás mostrando un contorno fluido y elegante hasta acabar en una característica cola triple.

Kurt conocía ese avión. Cuando era más joven, él y su padre habían construido una maqueta de ese modelo, que Kurt y un amigo habían volado en pedazos con unos cohetes que habían encontrado.

El avión de líneas amplias y cola triple era único. Era el hermoso *Lockheed Constellation*.

Ciudad de Nueva York, 19 de junio

Las oficinas en Nueva York de la Compañía Naviera Shokara ocupaban varios pisos de un edificio de cristal y acero en el centro de Manhattan. Un operador internacional de ciento diecisiete buques mercantes, Shokara seguía la pista de sus barcos desde una sala de control en el piso cuarenta y seis, agasajaba a sus posibles clientes en el cuarenta y siete, y llevaba la contabilidad en el cuarenta y ocho. El piso cuarenta y nueve estaba reservado para los VIP y los ejecutivos, y normalmente estaba vacío a excepción del personal de limpieza, que mantenía immaculado el espacio de diseño feng-shui.

Sin embargo, esa semana las cosas eran muy distintas. El presidente y director general de Shokara, Haruto Takagawa, estaba allí. Por consiguiente, el nivel de actividad y de seguridad había aumentado mucho.

En un principio Takagawa tenía pensado pasar un mes en Nueva York, disfrutando de Broadway, de la vida nocturna y de los maravillosos museos de la ciudad. Al mismo tiempo, se reuniría con varios corredores de bolsa y miembros de la Comisión del Mercado de Valores. A finales de mes esperaba anunciar la cotización de Shokara en la bolsa de Nueva York, una oferta privada para movilizar más capital y una nueva filial, Shokara Nueva York, que empezaría a ocuparse de los barcos que viajaban de Estados Unidos a Europa y de Europa a Estados Unidos.

Y aunque esas tareas seguían presentes en su agenda, Takagawa había pasado la mayor parte de la última semana lidiando con las consecuencias de un ataque pirata y el hundimiento de uno de sus barcos, el *Kinjara Maru*.

La situación era doblemente complicada para Takagawa, primero porque se daba en un momento terrible, justo antes de las planificadas medidas empresariales, y segundo, porque el barco había sido registrado para operar de Singapur a Australia, no de África con rumbo a Hong Kong. Debido a ese hecho, la aseguradora afirmaba que la póliza era inválida, pues los barcos situados a la altura de la costa africana eran secuestrados mucho más a menudo que los que viajaban de Asia a Perth o Sidney.

Sin embargo, aunque esas dos espinas le fastidiaban, no tendrían importancia a largo plazo. Se llegaría a un acuerdo con la aseguradora, una vez que les hubieran sacado un uno por ciento o dos del precio, y a los pocos días su barco hundido despertaría en Nueva York el mismo interés que una camioneta con un neumático pinchado. Esas cosas pasaban.

Lo que sí importaba eran las exigencias del comprador de China, que reclamaba el reembolso del cargamento que se había perdido. Se trataba de un asunto delicado por muchos motivos, pero sobre todo por la naturaleza del propio cargamento.

Como conglomerado japonés, Shokara operaba conforme a la ley japonesa, pero al tratar de abrir una filial con sede en Estados Unidos, se esperaba que Takagawa acatará las leyes estadounidenses. Esas leyes prohibían el transporte de determinada tecnología a otros países, y parte del material que estaba a bordo del *Kinjara Maru* podía encajar en esa categoría.

En ese momento concreto, Takagawa no podía permitirse que esa información saliera a la luz. Si eso ocurría, o si las personas indicadas se enteraban de la verdad y se enfadaban, la estancia de Takagawa en Nueva York podía convertirse en unas vacaciones muy caras.

Justo cuando las cosas parecían estar volviendo a la normalidad, su intercomunicador sonó.

—Señor Takagawa —anunció su secretaria—, hay dos hombres en el vestíbulo de la planta baja que quieren verlo.

Takagawa no se molestó en preguntar si tenían cita, pues de ser así les habrían permitido subir.

—¿Quiénes son?

—Según sus credenciales, trabajan para una organización estadounidense conocida como Agencia Nacional de Actividades Subacuáticas —dijo la secretaria—. Quieren hablar con usted del *Kinjara Maru*.

La NUMA. Takagawa conocía bien a la agencia, y no solo porque la casualidad había querido que unos agentes de la organización descubrieran un acto de piratería en uno de sus barcos y trataran de intervenir. Lo sabía todo de la NUMA desde un incidente que había tenido lugar hacía más de una década.

A diferencia de otras personas relacionadas con el sector del transporte en barco en Japón, él sentía un gran cariño por los hombres y mujeres de la NUMA. Eso le hacía todavía más difícil responder.

—Diles que no puedo hablar del tema —dijo.

Volvió a hacerse el silencio por un instante, y Takagawa alargó la mano a un lado. Encendió un monitor y pulsó un botón que le permitió ver la recepción del vestíbulo.

Allí había dos jóvenes trajeados llenos de energía y de entusiasmo. Parecían más un par de abogados o contables licenciados en una prestigiosa universidad que los intrépidos hombres con los que había tratado en el pasado. Pero, por otra parte, solo podía haber un motivo por el que quisieran hablar con él del *Kinjara Maru*. Así pues, ¿por qué no mandar a unos abogados?

La voz de la secretaria volvió a sonar:

—Dicen que están dispuestos a esperar todo el día si no les queda más remedio, pero que tienen que hablar con usted.

—Pueden esperar hasta el fin del mundo —dijo—, porque no pienso hablar con ellos. Que los de seguridad los echen del edificio.

Apagó el monitor de vídeo y volvió a su trabajo. La NUMA podía ser un problema para él. Takagawa había descubierto que podía ser un problema para

cualquiera si se lo proponía.

Atlántico oriental, 20 de junio

Veinticuatro horas después del descubrimiento del cementerio marino, Kurt Austin se encontraba junto a la barandilla de babor del *Argo*. El barco estaba atracado cerca de la caldera submarina que había estado a punto de tragarse al XP-4, además de a Kurt, a Joe y al *Barracuda*.

Kurt contemplaba a través del agua cómo el sol de media tarde empezaba a descender, dotando a la luz de un cálido tono bronce, mientras las sombras se extendían y el aire se volvía más húmedo. Bajo esa agradable luz, el mar parecía brillante y en calma, casi de aspecto aceitoso, como si el sol caliente lo hubiera adormecido como a un tigre en la sabana africana.

Allí de pie, Kurt reflexionaba sobre el extraño giro de los acontecimientos. Al informar del descubrimiento, Kurt y Joe habían recibido el agradecimiento público de las autoridades portuguesas. Y luego, en privado, los habían reprendido e inmediatamente les habían ordenado que no molestaran ni se llevaran nada del lugar y que no se les ocurriera volver, como si fueran vándalos o ladrones.

Hubo toda clase de órdenes. Oficialmente, los portugueses insistían en que respondían a motivos de seguridad. En cierto modo, Kurt podía entenderlo. Las fluctuantes propiedades magnéticas alrededor de las formaciones rocosas dificultaban la navegación submarina. En ocasiones, cuando el campo magnético alcanzaba su punto más alto, los sumergibles con casco de acero, incluso el *Barracuda*, eran arrastrados hacia él literalmente como si estuvieran tirando de ellos con un cable. Luchar contra esa fuerza de atracción era más difícil cuanto más se acercaba uno a la torre.

Kurt se había visto en una posición en la que la corriente y la atracción magnética actuaban en la misma dirección. Dios no quisiera que chocara contra ella, pensaba.

Poco después de la experiencia de Kurt, otro submarino informó de que sufría problemas eléctricos. E incluso días después de verse expuestos al magnetismo, el piloto y el oficial de navegación del XP-4 seguían quejándose de dolores de cabeza y de extraños problemas de visión. Todo ello se sumó al misterio del lugar y a las teorías conspirativas que circulaban.

En cuanto al gobierno portugués, no tenía motivos para acallar los rumores. Incluso podían dar lugar a una bonanza turística, algo que a toda isla pequeña le venía bien.

En algunos aspectos, la afluencia ya había dado comienzo. La mañana después del descubrimiento solo el *Argo* estaba presente. Hoy le acompañaban tres gabarras, y si los rumores eran fiables, al día siguiente habría diez barcos, todos llenos de turistas

esperando ver el ahora infame «cementerio submarino».

Se ofrecían visitas al lugar, se emitían comunicados de prensa, y un vídeo de baja resolución colgado en YouTube ya había recibido más de un millón de visitas.

Dentro de pocos días, Kurt suponía que estaría presenciando una merienda de negros, algo así como intentar hacer submarinismo en compañía de otros mil turistas, con sus coloridos trajes de baño y sus manguitos de plástico, e imaginar que se está disfrutando de una «auténtica» experiencia acuática.

Mientras meditaba sobre ello, unos pasos se acercaron a él por detrás. Kurt se volvió y vio a Joe Zavala, con una botella de cerveza de cuello alto helada en cada mano.

—Bohemia —dijo Joe, dándole una—. La mejor cerveza de México.

Kurt cogió la botella y bebió, paladeando su gélido sabor en un día tan caluroso y húmedo como aquel.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó Kurt.

—De la reserva privada del capitán —contestó Joe—. Se suponía que eran para la celebración de nuestra victoria.

—¿Y el capitán te deja echarles mano antes de tiempo? —preguntó Kurt.

Joe asintió con la cabeza.

—Es una mala señal —respondió Kurt—. ¿Nos van a disparar cuando se ponga el sol?

—No —dijo Joe—. Pero ya hemos sido expulsados oficialmente de la competición.

Kurt no pudo por menos de echarse a reír. Las reglas eran así, pero pararse a rescatar a un participante le parecía un buen motivo para hacer una excepción.

—¿Cómo se siente uno al perder diez millones de dólares? —preguntó Joe.

Kurt pensó en ello. Sus posibilidades de ganar eran muy altas. Bebió otro trago de la botella y se apoyó contra la barandilla.

—De repente, me alegra mucho saber que la NUMA se hubiese quedado el dinero.

Joe se echó a reír, y los dos hombres se volvieron al oír el sonido de un helicóptero que se acercaba. Observaron cómo un Mk 95 Super Lynx gris aparecía por el este, siguiendo una trayectoria recta hacia el *Argo*. Cuando se aproximó, la insignia roja y verde de la Marina de Portugal se distinguió claramente en su costado.

El vehículo redujo la velocidad y se quedó planeando sobre el coronamiento de popa, y luego empezó a descender al helipuerto.

Un tripulante del barco salió de una escotilla cerca de donde se encontraban Kurt y Joe justo cuando el helicóptero estaba aterrizando.

—El capitán quiere que vayan a la sala de reuniones —dijo el tripulante.

El momento elegido parecía sospechoso.

—¿Ha dicho por qué? —preguntó Kurt.

El tripulante vaciló, con expresión de incomodidad.

—Tiene algo que ver con las recientes llegadas, señor.

El tripulante les abrió la puerta, aparentemente incapaz o reacio a decir más.

Joe miró a Kurt.

—Ahora sí que la has hecho buena.

Kurt arqueó las cejas.

—¿Qué te hace pensar que es culpa mía?

—Porque siempre es culpa tuya —contestó Joe.

El tripulante cambió el peso de una pierna a la otra con nerviosismo, y acto seguido masculló:

—El capitán ha dicho que se den prisa.

Kurt asintió con la cabeza y echó a andar.

—Te dije que lo de la cerveza era una mala señal.

Entró por la escotilla.

Joe lo siguió.

—Por lo menos estamos en nuestro barco. No pueden hacernos pasear por la tabla en nuestro barco... ¿verdad?

La puerta se cerró detrás de ellos, y Kurt pensó que estaban a punto de averiguarlo.

Minutos más tarde, Kurt, Joe y el capitán Haynes estaban sentados en unas sillas alrededor de una pequeña mesa de conferencias. Al igual que el resto de los elementos de un barco del tamaño del *Argo*, la sala era compacta y práctica. Pero con siete hombres apretujados en el interior, incluidos dos representantes de alto rango de la Marina de Portugal y el gobernador del archipiélago de las islas Azores, resultaba un poco claustrofóbica.

El capitán Haynes se volvió hacia ellos.

—Caballeros, este es el contraalmirante de la Marina portuguesa Alexander Sienna. Lo han puesto al frente del descubrimiento.

Se estrecharon las manos, se intercambiaron los cumplidos de rigor, y el contraalmirante Sienna fue directo al grano.

—Mi gobierno cree que han encontrado algo de gran valor científico —comenzó—. Portugal les da las gracias.

Contratiempo número tres, pensó Kurt. Y probablemente todo para nada.

—Sin muestras, no sabemos qué hemos encontrado —comenzó a decir Kurt—. Pero tal vez sea un enorme trozo de una aleación de hierro magnetizada. Reconozco que es mucha cantidad de roca especializada en una sola zona, pero estamos hablando de un antiguo volcán. Puede que sea poco corriente, pero...

—Le aseguro, señor Austin, que es más que poco corriente —dijo el contraalmirante—. Tal vez hayan visto los aviones volando varias veces al día.

Kurt recordó los vuelos de aviones P-3 Orion portugueses. Había dado por

supuesto que estaban vigilando el *Argo* y los otros barcos, como si no bastara con que unos cuantos miembros del personal naval del Forte de São Brás hubieran subido a bordo.

El contraalmirante prosiguió:

—Hemos estado usando sofisticados instrumentos para estudiar el magnetismo. Lo que hemos descubierto hasta ahora les asombraría. En esta zona la fuerza magnética fluye continuamente. En un momento determinado, podría levantar varios cientos de toneladas; una hora más tarde, apenas supera el nivel de fondo normal de magnetismo terrestre. Y sin embargo, varias horas más tarde, el campo es más potente que nunca.

Eso sí asombró a Kurt, y tal vez explicaba por qué maniobrar alrededor de la torre de roca volcánica era tan complicado. Y sin embargo, por lo que sabía, el magnetismo ferroso, o basado en el hierro, no fluctuaba mucho. Por eso las piedras se podían extraer, emplear como imanes y dejar reposar. Algunos imanes corrían el riesgo de desmagnetizarse, pero desde luego eso no tenía nada que ver con lo que el contraalmirante estaba describiendo.

—¿Qué está insinuando? —preguntó Kurt.

—Tendremos que estudiar las propiedades para estar seguros —dijo el contraalmirante—. Pero mis científicos me han dicho que puede que ustedes hayan descubierto un... —hizo una pausa buscando la palabra adecuada—... conductor natural. Y que en condiciones geológicas determinadas, tal vez relacionadas con los movimientos de magma subterráneos o incluso con las fluctuaciones en el campo magnético de la tierra, esa torre de roca y metal se carga vigorosamente. Y como tal, ejerce una increíble fuerza magnética en los objetos de su alrededor.

—Vigorosa —añadió Joe—. Me gusta. Prácticamente tiró de nosotros durante una de esas vigorosas fluctuaciones.

—Sí —convino el contraalmirante—. Parece que eso es lo que hace. Los expertos con los que hemos hablado creen que esa estructura magnética puede haber atraído los barcos y los otros objetos que vieron posados en la caldera.

Los ojos de Kurt se abrieron como platos. Se sentía como si estuvieran entrando rápidamente en territorio de ovnis y de Amelia Earhart.

—¿Bromea? —dijo—. Salimos de allí remolcando el XP-4 con nosotros. Vi buques de carga allí abajo, y por lo menos dos aviones. ¿Me está diciendo que cree que esa cosa los atrajo como una especie de sirena de la mitología griega?

El contraalmirante se quedó sorprendido por el atrevimiento de Kurt. El capitán Haynes parecía igual de atónito.

Joe se inclinó.

—Acuérdate de la tabla —susurró—. Paseando por ella. Nadando con los tiburones.

Kurt respiró.

—Discúlpeme, contraalmirante. Es solo que se trata de un descubrimiento de gran

interés científico y, por lo que parece, se está convirtiendo en una atracción turística. Deberíamos investigarlo. Al menos alguien debería hacerlo, aunque no seamos nosotros. Pero resulta mucho más difícil hacer ciencia de verdad cuando se realizan afirmaciones tan astronómicas.

—Sí —dijo el contraalmirante, con cara de decepción—. Tal vez tenga usted razón, pero le aseguro que las fuerzas electromagnéticas que hemos medido son realmente... astronómicas.

Kurt tenía la sensación de que el contraalmirante lo estaba esperando, tal vez incluso poniéndole un cebo, pero no pudo evitar picar.

—¿Qué quiere decir?

—¿Sabe qué es un superconductor?

—Lo básico —contestó Kurt, quien no estaba seguro de saber tan siquiera eso—. Son materiales que conducen la electricidad sin oponer resistencia. Siempre estoy oyendo que algún día se acabarán usando en los trenes de levitación magnética y cosas por el estilo.

El capitán Haynes continuó, y Kurt tuvo la clara sensación de que los dos hombres ya habían hablado del tema, tal vez no a solas.

—Los superconductores hacen todo eso y más —comenzó Haynes—. Sus propiedades los hacen perfectos para cualquier aplicación electrónica. Desde hacer funcionar un ordenador hasta impulsar un tren de levitación magnética, pasando por alimentar motores eléctricos para coches que rinden el equivalente a ochocientos kilómetros por cada cuatro litros de gasolina. Según un estudio, si se sustituyera la red eléctrica de Estados Unidos por cables superconductores, se reduciría la cantidad de energía necesaria para iluminar el país en un cuarenta por ciento. Podrían cerrarse de pronto al menos quinientas centrales eléctricas de carbón.

—No sabía que fuera un experto en el tema, capitán.

—No lo era hasta hace tres horas —replicó el capitán—. Llevo todo el día hablando con el contraalmirante y la gente de la NUMA.

—Entiendo —dijo Kurt—. De modo que esos superconductores podrían ser beneficiosos para el calentamiento global. Sobre todo si se extrapolaran al resto del mundo. ¿Qué impedimento hay?

—La mayoría de los superconductores solo funcionan a temperaturas increíblemente bajas —explicó el capitán—. Normalmente hay que enfriarlos con nitrógeno líquido o algo parecido para crear el efecto superconductor.

—Supongo que eso no sirve para la red eléctrica —dijo Kurt.

—No sirve para ninguna aplicación normal —explicó el capitán Haynes.

—Entonces ¿por qué estamos hablando del tema?

—Porque lo que usted y su amigo pueden haber descubierto —prosiguió el contraalmirante Sienna— es una aleación superconductora que funciona casi con temperatura ambiente.

Ahora todo tenía sentido. Ni muestras. Ni acercamientos. Los marineros

portugueses que habían sido destinados al *Argo* y la patrullera que había vigilado el lugar desde que habían vuelto.

—Si eso es lo que hay allí abajo —explicó el capitán Haynes—, podría valer cientos de miles de millones una vez analizado, sintetizado y fabricado en serie.

Eso tenía sentido para Kurt, pero hasta un superconductor necesitaba una fuente de energía.

—¿Y de dónde saca la energía?

—Esto es un antiguo archipiélago volcánico —recordó el contraalmirante Sienna a todos los presentes—. Deben saber que podría haber un billón de toneladas métricas de magma rezumando debajo de la caldera (una parte de las cuales podría estar compuesta de metal líquido), y esos movimientos pueden crear un campo magnético propio. Nuestros expertos nos han asegurado que es posible que esas fuerzas sean inmensas.

—¿Y creen que el magnetismo atrajo esos barcos y aviones al fondo del mar? —preguntó Kurt.

—En realidad, no lo sabemos —respondió el contraalmirante—. Estas aguas tienen muy mala fama, como las de su Triángulo de las Bermudas. No sabemos qué ha pasado aquí, pero la teoría por la que nos decantamos es que los barcos, los contenedores y el avión que vieron se hundieron en las aguas al noroeste de la caldera. Hay una fuerte corriente que pasa por un embudo en diagonal entre dos bajas cordilleras de montañas sumergidas. A medida que el embudo se estrecha, la fuerza de la corriente aumenta hasta que se desborda de la caldera.

Todo lo que habían visto en el fondo —los barcos hundidos, el avión, los contenedores y más chatarra— se encontraba en la parte noroeste de la torre de roca.

—¿Está diciendo que si se suman la corriente y el magnetismo se obtiene suficiente energía para atraer toda esa chatarra?

El contraalmirante asintió, y Kurt pensó que aquello casi tenía sentido.

—Entonces ¿qué quieren de nosotros?

—Bueno —dijo el contraalmirante Sienna—, estamos en una situación bastante complicada. Mi país y España se disputan estas aguas. Han sido motivo de enfrentamiento desde la época de Colón, durante quinientos años. Como la caldera está a más de veinte kilómetros de la masa continental más próxima de las Azores, se encuentra en la zona conflictiva. Generalmente, la pesca y otras prácticas se regulan según una combinación de distintos acuerdos. Incluso tenemos uno que contempla el descubrimiento de petróleo.

A Kurt no le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Pero no hay nada que contemple la extracción submarina o el descubrimiento de nuevas aleaciones —añadió el contraalmirante.

—Así que ya están peleándose —dijo.

—Estamos... debatiendo —corrigió el contraalmirante—. Pero mi país está dispuesto a enviar uno de sus mejores buques de guerra (el *Corte Real*, una fragata de

tipo Vasco de Gama) a este lugar. Los españoles quieren enviar un barco propio. Tal vez no sea tan bonito ni tan imponente, pero estarán presentes de todas formas. Ya ven adónde va a parar todo.

—Está bien, nos marcharemos —dijo Kurt—. Avísennos cuando hayan resuelto los pormenores. Seguro que para entonces me encontrarán en la residencia de ancianos.

El contraalmirante puso cara de disgusto.

—Los tiburones —le recordó Joe entre dientes.

—Sí —dijo el contraalmirante—, probablemente degenerare en algún tipo de litigio. A menos...

Kurt respiró hondo.

—¿A menos qué?

—A menos que una organización neutral de renombre mundial esté dispuesta a supervisar el lugar y a coordinar la investigación preliminar mientras nosotros debatimos los pormenores.

Kurt miró al capitán Haynes, quien asintió con la cabeza.

—Ya lo he consultado con el director. Está de acuerdo.

—Hay muchos grupos que quieren examinar este lugar —dijo el contraalmirante—. Tengo un montón de peticiones de científicos que quieren venir a estudiarlo. Pero hay que establecer normas y cumplirlas. Si nos ayudaran a ponerlas en marcha...

Kurt se volvió hacia Haynes.

—Capitán, la decisión es suya y de Dirk. No nuestra. Nosotros hacemos lo que nos mandan.

—Ustedes son los descubridores —dijo el contraalmirante Sienna—. Y son célebres por otros hallazgos, incluida la estatua el *Navigator*, y por el papel que desempeñaron en el descubrimiento de la verdad sobre la medusa azul y el cese de la plaga que amenazó el mundo el año pasado. Sería bueno que estuvieran aquí. Todos los bandos respetarían su presencia.

—¿Quiere que hagamos de administradores? —dijo Kurt, incapaz de ocultar su desdén por el plan.

—Los otros oficiales y yo nos ocuparemos del papeleo y de la logística —dijo el capitán Haynes—. Tú y Joe estaréis en primera línea, manteniendo a todo el mundo a raya ahí fuera.

—¿Quiere que impongamos disciplina? —preguntó Kurt.

El capitán sonrió.

—Un cambio radical donde los haya.

Kurt echó un vistazo al mapa de la pared. A ochocientos kilómetros al este de su posición, los Trout se estaban preparando para sumergirse sobre el *Kinjara Maru*. Su hundimiento seguía acaparando todos sus pensamientos en los momentos de inactividad, y con la salida prematura de él y Joe de la competición, había albergado la esperanza de volver y participar en la inmersión. Sin embargo, parecía que los

acontecimientos no se lo iban a permitir.

Sabía que estaban atrapados allí. Y si ese era el caso, suponía que era mejor tener la sartén por el mango y ocuparse de la burocracia que intentar evitarla.

Se volvió hacia Joe.

—¿Señor Zavala?

—Ya sabes que te apoyo en todo —dijo Joe.

Si Joe también participaba y el capitán Haynes estaba a bordo, por lo menos Kurt sabía que no iba a quedarse solo.

—Está bien —dijo—. Acepto.

Moscú, Rusia, 21 de junio

Katarina Luskaya subió los escalones del edificio del Ministerio de Ciencia después de volver de comer en uno de los espléndidos parques de Moscú. Era un soleado día de junio, con veintisiete grados de temperatura, un clima no muy húmedo, y la gran ciudad estaba preciosa.

Costaba creer que dentro de tres meses caerían las primeras nieves y seis semanas más tarde estarían a treinta bajo cero y sería peligroso permanecer en el exterior.

«Disfruta mientras puedas», se dijo.

De aspecto saludable y de complexión atlética, Katarina poseía una sonrisa afable pero una apariencia relativamente anodina. Tenía el cabello color caoba y llevaba un atractivo corte de pelo que realzaba la línea de la mandíbula. En ocasiones, el flequillo le caía sobre la cara y le tapaba los ojos. No era la clase de mujer que llamaba la atención cuando entraba en una estancia, pero al cabo de un rato podía tener un corrillo de personas a su alrededor, atraídas por su energía, su risa y su brío por encima del encanto más superficial de otras féminas.

A sus treinta y un años, Katarina acababa de terminar su doctorado en sistemas energéticos avanzados y era miembro de pleno derecho del Directorio de Ciencia. A su unidad le habían encargado averiguar qué debía hacer Rusia si alguna vez se quedaba sin petróleo y gas natural. Según estimaciones actuales, eso ocurriría en un plazo de cincuenta a cien años, de modo que todos los miembros del equipo sabían que su trabajo no estaba encaminado a una necesidad acuciante.

En cierto modo, era preferible así. Nadie les molestaba ni se entrometía. Era uno de los pocos grupos del Directorio de Ciencia al que permitían ejercer investigación pura, realizada con el único objetivo del bien de la ciencia.

A Katarina le gustaba eso. No fabricaba armas. No contaminaba el cielo ni el agua ni la tierra. No trabajaba para una empresa que se quedaría con lo que ella había hecho, ganaría miles de millones y devolvería poco a cambio.

Esa situación le daba libertad, le ofrecía una sensación de pureza. Y sin embargo, se sentía inquieta muy a menudo. Tanto que aquel espléndido día no le hacía mucha gracia volver al trabajo.

Esa sensación se intensificó en cuanto llegó a su despacho.

Entró y se encontró a un par de hombres vestidos con trajes oscuros esperando. Uno, con la cara ancha, la nariz aplastada y barba de unos cuantos días, aguardaba junto a la pared del fondo. Permanecía de pie como una estatua, con las manos juntas por delante. El otro, calvo y achaparrado, estaba sentado detrás de su mesa.

—Siéntese —dijo el hombre calvo.

—¿Quién es usted? —preguntó ella—. ¿Qué hacen en mi...?

—Somos del Estado —dijo el hombre calvo en un tono inquietante.

Nunca era bueno oír eso.

Katarina se sentó a regañadientes enfrente de él; le resultaba extraño estar al otro lado de su propia mesa.

—Es usted Katarina Luskaya —dijo el hombre calvo, y acto seguido señaló con el dedo al hombre de la nariz chata que estaba de pie junto a la pared—. Él es el comandante Sergei Komarov.

Katarina esperó, pero el hombre calvo no dijo su nombre. La invadió un miedo irracional. Incluso en la Rusia actual, una visita del Estado podía acabar muy mal.

Y sin embargo, por mucho que lo intentaba, a Katarina no se le ocurría ningún motivo por el que el gobierno pudiera estar molesto con ella. No era una delincuente. Hacía su trabajo y pagaba los impuestos. Años antes, incluso había ondeado la bandera de Rusia como patinadora en los Juegos Olímpicos de Invierno. Y aunque no había ganado, su intervención había sido admirable, lo que le había permitido quedar cuarta, si bien con una rotura de ligamento parcial en la rodilla.

—¿Qué quieren? —preguntó—. No he hecho nada malo.

—Su hermano era paracaidista —dijo el hombre calvo, haciendo caso omiso de su pregunta.

—Sí —contestó ella—. Murió hace dos años.

—Una desgracia —le dijo el hombre—. Era un soldado leal. Hizo lo que su país le ordenó.

Ella reparó en el tono de respeto con que pronunció las palabras.

El hombre se inclinó hacia delante, entrelazando los dedos y mirándola a los ojos.

—Sabemos que usted también es leal —dijo—. Y queremos que haga algo por su país.

La primera afirmación alivió un poco sus temores mientras que la segunda los avivó de nuevo.

—Solo soy una científica, y llevo poco tiempo aquí. ¿Qué puedo hacer aparte de mi trabajo?

—Algo para lo cual su formación, su condición atlética y su anonimato son cualidades favorables.

El hombre calvo deslizó un sobre a través de la mesa. Lo dejó delante de ella, pero Katarina mantuvo las manos a los costados.

—Usted practica submarinismo —dijo el hombre calvo—. En el mar Negro, cada verano.

Era cierto. Se trataba de un *hobby*.

—Sí —asintió ella.

—Entonces lo hará bien —dijo él. Señaló el sobre con la cabeza—. Ábralo.

Ella miró el interior del sobre. Vio unas fotos de un grupo de islas, unos barcos y unos cuantos recortes de periódico. Se dio cuenta de que estaba contemplando unos

cuantos datos sobre el extraño descubrimiento de las Azores. Su grupo había estado hablando del tema.

—Queremos que vaya allí —dijo el hombre calvo.

Ella se imaginó las playas, el sol, los sencillos placeres de unas vacaciones en las islas. De repente, trabajar para el Estado no sonaba tan mal.

—¿Quieren que investigue el descubrimiento?

—Sí —dijo él de forma poco convincente—. Por lo menos, debe parecer que lo está haciendo.

Ella recobró el ánimo.

—¿Qué tengo que hacer realmente?

—Mire la última página.

Katarina hojeó los papeles sueltos y encontró el último. En él, vio varias fotos en blanco y negro. Una era de un hombre mayor curtido. Parecía antigua, como una que tenía de su abuela, ligeramente descolorida, con ropa tosca y mal hecha. En la segunda foto aparecían dos baúles de acero inoxidable. En la tercera, un avión de hélice. Se fijó en su característica triple cola.

—El hombre es Vladimir Tarasov —explicó el hombre calvo—. Fue soldado del Ejército Rojo. Peleó contra el zar en la Gran Guerra, pero nos traicionó en mil novecientos cincuenta y uno.

—¿Qué hizo? —preguntó ella.

En la foto, parecía un agricultor ajado que había pasado demasiados años en el campo. Daba la impresión de ser inofensivo.

—Intentó desertar llevándose algo que era propiedad de las gentes de la Unión Soviética. Unas propiedades que ahora pertenecen en justicia a Rusia.

—¿Qué clase de propiedad? —preguntó ella, pero al ver las frías miradas que recibió, inmediatamente deseó no haberlo hecho.

El hombre calvo frunció los labios, pero para sorpresa de Katarina habló a continuación.

—Me imagino que conoce la historia de Anastasia Nikolayevna —dijo.

—¿Anastasia? —preguntó ella—. ¿Se refiere a la hija del zar Nicolás?

—Sí —respondió el hombre calvo—. Cuando Nicolás II murió por sus crímenes contra el pueblo, toda su familia corrió la misma suerte: su mujer; su hijo Alexei; sus hijas Olga, Tatiana y María, y también Anastasia. Y otras cuatro personas.

Katarina se sentía como si estuviera soñando.

—Durante un siglo, hubo quienes dijeron que Anastasia había sobrevivido —añadió él.

Ella ya lo sabía. Era difícil no saberlo.

—Recuerdo haber oído hablar hace años de una mujer que decía que era ella.

—Sí —dijo el hombre calvo con desdén—. Una mujer alemana que deliraba o que estaba loca de remate. Pero no ha sido la única; ha habido docenas de casos parecidos. Tal vez se deba a lo que en realidad pasó en las ejecuciones.

La afirmación del hombre calvo presuponía una pregunta que Katarina se negaba a hacer: ¿qué pasó?

El hombre calvo prosiguió con su explicación de todas formas.

—En aquel entonces, los que habían cumplido las órdenes tenían miedo de que los seguidores de los Romanov los descubrieran antes de que hubieran tenido ocasión de consolidar su poder. Así que se empezó a rumorear que la familia del zar se había trasladado a un lugar más seguro para alejarlos de las turbas que se estaban formando. Se ordenó que los muertos fueran enterrados en distintos lugares para que nadie sospechara lo que había ocurrido. Los cadáveres de Anastasia y de su hermano Alexei fueron robados. Sus restos fueron descubiertos hace poco, y la prueba del ADN confirmó la identidad de ambos.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con un avión estadounidense hundido en medio del océano?

—En la época de las ejecuciones, los Romanov seguían albergando la falsa ilusión de que podrían escapar con sobornos. Los metieron en un cuarto, los pusieron en fila y les dispararon a bocajarro. Por increíble que parezca, algunos sobrevivieron a la primera descarga, e incluso a la segunda ronda de disparos.

Katarina conocía esa parte de la historia.

—Tenían joyas cosidas en la ropa, además de pequeñas planchas de oro fundido —dijo.

El comandante Komarov se inclinó hacia delante.

—Un chaleco antibalas muy caro —añadió.

—*Da* —dijo el hombre calvo—. Al final, los mataron disparándoles a la cabeza y clavándoles las bayonetas, pero, naturalmente, los guardias quedaron en estado de *shock*. Nadie sabía de dónde había salido ese tesoro porque se creía que toda la fortuna del zar había sido confiscada. Se emprendió una búsqueda, y un criado al que le habían perdonado la vida llevó a los soldados hasta unos baúles llenos de joyas y monedas. Pero antes de que esos objetos llegaran a los bolcheviques desaparecieron. Treinta años más tarde, un desertor que había sido uno de esos soldados los desenterró de su escondite y trató de llevarlos a Estados Unidos.

Entonces Katarina lo entendió.

—Tarasov.

El Hombre Calvo asintió con la cabeza.

—Los estadounidenses lo habrían acogido encantados, pero se negaron a hacerlo oficialmente hasta que llegara a Estados Unidos —dijo—. Enviaron a un hombre llamado Hudson Wallace, un agente suyo que trabajaba por su cuenta, para que lo recogiera. El avión era de él. Tarasov subió a bordo del avión en Sarajevo y fue sacado de la ciudad por la noche.

—¿Qué tiene que ver eso con el descubrimiento de las Azores?

El hombre calvo sonrió, y su cara redonda se arrugó como la de un perro de caza.

—Wallace no podía volar de Sarajevo a Estados Unidos sin hacer escalas —dijo

—. Su avión no tenía suficiente autonomía.

—Así que fue a las Azores —dijo ella.

—Mientras la mayoría de nuestros agentes observaban como tontos los cielos de París, Madrid y Londres, uno de mis más proféticos predecesores adivinó que Wallace elegiría un sitio menos evidente para repostar. Algún lugar amigo y apartado. Envió un mensaje a nuestros agentes en Santa María. El gran avión plateado de Hudson aterrizó varias horas más tarde. Cuando Wallace y Tarasov intentaron escapar, nuestros agentes les dispararon y mataron a Tarasov. Lamentablemente, el estadounidense consiguió llegar a su avión y escapar antes de desaparecer en medio de una tormenta.

—Lamentable —señaló el comandante Komarov.

—Mucho —convino el hombre calvo, y prosiguió—: Wallace no llegó a Estados Unidos ni a Terranova o Canadá. Aguantó nueve minutos exactos antes de enviar una llamada de socorro por radio al Atlántico. Milagrosamente, sobrevivió. Una semana más tarde lo rescataron unos pescadores portugueses, y contó una extraña historia sobre interferencias electromagnéticas, instrumentos que fallaban y un repentino corte de electricidad. Una historia que, naturalmente, no nos creímos.

—¿Supone que no se estrelló?

El hombre sentado enfrente de ella sonrió, sin duda complacido por su curiosidad.

—Durante años creímos que era mentira —dijo—. O una mentira de él o de la CIA. Estados Unidos no buscó el avión, y nosotros no encontramos nada. Parecía una buena tapadera para esconder el caso debajo de la alfombra, pero hemos cambiado de opinión.

Ella ladeó la cabeza.

—Mire la foto de abajo, señora Luskaya.

Ella centró de nuevo su atención en la página. Vio una imagen oscura y algo borrosa. Por un momento, no supo lo que estaba mirando. Y entonces cayó en la cuenta: tres aletas metálicas sobresaliendo del sedimento. Unido a ellas vio lo que parecía el fuselaje de un avión.

—Es el avión de Hudson Wallace —informó el hombre calvo del Estado—. Parece casi intacto.

—Increíble —dijo ella, alzando la vista.

—Ya lo creo —contestó él—. Y queremos que vaya allí. Fingirá que ha ido a estudiar el extraño magnetismo que esos estadounidenses dicen haber descubierto. Y cuando se le presente la ocasión, investigará ese avión. Si los baúles siguen dentro (o si puede localizarlos cerca), deberá recuperarlos y traerlos de vuelta a Rusia.

En cierto modo, era halagador. Su país la necesitaba para una misión. Pero ¿por qué la necesitaba a ella?

—¿Puedo preguntarle por qué no envían a un agente profesional?

—Usted es un miembro conocido del ámbito científico —dijo el hombre calvo—. Ha viajado muchas veces al extranjero, y sus actividades siempre han sido legales. Si

la enviamos a usted en lugar de a un agente con una tapadera, reduciremos enormemente las posibilidades de levantar sospechas.

—¿Y si no quiero ir? —preguntó ella con cautela.

El hombre calvo entrecerró los ojos y la miró con fijeza. Por encima del hombro, Katarina notó la presencia del comandante Komarov con la misma intensidad. Ya no daba la impresión de que se lo estuvieran pidiendo. No le sorprendía. El Estado casi nunca pedía nada.

—En ocasiones podemos ser violentos, señora Luskaya —dijo el hombre calvo—. Pero en este caso no hay necesidad. Usted quiere ir. Quiere ponerse a prueba. Lo veo en sus ojos.

Ella miró las fotos una vez más. Una extraña mezcla de miedo y excitación recorrió todo su ser. La sensación era muy parecida a la descarga de adrenalina que experimentaba antes de las competiciones que le inspiraban miedo. Estaba segura de que negarse no era una opción, pero daba igual.

El hombre calvo del Estado tenía razón: quería ir.

Atlántico oriental, 22 de junio

Después de llegar el día antes, el barco de la NUMA *Matador* se había asentado y había empezado a «cortar el césped»: un patrón de búsqueda que permitía explorar el suelo del mar por franjas, un tramo de dieciséis kilómetros al nordeste y otro de dieciséis kilómetros al sudoeste y vuelta a empezar. Equipados con información bastante precisa con respecto al lugar donde se había hundido el *Kinjara Maru* y con buenos registros de las corrientes de la zona, pudieron encontrar el barco en menos de doce horas.

Una vez hallado, un par de robots submarinos capaces de sumergirse a grandes profundidades levantaron un mapa del *Kinjara Maru* y del área donde estaban sus restos. Con la información y las fotografías conectadas a un ordenador y una maqueta del barco, la tripulación del *Matador* pudo examinar el barco y proponer un plan de acción para explorarlo antes de bajar.

Era la misión perfecta para *Rapunzel*, exceptuando un problema.

—¿Nadie ha traído un alargador? —gruñó Paul Trout.

—No esperábamos hacer pesca de altura —dijo Gamay en el tono más tranquilizador del que fue capaz.

Conocía a su marido lo bastante bien para saber que tenía mucho aguante pero que una vez que se enfadaba era difícil que se le pasara.

—El equipo de aguas profundas está en camino —añadió—. Llegará pasado mañana, pero mientras tanto...

—Dirk quiere que le echemos un vistazo —dijo él.

Ella asintió.

—El barco está posado en mitad de una pendiente bastante pronunciada. Dirk quiere que tomemos unas muestras antes de que descienda a más profundidad.

Los dos sabían lo que eso significaba. A pesar del peligro, tendrían que bajar en el sumergible de profundidad.

—Podemos conectar *Rapunzel* al sumergible y manejarla sin amarras cuando estemos allí abajo.

—Iré contigo —dijo Paul.

—Pero si apenas cabes —contestó ella.

—Estaremos un poco apretados —dijo él—. Me gusta estar cerca de ti.

Tres horas más tarde, Paul y Gamay se hallaban suspendidos sobre el barco naufragado en un sumergible de tipo batiscafo llamado *Grouper*, *Rapunzel* estaba

conectada al casco exterior cargando las baterías. Estaban tumbados boca abajo el uno al lado del otro, como niños montados en un trineo. Paul pilotaba el *Grouper* mientras Gamay preparaba a *Rapunzel* para su salida.

La temperatura en el *Grouper* era de unos frescos ocho grados cuando las corrientes submarinas que los rodeaban bajaron a unos diez grados bajo cero. Entre el estrecho espacio y el frío, a Paul le dolía todo el cuerpo.

—Parece Maine en noviembre —dijo por el intercomunicador.

—Por lo menos no llueve —contestó Gamay—. Si empezara a llover aquí dentro, tendríamos un grave problema.

Paul miró a su alrededor. El *Grouper* era el más fuerte de todos los vehículos submarinos de exploración de la NUMA. Después de haber estado a casi siete mil quinientos metros de profundidad, cinco mil eran como un paseo.

—No nos pasará nada —dijo.

—Lo sé —respondió Gamay—. Pero no consigo evitar pensar en nuestra suerte.

Se estaban acercando al casco del barco hundido. Paul redujo la velocidad del *Grouper*.

—¿Cómo?

—En algún lugar, Kurt y Paul están tumbados en una playa, disfrutando del sol, de su fama recién conseguida, probablemente comiéndose con los ojos a las mujeres guapas de por allí.

—Ahora mismo yo me estoy comiendo con los ojos a una —dijo Paul—. Y cuando acabemos aquí, podré besarte.

—¿Me lo prometes? —dijo ella alegremente—. No te arrepentirás.

Una tos por el intercomunicador les recordó que había otras personas escuchando y supervisándolo todo en el submarino.

De repente, Paul no supo qué contestar. Notó que se ruborizaba, un efecto que Gamay siempre conseguía provocarle.

—Paul, el ritmo de tu corazón está aumentando —dijo una voz por el intercomunicador.

—Em, ahora mismo estamos en el lugar del naufragio —informó, adoptando un tono sumamente oficial—. Estamos recorriendo el lado de babor.

—Me pondré el equipo.

Paul elevó el *Grouper* sobre la cubierta del *Kinjara Maru*. El gran barco se hallaba muy inclinado hacia un lado, apoyado contra la pendiente. Sus enormes escotillas estaban abiertas de par en par, y había peces nadando aquí y allá, pero el mar todavía no había reclamado el barco.

En cierto modo, a Paul le resultaba raro. La mayoría de los barcos naufragados que habían explorado eran antiguos y estaban cubiertos de sedimento, percebes y vida marina. En cambio, el *Kinjara Maru* parecía fuera de lugar, pintado con llamativos colores y deteriorado solo en las zonas que se habían incendiado.

—Todas las escotillas de carga están abiertas —dijo Paul.

—Kurt dijo que los piratas lanzaron bombas incendiarias en los compartimentos de carga —respondió Gamay.

—No hacía falta abrirlas todas —dijo Paul.

—¿Es posible que buscaran algo?

En algunos aspectos eso tenía sentido para Paul, pero no alcanzaba a entender qué podía estar buscando un grupo de piratas en lanchas motoras en un buque granelero.

—A lo mejor solo querían que se hundiera más rápido —dijo—. En cuanto empezó a entrar agua en la escotilla de proa, el barco se fue a pique.

—Para esconder algo —dijo Gamay.

Hasta el momento, los dueños del barco y la aseguradora se habían mostrado poco colaboradores, reacios a divulgar el manifiesto del barco o el tipo de cargamento que había a bordo. Una situación extraña, por no decir otra cosa.

—¿Alguna noticia de la compañía? —preguntó Paul.

—Nada —respondió el controlador—. Solo silencio.

—Técnicamente este barco son los restos de un naufragio —dijo Paul—. Si lo rescatamos, el cargamento es nuestro.

—No creo que Dirk vaya a aprobar el presupuesto para eso —repuso Gamay—. Pero nada nos impide fisgonear. Busquemos una abertura y veamos si podemos meter a *Rapunzel*.

Paul dirigió el *Grouper* hacia la popa del gran barco. Las dependencias de la tripulación y el puente de mando se encontraban allí, parcialmente abiertos, como si el contundente impacto contra el lecho marino hubiera arrancado un tercio de la estructura.

—Parece una sección transversal —dijo Paul.

—Nos puede venir bien —dijo Gamay—. No hay nada como poder meter mano fácilmente.

Una vez más, Paul se sonrojó, sin saber si Gamay era consciente del doble sentido de sus palabras. Dejó el *Grouper* flotando a seis metros de lo que quedaba del puente de mando. Momentos más tarde, *Rapunzel* estaba en el agua, moviéndose hacia el agujero abierto en la zona donde antes había una parte de la pared.

Mientras el piloto automático mantenía el *Grouper* en posición, Paul se volvió hacia su mujer. Estaba tumbada en la sección de popa del submarino. El familiar visor le tapaba la cabeza, y llevaba los guantes y las botas llenos de cables en las manos y los pies. El resto de su cuerpo estaba cubierto de neopreno muy ajustado.

—¿Qué tal? —preguntó él.

—Es raro estar tumbada —contestó ella—. Estoy acostumbrada a hacerlo de pie. El intercomunicador emitió un zumbido.

—Paul, el ritmo de tu corazón ha subido otra vez. ¿Estás bien?

—Sí —respondió en un tono tenso, y acto seguido tapó el intercomunicador—. Cariño, ¿puedes tener cuidado con lo que dices hasta que volvamos arriba?

Ella se rió; Paul sabía perfectamente que lo estaba provocando. Había pocas cosas

que a Gamay le gustaran más que minar su reservada conducta propia de Nueva Inglaterra. Era uno de los motivos por los que él la quería tanto.

—Lo siento —dijo ella con una sonrisa pícaro.

Paul miró al exterior y observó cómo la pequeña figura mecánica se movía hacia el puente de mando hecho añicos y desaparecía dentro. En un monitor del tamaño de un smartphone, observaba lo que Gamay veía por el visor: la perspectiva a través de los ojos de *Rapunzel* a medida que se internaba en el barco. En un rincón del puente de mando, descubrieron algo.

—¿Es un cadáver? —preguntó Paul.

—Eso parece.

—¿Qué le pasó?

Rapunzel se acercó.

—Parece que se haya quemado —dijo Gamay—. Solo que...

Las cámaras de *Rapunzel* hicieron un barrido por la estancia. Las paredes se veían limpias y lisas, y la pintura gris no estaba deteriorada. Incluso la silla que había al lado del hombre parecía intacta.

—No hay señales de fuego —dijo Paul.

—Ya sé que parece de mal gusto —dijo ella—, pero voy a tomar una muestra.

Rapunzel se acercó y alargó un pequeño taladro unido a un pequeño tubo aspirador. El taladro tocó el muslo del hombre y empezó a girar, y extrajo una muestra cilíndrica de cinco centímetros. El aspirador lo recogió en un contenedor cerrado al vacío.

—Voy a introducirla más en el barco.

Mientras Gamay estaba ocupada controlando a *Rapunzel* y el piloto automático mantenía el *Grouper* en posición, Paul no tenía mucho que hacer.

Aburrido a cinco mil metros de profundidad. Era peor que estar atrapado en un avión.

El intercomunicador sonó.

—Paul, estamos detectando una señal por el sónar.

Ahora su corazón tenía otro motivo para acelerarse.

—¿De qué clase?

—Desconocida —dijo el controlador—. Al este de vosotros, y muy débil. Pero se mueve deprisa.

—¿Mecánica o natural? —preguntó Paul.

—Desconocida... —comenzó a decir el controlador—. Es algo pequeño...

Paul y Gamay no podían hacer otra cosa que esperar en silencio. Paul se imaginaba al operador de sónar mirando fijamente la pantalla, escuchando por los auriculares y tratando de determinar la naturaleza del objetivo.

—¡Maldita sea! —exclamó el controlador—. Es un torpedo. Dos, y van hacia vosotros.

Paul cogió el controlador de propulsión del *Grouper* y apagó el piloto automático.

—Trae a *Rapunzel* —dijo.

Gamay empezó a moverse, gesticulando rápidamente mientras daba la vuelta al pequeño explorador a distancia.

—Muévete, Paul —lo apremió el controlador—. Se acercan rápido.

Olvidándose de *Rapunzel*, Paul dio marcha atrás, se retiró del barco naufragado y empezó a dar la vuelta al pequeño submarino.

—Puedo sacarla de ahí —dijo Gamay.

—No tenemos tiempo.

Paul apretó el acelerador a fondo y soltó parte del lastre. El *Grouper* empezó a ascender y a acelerar, pero no era como el *Barracuda*. Su velocidad máxima era de siete nudos.

De repente, la voz del controlador sonó llena de pánico.

—Los objetivos están encima de vosotros, Paul. Estáis subiendo directos hacia ellos.

Paul volvió a descender, pensando que habría estado bien saberlo unos minutos antes.

—¿De dónde vienen?

—No lo sé —respondió el operador—. Ve al sur. Hacia proa. Eso os desviará de su trayectoria.

Paul viró. Incapaz de ver o de localizar los objetivos, tenía que confiar en el controlador.

—Sigue avanzando —dijo la voz por el intercomunicador—. Tienes diez segundos.

No había forma de que el *Grouper* esquivara un torpedo que lo había fijado como blanco; su única esperanza era confundirlo. Paul decidió elevarse súbitamente y llevó el *Grouper* sobre la cubierta, acercándose al *Kinjara Maru* lo máximo posible.

Un resonante ruido metálico le indicó que había chocado contra algo que sobresalía. La reverberación fue sonora pero irrelevante, y Paul no se atrevió a separarse del gran barco.

—Tres segundos, dos... uno...

—¿Paul? —gritó Gamay.

Él notó que estaba asustada. No había nada que pudiera hacer al respecto.

Un agudo sonido chirriante avanzó a toda velocidad por encima de ellos cuando pasó el primer torpedo. Momentos más tarde, le siguió otro que se perdió a lo lejos. Los torpedos habían fallado. Paul escuchó, pero no parecía que volvieran.

Dejó escapar un suspiro de alivio, pero tenía que asegurarse.

—¿Están dando la vuelta?

—No —respondió el controlador—. Siguen adelante. Rectos y precisos.

Paul suspiró de alivio, y dejó caer visiblemente los hombros. Entonces un par de reverberantes explosiones sacudieron las profundidades del Atlántico.

La onda expansiva azotó al *Grouper*. Paul se golpeó la cabeza y notó que la

embarcación se inclinaba. Gamay se deslizó contra él, y el sumergible chocó contra el brazo de una grúa del *Kinjara Maru*.

A continuación hubo otra explosión, más lejana pero aun así potente. El *Grouper* se sacudió y cuando las ondas expansivas pasaron se estabilizó.

—¿Estamos bien? —gritó Gamay, quitándose el visor.

Paul miró a su alrededor y no vio ninguna fuga. Era hora de volver a la superficie.

—¿De dónde demonios han salido? —gritó Paul.

—Lo siento —se disculpó el controlador—. Los dos primeros los ocultaban. Este sónar no es precisamente el de un clase *Seawolf*.

Paul comprendió que el sistema estaba diseñado para encontrar pequeños objetos y trazar un mapa del lecho marino, no para localizar torpedos veloces a grandes profundidades. Había que actualizarse, pensó.

—¿Hay alguno más? —preguntó por el intercomunicador.

El controlador permaneció en silencio un instante, como si estuviera comprobándolo repetidamente.

—No —dijo al final—. Pero detectamos una vibración. Suena como...

Las palabras del controlador se fueron apagando, un hecho que preocupó a Paul. Una vibración. ¿A qué se refería?

Mientras Paul esperaba una aclaración empezó a notar algo. En la parte del tablero de control donde tenía apoyada la mano notó una especie de temblor. Al principio fue ligero, pero luego el *Grouper* empezó a sacudirse y a deslizarse a un lado como si una fuerza o una corriente lo estuviera empujando. Al cabo de unos segundos, el temblor se convirtió en un profundo estruendo, como si se acercara un tren de mercancías.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Estamos recibiendo una señal enorme aquí arriba. En mi vida he visto algo parecido. Hay movimientos de todo tipo.

—¿Dónde?

—Por todas partes —dijo la voz, teñida de pánico.

Hubo una terrible pausa mientras el estruendo aumentaba y a continuación el controlador volvió a hablar.

—¡Santo Dios! —gritó el controlador—. Una avalancha va hacia vosotros.

El estruendo de las profundidades sacudía el *Grouper*. Las rocas y el sedimento de la pendiente en la que se encontraba el *Kinjara Maru* se estaban cayendo a un ritmo vertiginoso, desprendidos por los torpedos que habían explotado.

A medida que la avalancha avanzaba iba desplazando el agua, creando su propia corriente y removiendo el sedimento. Nubes de limo los envolvían, iluminadas por las luces del sumergible. El mundo al otro lado de la portilla se convirtió en un remolino marrón y gris.

—Sácanos de aquí —gritó Gamay.

Eso intentaba Paul, pero el barco que había disparado los torpedos tal vez seguía esperando allí fuera. Y, francamente, la perspectiva de volar en pedazos resultaba tan espantosa como la de ser enterrado vivo.

Le dio al interruptor del lastre y soltó el resto del hierro que los sujetaba. Volvió a acelerar al máximo y elevó el morro del *Grouper*, pero el sumergible no tenía suficiente potencia para vencer una corriente como aquella y chocó contra el casco del *Kinjara Maru* una vez más.

Gamay posó la mano en el brazo de su marido cuando empezaron a ascender. Y de pronto el *Grouper* se detuvo bruscamente.

—Nos hemos quedado enganchados en algo —dijo Gamay, volviendo la cabeza, intentando desesperadamente ver de qué podía tratarse.

Paul dio marcha atrás, retrocedió varios metros y avanzó en un ángulo distinto. El mismo resultado: una aceleración constante seguida de una parada repentina que sacudía el *Grouper* como un perro al tirar de su correa.

Entre el polvo y el limo, Paul veía objetos que caían desde la cubierta y trozos de la superestructura que se desprendían. El estruendoso sonido alcanzó un tono ensordecedor.

Una oleada de sedimento más denso chocó contra el submarino, y todo se oscureció. Algo metálico se partió, y el *Grouper* empezó a desplomarse.

El visor de Gamay y un par de objetos más se deslizaron hacia un lado, se dieron la vuelta, subieron por la pared y cayeron al techo. Paul se agarró pero vio que su mujer era incapaz de sujetarse. Gamay chocó contra la pared lateral, se golpeó contra el techo situado sesenta centímetros por encima de ellos y a continuación volvió a caer.

Paul se dio cuenta de que habían dado una vuelta de campana y se habían quedado momentáneamente al revés. Alargó el brazo y atrajo a Gamay hacia sí.

—Agárrate a mí —gritó.

Ella lo rodeó con los brazos mientras seguían golpeándose y dando vueltas a merced de la corriente y del desprendimiento de tierra. Por un segundo, chocó contra

la portilla algo que salió a toda velocidad del agua turbia, impactó con fuerza y desapareció. Las luces fallaron, y el sonido de algo que fue arrancado del exterior del *Grouper* acabó con un ruido seco.

Y entonces cesó.

El estruendo prosiguió durante otro minuto más o menos, atenuándose a lo lejos como si una manada de búfalos hubiera pasado en desbandada.

Paul contuvo la respiración. Milagrosamente, por increíble que pareciera, seguían vivos.

En la oscuridad, oyó que su mujer respiraba con dificultad. El corazón le latía con fuerza, y notaba el hormigueo de la adrenalina en el cuerpo. Ninguno de los dos dijo una palabra, como si el simple sonido de sus voces pudiera provocar otro desprendimiento de tierra. Sin embargo, después de un minuto entero de silencio, y al no oír más sonidos que entrañasen peligro, Paul notó que su mujer se movía.

Ella alzó la vista hacia él a través de la tenue luz de emergencia. Parecía tan sorprendida de estar viva como él.

—¿Alguna fuga? —preguntó.

Él miró a su alrededor.

—Ninguna aquí arriba.

Gamay se separó de él con cuidado.

—Cuando lleguemos a casa voy a enterarme de quién fabricó este cacharro y voy a comprarle una botella de *whisky* escocés.

Él se rió.

—¿Una botella de *whisky*? Yo le pagaría la universidad a sus hijos, si tiene.

Ella también se rió.

Mientras Gamay se retiraba, Paul se acercó con cuidado al tablero de control. Era evidente que se hallaban posados en un ángulo inusual, tal vez unos cuarenta y cinco grados con el morro hacia abajo, y se habían volcado unos treinta grados más o menos.

—La electricidad principal se ha cortado —dijo él—. Pero las baterías parecen en buen estado.

—Mira a ver si puedes volver a conectarlas —contestó ella, poniéndose los auriculares que se habían desenchufado con la vuelta de campana.

Paul realizó la puesta en marcha, volvió a conectar la mayoría de los sistemas, y redirigió las luces a través de la línea auxiliar.

—Vamos a ver si podemos...

Se interrumpió en mitad de la frase. Gamay tenía la vista fija detrás de él, con la mirada perdida. Paul se volvió.

Contra el cristal de la portilla había sedimento compacto. Parecía un cuadro de arena, con unos cuantos remolinos y estrías.

—Estamos enterrados —susurró Gamay—. Por eso todo se ha quedado en silencio. Estamos enterrados vivos.

Las primeras setenta y dos horas de Kurt como acompañante marítimo le parecieron el doble de terribles de lo que había esperado. No, pensó, eso era quedarse corto: fueron el triple de terribles de lo que había temido.

Cada grupo de investigadores quería recibir un trato especial y parecía poner en duda las normas y las decisiones de Kurt, incluso su autoridad.

Un equipo de Islandia insistía en que un experimento de uno de los grupos italianos interfería con los datos básicos que ellos intentaban recabar. Un grupo español había sido sorprendido tratando de colocar una bandera en la torre de roca en absoluta contravención del plan acordado. Y aunque a Kurt su osadía le despertaba cierta simpatía, los portugueses estaban dispuestos a enfrentarse a ellos a causa del incidente. Por la forma en que hablaban, parecía que fueran a batirse en duelo con pistolas al amanecer.

Mientras tanto, los chinos se quejaban de la presencia de tres equipos japoneses, a lo que estos respondieron que los chinos no necesitaban representación en el lugar ya que de todas formas robarían todos los datos con un ciberataque en cuanto fueran descargados.

Y por si no bastaba con verse obligado a atender suficientes disputas para dar envidia a la ONU, Kurt también tenía que hacer de socorrista junto con Joe y el resto de la tripulación del *Argo*.

La mayoría de los equipos científicos solo contaban con formación elemental en las artes marítimas, tanto en la superficie como en las profundidades. Dos de los equipos ya habían tenido un choque frontal. Sus pequeños botes solo habían sufrido daños menores pero suficientes para mandarlos de vuelta a Santa María para ser reparados.

Otros tenían problemas con el buceo. Un equipo se intoxicó empleando la mezcla incorrecta, y dos de los submarinistas de rescate del *Argo* tuvieron que rescatarlos antes de que quedaran inconscientes. Un miembro de otro grupo tuvo que ser obligado a hacer una parada de descompresión que no consideraba necesaria, y un científico francés estuvo a punto de ahogarse por culpa de un instructor de buceo inexperto que colocó demasiado peso en el cinturón del hombre y lo hundió hasta el fondo como una piedra.

Totalmente equipados, Kurt y Joe se sumergieron y rescataron al científico, pero al salir a la superficie descubrieron a otro equipo al que se le había incendiado el motor de su barco de alquiler. Kurt deseó no haber encontrado la puñetera torre.

A medida que el sol empezaba a acercarse a la verga, la locura del día pareció disminuir poco a poco. La mayoría de los botes menores se dirigieron de vuelta a Santa María. Kurt supuso que los bares se llenarían rápido y se empezarían a contar

anécdotas, que se volverían más extravagantes cada vez que fueran relatadas. O tal vez no. No estaba seguro de qué hacían los científicos en su tiempo libre. Tal vez se dedicarían a confabular entre ellos toda la noche y aparecerían por la mañana listos para darles más quebraderos de cabeza a él y a Joe.

En cualquier caso, Kurt se estaba arrepintiendo de su decisión de hacer de árbitro cuando salió al ala del puente de mando del *Argo* y vio una trainera de quince metros con el casco negro que no había visto antes.

—¿Reconoces ese? —preguntó a Joe.

Este miró a lo lejos entrecerrando los ojos.

—¿No estaba aquí esta mañana?

—Creo que no —respondió Kurt—. Prepara la Zodiac.

Cinco minutos más tarde, Kurt, Joe y dos hombres de la tripulación del *Argo* estaban dando brincos a través del suave oleaje rumbo a la trainera. Llegaron a la embarcación y la rodearon una vez.

—¿Ves a alguien a bordo? —preguntó Kurt.

Joe negó con la cabeza.

—Técnicamente, este barco está fuera de la zona de exclusividad, ¿sabes? —dijo Joe.

—¿Cómo? —preguntó Kurt.

—Estamos a unos mil doscientos metros de la torre —dijo Joe—. La zona de exclusividad tiene un kilómetro y seiscientos metros de diámetro. Técnicamente, este barco está fuera de esa área. Se supone que solo tenemos autoridad sobre los barcos, buceadores y submarinistas dentro de ese radio.

Kurt miró a Joe de forma extraña.

—¿Quién se ha inventado esa norma?

—Yo.

—¿Desde cuándo te has vuelto un burócrata?

Zavala se encogió de hombros, con una sonrisa pícaro en el rostro.

—Ponme detrás de una gran mesa y dime que mande, y pasarán cosas por el estilo.

Kurt estuvo a punto de echarse a reír. El gobernador Joe.

—Bueno, si tú estás al mando, ampliemos el círculo.

—Necesitamos quórum —dijo Joe.

—¿Aquel boxeador te pegó más fuerte de lo que me pareció? —preguntó Kurt.

Joe negó con la cabeza y miró a los hombres de la tripulación.

—Todos los que estén a favor de ampliar la zona de observación que digan «sí».

Kurt y los otros dos tripulantes dijeron «sí» al unísono.

—La norma ha cambiado debidamente —dijo Joe.

Kurt se esforzó por no reírse.

—Estupendo. Ahora subamos al barco.

A bordo de la trainera encontraron mapas, equipo de buceo y unos papeles con letras cirílicas.

—Es ruso —dijo Kurt—. ¿Tenemos algún equipo ruso inscrito?

Joe indicó que no.

—Hemos recibido unos documentos de su Ministerio de Ciencia solicitando información, pero nadie ha firmado.

—Pues parece que han venido de todas formas.

Kurt se dirigió a la parte trasera de la pequeña embarcación. Habían echado una ancla larga. No había ninguna bandera izada, pero Kurt estaba convencido de que un buceador había bajado por la cadena. Reparó en un par de zapatos colocados junto a la escalera de buceo.

—Solo un par de zapatos —observó.

—Alguien ha bajado solo —aventuró Joe.

Bucear solo era una locura; no dejar a nadie en el barco era todavía más disparatado. Un viento suave, un pequeño cambio en la corriente, o la llegada de un pirata oportunista, y al salir a la superficie podías encontrarte perdido y solo en el mar.

—Mirad esto —dijo un tripulante del *Argo*, señalando con el dedo una pantalla de vídeo.

Kurt se volvió. En el monitor se veía una escena oscura que estaba siendo transmitida desde una cámara submarina.

—¿Pueden ser imágenes en directo? —preguntó Kurt.

—Eso parece —contestó el tripulante, examinando el aparato.

Kurt observó la pantalla. El agua oscura y el sedimento arremolinado se distinguían claramente mientras la cámara maniobraba en lo que parecía un espacio reducido. Vio paredes metálicas y equipamiento.

—Quiquiera que sea ha entrado en uno de los barcos naufragados —señaló Joe.

—Increíble —dijo Kurt.

Aparte de enfrentarse a un grupo de tiburones, el buceo en pecios era prácticamente lo más peligroso que se podía llevar a cabo bajo el agua. No podía creer que alguien intentara hacerlo solo.

—Esta persona es demasiado estúpida para estar en nuestra zona de exclusividad.

Joe se rió y asintió con la cabeza.

Kurt señaló un segundo juego de botellas.

—¿Están llenas?

Joe comprobó el manómetro.

—Sí.

—Voy a bajar —dijo Kurt.

Un minuto más tarde estaba en el agua, respirando el aire comprimido y buceando con largas brazadas mientras descendía por la cadena. Al acercarse al fondo, vio un

punto de luz y se desvió hacia él.

Fuera quien fuese, había entrado en el *Constellation* hundido. Considerando que la mitad del avión estaba abierta como un huevo roto, no parecía tan imprudente. Pero los movimientos de la cámara le habían parecido raros, y al observar el tembloroso haz de luz se preguntó si el submarinista estaría en algún apuro.

Nadó hacia la rotura que presentaba el revestimiento del avión. La luz procedía de la parte delantera. Los movimientos aleatorios le hacían pensar que la luz podía estar flotando en libertad. Temía encontrarse a un submarinista muerto, un buceador que se había quedado sin oxígeno pero cuya linterna, probablemente sujeta a su mano por un acollador, todavía tenía batería y flotaba por encima de él como un globo de helio atado a un hilo.

Entró con cuidado, abriéndose camino entre la maraña de material aislante y las planchas de metal dobladas. Nubes de sedimento flotaban en la parte delantera del avión, y el haz que se movía de forma extraña hendía la oscuridad, se atenuaba y volvía a aparecer.

Kurt buceó en dirección a la luz. Al salir a través de la nube de limo, encontró a un buceador hurgando ávidamente, girándose y tirando frenéticamente. La linterna estaba sujeta al cinturón del buceador.

Alargó el brazo y posó la mano en el hombro del buceador. La figura se volvió, blandiendo un cuchillo hacia él.

Kurt vio que la hoja lanzaba un destello al darle la luz. Interceptó el brazo del buceador y lo retorció, obligándole a soltar el cuchillo. Las burbujas de los dos reguladores llenaban el camarote. Unidas a los remolinos de sedimento y a la luz parpadeante, dificultaban la visión.

El cuchillo cayó a través del agua y desapareció. Kurt sujetaba el brazo derecho del buceador haciéndole una llave de muñeca. Moviéndose rápidamente el otro brazo hacia delante y lo agarró del cuello. Estaba a punto de quitarle las gafas —una técnica clásica de lucha submarina— cuando vio que el buceador era una joven y que sus ojos estaban llenos de miedo y pánico.

La soltó y levantó la mano con los dedos abiertos. «Tranquilícese».

La mujer asintió con la cabeza pero permaneció rígida. Señaló sus pies con un gesto.

Kurt miró abajo. De algún modo, se le había quedado atrapada la pierna entre un trozo retorcido de fuselaje y una caja de material. Un corte dentado en la plancha de metal señalaba sus intentos por serrar el metal con el cuchillo. No parecía que hubiera llegado muy lejos.

A Kurt se le ocurrió una idea mejor. Descendió, apoyó la espalda en el revestimiento del fuselaje y colocó los pies en la caja de material sujeta. Empujó contra la caja metálica con todas sus fuerzas empleando la espalda y las piernas. Esperaba que se partiera y se soltara, pero se dobló lo justo.

La mujer sacó el pie e inmediatamente se puso a frotarse el tobillo. Cuando alzó

la vista, Kurt unió el dedo índice y el pulgar formando un círculo: el símbolo internacional de aprobación. «¿Está bien?».

Ella asintió con la cabeza.

A continuación, juntó los dedos índices en paralelo y la miró inquisitivamente.

Ella negó con la cabeza. Al parecer, no estaba buceando con ningún compañero.

Como él pensaba.

Kurt la señaló bruscamente y luego dirigió los pulgares hacia arriba.

Ella vaciló y acto seguido asintió de mala gana. Cogió la linterna y salió del avión. Kurt echó un último vistazo y la siguió.

Después de detenerse para que ella hiciera una parada de descompresión, salieron juntos a la superficie a pocos metros del barco de la mujer. Ella nadó hacia la embarcación y subió primero. Kurt la siguió.

Joe y uno de los tripulantes del *Argo* seguían a bordo para recibirlos.

La mujer se quitó las gafas de bucear, retiró la capucha del traje de neopreno y sacudió el pelo. No parecía contenta de tener visita. A Kurt le daba igual.

—Debe de estar loca para hacer una inmersión así sola.

—Llevo diez años buceando sola —contestó ella.

—¿Ah, sí? —dijo él—. ¿Pasa mucho tiempo explorando barcos naufragados?

Ella cogió una toalla, se secó la cara y volvió a mirarlo a la defensiva.

—¿Quién es usted para decirme lo que tengo que hacer? Y, a todo esto, ¿qué hacen en mi barco?

Joe sacó pecho, a punto de dar una explicación. Kurt se le adelantó.

—Nuestro trabajo consiste en asegurarnos de que los científicos no se ahogan ni infringen las normas que hemos establecido. Nos ha parecido que usted estaba haciendo las dos cosas, así que hemos venido a echar un vistazo —dijo—. Este barco ni siquiera está inscrito como embarcación para el estudio. ¿Quiere hacer el favor de decirnos el motivo?

—No tengo por qué darles explicaciones de nada —dijo ella con aire de suficiencia—. Estoy fuera de la zona oficial. Fuera de su jurisdicción, como les gusta decir a ustedes, los estadounidenses.

Kurt lanzó una mirada a Joe.

—Eso ya no es así —dijo, volviéndose de nuevo hacia la mujer—. La hemos ampliado.

—Hemos votado y todo —añadió Joe.

Ella desplazó la vista de Kurt a Joe y de nuevo al primero.

—La típica arrogancia estadounidense —dijo—. Cambiar las normas a su antojo cuando tienen necesidad.

Kurt casi podía entender esa opinión, pero la mujer estaba pasando por alto un hecho importante. Cogió el manómetro de su botella y le dio la vuelta. Tal como sospechaba, la mujer ya había consumido una buena parte de la reserva de aire.

—La típica tozudez rusa —contestó—. Enfadarse con la gente que acaba de

salvarle la vida.

Le enseñó el manómetro.

—Le quedaban menos de cinco minutos de aire.

La mujer fijó la vista en el manómetro, y Kurt lo dejó caer. Ella alargó el brazo, lo cogió con la mano y lo examinó un buen rato.

—Debería alegrarse de que seamos tan arrogantes —añadió él.

Ella soltó el manómetro muy suavemente y alzó la vista. Kurt se fijó en que estaba apretando la mandíbula, pero no sabía si de vergüenza o de ira.

—Tiene razón —dijo ella finalmente, adoptando un tono más sumiso—. Se lo... agradezco. Solo estaba...

Se interrumpió y se centró en Kurt, y substituyó lo que estaba a punto de decir por un simple «Gracias».

—De nada —dijo Kurt.

Reparó en un cambio en la actitud de la joven, incluso podía percibirse un asomo de sonrisa en su rostro.

—¿Son ustedes los que mandan aquí? —preguntó.

—Por desgracia —respondió Kurt.

—Soy Katarina Luskaya —dijo ella—. He venido en nombre de mi país. Me gustaría hablar con ustedes de este descubrimiento.

—Puede inscribirse en la oficina de enlace que está en...

—Esta noche prefiero hablar —dijo, centrándose en Kurt—. ¿Tal vez mientras cenamos?

Joe puso los ojos en blanco.

—Ya estamos. El irresistible encanto de Austin.

Kurt estaba demasiado ocupado para esas cosas.

—Ha visto demasiadas películas, señora Luskaya. De todas formas, no puedo contarle gran cosa.

—Tal vez yo sí que pueda contarle algo —dijo ella—. Como usted es quien manda, puede que le interese cierta información que tengo.

La mujer se levantó, se bajó la cremallera de la mitad superior del traje y dejó al descubierto la parte de arriba de un biquini que acentuaba sus curvas y un atlético vientre.

—¿Lo dice en serio?

—Muy en serio —dijo ella—. Y, además, todos tenemos que comer. ¿Por qué iba a hacerlo sola?

—Entonces ¿vamos todos? —preguntó Joe.

Kurt lo miró de reojo.

—Va a ser que no —dijo Joe—. De todas formas, tenemos mucho papeleo pendiente.

Kurt dudaba que la mujer tuviera información de valor, pero le pareció admirable su descarado intento por quedarse a solas con él y, sin duda, ver con qué información

contaba.

De repente se dio cuenta de que si había la más mínima posibilidad de enterarse de algo importante a través de la señora Luskaya, su deber era averiguarlo.

—¿Se aloja en Santa Mónica? —preguntó.

Ella asintió con la cabeza, y Kurt se volvió hacia Joe.

—Confío en que podáis llegar al *Argo* solos.

—¿Y si no podemos? —dijo Joe.

—Pues pedís ayuda por radio —contestó Kurt, sonriendo.

Joe asintió a regañadientes y señaló la *Zodiac*. Los tripulantes del *Argo* subieron a bordo de la embarcación y Joe los siguió, murmurando algo sobre «escurrir el bulto».

Kurt miró a la joven.

—¿Tiene coche en la ciudad?

Ella sonrió.

—Sí —dijo—. Y sé el sitio perfecto al que llevarle.

Andras, El Cuchillo, estaba delante de un teléfono público al lado del puerto de Vila do Porto. Se sentía como si hubiera retrocedido en el tiempo, utilizando un teléfono como ese para llamar. No recordaba haber visto uno similar durante los últimos años. Sin embargo, pese a su condición de destino de vacaciones, las Azores todavía no se habían puesto al día en materia de tecnología. Muchos de los habitantes de la isla no eran tan ricos y a menudo no tenían teléfonos fijos ni móviles, de modo que aún había teléfonos públicos en muchos sitios.

A Andras eso le permitía hacer una llamada imposible de localizar, una llamada que el gobierno de Estados Unidos o la Interpol no podían pinchar ya que su señal digital volaba a través del espacio y rebotaba en algún satélite. Para escuchar esa conversación tendrían que interceptar una línea principal escondida debajo del suelo de las Azores que se extendía a través del fondo del Atlántico hasta Estados Unidos, donde recalaba.

No era una tarea imposible —de hecho, era sabido que los estadounidenses lo habían hecho con una línea principal rusa durante la Guerra Fría—, pero sí poco probable, considerando que nadie tenía un motivo estratégico para interesarse por las conversaciones entre los isleños de las Azores y sus familias y amigos en el continente.

Y a Andras le tranquilizaba esa idea, ya que los recientes descubrimientos lo habían puesto todavía más en peligro.

Llamó y esperó lo que le parecieron horas. Finalmente, lo conectaron con un operador de Sierra Leona y luego con un despacho del palacio de Djemma. Al final, un ayudante puso al presidente vitalicio al teléfono.

—¿Por qué me llamas? —preguntó Djemma.

Parecía que estuviera dentro de un túnel; por lo visto, usar la vieja tecnología de las líneas terrestres tenía sus inconvenientes.

—Tengo noticias —dijo—. Buenas y malas.

—Empieza, y date prisa.

—Tenías razón. Han aparecido por lo menos veinte grupos científicos, y hay más en camino. El fenómeno magnético parece estar despertando mucho interés.

—Pues claro —exclamó Djemma—. ¿Por qué crees que te mandé ahí?

—No solo despierta el interés de los científicos. También hay personal militar.

Djemma no parecía preocupado.

—Era de esperar. No tendrás problemas con ellos si lo haces todo según lo previsto.

—Tal vez —dijo Andras—. Pero el verdadero problema es que los estadounidenses que estuvieron a punto de pillarnos en el *Kinjara Maru* están aquí.

He visto su barco en el puerto. Ahora está anclado encima de la torre magnética. Según los portugueses, los han puesto al frente del estudio. Estoy seguro de que eso tiene algo que ver con el ejército.

Djemma se echó a reír.

—Sigues considerando a tus enemigos más peligrosos de lo que realmente son, tal vez para darte tono, pero me huele a paranoia.

—¿A qué te refieres?

—No os atacaron los Navy Seal ni las Fuerzas Especiales, amigo mío. Esos hombres de la NUMA son oceanógrafos y submarinistas. Buscan restos de naufragios, rescatan barcos y toman fotos de la vida marina. Sinceramente, creía que podríais encargáros de ellos. Yo no dejaría que se supiera que os vencieron tan fácilmente; podría obligarte a rebajar tus escandalosos honorarios.

Djemma se reía mientras hablaba, y a Andras le empezó a hervir la sangre.

—¿Te preocupa volver a enfrentarte a ellos? —preguntó Djemma, provocándolo.

—Escúchame —dijo Andras, enfureciéndose.

Se detuvo al ver a un individuo —no podía dar crédito— avanzando por el muelle en dirección a él. El mismo estadounidense de pelo entrecano que se había entrometido en sus asuntos en el *Kinjara Maru* caminaba con una mujer morena a la que identificó como la científica rusa de la que le habían hablado. A medida que se acercaban, Andras iba reconociendo al hombre.

—No me lo puedo creer —susurró para sí mismo.

—¿Qué? —dijo Djemma—. ¿De qué estás hablando?

Encogiéndose contra la cabina telefónica y apartando la mirada, Andras hizo como si no los hubiera visto cuando pasaron por el otro lado de la calle.

—Andras —dijo Djemma—. ¿Qué coño pasa?

Andras se centró de nuevo en la llamada, calculando su próxima jugada.

—Esos hombres de la NUMA no son tan inútiles como tú crees —contestó—. Lo que me preocupa es que vuelvan a entrometerse. Uno de ellos en concreto. Lo mejor sería que me lo cargara.

—No te enfrentes a ellos —le advirtió Djemma—. Solo conseguirás que llamemos la atención en el momento menos indicado. Falta muy poco para que demos el paso.

—No te preocupes —dijo Andras—. No habrá ningún problema. Te lo prometo.

—No te pago para que te vengues —replicó Djemma.

Andras se rió.

—No te preocupes —repitió Andras—. A esta invita la casa.

Antes de que Djemma pudiera contestar, Andras estampó el pesado aparato de plástico sobre su soporte metálico. El sonido que hizo y la sensación que le provocó le hicieron reírse como un loco; una sensación mucho más satisfactoria que apretar el botón rojo de un móvil.

Gamay Trout hizo todo lo posible por mantener la calma y controlar su respiración y sus emociones. A su lado, Paul seguía intentando contactar en vano con el *Matador* mediante el transmisor submarino.

—*Matador*, aquí el *Grouper*. ¿Me recibís?

No hubo respuesta.

—*Matador*, aquí el *Grouper*...

Llevaba treinta minutos así. ¿Qué más podía hacer? Su única esperanza era que el *Matador* enviara los robots submarinos y trataran de desenterrarlos. Eso en el caso de que pudiesen encontrarlos y no estuviesen debajo de treinta metros de sedimento.

De modo que Paul siguió intentándolo. «*Matador*, aquí el *Grouper*, *Matador*, por favor, responded». Y cada vez que pronunciaba las palabras, el sonido le ponía los nervios de punta como la tortura de la gota china.

No había obtenido respuesta durante esos treinta minutos. No obtendría respuesta durante los próximos treinta, ni durante los siguientes treinta mil, aunque lo intentara. O la antena se había partido con el desprendimiento de tierras o estaban enterrados a demasiada profundidad para que la señal saliera.

Gamay respiró otra vez para calmarse y se frotó los hombros.

—A lo mejor pueden oírnos —le dijo Paul—. Aunque nosotros no podamos oírlos a ellos.

Ella asintió con la cabeza, se volvió en la otra dirección y comprobó el estado del aire. Les quedaban diecinueve horas de aire. Diecinueve horas durante las cuales esperarían la muerte. De repente, Gamay fue consciente de lo reducido que era el espacio del *Grouper* de una forma que nunca antes había experimentado.

Sintió tal claustrofobia que empezó a temblar y a desear haber muerto en el desprendimiento o poder abrir la escotilla y dejar que el agua entrara y los aplastara. Era irracional, se trataba de puro pánico, pero resultaba asombrosamente real para ella.

—*Matador*, aquí el *Grouper*... ¿Me recibís?

Gamay mantuvo la calma, conteniendo las lágrimas que amenazaban con brotar.

Sentada en posición incómoda con la cabeza agachada en el estrecho vehículo, se tumbó y cerró los ojos, apoyando la cara contra el frío metal del suelo como lo haría alguien sobre las baldosas del cuarto de baño después de una noche de borrachera.

Aquello calmó un poco su nerviosismo, al menos hasta que abrió los ojos y reparó en algo que no había visto antes: una gota de agua caía por el lateral de las planchas metálicas. Cualquier esperanza de que fuera vaho desapareció cuando otra gota le siguió rápidamente, y luego otra.

Ploc... Ploc... Ploc...

Tal vez al final no les quedaran diecinueve horas.

—*Matador*, aquí el *Grouper*...

No merecía la pena contárselo a Paul. Él se enteraría dentro de poco, y de todas formas no había nada que pudieran hacer al respecto. A unos cinco mil metros de profundidad, la presión en el exterior era de casi quinientos kilos por cada centímetro cuadrado. Las lentas gotitas se volverían más rápidas a medida que el agua separara las planchas, y llegaría un punto en el que empezarían a rociar y lanzarían un chorro de agua helada lo bastante potente para partir a una persona por la mitad. Y entonces sería el fin.

Gamay buscó más fugas en la cabina. No vio ninguna, pero algo nuevo le llamó la atención: una luz procedente de las diminutas pantallas de su visor de realidad virtual.

Lo cogió. Las pantallas seguían funcionando. Vio una pared metálica y sedimento flotando. Las partículas se arremolinaban y reflejaban la luz.

—*Rapunzel* ha sobrevivido —dijo en voz queda.

—¿Qué has dicho?

—Es una imagen en directo —contestó ella—. *Rapunzel* sigue funcionando.

Gamay se puso el visor y los guantes. Tardó un momento en orientarse, pero rápidamente se dio cuenta de que *Rapunzel* estaba flotando libremente. Hizo que el pequeño robot diera una vuelta de trescientos sesenta grados. El mar abierto ejercía su atracción a través del mismo agujero que *Rapunzel* había usado para entrar en el barco.

—Voy a sacarla.

—¿Cómo es que seguimos en contacto con ella? —preguntó Paul.

—Sus cables umbilicales miden dos metros y medio de largo desde el *Grouper*. Deben de asomar por el sedimento.

—Eso significa que no estamos enterrados a mucha profundidad —dijo Paul—. Tal vez pueda desenterrarnos.

Gamay sacó a *Rapunzel* del barco, mientras Paul veía el monitor en su tablero de control.

—Súbela —dijo—. Necesitamos una perspectiva a vista de pájaro.

Gamay asintió con la cabeza e hizo ascender a *Rapunzel*. El robot se elevó en vertical treinta metros, lo bastante para obtener una vista mejor pero tan cerca que las luces y su cámara de baja luminosidad podían distinguir el barco y el lecho marino.

La avalancha lo había alterado todo. El *Kinjara Maru* ahora yacía de lado como un juguete volcado. La proa estaba casi enterrada en sedimento, y la tierra de debajo era más plana y lisa. Gamay calculó que la avalancha había movido el barco cien metros más o menos.

—¿Tienes idea de dónde estamos? —preguntó.

—Íbamos a proa —dijo él—. No tengo ni idea de lo que pasó después de que se produjera el desprendimiento de tierras.

Gamay condujo a *Rapunzel* a la proa del barco y luego al exterior sobre el campo de sedimento. Después de unas cuantas pasadas arriba y atrás durante diez minutos, ni ella ni Paul vieron ninguna señal de sí mismos.

En lo más recóndito de su mente, Gamay cobró conciencia de lo extraño de la situación. Qué raro, pensó, estar buscándote a ti mismo sin tener ni idea de dónde puedes estar.

Después de otra pasada preguntó:

—¿Ves algo?

—Nada.

Los cables que transmitían y recibían la señal de *Rapunzel* tenían que estar asomando, pero medio metro de cable debía de ser difícil de ver en el lecho marino ahora lleno de restos.

Tumbada aún boca arriba, Gamay dio otra pasada con *Rapunzel*. Mientras lo hacía, notó que el agua helada le llegaba al codo. Levantó el visor un instante. A su lado se estaba formando un pequeño charco, más o menos equivalente a dos cucharas grandes. El goteo estaba aumentando de velocidad.

Se colocó de nuevo el visor. Tenían que darse prisa.

—Tal vez si te acercaras más al fondo del mar... —dijo Paul.

Eso aumentaría la resolución pero estrecharía el campo de visión, la diferencia entre buscar una lente de contacto que se ha caído del ojo en posición erguida o arrastrarse por el suelo, escudriñando las baldosas centímetro a centímetro.

—Voy a subirla más —dijo ella.

—Pero a penas podemos ver tal y como está.

—Suelta un poco de aire —propuso ella.

Paul tardó en contestar.

—No sé —dijo Paul—. Aunque no nos hayan oído, el *Matador* sabe que estamos en apuros. Mandarán los robots submarinos dentro de poco.

—Nos será de ayuda —dijo ella.

Aun así él vaciló.

—Aunque manden robots, tendrán que averiguar dónde estamos —observó Gamay.

—De acuerdo —dijo él finalmente, tal vez en respuesta a la desesperación reflejada en la voz de su mujer, tal vez consciente de que ella tenía razón.

—Lleva a *Rapunzel* a la profundidad que te parezca mejor —añadió—. Avísame cuándo, y descargaré el cilindro que hemos estado evacuando. Está medio vacío.

Gamay condujo de nuevo a *Rapunzel* sobre la proa del buque de carga hundido y dejó que ascendiera hasta el borde de visibilidad. Eso les brindó un campo de visión más amplio.

—Lista —dijo ella.

Paul giró una palanca y la bloqueó. Alargó la otra mano y pulsó el interruptor de ventilación de emergencia. Hubo un susurro de aire a lo largo de los conductos, un

sonido de burbujas estallando y luego de agua turbulenta agitándose. Duró quince segundos más o menos y luego disminuyó poco a poco. Le siguió un inquietante silencio.

—¿Ves algo? —preguntó.

Gamay estaba haciendo avanzar a *Rapunzel*, volviendo la cabeza a un lado y al otro, buscando lo que debería haber sido un revelador torrente de burbujas reflejando la luz. Debería haber sido fácil de ver e inconfundible, pero ni ella ni Paul lo divisaron.

—Tiene que estar ahí.

—No veo nada —dijo Paul.

—Descarga otra botella —propuso ella.

Él negó con la cabeza.

—Dos cilindros es un cuarto del aire que tenemos.

—No va a importar mucho —dijo ella.

—Pues claro que importa. Si estamos enterrados, tardarán un buen rato en sacarnos de aquí. No quiero morir asfixiado mientras excavan.

Por primera vez, Gamay detectó auténtica tensión en la voz de su marido. Hasta entonces, él había estado ocupado como siempre. El Paul fuerte y callado que ella conocía. Tal vez lo había hecho por ella. Tal vez estaba tan asustado como ella. Tenía que decirle la verdad.

—Tenemos una fuga aquí detrás —dijo.

Primero hubo un silencio.

—¿Una fuga? —preguntó entonces él.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Es grave?

—Todavía no —respondió—. Pero no vamos a durar lo suficiente para preocuparnos por el aire.

Él se la quedó mirando por un momento y a continuación asintió con la cabeza.

—Avísame cuándo.

Ella volvió a colocarse el visor y dirigió otra vez a *Rapunzel* a la proa del buque. Esta vez decidió explorar el lado de babor.

—Ya está —dijo.

Paul giró la palanca del cilindro número dos, la aseguró y vació la segunda bombona de aire. El turbulento sonido del aire al escapar volvió a sacudir el *Grouper*, y Gamay forzó la vista en busca de alguna señal. Se volvió, miró y se volvió otra vez.

Nada. Nada en ninguna dirección.

Un nuevo temor la invadió. ¿Y si no estaban cerca de la proa? ¿Y si la avalancha había hecho girar el *Kinjara Maru* o los había alejado tanto del barco que era prácticamente imposible encontrarlos? En ese momento, el buque de carga incluso podía estar encima de ellos.

Las pantallas de visión que tenía delante de los ojos parpadearon y vibraron. Por

un instante, temió que estuvieran a punto de perder la señal de vídeo. Pero entonces las pantallas se estabilizaron, salvo en una zona cerca de la parte superior. Algo estaba distorsionando la imagen de la cámara.

Esperaba que no fuera una grieta en el cristal, lo cual sería tan fatal para *Rapunzel* como dentro de poco lo sería para ellos la fuga en el costado del *Grouper*. Pero la cámara siguió funcionando, y Gamay se dio cuenta de que la distorsión no se debía a una grieta. La provocaba otra cosa: una burbuja que había quedado atrapada en el objetivo.

Reprodujo el vídeo del parpadeo y lo vio a cámara lenta. Efectivamente, era un torrente de burbujas que había pasado junto al *Grouper*. No estaban enterrados, como temían, sino boca abajo en el cieno, con restos metálicos del *Kinjara Maru* amontonados encima.

Paul también lo vio.

—¿He dicho lo mucho que quiero a mi mujer? —dijo entusiasmado.

—Yo también te quiero —dijo ella, que ya estaba haciendo descender a *Rapunzel* hacia ellos.

—¿*Rapunzel* tiene un soplete para cortar?

Ella asintió, y cuando la pequeña máquina robótica llegó hasta ellos, activó el soplete oxiacetilénico y empezó a cortar una de las vigas metálicas que habían caído encima del *Grouper*.

El soplete derritió la viga en dos minutos justos. La viga se partió por la mitad y cayó, produciendo un resonante ruido metálico. El *Grouper*, que ahora contaba con plena flotabilidad ascendente, se movió cuando el peso se retiró.

Parecía como si el pequeño submarino estuviera intentando flotar libremente, pero algo seguía reteniéndolo.

—¿Ves los cables cerca de la cola? —preguntó Paul—. Estaban enredados en ella.

Gamay vio los cables, maniobró con *Rapunzel* una vez más y usó el soplete. Esa parte de los restos era menos pesada pero más engorrosa. *Rapunzel* fundía con el soplete cada trozo de cable de acero y tenía que apartarlos para evitar que el *Grouper* volviera a enredarse.

Cuando el último trozo de cable se desprendió, el *Grouper* giró y empezó a elevarse. Ascendió deslizándose entre los demás restos sueltos.

En el interior, parecía como si estuvieran golpeando cubos de basura metálicos en plena noche. Pero cuando el último ruido metálico se fue apagando y las hebras de cable resbalaron emitiendo un sonido chirriante, quedaron en libertad.

—Estamos ascendiendo —gritó Paul.

Gamay activó el modo de superficie automático y se levantó el visor.

Ver agua corriendo por delante de la portilla en lugar de un montón de arena y cieno era maravilloso. Sentir la aceleración vertical a medida que el pequeño submarino subía era embriagador.

Respiró hondo, se relajó un instante y entonces oyó un crujido, como si una

lámina de cristal se hubiera partido en dos. Volvió la cabeza.

El goteo del agua abriéndose paso se convirtió de repente en un chorro continuo.

El restaurante se llamaba Escarpa, «precipicio» en portugués. El nombre era de lo más adecuado, pues el edificio bajo y ancho construido con argamasa y piedra nativa se hallaba en lo alto de las colinas que se elevaban por encima de Santa María, situadas a tres cuartos del camino hasta la cima de Pico Alto. Kurt y Katarina habían llegado a la puerta del local después de un trayecto en coche de casi trece kilómetros por una sinuosa carretera de montaña.

De camino al restaurante habían pasado por delante de campos abiertos, espectaculares vistas e incluso un establecimiento donde alquilaban ala deltas y ultraligeros a los turistas. Durante el trayecto, Katarina solo había pisado la grava del arcén con las ruedas de su pequeño Focus de alquiler una docena de veces. Y a decir verdad, solo en tres de esas ocasiones la perspectiva de una muerte segura había parecido probable, pues las vallas de seguridad, discontinuas durante todo el ascenso, no se veían por ninguna parte.

Sin embargo, después de haber visto a la joven cambiar de marcha, frenar y pisar el acelerador en los momentos oportunos, Kurt había llegado a la conclusión de que era una excelente conductora. Saltaba a la vista que había recibido formación, de modo que supuso que solo estaba intentando poner a prueba sus nervios.

Él optó por no reaccionar, abriendo despreocupadamente el techo corredizo y comentando lo increíble que se veía el valle sin nada que se interpusiera entre ellos y el fondo.

—¿Le está gustando el paseo? —preguntó ella.

—Muchísimo —contestó él—. Pero no atropelle ninguna vaca.

El hecho de que Kurt no hubiese reaccionado de ninguna manera solo parecía empujar a la joven a conducir más deprisa. Él apenas podía contener la risa.

Una vez sentados a la mesa, contemplando cómo el sol se ponía sobre la isla y se hundía en el mar, tuvieron ocasión de pedir. Ella lo dejó a su elección, y él optó por la especialidad de la isla: *bacalhau à Gomes de Sá*, bacalao seco portugués con patatas guisadas, acompañado de verdura fresca de la región.

Kurt echó un vistazo a la carta de vinos. Pese a contar con excelentes caldos franceses y españoles, le pareció que lo mejor para acompañar un plato local era un vino también local. En las Azores se elaboraba vino desde el siglo XVI, algunos con muy buena fama. Por lo que le habían dicho, la mayoría de las uvas se seguían cogiendo a mano. Le parecía una lástima desaprovechar todo ese trabajo.

—Tomaremos una botella de Terras de Lava —dijo, decidiéndose por un vino blanco para acompañar el pescado.

Enfrente de él, Katarina asintió con la cabeza.

—Yo elijo el postre —anunció, sonriendo como una comerciante que acababa de conseguir la mejor parte de un trato.

Él le sonrió.

—Me parece justo.

Kurt se imaginó que llegaría al postre sin haberse enterado del secreto de aquella mujer, de modo que cambió de tema.

—Así que ha venido en nombre del gobierno de su país —dijo.

A ella pareció molestarle un poco el comentario.

—Lo dice como si fuera algo malo. Como si usted no estuviera aquí en nombre del gobierno de su país.

—En realidad no lo estoy —dijo él—. Joe y yo vinimos aquí para participar en una competición. Simplemente nos quedamos a petición del gobierno de Portugal y del de España. Para velar por la paz entre los dos.

—Menudo honor —contestó ella, dando un mordisco a uno de los aperitivos—. Creo que la última vez que discutieron, el Papa tuvo que trazar una línea a través del mundo para zanjar el asunto.

Kurt no pudo por menos de reírse.

—Lamentablemente, nosotros no tenemos ese poder.

El vino llegó. Él lo probó y asintió con un gesto.

—¿Por qué la han mandado aquí? —preguntó.

—Pensaba que sería más discreto —contestó ella.

—No es mi fuerte.

—Trabajo para el Directorio de Ciencia —explicó ella—. Naturalmente, están interesados en el descubrimiento. Una docena de barcos naufragados que, según se cree, fueron arrastrados a las profundidades por el potente magnetismo de esa roca... ¿Quién no estaría interesado?

Tenía sentido, a diferencia de algunos de sus actos.

—Nadie insinúa que se vieron arrastrados al fondo del mar por el magnetismo —dijo él—. Solo que durante y después de su hundimiento, la corriente y el magnetismo se unieron y los fueron atrayendo poco a poco.

—Sí —convino ella—. Lo sé. Pero ¿no es más romántico imaginarse ese sitio como las sirenas de la mitología griega?

—Más romántico —dijo él—. Pero menos exacto.

En los ojos de ella centelleaba el brillo de la aventura.

—¿Está seguro? Después de todo, esta parte del océano se ha cobrado un número excesivo de barcos y aviones a lo largo de los años.

Antes de que él pudiera interponer algo, ella empezó a enumerar una lista.

—En mil ochocientos ochenta, el buque de la Marina inglesa *Atalanta* se hundió en esas aguas. Los supervivientes informaron de que habían sufrido mareos y náuseas y habían visto cosas extrañas. Más tarde, esas visiones se consideraron alucinaciones y se atribuyeron a una epidemia de fiebre amarilla típica de un barco. Pero como era

mil ochocientos ochenta y el diagnóstico se hizo mucho después del incidente, nadie lo sabe a ciencia cierta.

»En mil novecientos treinta y ocho, un buque de carga llamado *Anglo-Australian* y su tripulación se desvanecieron, desaparecieron del archipiélago. No se encontraron restos de naufragio. En mil novecientos cuarenta y ocho, un avión llamado *Star Tiger* desapareció después de despegar aquí. No hubo ninguna llamada de socorro. No se encontraron restos. En mil novecientos sesenta y ocho, después de inexplicables problemas con la radio, un submarino de su país, el *Scorpion*, desapareció no muy lejos de aquí. Tengo entendido que los restos del naufragio hacían pensar que se había producido una explosión en su interior.

Kurt conocía algunas de esas historias. Lo cierto era que el *Star Tiger* había desaparecido muy al oeste de las Azores, a más de mil quinientos kilómetros de allí, y se creía que el *Scorpion* había sufrido un fallo catastrófico en el sistema en las profundidades del mar. En la Marina había quien insistía en que había sido embestido o alcanzado por un torpedo ruso como represalia por la embestida accidental de un submarino ruso en el Pacífico. Kurt decidió no comentar esa teoría.

—Este sitio se parece mucho al Triángulo de las Bermudas —dijo ella—. ¿No podemos dejar que parezca algo místico por un momento?

—Claro —contestó él—. Pero los estudios del servicio de guardacostas de Estados Unidos no han hallado diferencias significativas entre la cantidad de barcos y aviones desaparecidos en el Triángulo de las Bermudas y los desaparecidos en cualquier otro lugar marino. Los océanos del mundo son lugares peligrosos adondequiera que uno vaya.

Ella bebió un sorbo de vino, de nuevo claramente decepcionada.

—Han empezado a llamarla la Guarida del Diablo, ¿sabe?

—¿Quiénes?

—Los otros científicos —dijo ella—. Tal vez la prensa.

Era la primera vez que Kurt lo oía.

—No he vuelto a ver a la prensa desde el primer día —respondió él—. Y creo que no entiendo la referencia.

—El barco hundido allí abajo —aclaró ella—. Está en una zona con forma de cuña que se estrecha de oeste a este y apunta hacia la torre. En el extremo más próximo hay una abertura estrecha a través de la cual la corriente se acelera y luego se derrama sobre las aguas más profundas. En el extremo opuesto, el presunto punto de acceso, hay una abertura más ancha entre dos peculiares secciones de roca elevadas que parecen columnas.

—Y esa es la puerta —dijo él.

Ella asintió.

—«La puerta y el camino que conducen a la perdición son anchos y espaciosos» —dijo—. Mateo, capítulo siete, versículo trece. La teoría que yo he oído es que los barcos y los aviones y los otros restos de naufragios han sido arrastrados a través de

la puerta ancha y torcida y no pueden pasar por la recta y estrecha. Un cementerio de los condenados: la Guarida del Diablo.

Kurt tenía que reconocer que sonaba mucho más excitante que una «anomalía magnética en el Atlántico Norte y Central», o como lo hubieran llamado oficialmente.

—Los barcos entran pero no salen —dijo.

—Exacto —afirmó ella, sonriéndole.

—Eso no explica qué hacía usted buceando en un avión naufragado en la entrada de esa puerta —dijo él.

—No —convino ella, sin intentar defender sus actos o justificarlos—. Ni explica por qué un avión fabricado de aluminio (un metal que no es magnético ni ferroso) sería atraído por esa indudable anomalía magnética.

Tenía razón; era algo que no se le había ocurrido a Kurt. Mientras asimilaba las palabras de la mujer, ella bebió otro sorbo de vino.

—Un vino excelente —dijo—. ¿Me disculpa? Voy a retocarme.

¿Retocarse? Después de probarse tres conjuntos distintos, se había pasado media hora en el cuarto de baño de su habitación de hotel arreglándose el pelo y maquillándose. ¿Cuánto más podía retocarse?

Kurt se levantó educadamente cuando ella se marchó. Lo cierto era que estaba espectacular con un sencillo vestido de fiesta negro y unos zapatos de tacón rojos. Sobre todo en contraste con el aspecto algo desaliñado de él. Llevaba la misma ropa que había lucido por la mañana, antes de ponerse el equipo de submarinismo y de quitárselo rápidamente más tarde, y no se había duchado al cambiar de vestimenta.

Observó cómo ella se iba, pensó en lo que acababa de decir, y aprovechó la oportunidad para coger el móvil y enviar un mensaje de texto a Joe.

Tecleó furiosamente.

«Necesito todo lo que puedas averiguar sobre Katarina Luskaya. Qué hace aquí. Con quién ha trabajado en el pasado. Y todo sobre el viejo avión en el que estaba buceando. Y lo necesito rápido».

Segundos más tarde, recibió un mensaje de Joe.

«Debo de ser adivino. Ya me había puesto manos a la obra. Te mando unos cuantos enlaces. Para tu información, el avión consta como perdido fuera de Santa María en 1951. Hay un expediente de la Junta Aeronáutica Civil y un informe del accidente. También hay un documento de la CIA sobre él, pero no puedo acceder a los datos».

Un documento de la CIA. A Kurt no debería haberle extrañado. Empezó a echar un vistazo a los enlaces que Joe le había enviado, dividiendo su atención entre la entrada de los servicios y el teléfono.

En el servicio de señoras, Katarina se hallaba delante del espejo que había encima

de un lavabo de mármol. No estaba examinando su maquillaje ni su cabello ni ninguna otra cosa aparte de su teléfono.

—Vamos —apremió al aparato, mientras la descarga progresaba lentamente.

Al final, la pantalla cambió y apareció una especie de biografía de Kurt Austin. Tenía más datos de los que ella esperaba, más información de la que le daba tiempo a leer. Echó un vistazo a los principales puntos, envió un mensaje de texto a la jefatura para informar de que lo había recibido y metió el teléfono en su bolso.

Después de inspeccionar rápidamente su cabello y ver que estaba todo lo bien que podía estar, se volvió y salió.

Kurt miraba hacia los servicios, el teléfono y otra vez hacia los servicios. Vio que la puerta se abría, leyó una línea más y guardó el teléfono en el bolsillo.

Se levantó y retiró la silla de ella cuando llegó.

—Se ha retocado muy bien —dijo, sonriendo.

—Gracias —contestó ella—. A veces es difícil sentirse guapa.

Kurt detectó una verdad involuntaria en lo que ella había dicho. Lo achacó a una vida entera compitiendo en un deporte considerado lo opuesto de una práctica en la que uno marcaba tantos o no marcaba. Un exceso de subjetividad podía hacer que la gente se sintiese insegura con respecto a sí misma.

—Está deslumbrante —dijo—. De hecho, todos en el restaurante se están preguntando qué hace cenando con un adán como yo.

Ella sonrió, y Kurt advirtió un ligero rubor.

Para entonces el sol había desaparecido. Charlaron hasta que llegaron los platos principales y luego, después de otra copa de vino, Kurt decidió retomar la conversación anterior.

—Tengo una pregunta —dijo—. ¿Qué hacía buceando en aquel avión sola? Había dos juegos de botellas a bordo. ¿No tiene compañero?

—Eso son dos preguntas —respondió ella, sonriendo de nuevo—. He venido a Santa María con otro representante del gobierno, pero él no es miembro del Directorio de Ciencia. La misión es solo mía —añadió—. Las botellas venían con el barco.

Kurt supuso que el otro representante sería una especie de supervisor para velar por ella, mantenerla a raya y evitar que se metiera en líos.

—Le toca —dijo él, dando otro mordisco al pescado.

—Creo que este juego me va a gustar —dijo ella, y a continuación disparó—: Parecía usted muy enfadado cuando subimos a la superficie —comentó—. ¿Qué le cabreó tanto? ¿Que yo hubiera violado su preciosa «zona de exclusividad» o que no me hubiera inscrito?

—Ninguna de las dos cosas —contestó él—. No me gusta ver que la gente resulta herida. Podría haber muerto en ese avión hundido. Otros cinco minutos, y todo habría

acabado para usted.

—Así que Kurt Austin es un hombre que se preocupa.

—Desde luego —dijo él, ofreciendo una sonrisa intencionadamente afable.

—¿Por eso se dedica al salvamento?

—No la entiendo.

—Cualquier chalado puede volar un barco y mandarlo al fondo del mar —dijo ella—. Pero se necesita habilidad, dedicación y correr mayores riesgos para sacar una nave a flote. Veo que usted lo hace precisamente por esos motivos: porque es más difícil y porque es mejor. Y porque le gusta rescatar cosas.

Kurt nunca se lo había planteado de esa forma, pero había algo de verdad en lo que la mujer había dicho. El mundo estaba lleno de hombres que destruían cosas y las tiraban. Él se enorgullecía de recuperar cosas viejas en lugar de desecharlas.

—Supongo que debería darle las gracias —añadió ella—. Me imagino que bajó para salvarme.

Kurt no estaba seguro de que ella estuviera en un aprieto cuando se había metido en el agua, pero se había alegrado de sacarla viva en lugar de muerta. Consideró la motivación de la mujer para correr un riesgo tan grande.

—Y usted es una competidora nata —contestó él, haciendo uso de su turno en aquel ejercicio de análisis para aficionados.

—Tiene ventajas y desventajas —dijo ella.

—Competiciones nacionales, campeonatos del mundo, Juegos Olímpicos —enumeró él—. Se ha pasado toda la vida tratando de demostrar a entrenadores y jueces y al público que merece sus puntuaciones, que su sitio está en la pista. A pesar de una rotura parcial de ligamento, estuvo a punto de ganar el bronce en Torino.

—Estuve a punto de ganar el oro —lo corrigió ella—. Me caí en el último salto. Acabé el programa con un pie.

—Si mal no recuerdo, no pudo caminar durante un par de meses después —dijo él, un dato que acababa de leer en la información que le había enviado Joe—. Pero el problema sigue ahí. Otra patinadora se habría echado atrás y habría reservado su pierna para otro día.

—A veces no hay otro día —dijo ella.

—¿Es eso lo que la animó a seguir?

Ella frunció los labios, observándolo y enroscando el tenedor en los fideos. Finalmente habló:

—Se suponía que no iba a ganar ninguna medalla —dijo—. Estuvieron a punto de dar mi puesto a otra patinadora. Lo más probable es que no hubiera tenido otra oportunidad.

—Tenía algo que demostrar —contestó él.

Ella asintió con la cabeza.

—Y todo este asunto, una misión fuera del laboratorio, me imagino que es nuevo para usted —añadió Kurt—. Debe de haber gente en su hogar a la que quiera

impresionar; tal vez piensa que tiene algo que demostrarles. O puede que no tenga otra oportunidad.

—Tal vez —reconoció ella.

—No hay nada malo en ello. Todos queremos impresionar a nuestros jefes. Pero hay sitios donde no se corren riesgos. El interior de un avión hundido a más de cuatro mil metros de profundidad es uno de ellos.

—¿Alguna vez ha querido demostrarle a alguien que se equivocaba con respecto a usted?

Kurt hizo una pausa y acto seguido reveló una verdad a medias.

—Trato de no preocuparme por lo que los demás piensan de mí.

—Entonces ¿no hay nadie a quien quiera demostrarle algo? —preguntó ella.

—Yo no he dicho eso —respondió él.

—Entonces sí que hay alguien —repuso ella—. Dígame quién. ¿Es una mujer? ¿Hay una señora Austin, o una futura señora Austin, esperándolo en casa?

Kurt negó con la cabeza.

—No estaría aquí si la hubiera.

—Entonces ¿quién es?

Kurt se rió entre dientes. Decididamente la conversación había dado un vuelco.

—Cuénteme el secreto que está guardando, y le responderé.

Ella puso otra vez cara de decepción.

—Supongo que la cena acabará en cuanto se lo diga.

Kurt no quería que acabara, pero por otra parte...

—Depende del secreto —dijo.

Ella cogió su tenedor como si quisiera entretenerlo un poco más y luego lo dejó con desánimo.

—Ayer rescató a un buceador francés —dijo.

—Así es —contestó él—. El tipo llevaba casi cincuenta kilos de peso en el cinturón. Mientras que usted ha sido temeraria, él simplemente era idiota.

—Puede que no —dijo ella.

—¿A qué se refiere?

—Era un montaje —dijo la joven—. Mientras usted y su compañero estaban sacándolo del agua, otro miembro del equipo francés estaba extrayendo una muestra de doce centímetros de un lado de esa roca. Han estado alardeando de ello.

Kurt experimentó un repentino arrebato de ira. Espiró bruscamente y acto seguido cogió su servilleta y la lanzó sobre la mesa.

—Tenía usted razón —dijo—. Es hora de marcharse.

—Maldita sea —dijo ella.

Kurt se levantó, dejó un puñado de billetes sobre la mesa y la cogió de la mano. Se dirigieron a la puerta.

—¿Y su secreto? —preguntó ella.

—Más tarde.

Kurt abrió la puerta seguido de Katarina y salió. Algo se movió en las sombras. Un objeto se balanceó en dirección a él por la derecha. Kurt se tensó al instante, y entonces un bate o una porra o una especie de tubo le dio en la barriga.

A pesar de su fuerte complexión, el golpe le hizo daño y lo dejó sin aliento. Se dobló y cayó de rodillas.

Paul y Gamay ascendían rápido en el *Grouper*. Después de haber soltado todo el lastre en el fondo del mar, el morro del submarino apuntaba hacia arriba y, con el motor eléctrico funcionando a toda potencia, ascendían a casi diez mil metros por minuto.

Conforme la profundidad disminuía, la presión también. Pero después de veinte minutos de subida seguían tres mil metros por debajo de la superficie, y el continuo flujo de agua aumentaba.

—La parte más frágil del casco es la brida —gritó Paul, reparando en que el agua estaba entrando por la zona en la que se unían las dos secciones del submarino como trozos de tubería.

—Tenemos abrazaderas. Podemos cerrarlo —contestó a voz en grito Gamay.

Paul alargó la mano y arrancó una tapa sujeta con velcro. Detrás había un juego de herramientas que los diseñadores del submarino consideraban que podían resultar útiles a sus ocupantes. En el paquete había cuatro abrazaderas. Grandes, fuertes y diseñadas para atender las necesidades concretas del *Grouper*, no se diferenciaban mucho de las abrazaderas ajustables que cualquiera podía tener en una mesa en su casa, salvo que funcionaban con un sistema de trinquete como el gato que se usaba para levantar un coche. Al parecer, la persona que había diseñado la embarcación se había dado cuenta de que la brida entre las dos mitades del submarino era la parte más frágil.

Paul cogió una abrazadera y se la dio a Gamay; él era demasiado corpulento para darse la vuelta y volver junto a ella para ayudarla.

—Encontrarás una zona de la brida que tiene una muesca, como la que hay debajo de los coches para el gato. Mete la abrazadera allí. Cuando la tengas asegurada, apriétala con todas tus fuerzas. Luego te pasaré otra.

Ella asintió con la cabeza y cogió la abrazadera. Deslizó la mano a lo largo de la brida, localizó la muesca, alineó la abrazadera y empezó a asegurarla.

—¿La dejo un poco suelta, como las tuercas de los neumáticos?

—No —contestó él—. Fija esa condenada lo más fuerte que puedas.

Mientras Gamay trabajaba, Paul notó que el *Grouper* se balanceaba un poco. Echó un vistazo al tablero de control. Seguían inclinados treinta y cinco grados hacia arriba, pero el submarino se estaba desviando hacia la derecha. Supuso que una de las aletas se había dañado o tal vez doblado. Corrigió su alineación y miró de nuevo a Gamay.

Podía advertir el esfuerzo en su rostro mientras trabajaba, hasta que se oyó un último clic de la abrazadera.

—¿Cómo vamos?

Gamay terminó de colocar la abrazadera.

—Creo que ya está.

Miró la fuga. No se había detenido. En todo caso, había empeorado un poco. Miró detrás de Gamay y vio el agua acumulada en la parte trasera, entre cinco y diez litros.

Cogió otra abrazadera cuando superaban los dos mil setecientos metros.

—Toma —dijo—. Asegura el otro lado de la fuga.

Kurt Austin se cayó como si se moviera a cámara lenta.

Había visto la tubería acercarse en dirección a él. Y por el rabillo del ojo también había visto a un hombre corpulento blandiéndola como un jugador de béisbol aficionado, describiendo un amplio arco, un movimiento más lento de lo que podía haber sido.

Le había dado tiempo a reaccionar lo bastante rápido para retroceder y endurecer el cuerpo contra el golpe, pero no lo suficiente para esquivarlo.

Al doblarse, la mayor parte de su mente se concentró en el intenso dolor de su abdomen, y le quedó lo justo para oír gritar a Katarina y darse cuenta de que el siguiente golpe probablemente le hundiría la cabeza.

Al mismo tiempo que sus rodillas tocaban el suelo, entró en acción.

Vio unas piernas y se abalanzó sobre ellas, impulsándose con fuerza desde el suelo y empujando el hombro contra la rodilla del hombre.

La articulación se extendió hacia atrás más allá del límite de flexión y cedió emitiendo un tremendo chasquido. Kurt se colocó encima del hombre y le dio un puñetazo en la cara, y su nariz estalló en una lluvia de sangre.

Con un segundo golpe le destrozó el pómulo o la cuenca ocular. La cabeza del hombre se ladeó bruscamente, y se quedó inmóvil.

Kurt no sabía si estaba muerto o solo inconsciente, y sinceramente no le importaba. Tenía mayores preocupaciones en las que pensar, la principal el segundo matón, que se había abalanzado sobre su espalda y lo tenía inmovilizado con una llave por detrás.

—Márchese —gritó con voz áspera a Katarina.

Intentó soltarse del brazo del hombre, una reacción natural imposible de ejecutar incluso en las mejores circunstancias. En su situación, con las abdominales doloridas a causa del impacto de la tubería, Kurt carecía de fuerza y de capacidad de ejercer presión, y el hombre lo sabía.

Tenía los brazos en tensión, y se le estaba cortando el flujo de la sangre al cerebro.

Respirando con dificultad, Kurt rodó por el suelo y trató de lanzar al hombre contra una furgoneta aparcada junto a ellos. Empujó hacia atrás y notó el impacto. Repitió la operación, esta vez más débilmente, pero el hombre no se soltó.

Buscó a tientas algún tipo de arma, una piedra o un palo. Entonces, de repente,

oyó un golpe sordo, y la presión del hombre empezó a disminuir. Kurt tomó aliento mientras se producía otro golpe sordo, y el hombre se desplomó como una enredadera muerta cayendo de un árbol.

Trató de volverse pero no pudo; trató de levantarse pero tampoco pudo. Solo pudo quedarse en cuclillas en el suelo negro del aparcamiento. Notó que unas manos le agarraban el brazo; eran unas manos pequeñas, pero apretaban con firmeza. Tiraron de él hacia arriba y lo ayudaron a ponerse en pie.

—Apóyese en mí con el brazo —dijo Katarina.

Él le echó el brazo sobre el hombro pese al dolor que le provocó. Apoyado en ella, atravesaron cojeando el aparcamiento y llegaron al pequeño coche. Él prácticamente se desplomó en el asiento del pasajero mientras ella corría al lado del conductor.

Katarina abrió la puerta, lanzó a la parte de atrás la tubería que había quitado al agresor y se colocó en el asiento del conductor.

El pequeño motor arrancó cuando ella giró la llave, y segundos más tarde salían a toda velocidad del aparcamiento y tomaban la sinuosa carretera de montaña.

Sin que ellos los vieran, dos Audi encendieron sus faros y giraron para seguirlos.

Gamay había colocado la tercera abrazadera y la había apretado con todas las fuerzas de su ágil cuerpo. Jadeando y con los músculos de los brazos doloridos, echó un vistazo a la junta a través de la cual se filtraba el agua. Durante un rato, la fuga había disminuido hasta convertirse de nuevo en un goteo, pero había vuelto a aumentar y se estaba transformando en un flujo continuo.

—Dame la última —le gritó a Paul.

Esperaba que sirviera de algo. Esperaba que las cuatro abrazaderas —unos cien kilos de fuerza adicionales manteniendo unida la junta— bastaran para contrarrestar los miles de kilos de presión que intentaban abrirse paso dentro del *Grouper*.

—Toma —dijo Paul, dándole la última abrazadera.

Ella encontró la cuarta muesca y encajó la abrazadera.

—¿A qué profundidad estamos?

—A doce mil metros —contestó él.

Gamay empezó a empujar repetidamente la palanca. Los brazos de la abrazadera se fijaron en la brida y se trabaron; empujó cada vez más fuerte hasta que prácticamente no pudo mover la palanca.

Lanzó un gruñido salvaje al empujar por última vez con todas sus fuerzas.

—No puedo más —dijo, y se cayó hacia atrás agotada.

La fuga había disminuido, y aunque no había quedado reducida a un simple goteo, ya no parecía que alguien hubiera dejado un grifo abierto.

—¿A qué ritmo ascendemos? —preguntó.

—Hemos disminuido a sesenta metros por minuto —dijo Paul.

—¿Más despacio? —dijo ella—. ¿Por qué nos movemos más despacio? ¿Las revoluciones por minuto están disminuyendo?

—No —respondió Paul—. Estamos aumentando de peso.

Él señaló con la cabeza la parte trasera del submarino, y ella se volvió. Como mínimo ciento treinta litros se habían acumulado en la cola del *Grouper*. Ciento treinta litros, ciento veinte kilos de peso añadido, y aumentando.

Entonces Gamay se dio cuenta de que no solo estaban luchando contra el casco que amenazaba con abrirse, sino que también estaban luchando contra el tiempo. Incluso habiendo reducido la fuga, al *Grouper* le entraría agua poco a poco y seguiría pesando cada vez más. La supervivencia o la destrucción la determinaría el equilibrio entre la cantidad de agua entrante y la rapidez con la que pudieran seguir ascendiendo. Si no alcanzaban la superficie pronto, llegarían a un punto en el que el peso añadido anularía la flotabilidad del *Grouper*. En ese momento, su larga y lenta ascensión se convertiría en un descenso todavía más largo y lento, un descenso del que no habría escapatoria.

Los neumáticos del coche de alquiler chirriaban en el macadán de la carretera de montaña. Kurt miró detrás de ellos. Dos pares de faros habían aparecido súbitamente y se acercaban más en cada curva.

—Deberíamos haber vuelto al restaurante —dijo ella.

Él lo había considerado, pero en el edificio solo había diez personas más o menos, y un par de cocineros en la parte de atrás. Insuficientes para garantizar la seguridad del lugar, y demasiadas vidas puestas en peligro.

—Siga adelante —dijo él—. Si nos alcanzan aquí estamos muertos. Lo mejor que podemos hacer es llegar a la ciudad. Allí podremos acudir a la policía.

Katarina no levantaba el pie del acelerador, tomando las curvas a toda velocidad como había hecho al subir la cuesta. Gracias a ello, se mantenían por delante, pero dos largas rectas permitieron a los Audi, vehículos más grandes y más potentes, alcanzarlos.

Una nueva serie de curvas cerradas les ofreció un respiro, pero si Kurt no recordaba mal, se acercaba la recta más larga.

—¿Tiene algún arma? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

Lamentablemente, él tampoco tenía ninguna. En las Azores había una estricta política en materia de armas. Tal vez era algo positivo. De lo contrario, el matón con el que se habían encontrado en la cima de la colina podría haber tenido una Luger o una Glock en lugar de una tubería.

Sin embargo, en aquel momento aquello suponía un problema.

—Nos estamos acercando a otra recta —anunció ella.

Tomaron la curva, y Katarina pisó el acelerador, pero los Audi prácticamente se arrojaron sobre ellos, aproximándose veloces en el espejo retrovisor.

De repente, la ventanilla del lado de Kurt se hizo añicos, y se oyó un ruido de balas agujereando la chapa. Kurt se agachó. La prohibición de las armas se había acabado.

Katarina empezó a virar bruscamente a un lado y al otro, tratando de evitar que sus perseguidores los alcanzaran. Mientras tanto, Kurt vio algo moviéndose en el asiento trasero: la tubería con la que le habían golpeado.

La cogió, echó un vistazo por el espejo lateral y se le ocurrió una idea. El primer Audi estaba pocos metros por detrás en su lado.

—Frene —gritó.

—¿Qué?

—Hágalo.

Katarina desplazó el peso de una pierna a la otra, agarró el volante y pisó el pedal del freno. Cuando lo hizo, Kurt abrió su puerta.

Los neumáticos del coche de alquiler se adhirieron al asfalto y empezaron a chirriar y a echar humo blanco. El conductor del Audi se quedó sorprendido; frenó tarde y arrancó de cuajo la puerta del coche de alquiler, y luego pasó por encima con gran estruendo.

Estupefacto y sorprendido, no reparó en que Kurt asomaba medio cuerpo fuera del coche, agarrándose a la manilla que había encima de su puerta y blandiendo la tubería con un revés digno de Rafa Nadal.

El golpe rompió el parabrisas. Una densa telaraña de grietas se extendió por el lado del conductor y le tapó completamente la visión. El Audi se desvió bruscamente y acto seguido regresó como si fuera a embestir contra ellos.

Kurt blandió de nuevo la tubería, empleando en esta ocasión un derechazo lateral. El golpe alcanzó la ventanilla del conductor y le dio al hombre en un lado de la cabeza. Esta vez el Audi viró aún más, se quedó atrás y se dirigió al precipicio, y a continuación viró rápidamente a la derecha. El vehículo se estrelló contra la pendiente rocosa situada en aquel lado de la carretera y dio varias vueltas de campana. Se deslizó sobre el techo hundido, arrojando pequeños pedruscos y cristales a lo largo de cien metros, pero evitó desmenuarse por el precipicio.

—Eso le dejará algún arañazo —dijo Kurt.

El segundo Audi esquivó al primero y empezó a acelerar. Kurt dudaba que el mismo plan diera resultado dos veces. Miró al frente. Otros dos pares de faros subían la cuesta. Podrían haber sido vecinos de la zona o turistas, pero permanecían unos a la altura de los otros, como un coche que intenta adelantar a otro pero no lo consigue. Estaba seguro de lo que significaban esos faros.

—Están intentando acorralarnos —dijo por encima del viento que entraba a raudales a través de la puerta arrancada.

Por un instante, vio inquietud en el rostro de Katarina, pero acto seguido la joven

agente pisó el acelerador y agarró el volante como loca. El pequeño Focus salió disparado hacia delante mientras Katarina daba las largas por si acaso.

—No voy a parar —gritó.

Kurt no lo dudaba, pero al mirar al frente pensó que los conductores de los coches que se dirigían a toda velocidad hacia ellos tampoco tenían intención de parar.

Durante diez minutos enteros el *Grouper* siguió ascendiendo, pero cada vez más despacio.

—Estamos pasando los trescientos metros —dijo Paul.

Trescientos metros, pensó ella. Sonaba mucho mejor que cinco mil o tres mil o mil quinientos, pero aun así era una profundidad superior a la que podían alcanzar muchos submarinos con casco de acero. Recordaba una travesía que había hecho con la Marina hacía años en un submarino de ataque de clase Los Ángeles a punto de ser retirado. A doscientos metros, el lado se había abollado hacia dentro produciendo un resonante ruido metálico. Ella había estado a punto de morir del susto, pero el capitán y la tripulación se habían reído a carcajadas.

—Es nuestra prueba de profundidad, señora —había dicho el capitán—. Esa abolladura aparece cada vez.

Por lo visto, era una broma privada que les gastaban a todos los invitados, pero Gamay se había llevado un susto tremendo, y el hecho de que ella y Paul estuvieran aún a cien metros más de profundidad significaba que trescientos metros podían ser tan mortales como cinco mil.

—Doscientos setenta y cinco —dijo Paul, anunciando de nuevo la profundidad.

—¿A qué ritmo ascendemos? —preguntó ella.

—A setenta y cinco metros por minuto —contestó él—. Más o menos.

Menos de cuatro minutos para la superficie, menos de cuatro minutos de vida.

Algo se partió en el exterior del casco, y el *Grouper* empezó a vibrar.

—Creo que hemos perdido el timón —dijo Paul.

—¿Puedes controlarlo?

—Puedo probar con el vector de empuje —dijo, manejando furiosamente dos palancas de mando en el tablero.

Ella echó un vistazo a la parte de atrás. Al menos trescientos cincuenta litros de agua habían entrado en el submarino. El líquido helado ya les había llegado a los pies y les había obligado a levantarlos.

Pasó un minuto, y empezaron a acercarse a los ciento cincuenta metros. Un extraño sonido chirriante reverberó a través del casco, como una casa al asentarse o un metal al doblarse. Iba y venía y volvía a irse.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

El sonido provenía de encima de su cabeza.

Alzó la vista. La abrazadera situada sobre la brida estaba temblando, y el sonido chirriante provenía del casco.

Miró a popa. La parte trasera del submarino estaba llena de agua. Cuatrocientos cincuenta litros o más. Trescientos sesenta kilos más que en la parte delantera. Todo

el peso adicional retorcía, doblaba y tiraba del submarino por la juntura ya debilitada, tratando de partirlo por la mitad como si fuera un palo.

Tenían que nivelarse antes de que los destrozara. Tenían que repartir el peso por igual aunque eso significara ascender únicamente gracias a su flotabilidad.

—Paul —dijo ella.

—Sesenta metros —anunció él.

—Tenemos que nivelarnos —dijo ella.

—¿Qué?

El casco crujió más fuerte. Gamay vio que la abrazadera superior resbalaba.

—¡Paul!

Se abalanzó hacia delante al tiempo que la abrazadera salía disparada de la muesca. La pieza le dio en la parte de atrás de la pierna, y gritó.

Su voz quedó apagada por el sonido de la segunda abrazadera al saltar despedida del punto de anclaje y la furiosa disonancia del agua al entrar a raudales en el submarino como si saliera de una manguera de incendios de alta presión.

A mitad de la serpenteante carretera de montaña que bajaba a Vila do Porto, había en marcha un desafío sobre ruedas. Katarina no levantaba el pie del acelerador. Los coches que se acercaban a ellos no parecían dejarse intimidar. Antes bien, aceleraron y siguieron avanzando el uno junto al otro, con los faros encendidos.

Kurt levantó una mano para protegerse de la luz deslumbrante, tratando de conservar parte de su visión nocturna. Echó un vistazo por el retrovisor: el coche situado detrás de ellos se estaba aproximando. Se preguntaba si todo el mundo se había vuelto loco.

Dirigió de nuevo la vista hacia delante y vio una señal de tráfico y una flecha. «Ala deltas, ultraligeros», rezaba.

Agarró el volante y giró de golpe a la derecha.

—¿Qué está haciendo? —gritó Katarina.

Entraron patinando en un camino de grava, derraparon por un instante y acto seguido se enderezaron, mientras Katarina giraba frenéticamente el volante a un lado y al otro.

Detrás de ellos, un chirrido de neumáticos hendió la noche. Le siguió un leve crujido; no era el tremendo impacto que Kurt esperaba, pero de todas formas era un sonido grato.

—No se pare —dijo.

—No sabemos adónde va este camino.

—¿Acaso importa?

Desde luego que no importaba. Instantes más tarde, los faros giraron y enfilaron el camino de grava detrás de ellos, de modo que no había forma de dar la vuelta aunque el camino les obligara a ello.

—Siga adelante —dijo Kurt—. Vaya hacia el precipicio.

—¿Está loco? —gritó ella—. Bastante me cuesta enderezar el coche tal como están las cosas.

—Exacto.

Avanzaron con gran estruendo por el camino cubierto de grava. Detrás de ellos se levantaba una enorme nube de polvo que no bastaba para tapar completamente la luz pero sí para oscurecerlo todo. Se imaginaba al conductor del Audi, cegado, alcanzado por las piedras que emitían un sonido metálico, deslizándose a un lado y al otro, tratando de no quedarse atrás.

En ocasiones los caballos de más y los neumáticos grandes resultaban ser un inconveniente. Era el caso de las zonas donde había agua estancada y grava. A una velocidad excesiva, el Audi se volvería incontrolable —empezaría, literalmente, a flotar sobre las rocas y los guijarros que se extendían bajo sus neumáticos—, pero el pequeño Focus, con sus finos neumáticos, se adhería bien a la grava y avanzaba hacia un terreno más firme.

—Deje que se acerque un poco más —dijo Kurt, examinando el terreno de más adelante.

Ella asintió. Parecía que supiera lo que él estaba pensando.

—Ahora dele gas y gire.

Ella pisó a fondo el acelerador, lanzó más polvo y piedras y dejó atrás al Audi. Sin embargo, el conductor del Audi también debió de pisar el acelerador porque su coche se precipitó hacia ellos.

—He dicho que gire —gritó Kurt.

Ella dio un volantazo, pero el Focus patinó, y Kurt se dio cuenta de que se había pasado. Agarró a Katarina por el hombro, la atrajo al asiento del pasajero y salió del coche a través de la abertura de la puerta, arrastrándola con él.

Rodaron por la hierba del arcén. El Audi pasó disparado y no los atropelló por escasos centímetros. El Focus desapareció por el precipicio, y las luces de freno del Audi se encendieron.

—Demasiado tarde —dijo Kurt.

El Audi patinó a través de la nube de polvo y se desvaneció, despeñándose por el borde a unos treinta kilómetros por hora.

Durante tres segundos se hizo un silencio inquietante, y luego dos explosiones resonaron a través de la noche, una detrás de otra.

El aire arenoso se arremolinaba alrededor de ellos. Por un segundo pareció que estuvieran solos.

—Han desaparecido —dijo Katarina.

Kurt asintió con la cabeza y echó un vistazo por el camino de tierra. Una luz blanca se filtraba a través del polvo que se estaba asentando, y avanzaba hacia ellos. Quedaban dos coches.

—Vienen hacia aquí —dijo Kurt.

Cogió a Katarina de la mano y la alejó del camino de tierra.

—Vamos —dijo—. No podemos escapar, pero todavía podemos escondernos.

Paul tiró de Gamay hacia la cabina del *Grouper*. Ella se agarraba la pierna como si estuviera herida.

—Estoy bien —dijo.

Detrás de ella, el submarino se estaba llenando de agua.

Él se volvió para mirar el indicador de profundidad. Cuarenta y cinco metros. Cuarenta y dos.

La aguja seguía girando, pero se movía más y más despacio. A pesar de que las hélices giraban al máximo de revoluciones por minuto, a pesar de que habían soltado todo el lastre, el *Grouper* ascendía con dificultad. Cuarenta.

El agua borboteante estaba inundando el submarino. Había llegado al punto intermedio y estaba subiendo rápidamente hacia ellos. Paul se volvió hacia los mandos. Orientó el *Grouper* recto hacia arriba, tratando de maximizar el componente vertical del empuje de la hélice. Eso les brindó algo de potencia, pero cuando el agua empezó a arremolinarse alrededor de sus piernas, notó que perdían impulso.

La aguja marcó treinta y nueve metros, bajó un poco y se detuvo.

El *Grouper* estaba ahora cabeza arriba, y la hélice se afanaba por seguir subiendo. No iba a ser suficiente.

El agua rodeó la cintura de Paul, y Gamay se aferró a él.

—Es hora de irnos —dijo.

Gamay se esforzaba por mantener la cabeza encima del agua mientras el mar llenaba el pequeño sumergible como una botella.

—Coge aire —dijo él levantándola, y notó que ella temblaba con el agua fría—. Respira hondo tres veces —se corrigió—. Contén la respiración la última vez. Acuérdate de espirar mientras subas.

Vio que ella hacía lo que le había dicho, echando la cabeza atrás para aspirar aire por última vez mientras el agua le cubría la cara. Él consiguió inhalar una vez más, y acto seguido se sumergió. A los pocos segundos había llegado a la escotilla. Como en aquel momento la presión era igual dentro que fuera, la escotilla se abrió fácilmente.

La empujó hacia atrás y ayudó a Gamay a salir. Tan pronto como su mujer estuvo fuera la empujó hacia arriba, y ella empezó a bucear hacia la superficie.

El *Grouper* ya había empezado a hundirse. Paul tenía que salir. Tomó impulso mientras el casco del submarino se alejaba debajo de él. Buceó hacia la superficie, tratando de dar brazadas largas y suaves.

Los trajes de neopreno resultaban de ayuda, pues flotaban. Sin los cinturones de lastre, flotaban casi tanto como unos chalecos salvavidas. El deseo de vivir resultaba de ayuda. Y el hecho de que hubieran estado sumergidos respirando aire comprimido también resultaba de ayuda. Paul espiraba suavemente a medida que ascendía,

confiando en que Gamay se acordara de hacer lo mismo. De lo contrario, el aire comprimido y presurizado se dilataría en su pecho y reventaría sus pulmones como un globo hinchado de más.

Cuando llevaba un minuto de ascensión, Paul notó que los pulmones le dolían. Seguía dando patadas firmes y suaves. A su alrededor, solo podía ver un vacío acuoso. Muy por debajo, un punto de luz cada vez más tenue señalaba la posición del *Grouper* a medida que se hundía en las profundidades del mar.

Treinta segundos más tarde espiró un poco más, mientras la presión en su pecho aumentaba. Podía ver luz arriba, pero no veía ningún rastro de Gamay. A los dos minutos, los músculos le pedían desesperadamente oxígeno, tenía la cabeza a punto de estallar, y sus fuerzas estaban decayendo.

Seguía dando patadas, pero cada vez más despacio. Notó que empezaba a sufrir espasmos musculares y que el cuerpo le temblaba y se convulsionaba.

Los espasmos cesaron. La superficie relucía arriba, pero Paul ya no sabía lo lejos que estaba. La luz se atenuó. El brillante azul que veía se redujo hasta convertirse en un puntito, y los brazos y las piernas le pesaban demasiado para moverlos.

Todo movimiento cesó. Con la cabeza colgando a un lado, la luz se desvaneció, y lo último que Paul pensó fue: ¿Dónde... está... mi... mujer?

Kurt llevó a Katarina a través de un campo cubierto de hierba que había junto al precipicio, al abrigo del polvo y de la oscuridad. Los coches se acercaban despacio, avanzando cuidadosamente por el camino de grava. Los dos vehículos tenían desperfectos en la parte delantera, y a uno solo le funcionaba un faro. El desafío entre los coches se había resuelto a favor de Austin, que había causado desperfectos a los vehículos y los había retrasado.

A medida que se acercaban, Kurt se imaginó a los conductores preguntándose dónde se habían metido sus compañeros. O, para el caso, dónde se habían metido sus presas y cómo habían escapado en aquel coche alquilado de escasa potencia.

Tumbado boca abajo en la hierba, Kurt esperó a que los coches pasaran. Una vez que se hubieron marchado, él y Katarina siguieron avanzando a través de la hierba y llegaron a una alambrada.

Kurt miró a través de la cerca. Al otro lado, oscuro y silencioso, había un pequeño edificio parecido a un hangar. Un letrero rezaba: «Alquiler de ultraligeros. 50 dólares media hora».

—Salte por encima —le dijo a Katarina—. Sin hacer ruido.

Ella colocó las manos en lo alto de la cerca, introdujo los dedos de los pies en uno de los huecos con forma de rombo y trepó por encima en dos rápidos movimientos. Kurt se alegró de estar huyendo en compañía de una atleta.

Él la siguió y cayó sin hacer ruido al lado de ella.

—¿Dónde están sus zapatos? —preguntó.

—¿Se refiere a mis caros zapatos con tacón de aguja?

—Sí. Sus zapatos.

—Se me cayeron cuando usted me sacó del coche en marcha.

Kurt se fijó en que tenía el vestido raído y abrasiones ensangrentadas en el codo y el antebrazo. A él también le sangraban la rodilla y el hombro, y notaba las pequeñas partículas de grava que se le habían clavado en las palmas de las manos. Aun así, eso era mejor que estar muerto.

—Le compraré un par nuevo si salimos de esta con vida —dijo—. Siga adelante.

Corrieron a través de la hierba y se agacharon detrás de un gran depósito descubierto como los que había en las estaciones de servicio de propano. Por el olor, Kurt supo que contenía AvGas, combustible de cien octanos para pequeños aviones de hélice como los ultraligeros.

Escondido detrás del depósito, vio que los dos Audi que quedaban se dirigían lentamente al precipicio. Se pararon cerca del lugar por el que se habían despeñado los coches sin apagar las luces. De cada vehículo salieron dos hombres. Uno de ellos llevaba una linterna; los otros tres tenían una especie de armas de asalto de cañón

corto.

—Vámonos de aquí —susurró Katarina.

—No se mueva —dijo él—. Aquí no nos ven. No quiero que nos oigan.

Los hombres armados se dirigieron al borde del precipicio y miraron desde lo alto. Debajo debía de haber fuego, ya que el humo y el polvo estaban iluminados y las siluetas de los hombres se recortaban.

—Parece que se han caído —dijo un hombre.

Kurt no oyó la respuesta inicial, pero el individuo de la linterna se acercó al borde.

—Tráeme el visor —dijo el hombre de la linterna. Al ver que tardaban en obedecer su orden, gritó más fuerte—: Vamos, no tenemos toda la noche.

Cuando el hombre habló, Kurt reconoció su voz: era el matón del *Kinjara Maru*.

—Así que no estás muerto —murmuró Kurt.

La explosión en el agua de la lancha de los secuestradores le había resultado algo sospechosa. Parecía demasiado oportuna. Un final demasiado perfecto para lo que parecía una sofisticada operación.

—¿Conoce a esa gente? —preguntó Katarina.

—Conozco la voz de ese hombre —respondió Kurt—. Participó en un secuestro que tuvo lugar hace una semana. Creíamos que había volado por los aires por accidente, pero está claro que era una treta para engañarnos.

—Entonces ¿esos hombres lo están buscando? —dijo ella.

Él se volvió hacia Katarina.

—No creerá que la buscan a usted, ¿verdad?

Ella pareció ofendida.

—Podrían haberme buscado. Soy un miembro muy importante de las altas esferas del mundo científico ruso. Estoy segura de que conseguirían más dinero secuestrándome a mí que a usted.

Kurt sonrió y contuvo la risa. Probablemente ella tenía razón.

—No era mi intención ofenderla —dijo.

Katarina pareció aceptar sus disculpas, y Kurt se volvió de nuevo hacia los matones situados en el borde del precipicio. Estaban perfectamente iluminados de espaldas y en medio del humo. Si hubiera tenido un rifle, podría haberlos matado a todos en el acto, derribándolos uno detrás de otro como a los patos de un salón recreativo. Pero lo único que tenía era la tubería metálica y la navaja que el matón que los estaba persiguiendo había dejado en el *Kinjara Maru*.

Kurt observó cómo el hombre se acercaba al borde con un visor en la mano. Miró a través de él un largo rato y luego cambió un poco de ángulo. Kurt supuso que estaba mirando el segundo coche.

—Están muertos —dijo uno de los matones—. Todos.

—No estés tan seguro —dijo el jefe.

—Es una buena caída —contestó el matón—. Nadie sobrevive a algo así.

El jefe se volvió y empujó a su subordinado contra el coche en actitud amenazante. Un gesto bastante audaz, considerando que era el único que no estaba armado. Saltaba a la vista que aquellos hombres no le cuestionaban.

—Tienes razón —dijo el jefe—. Nadie es capaz de sobrevivir a una caída como esa. A menos que no haya caído.

Dejó bruscamente el visor nocturno en la mano del hombre.

—No hay cadáveres dentro del coche ni alrededor —dijo.

—Maldita sea —susurró Kurt.

Antes su mayor problema parecía el largo paseo de vuelta a la civilización, pero ahora tenían una preocupación mucho más acuciante: aquellos hombres no pensaban marcharse de la meseta hasta que los encontraran a él y a Katarina o hasta que llegara la policía... dentro de media hora o más.

Dudaba que pudieran permanecer escondidos tanto tiempo.

El jefe de los matones se volvió y empezó a recorrer el campo de hierba con la luz de su linterna, y Kurt volvió a esconderse detrás del depósito de combustible. Cuando el haz de luz se desvió en otra dirección, Kurt cogió de nuevo a Katarina de la mano.

—Espero que no tenga miedo a las alturas.

Atravesaron con dificultad el espacio abierto y llegaron al oscuro hangar. Después de forzar el candado con la tubería sin hacer ruido, se colaron dentro.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Katarina.

—¿Tiene cincuenta dólares? —dijo él, acercándose sigilosamente a uno de los ultraligeros y desenroscando el tapón del combustible.

—Encima, no —contestó ella—. ¿Por qué?

—Tendremos que dejar un pagaré —dijo él, cogiendo un casco y dándoselo a Katarina.

—¿Vamos a irnos de aquí volando? —aventuró ella.

Él asintió con la cabeza.

En los labios de ella se dibujó una sonrisa tan amplia que a Kurt le pareció que el hangar se iluminaba.

—Siempre he querido probar uno de estos trastos —dijo.

Él comprobó el tanque para asegurarse de que tenía combustible. Al ver que estaba medio lleno, volvió a enroscar el tapón, se dirigió a la puerta del hangar y empezó a abrirla empujando poco a poco.

Cerca del precipicio, Andras y sus hombres se estaban desplegando en abanico. Andras había cogido una Glock de nueve milímetros que ahora sujetaba con la mano izquierda, mientras con la derecha sostenía la linterna. Uno de sus hombres recorría el borde del precipicio en una dirección, y otro lo hacía en la dirección opuesta.

Andras suponía que sus presas se habían dirigido al interior. Eso ampliaba el terreno a explorar y obligaba a sus hombres a considerar muchos más escondites.

Sería la mejor táctica, pensaba. Y después de haber coincidido en una ocasión con aquel hombre de la NUMA, Andras sabía que era muy listo.

Eso haría que matarlo resultara mucho más placentero.

Su luz se deslizaba a través del terreno. Si Andras hubiera temido que estuviesen armados, habría avanzado en la oscuridad usando el visor nocturno. Pero durante la persecución sus objetivos no habían mostrado más armas que una tubería de plomo y su ingenio, de modo que sabía que podía seguir adelante sin peligro.

Se vio gratificado cuando la luz de la linterna enfocó algo: un zapato de mujer, polvoriento en algunas zonas, pero de un charol rojo inconfundible. A tres metros de distancia, vio otro. Silbó a sus hombres, y mientras se reunían, enfocó las inmediaciones con la luz y vio la alambrada y el edificio situado más allá.

—Rodead el edificio —dijo—. Están dentro.

Sus hombres corrieron hacia la cerca y empezaron a trepar. Entonces un sonido parecido al de una cortadora de césped arrancando interrumpió el silencio de la noche.

Andras saltó la cerca y enfocó el edificio con la linterna justo a tiempo para ver cómo uno de los ultraligeros salía causando un gran estruendo y empezaba a acelerar a través de la hierba.

—Disparadles —ordenó.

Dos de sus hombres se agacharon y abrieron fuego mientras el ultraligero se alejaba a toda velocidad. Enseguida el avión estalló, y las llamas engulleron el ala de nailon.

Demasiado fácil, pensó. Y estaba en lo cierto.

Mientras el primer ultraligero empezaba a zumbear a través de la hierba, Kurt y Katarina se subieron a otro y lo pusieron en marcha. Kurt esperaba que el ruido y el movimiento del primero ocultaran su partida en la otra dirección.

Envió el señuelo a la derecha y segundos más tarde dirigió su avión a la izquierda. Al mismo tiempo que aceleraba oyó los disparos. Un momento más tarde vio un fogonazo a través de la llanura de hierba que servía de pista de despegue de los ultraligeros. Suficiente luz para ver al pasar.

Aceleró al máximo, consciente de que el momento de ser sigiloso había pasado. El pequeño motor de cincuenta caballos zumbaba como un enjambre de abejas furiosas, y en un segundo la pequeña hélice de madera empezó a girar a todas las revoluciones por minuto de las que era capaz.

El alargado avión avanzó a toda velocidad, aceleró por la franja de hierba y despegó a los treinta metros más o menos. Kurt giró hacia el precipicio, tratando de interponer el hangar entre él y los hombres armados. Oyó unos cuantos disparos esporádicos y luego nada. Para entonces él y Katarina habían desaparecido por encima del precipicio, acelerando en la oscuridad rumbo a las luces de Vila do Porto.

En la pista de aterrizaje cubierta de hierba, Andras se percató de su error. Los habían engañado por su mala orientación. Se volvió justo a tiempo para ver cómo el otro ultraligero despegaba. Le disparó y corrió al hangar con sus hombres.

Dentro había toda una flota de aparatos voladores. Cuatro de ellos parecían funcionar.

—Subid —gritó a sus hombres—. Los derribaremos desde el aire.

Mientras sus hombres se subían a un segundo avión, Andras saltó al asiento delantero del primero y se detuvo. Un objeto familiar se hallaba clavado en el asiento acolchado del ultraligero.

Andras reconoció el acabado negro mate, la hoja de titanio plegable y los agujeros del mango. Era la navaja que había hundido en el asiento de la grúa del *Kinjara Maru* después de cortar los cables hidráulicos.

De modo que el hombre de la NUMA la había cogido y se la había quedado. Y ahora se la había devuelto. Tenía que haber un motivo. Estaba claro que pretendía demostrar a Andras que sabía quién iba detrás de él, pero Andras sospechaba algo más.

Salió del ultraligero buscando señales de peligro.

—No arranquéis —ordenó cuando uno de sus hombres alargó la mano para coger una llave.

Andras se dirigió al motor de la máquina que había estado a punto de pilotar. Comprobó los cables hidráulicos y los del combustible, pensando que para su adversario serían los objetivos de un ataque poético... y probablemente mortal, en caso de que él o sus hombres pusieran el avión en marcha dentro del hangar con aspecto de granero. No encontró nada extraño en las secciones de tubos descubiertas ni vio líquidos goteando en el suelo.

Alzó la vista.

Las alas tenían unos cortes enormes, tajos largos y limpios que no se veían fácilmente. A juzgar por su aspecto, los habían hecho con cuidado para evitar que las franjas de nailon colgaran de forma evidente. Puede que los daños no impidieran que el avión despegara, pero a Andras no le cabía duda de que, una vez en el aire, la tela se habría deshilachado con la corriente de aire y se habría hecho jirones en cuestión de minutos.

—Deberíamos comprobar los otros —propuso uno de sus hombres.

Andras les permitió hacerlo, pero sabía que no merecía la pena. Estarían igual.

Frunció los labios, decepcionado, pero percibiendo algo nuevo en su corazón: admiración. El tipo de emoción que un cazador siente cuando se da cuenta de que su presa puede ser más grande, más fuerte, más feroz y más inteligente de lo esperado. Esa idea nunca provocaba ira, sino una mayor euforia. Hasta el momento había respetado de mala gana a aquel hombre de la NUMA, pero lo había subestimado. Un error que no podía volver a cometer.

—Hace mucho que no me enfrento a un desafío así —susurró para sí—. Voy a disfrutar matándote.

Plataforma continental, frente a la costa de Sierra Leona, 23 de junio

Djemma Garand estaba sentado en la cabina de los pasajeros de un Eurocopter EC155. El diseño moderno y sofisticado del aparato incluía un rotor de cola entubado, un tablero de instrumentos de cristal y un interior tapizado en piel, obra de la misma empresa que fabricaba los asientos de los Rolls-Royce.

Era veloz, relativamente silencioso en el interior y el paradigma del lujo para cualquier billonario o dictador de un pequeño país con amor propio.

Por lo general, Djemma lo detestaba. Prefería ir en barco o en coche a cualquier lugar al que tuviera que acudir. Su experiencia en el campo de batalla le había enseñado de primera mano lo vulnerables que podían ser los pequeños helicópteros al fuego antiaéreo. Una granada impulsada por un cohete que estallara cerca podía derribar muchos helicópteros, por no hablar de un impacto directo. Y el fuego de armas de bajo calibre podía lograr el mismo resultado.

Sin embargo, más que un ataque real, Djemma consideraba que era muy fácil que los aviones pequeños y los helicópteros sufrieran accidentes sin explicación, accidentes que parecían perseguir a los líderes de pequeños países devastados por la guerra y cuya frecuencia no guardaba ninguna proporción con el tiempo que pasaban viajando.

Los accidentes aéreos normalmente no dejaban testigos, sobre todo si se sobrevolaba un terreno montañoso o selvático. Sin un equipo forense que examinara con detenimiento los restos, prácticamente no había forma de saber si un avión había caído por sí mismo, si lo había alcanzado un misil o unos disparos, o si lo había volado en pedazos la bomba de un saboteador.

Por lo general, Djemma no viajaba en ellos, pero esta vez había hecho una excepción. Lo había hecho porque actuar con rapidez era primordial, porque los acontecimientos e incluso sus aliados de confianza parecían estar conspirando contra él, y porque si su plan salía a la luz tenía que saber si su arma estaba lista.

El EC155 cruzó la línea de la costa y se adentró en el Atlántico. A dieciséis kilómetros de la costa, aparecieron cuatro puntitos en el horizonte. A medida que el helicóptero se acercaba, adquirieron formas más definidas: enormes plataformas petrolíferas de costa adentro, erigidas en un cuadrado perfecto, con varios kilómetros de separación entre ellas. Por lo menos una docena de lanchas patrullaban las aguas alrededor de las plataformas, y había grandes barcasas con material amarradas a una de ellas.

—Baja a la número tres —ordenó Djemma.

El piloto obedeció, y minutos más tarde Djemma estaba quitándose los

auriculares, saliendo de reluciente helicóptero rojo y blanco y atravesando a grandes zancadas la plataforma.

El superintendente de la plataforma y los altos directivos lo esperaban en una ceremoniosa hilera.

—Presidente —dijo el superintendente—. Es un honor recibirlo...

—Ahórreme las formalidades —dijo Djemma—. Y lléveme con Cochrane.

—Enseguida.

Djemma siguió al hombre a través del helipuerto hacia el edificio principal de la plataforma petrolífera. Entraron, pasaron por una zona llena de tuberías de refrigerante saturada de vaho y escarcha, y a continuación entraron en una zona climatizada llena de pantallas de ordenador y monitores de pantalla plana.

En la pantalla central, que ocupaba el lugar más destacado, apareció un dibujo con una extraña forma. Parecía un esquema de un circuito de carreras o de una cochera de trenes. Se podía describir como un óvalo alargado unido a un círculo mayor, desde donde se desplegaban dos docenas de líneas rectas, que se abrían en abanico como tangentes.

Pequeñas marcas de datos, ilegibles desde cualquier distancia, parecían indicar las condiciones dentro de cada sección definida por las tangentes. Las secciones tenían un código de colores. Djemma se fijó en que la mayoría estaban iluminadas de color verde. Eso lo complació.

—¿Todas las secciones del circuito tienen electricidad?

—Sí, presidente —contestó el superintendente—. Las hemos activado esta mañana. De momento solo estamos operando a nivel de prueba, pero Cochrane ha confirmado que estamos dentro de los parámetros.

—Excelente —dijo Djemma—. ¿Dónde está él?

—En uno de los túneles de enfoque —dijo el superintendente—. Está supervisando la fase final de construcción.

—Enséñemelo —ordenó Djemma.

Cruzaron la sala climatizada y llegaron a un ascensor en el que apenas cabían dos hombres. Los llevó hasta debajo de la plataforma, a un tubo de plexiglás como los que se usan en los parques de atracciones y parques acuáticos.

Unas luces brillantes relucían y rielaban a través del agua. Por todas partes nadaban bancos de peces, como solían hacer cerca de las plataformas petrolíferas y otras estructuras artificiales. Debajo de ellos, una marca atravesaba el fondo del mar en una larga línea que se extendía de este a oeste.

La línea parecía recta porque la curva era muy gradual, pero si hubieran drenado el mar, se habría visto fácilmente desde el espacio que la línea coincidía exactamente con el dibujo circular mostrado en la sala de control. En el otro extremo, hombres vestidos con resistentes trajes de buceo y pequeños submarinos cuyo tamaño no superaba el de un coche familiar trabajaban llenando la última sección.

Más lejos, en los límites de la visión subacuática, Djemma vio otro submarino

que yacía de costado. Se trataba de una embarcación gigantesca, con el casco abierto como una ballena destripada. A diferencia de las otras cosas que vio, aquello lo enfureció.

El ascensor se acercó al fondo arenoso, penetró en el lecho marino, y continuó en el tubo a oscuras otros doce metros antes de parar. La oscuridad desapareció cuando las puertas se abrieron ante un pasillo de hormigón iluminado con fluorescentes.

El superintendente salió, y Djemma lo siguió. Se fijó en que el pasillo no era cuadrado, sino que tenía forma ovalada, un diseño similar al de los antiguos acueductos romanos, que ayudaba al túnel a soportar la presión externa de la roca y del agua. También se fijó en otra cosa.

—Aquí dentro hay humedad —dijo al reparar en los charcos de agua que había en el suelo y en las manchas húmedas de las paredes.

—Hasta que termine de secarse, el hormigón es poroso —explicó el superintendente—. Lo hemos tratado y enterrado doce metros por debajo del lecho marino, pero aun así tenemos filtraciones. Dentro de un mes más o menos se solucionará.

Djemma esperaba que aquel hombre estuviera en lo cierto. Siguió avanzando a través del túnel hasta que llegó a una intersección.

Una escalera de mano bajaba.

Djemma descendió y fue a parar a un tipo de túnel distinto. Este era totalmente circular contemplado en una sección transversal, lo bastante amplio para conducir un carrito a través de él, y revestido de conductos eléctricos y tuberías de refrigeración como las de arriba. Una iluminación de puntos de LED y unos brillantes rectángulos de metal en tres lados recorrían el túnel hasta donde alcanzaba la vista.

En la otra dirección divisó a Cochrane.

—Ya casi ha acabado —dijo Djemma—. Me alegra más de lo que se imagina.

—La construcción está casi acabada —anunció Cochrane—. Todavía tenemos que probarla. Y si cree que va a darme la potencia que requiere, más vale que tenga alguna alternativa, porque tal y como están las cosas solo puedo conseguirle el sesenta por ciento de lo que necesita.

—Ya no me sorprenden ni me enfurecen sus fracasos —dijo Djemma—. ¿Ha oído hablar de la Guarida del Diablo, cerca de las Azores?

—Aquí abajo no me llegan muchas noticias —contestó Cochrane—. Pero sí, he oído hablar de ello. Un superconductor natural.

—Eso es lo que se dice —dijo Djemma—. Tengo hombres allí. Creo que será la solución.

Cochrane dejó un instrumento de comprobación hecho de fibra de vidrio con el que estaba trabajando y se secó el sudor de la frente.

—Creo que no lo entiende —dijo—. Acabamos de meter trescientas toneladas de material que su submarino nos ha traído del buque de carga. No tenemos espacio para nada más.

—Espacio —repitió Djemma—. Es curioso que use esa palabra, porque me preocupa el espacio y lo que se puede ver desde él.

—¿De qué está hablando? —preguntó Cochrane.

—El submarino ruso al que le quitamos los reactores. Se le avisó de que a estas alturas tenía que tenerlo desmantelado y esparcido. No quiero que nadie lo vea desde un satélite.

—Está de costado, quince metros más abajo, cubierto con una red —dijo Cochrane—. Y no lo están buscando —insistió—. Los rusos lo vendieron. Les da igual lo que haya sido de él. Los únicos submarinos que interesan a los estadounidenses son los que llevan misiles balísticos en las profundidades. Solo usted y el camarada Gorshkov saben adónde ha ido a parar este, y ni siquiera Gorshkov sabe lo que está haciendo con él.

—Termine de desmantelarlo —ordenó Djemma—. Y no vuelva a llevarme la contraria o lo desmantelaré a usted... pieza a pieza.

Cochrane se frotó la cara con la mano.

—Tenemos once submarinos de construcción y cuarenta trajes; no son suficientes para hacer las dos cosas. Usted elige. ¿Quiere que acabemos las líneas de los objetivos o quiere que reciclemos esa carraca oxidada?

Djemma hizo un esfuerzo por dominar su ira. Quería las dos cosas, y un diseñador menos insolente y más competente que Cochrane. Pero entre los informes de Andras, los estadounidenses husmeando en el *Kinjara Maru* y las preguntas cada vez más directas del Banco Mundial y sus otros acreedores, Djemma no tenía tiempo para las dos cosas.

Decidió que el armazón del submarino podía esperar. Una vez que entrara en acción, daría igual si el mundo se enteraba o no. Esa sería la menor de sus preocupaciones.

—Terminen las líneas de los objetivos y los emisores —dijo—. Washington, Londres, Moscú, Pekín. Esos cuatro deben estar listos dentro de una semana o seremos vulnerables.

Esperó la siguiente retahíla de quejas y excusas de Cochrane para justificar su imposibilidad de cumplir las órdenes, pero por primera vez desde hacía mucho tiempo no hubo ninguna.

—Estarán listas —dijo Cochrane—. Se lo prometo.

Atlántico oriental, 23 de junio

Gamay Trout estaba sentada en una pequeña silla en la enfermería del *Matador* con una manta sobre los hombros y una taza de café descafeinado bien caliente delante. El médico del barco no le permitía tomar café normal durante al menos veinticuatro horas. Ella no se lo estaba bebiendo; solo lo estaba usando para calentarse las manos, de modo que daba igual. Sinceramente, ya no le importaba nada salvo el hombre que estaba tumbado frente a ella, inmóvil, sobre la cama de hospital.

La tripulación del *Matador* la había sacado del agua a los cinco minutos de emerger, pero con el cielo cada vez más oscuro y el oleaje cada vez mayor, no había visto a Paul salir.

Veinte minutos más tarde, después de dos pasadas terriblemente lentas, un centinela había divisado a Paul flotando boca arriba. Él ni siquiera había hecho señales y si estaba a flote era porque el traje de buceo le proporcionaba flotabilidad.

Lo habían llevado a la enfermería, donde ella estaba recibiendo tratamiento por hipotermia leve y falta de oxígeno. De inmediato, habían colocado una cortina entre los dos, pero ella les oía trabajar febrilmente. Alguien había gritado: «No tiene pulso», y luego un médico había dicho algo sobre un «*shock* cardiogénico».

Entonces ella había agarrado la cortina y la había retirado. Su marido parecía un fantasma, y ella había apartado la vista y se había echado a llorar.

Tres horas más tarde, Gamay estaba de nuevo en pie y funcionaba más o menos con normalidad. Paul seguía inconsciente, cubierto de mantas, con un gotero de líquido caliente conectado al brazo y una máscara que le suministraba oxígeno puro por la nariz y la boca. Sus ojos permanecían cerrados, y no había movido un solo músculo durante más de una hora.

Viéndolo allí tumbado en una quietud tan absoluta, Gamay tenía que mirar continuamente el monitor cardíaco para recordarse que seguía vivo.

Le apretó la mano; parecía barro húmedo. No recordaba un solo momento en que sus manos no hubieran estado calientes, ni siquiera los días invernales más fríos en Nueva Inglaterra.

—Vuelve conmigo —susurró—. No me dejes, Paul. Por favor, no te vayas.

La puerta situada detrás de ella se abrió, y entró el médico del barco, Hobson Smith. Casi tan alto que tenía que agacharse al cruzar una puerta, Smith tenía un bigote gris a lo Fu Manchú, unos ojos penetrantes y una actitud relajada, casi paternal. Ninguno de los que estaban a bordo sabía cuántos años tenía, pero si la NUMA tuviera una edad de jubilación obligatoria, Hobson Smith la habría rebasado de largo. Y el barco habría sufrido una gran pérdida. Su presencia era como la de un

tío afectuoso.

—¿No ha habido cambios? —dijo como si se lo preguntara a Gamay.

—No se ha movido —contestó ella—. El ritmo de su corazón...

—El ritmo de su corazón es fuerte —continuó él—. Su pulso es bueno. El nivel de oxígeno en sangre también está mejorando.

—Pero sigue inconsciente —dijo ella, incapaz de emplear la palabra «coma».

—Sí —convino el doctor Smith—. De momento. Paul es fuerte. Deja que se cure.

Ella sabía que el médico tenía razón, entendía que los órganos vitales de Paul estaban mejorando, pero necesitaba que despertara, que sonriera y dijera algo sumamente tonto y encantador.

Smith retiró una silla y se sentó al lado de ella.

—Estira el brazo —dijo.

Ella extendió el brazo, y el médico le rodeó el bíceps con un brazaletes y lo infló para tomarle la tensión. A continuación comprobó su pulso.

—Tal como pensaba —dijo.

—¿Qué?

—Tus órganos vitales no están muy bien —dijo—. Estás enfermando de tanto preocuparte por él.

Ella suspiró. Apenas había comido y bebido desde que había vuelto a levantarse, pero creía que si lo intentaba vomitaría.

—No lo entiendo —dijo ella—. ¿Cómo acabé yo saliendo a la superficie mucho más rápido que él?

El doctor Smith la observó detenidamente como si estuviera pensando la respuesta.

—¿Dijiste que te dio un empujón?

Ella asintió con la cabeza.

—Cuando el *Grouper* se inundó, abrió la escotilla, me sacó y me empujó hacia arriba. Yo estiré las piernas, y sus manos me impulsaron como un trampolín, pero creía que él estaba justo detrás de mí. —Respiró, tratando de dominar la emoción—. El submarino se estaba hundiendo. Tal vez lo arrastró. Tal vez tuvo que esforzarse para librarse de la succión antes de poder empezar a subir.

—Seguro que eso tuvo algo que ver —dijo Smith—. Además, él es más denso y más pesado en masa muscular y materia ósea. Y no te lo tomes a mal, pero los hombres, por término medio, tienen menos porcentaje de grasa corporal que las mujeres. Si a eso le sumamos el hecho de que los dos llevarais encima aproximadamente la misma cantidad de neopreno, tu nivel de flotabilidad debió de ser mucho más elevado que el suyo. Aunque no te hubiera empujado, habrías subido más rápido y habrías llegado a la superficie antes que él.

Ella miró a su marido, pensando en todas las inmersiones que habían realizado, en todo el entrenamiento que tenían a sus espaldas.

—Además —añadió el doctor Smith—, Paul siempre ha dicho que tú eras la

nadadora más fuerte que conocía. Un motivo más para casarse contigo y convertirte en la señora Trout.

Ella sonrió, recordando que Paul había contado esa anécdota al menos cien veces durante la boda. Al final, ella ya no soportaba oírla, pero ahora deseaba que se despertara para que pudiera volver a contarla.

—Él debería haber salido primero —dijo, y las palabras se quebraron en su garganta.

El doctor Smith negó con la cabeza.

—Ningún hombre en su sano juicio habría salido primero dejando a su mujer detrás —dijo—. Al menos, no un hombre como Paul.

—¿Y si ahora me deja? —dijo ella, más asustada que nunca—. No sabría cómo seguir sin él.

—Creo de corazón que no tendrás que seguir sin él —dijo Smith—. Pero tienes que dejar de pensar en esto y empezar a centrar tu mente en otra cosa. Por tu propio bien.

—¿Y en qué quieres que piense? —replicó ella, en un tono un poco más brusco de lo que pretendía.

El doctor Smith se rascó detrás de la oreja y se levantó. Apartó la mano de Paul de la de ella y la colocó con delicadeza sobre su pecho, y a continuación cogió a Gamay de la mano y la acompañó a la habitación de al lado: el laboratorio del barco.

—Te has olvidado de que hubo otra superviviente en el naufragio —dijo, con los ojos brillantes—. Se llama *Rapunzel*.

Gamay se había olvidado por completo del pequeño robot. Pese a ser un objeto inanimado, no pudo evitar alegrarse de que el robot hubiera sobrevivido y de que lo hubieran recuperado. Después de todo, *Rapunzel* les había salvado la vida.

—¿La han recogido? —dijo Gamay.

—Sí —respondió Smith—. Y traía tres muestras.

Gamay miró al médico con los ojos entrecerrados.

—¿Tres?

—Una muestra de tejido que extrajiste de uno de los tripulantes —dijo Smith, activando el interruptor de un fluorescente empotrado que iluminó una mesa de trabajo.

—Lo recuerdo —dijo ella—. Pero no recuerdo haber tomado más muestras.

—¿De verdad?

Con un gesto de la mano digno de un representante de un producto, el médico dirigió su atención a otra mesa. Un trozo de cable de acero reposaba sobre una superficie lisa.

—*Rapunzel* todavía lo estaba sujetando cuando llegó a la superficie —dijo Smith.

El cable que los había sujetado, pensó. Recordaba haberlo cortado con el soplete oxiacetilénico de *Rapunzel* y luego haber hecho ascender al robot. En ningún momento había mandado a *Rapunzel* que soltara el cable.

—¿Y cuál es la tercera? —preguntó.

—Un trozo de plástico encajado en una parte del armazón de *Rapunzel*. Un pedazo roto con forma triangular que probablemente se incrustó cuando estaba dándose golpes contra el buque.

El doctor Smith se acercó al cable. Gamay lo siguió. El hombre señaló varias marcas ennegrecidas.

—¿Qué crees que son?

Ella se acercó más. Al tocar las manchas negras, notó una textura distinta, como si el metal se hubiera apoyado en algo lo bastante caliente para empezar a fundirlo.

—Me recuerdan las soldaduras por puntos —contestó ella.

—Yo he pensado lo mismo —dijo él—. Pero nunca he oído que alguien haya soldado por puntos un cable, y desde luego no estaba conectado a nada.

—Tal vez fue el soplete para cortar —propuso.

—He visto el vídeo —dijo—. *Rapunzel* cortó el cable con un movimiento rápido, luego lo sujetó con las pinzas y lo fundió con el soplete. No tocó esta sección, sesenta centímetros a la izquierda, en ningún momento.

Gamay alzó la vista, algo intrigada, como mínimo.

—Tal vez cuando Paul se encuentre mejor podamos...

—Gamay —dijo el médico—. Necesitamos que te ocupes de esto.

—No me apetece demasiado —contestó ella.

—El director Pitt ha hablado con el capitán esta mañana —explicó Smith—. Quiere que lo analices. Sabe que ahora mismo es un mal trago para ti, pero alguien se ha esforzado mucho para evitar que averigüemos qué pasó en ese barco, y quiere saber por qué. Solo tenemos estas pistas.

—¿Te ha pedido que yo analice esto? —preguntó ella, sorprendida.

El doctor Smith asintió.

—Ya conoces a Dirk. Cuando hay trabajo que hacer...

Por primera vez desde que le alcanzaba la memoria, se enfadó de verdad con Dirk Pitt. Pero, en el fondo, sabía que él tenía razón. La única esperanza de encontrar a la gente que había hecho daño a Paul pasaba por descubrir quién podía estar interesado en ese barco y por qué.

—Está bien —dijo, tratando de dejar sus sentimientos a un lado—. ¿Por dónde empezamos?

Él la condujo a los microscopios.

—Echa un vistazo a las muestras del plástico.

Gamay se inclinó sobre el primer microscopio y miró por el ocular, parpadeando hasta que todo se aclaró.

—Son virutas del plástico —dijo el doctor Smith.

—¿Por qué son de distintos colores? —preguntó ella.

—Son de dos tipos distintos de plástico. Creemos que procede de una especie de caja de almacenaje. El plástico más oscuro es mucho más duro y denso, y el trozo de

color más claro es de un material más ligero.

Ella estudió los dos. El plástico más oscuro parecía deformado. El color creaba remolinos en algunas partes; el propio material presentaba distorsiones.

—Parece que el plástico más oscuro se derritió —dijo—. Pero el más claro no parece haberse visto afectado.

—Es lo mismo que pensé yo —dijo él.

—Y sin embargo tendría que haber ocurrido lo contrario —dijo ella, alzando la vista—. El plástico más claro debería tener un punto de fusión más bajo, e incluso a la misma temperatura tendría menos capacidad para absorber el calor sin deformarse porque hay menos material para actuar de disipador térmico.

—Esto se le da muy bien, señora Trout —dijo él—. ¿Seguro que no quiere trabajar en el laboratorio?

—Después de lo que acaba de pasar —contestó ella—, puede que no saliera nunca.

Él sonrió, y alrededor de sus ojos se formaron unas arrugas.

—Estás reservando la muestra de tejido para el final —observó ella.

—Porque es la más interesante —dijo él.

Ella se acercó.

—¿Puedo?

—Por supuesto que sí.

Gamay miró por el microscopio entrecerrando el ojo, subió los aumentos una vez y luego otra. Se sorprendió mirando unas estructuras celulares, pero había algo extraño.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Dímelo tú, mi experta en biología marina —dijo el doctor Smith.

Ella movió el punto focal, explorando la muestra.

—Las células del lado derecho son células cutáneas —dijo—. En general, parecen normales. Pero las células de la izquierda...

—Extrajiste una muestra de cinco centímetros del muslo de un hombre. Las células de la derecha son células superficiales. Las de la izquierda son células musculares más profundas.

—Sí. Tienen un aspecto extraño, como si hubieran explotado desde dentro.

—Así es —dijo el doctor Smith—. Cuanto más se profundiza, más daños se ven. El nivel superior del tejido epidérmico no muestra ningún daño.

—¿Podría ser una quemadura química? —preguntó ella, incapaz de apartar la vista de las células deterioradas—. Tal vez algo que penetró la piel y luego reaccionó.

—No hay presencia de residuos —dijo Smith—. Y cualquier producto químico lo bastante potente para hacer eso causaría estragos en la piel al introducirse. ¿Alguna vez has tenido lejía en las manos?

—Tienes razón —dijo ella—. Pero ¿qué otra cosa podría provocar esto?

—¿Qué podría provocar «todo» esto? —la corrigió él—. Esa es la pregunta que

tenemos que hacernos.

Ella se irguió y se volvió para mirarlo.

—Un motivo. Tres casos.

—Si se te ocurre alguna cosa que encaje...

Su mente se puso en marcha, pero no dando vueltas sin orden ni concierto como cuando estaba delante de Paul, sino haciendo progresos. Casi podía notar cómo las sinapsis se iban creando y disparando, al igual que luces encendiéndose de una en una en un oscuro edificio de oficinas.

—Parecen daños térmicos —dijo—. Pero el calor elevado o el fuego dañarían por completo la capa superficial de la epidermis.

—Exacto —convino él—. Ese es el motivo por el que tenemos una capa epidérmica de células cutáneas muertas. A pesar de lo fina y de lo débil que es, básicamente es un caparazón diseñado para no dejar entrar la humedad y otras cosas.

Se volvió de nuevo hacia el microscopio y echó un vistazo a las células una vez más. Pensó en los pedacitos de plástico que había debajo del otro microscopio. ¿Qué podría deformar un plástico grueso y pesado sin derretir uno más fino y más ligero, provocar depósitos de carbono en el metal como si lo hubieran soldado, y destruir el tejido humano de dentro afuera?

Gamay alzó la vista otra vez del microscopio.

—La señora Nordegrun le dijo a Kurt que había visto cosas dentro de su cabeza.

Smith hojeó las notas.

—Le comenté a Kurt que había visto estrellas justo antes de desplomarse. Dijo: «No quiero parecer una chalada, pero parecían fuegos artificiales en miniatura. Pensé que eran visiones, pero cuando cerré los ojos seguían allí».

—Una vez leí sobre unos astronautas que experimentaron algo parecido —dijo Gamay—. Hace unos años, en una misión en una lanzadera, vieron chispas o estrellas fugaces incluso con los ojos cerrados.

Smith se irguió un poco.

—¿Te acuerdas del motivo?

Ella hizo memoria.

—Estuvieron en órbita durante una erupción solar. Aunque se resguardaron en las dependencias de la tripulación, algunos rayos de alta energía se abrieron paso. Cuando esos rayos impactan en los conos y bastones del ojo, desencadenan reacciones neurológicas que se perciben como estallidos delante de los ojos.

—¿No son alucinaciones?

—No —contestó ella—. Ellos ven esas cosas igual que yo te veo ahora a ti. Los conos y los bastones transmiten una señal a la mente.

El doctor Smith escuchaba y asentía pensativamente con la cabeza. Se levantó, se acercó al microscopio y echó otro vistazo a la muestra de tejido.

—Cuando estaba en las Fuerzas Aéreas, probablemente antes de que tú nacieras, recuerdo que un joven pasó por delante de uno de nuestros aviones a reacción

Phanton en medio de una prueba de radar. Solo era un crío, un recluta que había acabado el entrenamiento básico hacía un mes. Nadie lo vio acercarse. Por desgracia para él, aquel avión en concreto era lo que llamábamos un Wild Weasel, diseñado para emitir potentes ráfagas de radar y llenar las pantallas del enemigo con tantas señales que no pudiera distinguir nuestros aviones del embrollo general.

—¿Qué pasó?

—El chico lanzó un grito, cayó de rodillas y se quedó tumbado en el suelo —dijo Smith—. El jefe apagó el radar, y llevamos al muchacho a rastras a la enfermería, pero ya estaba muerto. Curiosamente, no tenía la piel caliente al contacto. Resultó que se había freído de dentro afuera. Por horrible que suene, básicamente se había achicharrado como la comida en un microondas. En aquel entonces yo solo era un estudiante de medicina, pero recuerdo haber estudiado su tejido a través de un microscopio. Se parecía mucho a esto.

Gamay inspiró, tratando de apartar de su mente el horror de lo que Smith le acababa de contar y de centrarse en las pruebas científicas.

—Y parece como si hubieran soldado el metal al arco —señaló.

El doctor Smith asintió.

—Las descargas de alta energía pueden vencer la resistencia del aire y hacer que la energía eléctrica salte los espacios vacíos —prosiguió ella—. He pasado suficiente tiempo con Kurt y Joe para saber exactamente lo que es la soldadura al arco.

—Un relámpago artificial —dijo Smith—. Por eso en una base hay que manejar el combustible y la artillería de maneras determinadas. Hasta una descarga de electricidad estática puede prender fuego a los gases del petróleo.

—Las marcas del cable parecen algo mucho más serio que una descarga de estática —apuntó ella.

Él asintió de nuevo con la cabeza, con una expresión seria en el rostro. Gamay supuso que el médico tenía una teoría sobre lo que había ocurrido. Supuso que coincidiría con lo que ella estaba a punto de proponer.

—Las luces se fundieron —señaló—. Los aparatos fallaron, incluso la baliza de emergencia. De lo contrario, alguien habría oído una señal de auxilio. La mujer del capitán vio estrellas, y los pobres tripulantes de los niveles superiores se achicharraron de dentro afuera.

Miró a Smith fijamente a los ojos.

—A ese barco lo alcanzó una enorme ráfaga electromagnética. Para causar los daños que hemos visto, tuvo que ser de una intensidad ultraelevada.

—Mil emisores encendidos a máxima potencia no causarían lo que hemos visto —repuso él.

—Entonces es algo más potente —dijo ella.

El doctor Smith asintió con la cabeza, mostrando una expresión grave.

—Tiene que serlo.

Ella hizo una pausa, procurando no dejarse llevar por sus pensamientos.

—¿Debemos considerar que pudo producirse por causas naturales? —preguntó, pensando en la anomalía que Kurt y Joe estaban investigando a cientos de kilómetros al este.

—¿Y los piratas dieron con el barco en el lugar y en el momento adecuado? ¿Y luego casualmente alguien intentó mataros a ti y a Paul por investigarlo?

Por supuesto que no, pensó ella.

—Entonces tiene que ser un arma —apuntó—. Algo lo bastante potente para freír un barco de ciento cincuenta metros sin previo aviso.

Smith sonrió con tristeza.

—Estoy de acuerdo —corroboró—. Como si el mundo no tuviera ya suficientes preocupaciones.

Gamay tenía la sensación de que era ella la que estaba de acuerdo con él, pero no importaba.

—Tengo que hablar con Dirk —dijo.

El doctor Smith asintió.

—Claro. Yo vigilaré a Paul.

Washington, D.C., 23 de junio

El despacho de Dirk Pitt en el piso veintinueve de la sede de la NUMA ofrecía una vista de una gran parte de Washington, D.C. Desde la generosa ventana rectangular podía contemplar un tramo del reluciente río Potomac, los monumentos a Lincoln y Washington, y el edificio del Capitolio, todo iluminado de brillante color blanco por la noche.

A pesar de la vista, la atención de Dirk estaba centrada en otra parte: el monitor de su ordenador, en el que estaba teniendo lugar una teleconferencia a tres bandas.

En una esquina, la cara sonriente de Hiram Yaeger, el genio de la informática de la NUMA. Parecía que Yaeger acabara de salir de la carretera montado en una Harley; llevaba un chaleco de cuero y su largo cabello canoso recogido en una cola de caballo.

En la otra esquina de la pantalla de Pitt, una versión ojerosa y desvalida de Gamay Trout lo miraba fijamente. Su cabello rojo intenso también estaba recogido, pero por necesidad más que por estilo. De vez en cuando, al hablar, se le soltaba algún que otro mechón y le caía delante de los ojos. Ella lo apartaba diligentemente detrás de su oreja o seguía hablando como si no se hubiera dado cuenta.

A pesar de su evidente dolor, y de unos ojos que Pitt nunca había visto tan oscuros, parecía mantener el tipo. Desde luego les había ayudado a dar un gran paso adelante en la resolución del misterio del *Kinjara Maru*.

Mientras explicaba una teoría que se les había ocurrido a ella y al doctor del *Matador*, Pitt no podía por menos de reconocer su tenacidad y su entrega al deber. Esas cualidades abundaban en la NUMA, pero siempre destacaban especialmente en las circunstancias más aciagas.

Mientras Pitt escuchaba y hacía las preguntas que consideraba pertinentes, Yaeger tomaba notas y la mayoría de las veces gruñía algún que otro «Ajá» y «Vale».

Cuando Gamay terminó de hablar, Pitt se volvió hacia Yaeger.

—¿Puedes hacer una simulación de lo que ella ha descrito?

—Creo que sí —contestó Yaeger—. Es un palo de ciego, hasta cierto punto, pero puede que le permita hacerse una idea aproximada.

—No me basta con una idea aproximada, Hiram. Quiero una idea exacta.

—Claro —dijo Yaeger, pronunciando lentamente la palabra—. Pero lo máximo que puedo hacer es decirle el tipo de energía que sería necesaria y cómo habría podido llevarlo a cabo. No es gran cosa, pero tendrá que conformarse hasta que recibamos más datos.

—Ponte a trabajar —ordenó Pitt—. Te apuesto una caja de cerveza de

importación a que recibiremos más datos antes de que le hayas dado el primer repaso.

—¿Canadiense? —dijo Hiram.

—O alemana. El que gane elige.

—De acuerdo —dijo Yaeger—. Yo me encargo de eso.

El recuadro que ocupaba en la pantalla se apagó, y Dirk se volvió hacia Gamay.

—No voy a preguntarte cómo lo llevas —dijo—. Solo quiero que sepas que estoy orgulloso de ti.

Ella asintió con la cabeza.

—Gracias —dijo—. Y gracias por pedirme que estudiara las muestras. Me ha ayudado... Me ha ayudado a volver a la normalidad.

Pitt estaba confundido.

—Yo no te he pedido tal cosa —dijo.

—Pero el doctor... —comenzó ella.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Gamay por primera vez.

—Órdenes del doctor —supuso Pitt.

—Por lo visto es parte de mi tratamiento —dijo ella.

—Hobson es un viejo astuto —dijo Pitt, pensando afectuosamente en el médico—. Y es listo. Si alguien ha desarrollado un arma así, nuestra mejor defensa puede ser encontrarla y neutralizarla antes de que vuelva a ser usada. Gracias a vosotros dos, tenemos una oportunidad.

—¿Qué ayuda podemos esperar? —preguntó ella.

—He hablado con el almirante —dijo Pitt—. El vicepresidente, quiero decir. Va a comunicar lo que hemos descubierto al presidente y al Estado Mayor. Estoy seguro de que les interesará mucho, pero en cuanto a intervenir... Tenemos que buscar algo tangible para poder intervenir. Ahora mismo esto no es más que un fantasma que ha dejado una huella. Debemos ponerle cuerpo a ese fantasma, algo que puedan manejar. Tú has dado el primer paso.

El mechón de pelo rebelde volvió a caer sobre la cara de Gamay, y lo recogió de nuevo detrás de la oreja.

—El doctor Smith y yo hemos teorizado sobre la posibilidad de que asesinaran a la tripulación a causa de lo que vieron. En otras palabras, después de sobrevivir a la ráfaga electromagnética, tuvieron que ser sacrificados, y el barco barrenado, para mantener el asunto en secreto.

—Es razonable —observó Pitt—. Los muertos no hablan.

—Lo sé —dijo ella—. Pero creo que tiene que haber algo más. Nos dispararon torpedos. Pudieron hacer lo mismo con el buque cuando estaba a flote.

Pitt consideró aquello. A veces se aprendía más con lo que no se hacía que con lo que uno llevaba a cabo.

—Habría sido más fácil que abordar el barco.

—Y más rápido —dijo ella.

—Sí —convino Pitt—, es cierto. Entonces ¿por qué no lo hicieron?

Otra buena pregunta. Pitt supuso que solo podía haber un motivo. Una respuesta a las dos preguntas.

—Querían algo que había en ese barco —dijo—. Algo que tenían que conseguir antes de que se hundiera. Y fuera lo que fuese, quien estaba detrás de todo aquello no quería que el mundo se enterara de que había desaparecido.

En la pantalla, Gamay asintió con la cabeza.

—Yo he llegado a la misma conclusión.

Eso explicaba unas cuantas cosas. El director general de Shokara era un viejo amigo de Dirk (más que un viejo conocido, en realidad, pues Dirk le había salvado la vida en una ocasión), pero para ser un hombre que a menudo había insistido en que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que Dirk o la NUMA necesitaran, Haruto Takagawa se había vuelto de repente muy inaccesible.

Poco después de que el buque de carga se hundiera, Pitt le había dejado un mensaje, pero hasta el momento no había recibido ninguna contestación. Tal vez era comprensible, considerando las circunstancias, pero como mínimo resultaba sospechoso.

Unos días más tarde, para abarcar todas las posibilidades, Pitt había enviado a un par de miembros jóvenes y entusiastas a las oficinas de Takagawa en Nueva York para obtener la información que el servicio de guardacostas habría requerido si el barco se hubiera hundido en aguas estadounidenses. Principalmente, el manifiesto del barco.

Los dos jóvenes habían sido retenidos en el vestíbulo de Takagawa, habían tenido que esperar horas y luego prácticamente los habían cogido por las orejas y los habían echado. Aquello era como una bofetada para Pitt, suficiente para despertar su considerable ira. Hasta el momento había estado demasiado ocupado para plantear la cuestión, pero ahora parecía crucial.

—Tenemos que saber qué transportaba el *Kinjara Maru* —dijo Gamay.

Pitt asintió. Él sabía qué hacer. Sabía que solo había una forma de descubrir la verdad.

Atlántico oriental, 24 de junio

Unos golpes en la puerta de su camarote despertaron a Joe Zavala. Se incorporó, prácticamente echó a correr hacia la puerta como si los hubieran llamado a sus puestos, y entonces se acordó de que ya no estaba en la Marina.

Los golpes volvieron a sonar.

—El capitán quiere que vayas al puente de mando, Zavala —gritó una voz.

—Dile que voy enseguida —contestó Joe, al tiempo que cogía sus pantalones y se los ponía.

Oyó las pisadas del mensajero al marcharse corriendo. Fue entonces cuando notó que el *Argo* estaba en movimiento, no girando o virando o anclado cerca de la anomalía, sino surcando el agua a toda velocidad como si estuviera echando una carrera a otra embarcación.

Joe se puso una camisa por la cabeza, se calzó los pies descalzos en unas zapatillas que nunca desataba y salió corriendo por la puerta.

Un minuto más tarde estaba en el puente de mando. Efectivamente, el *Argo* avanzaba a máxima velocidad, y la proa se elevaba y descendía como si cabalgara sobre las olas cada vez más grandes.

—Capitán —dijo Joe, presentándose para el servicio aunque técnicamente no era miembro de su tripulación.

—¿Dónde demonios está Austin? —bramó el capitán Haynes.

Joe, quien aún estaba un poco atontado, contestó con sinceridad lo que pensaba.

—Probablemente despertándose con algo mucho más agradable que con lo que me acabo de despertar yo.

—¿De qué estás hablando?

—Tiene una cita —dijo Joe.

—¿Una cita? —Haynes sacudió la cabeza—. ¿Cómo consigue uno una cita en medio del mar?

Joe se rascó la cabeza.

—Buena pregunta —dijo—. Ojalá pudiera responderla porque, sinceramente, esto es un poco solitario cuando...

—¡Zavala! —gritó el capitán—. Despierta, hombre. No estás soñando. Necesito toda tu atención. ¿Con quién está Austin?

Por un segundo, Joe se preguntó si estaba soñando. El capitán se comportaba de manera extraña. Kurt era un adulto, y Joe había informado del estado de Kurt al oficial de guardia al regresar de la *Zodiac*.

—Está con la científica rusa que rescató en unos restos de naufragio —dijo Joe—.

Ella le dijo que tenía una información secreta que podía interesarle.

—¿A qué hora tenía pensado volver?

—Bueno —dijo Joe—, supongo que eso dependerá de cómo vaya la cita... señor. El capitán miró a Joe, y este se echó a reír.

—Lo siento —dijo Joe—, pero me ha recordado a mi padre cuando mi hermano se llevaba el coche de la familia y no había vuelto a la hora del toque de queda. ¿Qué pasa?

El capitán le informó del ataque del *Grouper*, del estado de Paul Trout y de la teoría de la NUMA según la cual se había utilizado un arma electromagnética contra el *Kinjara Maru*. Se aseguró de explicarle que quien había atacado el *Grouper* había usado torpedos.

—¿Qué están haciendo ahora? —preguntó Joe.

—Se dirigen al oeste a toda velocidad —contestó el capitán—. Mañana alcanzarán una fragata de la Marina con misiles teledirigidos. Entonces estarán a salvo y Paul será trasladado a un buque hospital.

—¿Y nosotros? ¿Por eso nos dirigimos a la costa?

—Al director le parece demasiado peligroso que nos quedemos aquí solos —dijo el capitán—. Si alguien está eligiendo como objetivos a aquellos que saben algo, nosotros y Austin podríamos ser los siguientes. Mañana va a contactar con los almirantes españoles y portugueses y a conseguirnos refuerzos. Pero hasta entonces quiere que permanezcamos atracados y que toda la tripulación esté localizada. Por eso estoy preocupado. Porque Kurt no ha cogido su maldito móvil en toda la noche.

—¿Hemos contactado con la policía local?

—Sí —respondió el capitán—. Les hemos informado de quién es Kurt, qué aspecto tiene y que estamos buscándolo. Ellos nos han informado de que ha habido una pelea, un tiroteo y una persecución entre coches que acabó con dos vehículos despeñados por un precipicio de una isla normalmente tranquila. Un hombre que coincide con la descripción de Kurt ha estado implicado, pero no se ha recuperado ningún cuerpo que coincida con sus características.

Gracias a Dios, pensó Joe. Miró a través de las ventanas delanteras del *Argo*. Las luces de Santa María resultaban visibles a lo lejos.

—Llegaremos al puerto dentro de veinte minutos. Quiero que propongas un plan para encontrarlo —dijo el capitán—. Me da igual si utilizas el teléfono, unas bengalas o si alquilas un puñetero avión para sobrevolar la zona con una pancarta que ponga «Kurt Austin, llama a la NUMA». Encuéntralo antes de que pase algo más.

Joe asintió con la cabeza. Empezaría por la científica rusa. Con un poco de suerte, alguien en uno de los hoteles de la isla la reconocería.

Mientras el *Argo* navegaba a toda velocidad hacia la costa, Kurt y Katarina descendían hacia las luces de Vila do Porto. Kurt no recordaba una sensación

parecida.

La cabina abierta estaba diseñada para el uso diurno con un tiempo cálido. No había luces para ver el limitado tablero de instrumentos. Además, aunque el pequeño avión no sobrepasaba los cincuenta nudos, el húmedo aire de la montaña que soplaba por encima de ellos a ochenta kilómetros por hora bastaba para que se congelaran.

A la luz del día, Kurt habría descendido a menor altitud lo más rápido posible, pero volar de noche presentaba otros retos. Pilotar un avión como aquel a oscuras a través de las montañas era como andar por una habitación desconocida con las luces apagadas, solo que si chocaban allí contra los muebles, se harían mucho más daño que un simple golpe en el dedo del pie.

En un momento determinado, vio las luces de un coche en la serpenteante carretera. Orientó el avión hacia ellas, consciente de que la carretera atravesaba los puertos de montaña. Siguiendo el coche y permaneciendo muy por encima y detrás de él, pudo seguir la carretera. Pero, como era de esperar, el coche resultó ser más rápido que la cortadora de césped voladora que pilotaba.

Cuando las luces del coche se volvieron demasiado tenues para poder verlas, aparecieron otras: las relativamente luminosas calles de Vila do Porto. Orientó el ultraligero hacia ellas, sabiendo que si no las perdía de vista, no aparecería ninguna montaña y los fulminaría desde el cielo.

Katarina también reparó en ellas.

—¿Falta poco para que lleguemos? —dijo.

Le castañeteaban los dientes.

Estaba sentada detrás de él en la máquina biplaza. Kurt se acordó del sencillo traje negro que llevaba puesto. No estaba hecho precisamente para vientos de cincuenta nudos y temperaturas de cuatro grados.

—¿Tiene frío? —preguntó.

—Estoy congelada —repuso ella.

A esas alturas debía de estar poniéndose amoratada.

—Creía que los rusos estaban habituados al frío.

—Sí, y nos vestimos con ropa de abrigo y gorros de piel para soportarlo. No tendrá uno escondido ahí arriba, ¿verdad?

Él no pudo por menos de reírse, imaginándola con un gigantesco gorro de piel.

—Inclínese hacia delante —dijo—. Pégueme a mí y rodéeme con los brazos.

—Creía que no me lo iba a pedir nunca —dijo ella.

Inmediatamente la notó pegada a él, con los brazos alrededor de su pecho. Se estaba mucho más calentito de esa forma.

Siguieron avanzando, abriéndose paso a través del último puerto de montaña, y vieron cómo Vila do Porto se extendía ante ellos. La ciudad tenía aproximadamente cincuenta mil habitantes, pero en ese momento parecía Metrópolis.

—¿Dónde vamos a aterrizar? —preguntó Katarina.

Kurt había estado pensando en ello durante todo el descenso. El ultraligero solo

necesitaba una franja de tierra de sesenta metros para aterrizar y parar. De día podrían haber encontrado cincuenta lugares en los que tocar tierra sin peligro, pero de noche todo lo que no estaba iluminado parecía igual. Podía creer que estaba descendiendo hacia un campo llano o una parcela de terreno abierto, y de pronto chocar contra un poste telefónico, o una casa, o una hilera de árboles.

Tenían que aterrizar en algún lugar iluminado para no correr peligro. El único problema era que la mayoría de las zonas iluminadas tenían cables de alta tensión a su alrededor. Entonces Kurt divisó un paisaje que le pareció tan espléndido como las balizas del Aeropuerto Internacional JFK. Un campo de fútbol, iluminado para un partido nocturno y abierto al cielo.

Ciento diez metros de hierba suave y lisa sin cables de alta tensión que lo cruzaran ni obstáculos en medio. Era perfecto. Orientó el avión hacia él y descendió suavemente. Soplaba un viento de costado procedente del Atlántico, y Kurt tuvo que ladear el pequeño avión en un ángulo de treinta grados para evitar que los empujara hacia el interior.

A ciento cincuenta metros, vio una multitud alrededor del perímetro pero ningún jugador en el campo. Katarina se pegó más a él.

—Necesito mis brazos —dijo él.

—Perdón —dijo ella—. No me gusta volar. Sobre todo los despegues y los aterrizajes.

—No se preocupe —contestó él—. Este va a ser coser y cantar.

Al minuto de decirlo, Kurt deseó haber tenido la boca cerrada. Vio que los jugadores salían al campo; o el partido iba a comenzar o acababa de terminar el descanso.

Él y Katarina estaban a treinta metros de altura, a noventa metros del extremo de la hierba. Tenían que oírlo. Claro que si uno oía un avión volando no corría precisamente a cobijarse. Supuso que eso cambiaría dentro de unos segundos.

El motor empezó a renquear y a toser.

—Apenas nos queda combustible —dijo.

—¡Aterrice! —gritó ella.

Él siguió adelante, deseando que aquel maldito cacharro tuviera un claxon.

—Es una lástima que no tenga mi vuvuzela —gritó.

Vio a los jugadores estrechándose las manos y al árbitro en el centro con el pie sobre el balón, a punto de tocar el silbato. El motor volvió a renquear, y Kurt bajó el morro para coger velocidad. La velocidad de la hélice aumentó, y vio que los jugadores miraban en dirección a él.

Pasó zumbando por encima del público. El asta de una bandera o algo que no había visto golpeó el ala derecha. El armazón se dobló, el costado derecho se inclinó, y Kurt corrigió de nuevo el rumbo hacia la izquierda.

Los jugadores echaron a correr hacia las líneas de banda mientras el renqueante avión descendía a la zona iluminada.

Tocaron la hierba y rebotaron. El ultraligero estuvo a punto de volcar, pero Kurt corrigió el rumbo y asentó firmemente las ruedas en medio del terreno de juego, justo en la línea de medio campo.

Alargó la mano para coger el freno, tiró de él y notó que el pequeño avión se deslizaba sobre la hierba húmeda. Un último jugador se apartó lanzándose a un lado, y el ultraligero se estrelló contra la portería al fondo del campo.

La red los envolvió, la hélice se detuvo, y el pequeño avión se paró.

Kurt miró a un lado y al otro. El público, los jugadores, el árbitro, todo el mundo observaba en un increíble silencio. Los miraron a él y a Katarina, luego entre ellos y por último al árbitro. Este no hizo nada por un momento, a continuación levantó poco a poco un brazo, tocó el silbato y gritó:

—¡Goooooooooooool!

La multitud chilló al unísono, levantó los brazos como si aquello fuera un triunfo, como si fuera un gol en la prórroga que acercara la Copa del Mundo a la pequeña Vila do Porto, y enseguida los jugadores tendieron la mano a Katarina y a Kurt, riéndose y aplaudiendo, mientras desprendían el avión de la red y lo arrastraban de nuevo al centro del campo.

Los jugadores ayudaron a Katarina a bajar, admirando su figura. El árbitro ayudó a Kurt. A continuación los acompañaron a la línea de banda.

Kurt explicó a alguien una versión de lo ocurrido, prometió pagar todos los desperfectos e insistió en que la empresa de alquiler de ultraligeros acudiría a por el avión al día siguiente.

Mientras el partido de fútbol se reanudaba, él y Katarina salieron a la calle. Cerca del campo tenía que haber algún taxi esperando o algún autobús. Un monovolumen con una especie de letrero se detuvo frente a ellos.

—Tenemos que ir al puerto —dijo Kurt.

—Yo puedo llevarles —dijo el conductor.

Kurt abrió la puerta. Katarina se disponía a subir pero se detuvo.

—Ha sido increíble —dijo, mirando a Kurt a los ojos.

Habían estado a punto de matarlos en tres ocasiones, su coche alquilado se había caído por un precipicio y se había convertido en un amasijo en llamas, y ella todavía estaba amoratada a causa del frío, pero le brillaban los ojos como si se lo hubiera pasado en grande. Kurt no pudo por menos de admirar su reacción.

Alargó la mano, la atrajo hacia sí y la besó en los labios. Se besaron unos segundos más, y ella lo rodeó con los brazos, esta vez por delante, hasta que el conductor tosió suavemente.

Se separaron.

—¿Eso era para hacerme entrar en calor? —preguntó ella.

Él sonrió.

—¿Ha funcionado?

—No sabes cuánto —respondió ella, volviéndose y subiendo al taxi.

Él subió detrás de ella, y la pequeña furgoneta partió hacia el puerto.

—¿Sabes? —dijo ella—, estamos a solo un kilómetro y medio de la casa donde se aloja el equipo francés.

—¿De veras? —dijo él, recordando lo que ella le había contado antes—. ¿Conoces la dirección?

—Está justo en la playa de Praia Formosa. Es la propiedad de alquiler más cara de toda la isla.

El clásico estilo de vida francés, se dijo.

—Por favor —dijo Kurt al taxista—, llévenos a Praia Formosa.

Ciudad de Nueva York, 24 de junio

Era una cálida noche veraniega y las avenidas de Manhattan estaban rebosantes de tráfico y de energía. La gente se movía en tropel, había multitudes a pie, otros en coche y en taxi, e incluso en carruaje dando románticos paseos por Central Park. Había anochecido hacía veinte minutos, y la ciudad que nunca duerme se estaba poniendo en marcha.

Dirk Pitt se dirigía en taxi a un restaurante de cinco estrellas. Mientras recorría Park Avenue, el reflejo anaranjado de las farolas se deslizaba metódicamente por la pulida superficie amarilla del capó del coche. Pasaban una detrás de otra a un ritmo lento y continuo como silenciosos latidos de corazón. Se imaginó los latidos de Paul Trout y rezó para que su corazón se mantuviera fuerte, y pensó en Gamay, velando por él, tratando de que su marido recuperara la conciencia.

Había ido a reunirse con Takagawa cara a cara, pero, imaginándose que no le dejarían entrar en la recepción, Dirk decidió buscar a su viejo conocido fuera de la oficina. Había averiguado el lugar donde Takagawa cenaría esa noche y decidió sorprenderlo en terreno neutral.

El restaurante se llamaba Miyako, un establecimiento famoso por las celebridades y los jugadores de baloncesto que llevaban a supermodelos a cenar a altas horas de la noche. En Miyako servían comida japonesa tradicional en un entorno selecto y ultramoderno. Los martinis a veinte dólares y los chupitos de sake fluían como el agua, mientras que las exquisiteces tradicionales, como el pez globo venenoso, los intestinos de pepino de mar y el *uni* —también conocido como erizo de mar— completaban el menú.

Se esperaba que Haruto Takagawa cenara allí con su hijo, Ren, varios directivos de la Compañía Naviera Shokara y al menos dos gestores de fondos de cobertura que querían invertir en la nueva empresa de Shokara.

Dirk sabía que estarían en una sala privada situada al fondo, pero no esperaba que lo invitaran a unirse a ellos. Por si acaso, había llevado un pequeño recordatorio de la deuda de Takagawa. El taxi se detuvo junto a la acera delante de Miyako, y Dirk bajó.

Pagó al taxista, incluyendo una generosa propina, y entró con paso resuelto en el vestíbulo del restaurante, mirando detenidamente la sala. Una alta pared por la que caía agua en cascada dividía el comedor principal de las salas privadas de la parte de atrás. Dirk avanzó al mismo tiempo que un hombre de aspecto oficioso doblaba la esquina. El hombre se situó delante de Dirk mirándolo con recelo.

—Disculpe —dijo—. Solo ofrecemos mesa a las personas con reserva. Y debe vestir correctamente.

Dirk llevaba unos pantalones negros con una raya como una hoja de afeitar, un esmoquin de ochocientos dólares y una camisa con el cuello de botones abierto.

—Debe llevar corbata para cenar aquí —explicó el hombre.

—No he venido a comer —dijo Dirk, y pasó por su lado dándole un empujón.

Dejó atrás al *maître* y cruzó la sala. En una ciudad llena de políticos, personas influyentes y celebridades, Dirk Pitt era un desconocido, pero resultaba imponente en movimiento.

Al menos una docena de clientes interrumpieron por un instante sus conversaciones y se volvieron para mirarlo. Si les hubieran preguntado, quizá habrían dicho que tenía un aura especial, un aura que llamaba la atención, un paso resuelto que denotaba convicción, determinación y seguridad sin arrogancia ni vanidad. O quizá no habrían dicho nada. Pero lo miraron hasta que desapareció detrás de la pared de agua goteante.

Dirk Pitt entró en el comedor privado, y la conversación se interrumpió. Su llegada fue abrupta e inesperada. Sorprendió a los presentes en el comedor, tal como él esperaba.

Los comensales lo miraron, pero Takagawa fue el último en alzar la vista. Estaba sentado al fondo de la mesa, y la expresión de su rostro hacía pensar que estaba contemplando al mismísimo espectro de la muerte. Los otros miembros de la mesa se quedaron pasmados, pero más enfadados que otra cosa.

Uno de los gestores de fondos de cobertura se levantó; su traje de cinco mil dólares hacía que el de Dirk pareciera que se hubiera caído de la percha.

—No sé quién es usted, pero se equivoca de lugar —dijo, dirigiéndose a Dirk y alargando la mano hacia él como si lo acompañara a salir de la sala.

Dirk ni siquiera miró al hombre, y habló en un tono que casi era un gruñido.

—Como me ponga esa mano encima, no volverá a usarla para contar dinero.

El gestor de fondos de cobertura se quedó como si le hubieran dado una bofetada, pero retrocedió y no dijo nada.

Ren, el hijo de Takagawa, se levantó a continuación.

—Voy a llamar a seguridad —le dijo a su padre.

Takagawa no reaccionó a las palabras de su hijo; se limitó a mirar fijamente a Dirk como si estuviera en trance. Dirk supuso que era el momento de sacarlo de ese estado.

Lanzó un trozo de metal de veinte centímetros hacia él. El objeto hizo ruido al caer en la mesa, y algunos comensales saltaron hacia atrás como si fuera a cobrar vida y a atacarles. La pieza se detuvo delante de Takagawa.

El director general de Shokara estiró el brazo y cogió el pedazo de metal entre las manos. Una placa, doblada y retorcida y ennegrecida por el hollín. En ella ponía «Minoru». Unas cifras debajo del nombre detallaban un tonelaje.

El hijo había llamado por teléfono.

—Seguridad, soy Ren, tengo un...

Takagawa alargó la mano y la posó en el brazo de su hijo, quien se detuvo en mitad de la frase.

—Cuelga el teléfono, hijo mío —dijo.

—Pero este hombre podría ser una amenaza —repuso Ren—. Te ha ofendido.

—No —dijo Takagawa con cansancio—. Yo le he ofendido a él. Hace bien en venir a buscarme. Estoy avergonzado, como un insecto que se esconde debajo de una piedra.

Por el teléfono de Ren sonó una voz.

—Ren, somos el equipo de seguridad. ¿Necesitas algo? Estamos fuera.

Ren miró a su padre, quien observó fijamente una vez más el trozo de metal.

—De no haber sido por este hombre —explicó Takagawa—, habría muerto abrasado hace treinta años cuando mi barco se hundió. No habría llegado a verte. Tu madre dio a luz mientras yo estaba en la mar, y no tenía fotos de ti.

Takagawa examinó la placa metálica carbonizada. Se la había regalado a Dirk en agradecimiento por salvarles la vida a él y a otros miembros de su tripulación. Se miró la mano derecha. Debajo del puño de la manga asomaba un trozo de piel quemada marcada con una cicatriz, que como bien sabía Dirk subía por el brazo de Takagawa.

—¿Va todo bien? —preguntaron los de seguridad.

Ren se acercó de nuevo el auricular.

—Sí —dijo finalmente—. Falsa alarma.

Colgó. Lanzó una mirada fulminante a Pitt por un momento, suspiró y asintió con la cabeza en señal de respeto.

—Le pido disculpas —dijo.

—Un hijo que defiende a su padre no tiene nada por lo que disculparse —dijo Dirk.

Ren Takagawa dio un paso atrás y retiró su silla, ofreciendo el asiento de al lado de su padre a Dirk.

—*Arigato* —dijo Dirk, sentándose.

Los gestores de fondos de cobertura y los otros miembros del grupo seguían con cara de confusión.

—Esto es muy anormal —dijo uno de ellos.

—Por favor, dejadnos —pidió Takagawa en un tono serio—. Tenemos que hablar de algo más importante que de negocios.

—Oye, Haruto —comenzó uno de ellos—, no sé de qué va esto...

Una mirada de Takagawa lo detuvo, y a continuación los comensales se levantaron y salieron de uno en uno, algunos murmurando entre dientes.

—Hablaré con ellos —dijo Ren.

Los acompañó fuera, y los dos viejos conocidos se quedaron solos.

—Lamento que haya tenido que ser así —dijo Dirk.

—No tienes nada que lamentar —contestó Takagawa.

—Ya sabes lo que quiero —señaló Dirk.

Takagawa asintió con la cabeza.

—Entonces ¿por qué no se lo has dado a mi gente?

Por primera vez, el arrugado anciano miró a Dirk a los ojos.

—Vinieron a por el manifiesto —explicó—. Podría habérselo dado, pero no lo hice porque te habría engañado. Y no estaba dispuesto a mentirte.

—Y por eso no les diste nada —dijo Dirk.

Takagawa asintió.

—Me pareció que había algo de honor en no engañarte abiertamente. Si no decía nada, no habría mentido. Por lo menos sabrías que tenías que preocuparte. Pero contarte una falsedad después de lo que tú hiciste por mí... No podría hacer algo así y luego mirarte a la cara.

—¿Por qué no me dices la verdad? —preguntó Dirk.

—Mi posición en Shokara no es intocable —dijo Takagawa—. Siempre hay que lidiar con intrigas de palacio. Si te contara la verdad, ofendería a otros. Tal vez incluso expondría la empresa al endeudamiento. O a las sanciones de tu gobierno.

Pitt no se inmutó. Necesitaba respuestas. A esas alturas, el precio que supusiera para la Compañía Naviera Shokara no le preocupaba.

—Haruto —dijo Dirk—, tres de mis hombres resultaron heridos tratando de impedir el secuestro de tu barco. Dos más han sido atacados desde que empezamos a investigar, y uno de ellos está en coma mientras su mujer reza para que vuelva con ella. Así que perdona si te hablo con franqueza, pero me da igual los problemas que conlleve. Si eres el hombre que creo, sabes que es el momento de hablar.

Takagawa miró la placa de metal retorcida que tenía delante y luego miró a Dirk a los ojos. Lo observó larga y fijamente antes de hablar.

—Tal vez me hayas salvado dos veces —susurró.

A continuación, alargó la mano para coger un maletín que había a sus pies, lo colocó encima de la mesa, hizo saltar los cierres y lo abrió. Metió la mano y sacó una carpeta que entregó a Dirk.

—Esta es la información que buscas —dijo.

—¿Qué voy a encontrar aquí? —preguntó Dirk.

—La verdad.

—¿Qué verdad?

—El cargamento del *Kinjara Maru* iba rumbo a Hong Kong. En su mayor parte, estaba compuesto de materiales comunes a granel, pero también había trescientas toneladas de OIBC dopado con titanio.

—¿Qué es el OIBC? —preguntó Pitt.

—Óxido de itrio, bario y cobre —explicó Takagawa—. Es un complejo compuesto cristalino que actúa como superconductor a elevadas temperaturas. Se ha desarrollado una versión más nueva y avanzada que puede mezclarse con titanio y péptidos de hierro: la versión Ti. Es de lejos el superconductor más potente jamás

creado.

—¿Más potente? —preguntó Pitt—. ¿Qué quieres decir?

—No sabría explicártelo —dijo Takagawa—. Yo solo soy un viejo capitán de barco, pero tú debes de tener gente que lo entienda. La información de la que dispongo sobre el tema está ahí dentro.

Pitt llevaría la información a Hiram Yaeger en cuanto regresara a la oficina.

—¿Por qué te daba miedo contármelo? —inquirió Pitt.

—Porque no es un compuesto que se presente de forma natural —contestó Takagawa—. Se crea en un laboratorio. La versión Ti está patentada por una empresa estadounidense y, lo que es más importante, catalogada como tecnología restringida. El traslado a otros países, incluida China, es ilegal. Al permitir que entrara en nuestro barco, Shokara violó esa ley.

Ahora Pitt empezaba a entenderlo. Con las tensiones económicas entre Estados Unidos y China siempre a punto de estallar, y las afirmaciones, prácticamente constantes, de que el gobierno chino y sus empresas preferían el espionaje y el robo al desarrollo honrado, ni al gobierno chino ni al estadounidense les alegraría saber que ese compuesto había sido transportado a Hong Kong. Pero como los dos países se necesitaban, la candidata más probable a recibir el castigo y a servir de chivo expiatorio era la empresa naviera: Shokara.

—¿Por qué te has metido en algo así? —preguntó Pitt—. Este país se ha portado extraordinariamente bien contigo.

—No lo supe hasta después de que el *Kinjara Maru* se hundiera —dijo Takagawa.

Dirk le creyó. Percibía la aflicción y el peso del deshonor que Takagawa sentía.

—Creo que alguien abordó ese barco para robar algo —dijo Pitt—. Parece que ese OIBC era el objetivo más probable.

—Vale más que su peso en oro —dijo Takagawa.

—¿Sabes algo sobre las personas que atacaron tu barco? —preguntó Pitt—. ¿Algún rumor?

Takagawa negó con la cabeza.

Tenía que haber algo.

—¿Dónde cargasteis el compuesto?

—En Freetown —contestó Takagawa—. Sierra Leona.

Dirk había estado en Freetown diez años antes cuando se le pidió a la NUMA que asesorara un proyecto para hacer más profundo el canal de navegación. Aunque el país estaba todavía patas arriba, en aquella época Freetown ya era uno de los puertos más concurridos de África occidental.

Por lo que había oído, las cosas habían mejorado mucho bajo el liderazgo autocrático de su presidente, Djemma Garand, pero no se caracterizaba precisamente por su alta tecnología.

—¿Podría proceder de allí? —preguntó.

Takagawa negó con la cabeza.

—Sierra Leona tiene minas y riqueza mineral, pero, como ya he dicho, el OIBC no sale de la tierra.

—Así que Freetown fue un punto de transbordo —dijo Pitt.

—Se hace de la siguiente forma —dijo Takagawa—. Una laguna legal. Trasladas la carga a un país en el que está permitido legalmente recibir el material, y ellos lo envían a un tercero sin violar ninguna de sus leyes nacionales. Luego el tercero lo envía a Rusia o a China o a Pakistán.

—¿Tienes idea de quién es el comprador? —preguntó Dirk.

—Ellos lo negarán, pero está ahí dentro —respondió Takagawa—. Desde luego ya no importa. No recibieron lo que habían pagado.

La mente de Dirk trabajaba febrilmente, tratando de ponerse al corriente.

—¿Y el vendedor?

—No lo conozco.

A Dirk no le gustaba el panorama que se presentaba.

—Necesito un favor —dijo con el máximo respeto.

—No puedo ofrecerte nada más.

Pitt lo miró fijamente.

—Muchos hombres de tu tripulación murieron entre llamas, Haruto.

Takagawa cerró los ojos como si estuviera sufriendo. Se llevó inconscientemente la mano izquierda a la muñeca derecha, donde tenía las cicatrices.

—¿Los vas a perseguir? —preguntó.

—Estoy a punto de empezar.

—Entonces te daré todo lo que encuentre.

Pitt se levantó e inclinó un poco la cabeza.

—Gracias —dijo—. Te prometo que no saldrá de aquí.

Takagawa asintió con la cabeza, pero parecía incapaz de mirar directamente a Dirk a los ojos. Por fin, Pitt se volvió para marcharse.

—Me preguntaba —dijo Takagawa— si todavía tienes esos coches tan fabulosos. Ahora yo también los colecciono.

Pitt se detuvo y se dio la vuelta.

—Sí, todavía los tengo, y alguno más.

—¿En cuál has venido esta noche? —preguntó Takagawa, esbozando una sonrisa, sin duda recordando las conversaciones sobre coches que él y Pitt habían mantenido en el pasado como forma de no perder la calma durante su huida del infierno hacía treinta años.

Pitt negó con la cabeza.

—He cogido un taxi.

Takagawa pareció decepcionado.

—Es una lástima.

—Pero el otro día salí a dar una vuelta en mi Duesenberg descapotable —dijo

Pitt.

El rostro de Takagawa se iluminó, como si la imagen de Pitt sentado al volante del lujoso automóvil le reconfortara de alguna forma.

—El viernes —precisó Takagawa.

Dirk asintió con la cabeza.

—Hizo un buen día para pasear en coche.

Kurt Austin abrió la puerta del monovolumen y salió a la calle situada enfrente de Praia Formosa. Hacía una noche tranquila; podía oír las olas rompiendo contra la playa un poco más allá. Tendió la mano a Katarina, la ayudó a salir por la puerta y pagó al taxista.

—¿Quiere ganarse otra carrera? —preguntó.

—Claro —respondió el taxista, con su cara redonda iluminada.

—Pues dé la vuelta a la manzana —dijo Kurt—, espérenos al final con las luces apagadas y esté atento hasta que volvamos.

Kurt alargó un billete de cien dólares con la mano. Lo partió por la mitad y le dio un trozo al taxista.

—¿Cuánto quieren que espere? —preguntó el hombre.

—Hasta que volvamos —dijo Kurt.

El taxista asintió con un gesto, puso el coche en marcha y empezó a alejarse.

—¿Seguro que no lo estamos poniendo en peligro? —preguntó Katarina.

Kurt estaba convencido de que se habían librado de los hombres que los habían seguido hasta el restaurante.

—No corre peligro —dijo Kurt con seguridad—. Ni nosotros tampoco, a menos que el equipo francés quiera pelearse por la muestra que han tomado.

—No es el clásico estilo francés —dijo ella.

—¿Qué casa es? —preguntó él, fijándose en los chalets repartidos a lo largo de la franja de arena.

—Por aquí —contestó ella.

Katarina se volvió y echó a andar, y salió de la desigual calzada a la hierba. Kurt supuso que le resultaba más agradable al llevar los pies descalzos.

—Tenemos que conseguirte unos zapatos —dijo.

—O deshacernos de los tuyos y dar un paseo por la playa —propuso ella, sonriéndole.

La idea parecía más divertida que despertar a un grupo de científicos y acusarlos de robo.

Llegaron a un chalet de color amarillo.

—Es aquí —anunció ella.

Kurt llamó a la puerta. Y volvió a llamar. Esperaron.

No hubo respuesta.

La casa estaba a oscuras. Incluso las luces exteriores estaban apagadas.

—¿Estás segura de que es esta? —preguntó Kurt.

—Anoche celebraron una fiesta aquí —dijo ella—. Vino todo el mundo.

Kurt volvió a llamar, aporreando más fuerte la puerta, sin preocuparse en lo más

mínimo por si despertaba a los vecinos. Mientras golpeaba la puerta ocurrió algo extraño. La luz exterior, que estaba apagada, se encendió por un instante con cada golpe.

—Pero ¿qué...?

Dejó de aporrear la puerta y centró su atención en la luz. Metió la mano en el aplique y encontró la bombilla. Estaba suelta. La giró y se encendió. Después de darle dos vueltas más, quedó bien encajada.

—¿Haciendo reparaciones? —dijo Katarina.

Kurt levantó la mano, y ella se calló. Se agachó y examinó la jamba de la puerta. Las muescas y las raspaduras alrededor de la cerradura no auguraban nada bueno.

—¿Qué pasa?

—Alguien ha forzado la cerradura —dijo él—. Desenroscaron la bombilla para que nadie los viera haciéndolo. El viejo truco de un ladrón.

Kurt probó la puerta. Ahora estaba definitivamente cerrada.

Se dirigió a un lado de la casa. Katarina lo siguió.

—Quédate aquí —dijo.

—Ni hablar —replicó ella.

Él no tenía tiempo para discutir. Se metió furtivamente detrás de un seto de buganvillas tropicales y se dirigió a la parte trasera de la casa. Apareció una solana. Kurt subió de un salto y se acercó a una puerta corrediza de cristal.

Dentro solo había oscuridad.

Tardó tres segundos en hacer saltar la puerta de sus rieles y abrirla.

—¿Has sido ladrón? —susurró Katarina.

—Habilidades de una juventud desperdiciada —contestó él en un susurro—. Por favor, quédate aquí.

—¿Y si alguien intenta estrangularte otra vez, y yo no estoy para salvarte?

Kurt pensó que no iba a borrar del pasado ese momento. Entró sigilosamente en la casa seguido de cerca de Katarina. De inmediato notó que algo no iba bien. El lugar estaba patas arriba.

De repente Katarina hizo una mueca, emitió un sonido leve y cayó de rodillas.

Kurt se agachó junto a ella. Aparte de ellos dos, en la casa no se movía nada.

—¿Qué pasa?

—Cristales —dijo ella, sacándose un trozo del pie.

—Dame dos minutos —le pidió él.

Esta vez ella aceptó y se quedó donde estaba.

Kurt se movió con rapidez, exploró el resto del chalet y regresó con una expresión adusta en el rostro.

Una vez de vuelta en la sala de estar, encendió las luces. Parecía que un tornado hubiera arrasado el lugar: cojines tirados, armarios abiertos y objetos desparramados por todas partes; había una lámpara de noche hecha añicos, y el suelo estaba cubierto de pedazos de cristal.

—Tenemos que llamar a la policía —dijo Kurt.

Buscó el teléfono, vio unas chancletas junto a la puerta y se las dio a Katarina.

—Póntelas.

Mientras ella se calzaba las zapatillas, Kurt localizó el teléfono y cogió el aparato.

No había señal. Buscó la roseta de la pared y se dio cuenta de que habían arrancado el cable. La roseta parecía estropeada. Tendrían que encontrar otra y conectar el teléfono a ella. Se dirigió a la cocina.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Katarina.

—La costumbre francesa de hablar demasiado les ha costado caro —dijo Kurt.

Había encontrado otra roseta cerca del fregadero. Conectó el cable a ella, obtuvo señal y empezó a marcar.

Mientras esperaba a que alguien contestara, se fijó en un armario abierto. Había cubiertos y otros objetos tirados por el suelo, entre ellos un cuchillo para trinchar de temible aspecto. Parecía que los franceses se habían defendido.

Distraído, Kurt no se dio cuenta de que Katarina había empezado a deambular por la casa. Cuando alzó la vista, ella estaba cerca de la puerta de otra habitación, alargando la mano como si se dispusiera a encender la luz.

—No —dijo Kurt.

Demasiado tarde. El interruptor se activó, y la habitación se iluminó.

Katarina dejó escapar un grito ahogado y se apartó. Kurt colgó el teléfono, y cuando la agarró, parecía que la mujer se fuera a desmayar.

Ella miró de nuevo hacia la habitación y sepultó la cara en el pecho de él.

—Están muertos —dijo.

—Lo siento —repuso él—. No quería que lo vieras.

Todo el equipo francés había sido asesinado. Cuatro cuerpos yacían en la habitación, arrojados irrespetuosamente contra la pared como trastos inútiles. Uno de los hombres había sido acribillado a balazos y otro parecía haber sido estrangulado, a juzgar por las marcas de su cuello. Los otros resultaban más difíciles de ver, y Kurt no se había acercado tanto. Pero incluso desde la puerta reconoció al hombre que había sacado de las profundidades del mar con un exceso de peso en el cinturón.

Katarina temblaba en los brazos de Kurt, con la boca tapada con la mano y los ojos cerrados con fuerza. Él se la llevó de la habitación y la condujo a la sala de estar. Arregló el sofá y la sentó.

—Tengo que llamar a la policía —dijo.

Ella asintió, incapaz de pronunciar palabra.

Kurt regresó a la cocina abierta sin dejar de vigilar a Katarina. Ciertamente, esa noche ya habían muerto unos hombres, pero se trataba de individuos dispuestos a matarlos a él y a Katarina. Y se habían despeñado por un precipicio ocultos en un coche, sin que prácticamente se les viera. Aquello era distinto.

Esos hombres eran científicos, colegas suyos. Por lo visto, Katarina había tomado unas copas con ellos como mínimo en una ocasión.

—¿Cómo es posible que la policía todavía no lo sepa? —preguntó ella.

—Probablemente sucedió rápido —dijo Kurt, esperando que así hubiera sido por el bien de los hombres fallecidos—. Los agresores debían de tener armas con silenciadores y pillaron a esos hombres por sorpresa.

—Pero ¿por qué? —preguntó Katarina—. ¿Por qué iba a querer alguien...?

—Tenían la muestra —contestó Kurt—. Por lo que tengo entendido, podría ser muy valiosa. Por eso estamos aquí mientras los españoles y los portugueses averiguan quién se la queda y en qué porcentaje. Esos tipos tuvieron la osadía de tomar la muestra ilegalmente pero también la imprudencia de hablar de ello.

—Demasiado vino —dijo ella—. A los hombres les gusta alardear cuando han bebido demasiado.

Finalmente, la policía contestó y prometió enviar a unos investigadores y a un forense. Mientras aguardaban, Kurt buscó en vano la muestra. Encontró una caja larga y rectangular llena de gomaespuma con otros utensilios. Estaba abierta y volcada en el suelo. Supuso que la muestra se encontraba dentro.

Después de interrogarlos durante una hora, la policía dejó marchar a Kurt y a Katarina.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó ella.

—Tengo que ponerme en contacto con mi barco —dijo Kurt. Alzó la vista hacia el puerto y se sorprendió de lo que vio.

—Tengo una radio en mi barco —dijo ella—. Puedes usarla.

—No creo que vayamos a necesitarla.

Ella miró hacia arriba.

—Aquel de allí es mi barco —dijo él—. El que está iluminado como un árbol de Navidad.

Mientras se preguntaba qué hacía el *Argo* en el puerto con todas las luces encendidas, Kurt empezó a mirar a su alrededor, confiando en que uno de los policías pudiera llevarlos a él y a Katarina en coche. De repente, un pequeño monovolumen se acercó zumbando.

Kurt reconoció la cara redonda y sonriente del taxista.

—Creía que la policía no iba a soltarlos nunca —comentó—. ¿Listos?

Kurt supuso que dos horas de espera bien valían cien dólares. Sacó la otra mitad del billete de su bolsillo y se la dio.

—Listos —dijo.

Mientras Katarina esperaba en el puente de mando del *Argo*, Kurt Austin se hallaba sentado en la sala de conferencias con el capitán Haynes y Joe Zavala. Se pasó diez minutos relatando los sucesos que él y Katarina habían vivido esa noche y concluyó con el espantoso descubrimiento que había tenido lugar en la casa de la playa del equipo francés.

A su vez, el capitán Haynes le informó del ataque sufrido en el *Grouper*, el ahogamiento casi mortal de Paul y su estado actual. A continuación, él y Joe se turnaron para explicarle lo que sabían de la teoría de Gamay, según la cual el *Kinjara Maru* había sido atacado con un tipo de arma de energía dirigida.

—¿Estamos hablando de algo parecido al programa IDE? —preguntó Kurt, en referencia a la Iniciativa de Defensa Estratégica del presidente Reagan—. ¿Algo capaz de derribar misiles?

—Podría ser —contestó el capitán—. El caso es que no lo sabemos. Pero es posible.

—¿Y por qué atacaría alguien un buque de carga en medio del Atlántico? —preguntó Kurt.

Antes de que alguien pudiera responder, la luz del intercomunicador se encendió, y el oficial de comunicaciones habló.

—Una llamada para usted, capitán. Es el director Pitt.

—Pásamela por el altavoz —dijo el capitán.

El altavoz crepitó un segundo y a continuación sonó la voz de Dirk Pitt.

—Ya sé que ahí es tarde, caballeros, pero tengo entendido que todo el mundo sigue levantado.

—Hemos estado hablando de lo ocurrido —dijo Haynes.

—Acababa de plantear una pregunta que me lleva rondando en la cabeza desde que esto empezó —dijo Kurt—. ¿Por qué un buque de carga en mitad del Atlántico? Y es aplicable tanto a la piratería como a esa arma electromagnética de la que estamos hablando.

—Creo que tengo la respuesta —dijo Dirk—. Hiram Yaeger está realizando un estudio a fin de averiguar los requisitos de energía y la capacidad de un arma como esa, pero cuando le he preguntado qué necesitaría alguien para crear un arma así, me ha respondido escuetamente «Más».

—¿Más? —repitió Kurt—. ¿Más qué?

—Más de todo —contestó Dirk—. Más energía, más materiales, más dinero. Más de lo que se podría conseguir con facilidad. En este caso, el *Kinjara Maru* probablemente fue elegido como objetivo debido al cargamento de OIBC dopado con titanio que transportaba. Es un compuesto muy avanzado y condenadamente caro que

se usa para fabricar imanes superconductores de una potencia increíble.

—Y esos imanes se pueden usar para fabricar armas de energía —aventuró Kurt—. Como la que Gamay cree que se utilizó para atacar el barco.

—Exacto —dijo Pitt—. Básicamente, esos imanes superconductores son imprescindibles para cualquier proyecto energético de alta intensidad. Los imanes normales generan un calor excesivo a elevados niveles de energía, pero los superconductores transmiten la energía sin oponer la más mínima resistencia.

—Parece que alguien ha adaptado esa tecnología para fines militares —intervino Joe.

—Yaeger coincide contigo —dijo Pitt—. Y los análisis que Gamay ha hecho de las muestras del *Kinjara Maru* son prácticamente inequívocos.

—¿Alguna idea de quién está detrás? —preguntó Kurt.

—Todavía no —respondió Pitt—. Podría ser una banda terrorista o un país o una facción rebelde. El año pasado luchamos contra las tríadas chinas por un arma biológica, así que supongo que todo es posible.

—¿Qué hay del rastro del dinero? —dijo Kurt—. Si esa cosa es tan cara, tiene que constar la compra.

—Lo estamos investigando —contestó Pitt—. De momento hemos podido identificar cuantiosas compras de varios materiales superconductores repartidas entre varias docenas de empresas que parecen ser falsas. Es como si alguien estuviera intentando acaparar el mercado de los materiales superconductores más potentes.

Kurt miró a Joe y luego al capitán. Pitt siguió hablando.

—El problema es que todas esas extrañas compras conducen a empresas fachada, que a su vez operan como filiales de otras empresas ficticias. Los fondos proceden de fuentes sin identificar, y la empresa fachada cierra inmediatamente después de completar el trato. Eso hace que sean muy difíciles de rastrear. A simple vista, todo parece legal. La gente cobra, y no hay señales de alarma. Nadie se entera de nada, al menos hasta ahora.

—Si están acaparando el mercado, ¿qué necesidad tienen de robar algo? —dijo Kurt.

—El OIBC dopado con titanio es el superconductor más potente fabricado —dijo Pitt—. Puede funcionar de manera eficaz en intensidades de campo de hasta novecientos teslas.

—Además de un estupendo grupo de rock de los noventa —dijo Joe—, ¿qué es exactamente un tesla?

—Es una unidad pensada para medir intensidades de campos magnéticos —contestó Pitt—. No puedo decirte con exactitud a cuánto equivalen novecientos teslas, pero los superconductores usados en los trenes levitadores de Japón se sobrecargan a cuatro teslas. Así que si cuatro teslas pueden levantar un tren, novecientos teslas pueden levantar doscientos veinticinco trenes.

El capitán Haynes espiró despacio.

—La carrera armamentística —dijo—. Si estás construyendo un arma, te conviene tener la versión más potente disponible.

Aun así, había algo que no tenía sentido para Kurt.

—Si todo esto se ha llevado de forma tan clandestina, ¿cómo sabían los piratas que ese OIBC estaba en el barco?

—A pesar del secretismo —dijo Pitt—, había terceros que estaban al tanto.

—El comprador, el vendedor y la empresa naviera —señaló Kurt.

—Y de los tres —dijo Pitt—, ¿cuál tenía motivos para hundir el barco y hacer desaparecer el material?

—El vendedor —respondió Kurt, dándose cuenta de adónde quería ir a parar Pitt—. Para conseguir un buen precio, hicieron todos los preparativos para entregar ese material superconductor a los chinos, y luego asaltaron el barco con el fin de recuperarlo más tarde.

—Qué enrevesado —dijo Haynes—. ¿Seguro que no nos estamos equivocando?

—Tengo el manifiesto del *Kinjara Maru* —dijo Pitt—. Además del cuaderno de bitácora del capitán y las notas del jefe de carga, que se transmiten electrónicamente a la sede de Shokara cuando sus barcos zarpan. Se las leería, pero estoy conduciendo, así que les contaré lo esencial. Lo entenderán cuando acabe.

»El barco atracó en Freetown, Sierra Leona, tres días antes de hundirse. Recogió una carga a granel de varios minerales con rumbo a China y luego recibió órdenes de permanecer en el puerto dos días, a la espera de otra entrega.

—El OIBC —supuso Kurt.

—Exacto —dijo Pitt—. Pero cuando la remesa llegó por fin, al capitán le llamaron la atención varios detalles extraños que anotó en su cuaderno de bitácora. Primero, el cargamento fue subido a bordo del barco por un grupo de individuos que no eran trabajadores portuarios. Un grupo mixto de hombres blancos y negros se ocupó de la mayor parte de la carga. El capitán comentó que «parecían una unidad militar o paramilitar».

—He oído rumores acerca de mercenarios que se hacen con el control de minas en esa zona y las explotan para sacar beneficios —dijo Kurt.

—Solo que el OIBC no se extrae de las minas —apuntó Pitt—. Aparte de eso, el cabecilla del grupo insistió en que el OIBC fuera separado del resto de los minerales y almacenado en una bodega con termostato. Al jefe de carga, la petición le pareció tan rara que se atrevió a discutir con esos militares, pero acabó perdiendo.

—¿Por qué hicieron eso? —preguntó Joe—. ¿Le afecta la temperatura?

—No —contestó Pitt—. Pero el *Kinjara Maru* solo tiene una pequeña bodega con termostato.

—Lo que permitía encontrar y descargar fácilmente el material —dijo Kurt.

—Eso parece —asintió Pitt.

—Entonces el vendedor también es un pirata —resumió el capitán Haynes.

—Y el pirata tiene el arma de energía —añadió Kurt—. Lo que significa que las

personas que vendieron el OIBC (las mismas personas que abordaron el barco) son las mismas que están construyendo el arma con él. Así que también deben de ser las que están acaparando el mercado.

—Me preguntó qué están tramando —dijo el capitán.

—Sí —convino Pitt—. Sea quien sea esa gente, necesitan tanto material para lo que están fabricando que están dispuestos a cabrear a los chinos y a arriesgarse a ser descubiertos para conseguir la mayor cantidad posible. Incluso el que ya han comprado.

—Tal vez eso explica por qué han venido a Santa María —dijo Kurt—. Me las he visto con uno de ellos, el mismo tipo al que nos enfrentamos mientras el *Kinjara Maru* se hundía. No sé quién ha robado la muestra y ha asesinado al equipo francés, pero me apuesto lo que quieran a que todo está relacionado.

—Pero vimos cómo su lancha explotaba —repuso el capitán Haynes—. Incluso encontramos unos cadáveres.

—Unos peones sacrificados —explicó Kurt—. Probablemente los otros se tiraron por la borda antes de la explosión y dejaron atrás a esos infelices.

—Pero no vimos ninguna otra embarcación al alcance para recogerlos, ni siquiera un helicóptero —dijo el capitán—. Y desde luego no fueron nadando hasta África.

—No —convino Kurt—. Pero Paul y Gamay fueron atacados bajo el agua. Eso significa que esa gente tiene algún tipo de submarino.

—De modo que había una embarcación nodriza —dijo el capitán—. Terroristas con submarinos. ¿Adónde está yendo a parar el mundo?

—Como en el espacio —señaló Pitt—, las profundidades marinas ya no son propiedad exclusiva de los países del mundo. Sabemos de media docena de submarinos chinos que deberían haber ido al desguace pero desaparecieron. Ahí fuera hay más modelos en venta, además de versiones privadas.

—Por no hablar de los submarinos de clase Typhoon rusos que se han convertido en transportes de carga —terció Kurt—. El año pasado nos ocupamos de uno.

—Y todavía se desconoce el paradero de al menos uno de ellos —añadió Pitt.

—Maravilloso —dijo el capitán con sorna.

—De modo que esos matones tienen un submarino —observó Kurt—. Tal vez uno de clase Typhoon convertido en vehículo de carga. Tienen un arma electromagnética letal que te achicharra antes de que te des cuenta y están dispuestos a arriesgarse a ser descubiertos y a enemistarse con los chinos para conseguir más material. Y ahora mismo la torre de roca que creemos que es un superconductor natural está ahí fuera, abandonada y sola.

—La mesa está puesta —dijo Pitt—. ¿Creéis que van a presentarse a cenar?

—Como St. Julien Perlmutter a un bufet libre —dijo Kurt.

Haynes asintió con la cabeza.

—Tiene sentido. Han sabido echarnos de la escena del naufragio mostrando su capacidad para el ataque.

—Y lo saben —dijo Kurt, figurándose que ellos también habían visto al *Argo* tomar puerto.

—Una fragata portuguesa con equipamiento de guerra antisubmarina estará en la escena mañana por la tarde —dijo Pitt.

—Me imagino que ellos también lo saben o que cuentan con ello —dijo Kurt—. Eso les deja doce horas para actuar.

Se hizo el silencio mientras todo el mundo consideraba las posibles repercusiones.

—Esos Typhoon fueron convertidos en embarcaciones de carga —comentó Dirk—, capaces de cargar quince mil toneladas donde antes estaban los compartimentos de los misiles.

—Y si merece la pena hundir un barco por treinta toneladas de OIBC —dijo Kurt—, ¿qué posibilidades hay de que un grupo interesado en conseguir «más» eche a perder un botín como ese?

Volvió a hacerse el silencio. Incluso por el altavoz, lo único que se oía era un tenue ruido blanco de fondo.

—Si tuvieran un Typhoon —dijo Pitt—, lo único que deberían hacer es extraer secciones de la pared y meterlas en el compartimento de misiles como si fuera la parte de atrás de un volquete. Pero, seamos prácticos, no sabemos si tienen uno.

Kurt asintió con la cabeza acatando la idea, y Joe le lanzó una mirada arqueando las cejas.

—Aunque supiéramos qué tienen —dijo Joe—, ¿qué podemos hacer exactamente al respecto?

Kurt consideró las palabras de Joe. Un Typhoon armado con torpedos y tripulado por mercenarios era algo a lo que el *Argo* no estaba ni de lejos capacitado para enfrentarse.

—Joe tiene razón —dijo el capitán—. No podemos poner en peligro el barco. Hasta que lleguen las fuerzas navales, no nos queda otra opción que evitar el encuentro con esa gente, independientemente de lo que estén tramando.

Kurt sabía que tenían razón, pero para él aquello significaba rendirse, abandonar. Tenía que haber alguna forma de detenerlos. Miró a través de la ventanilla de la puerta de la sala de conferencias y observó a Katarina. Estaba sentada en silencio en el puente de mando, con una cazadora de la NUMA sobre los hombros, bebiendo sorbos de una taza de café y hablando con un tripulante mientras esperaba. Se le ocurrió una idea.

—¿Y si en vez de detenerlos —dijo—, nos escondemos entre los barcos naufragados y permanecemos al acecho? Luego, si aparecen, en cuanto podamos les colocamos un transmisor en el casco. De esa forma, podremos seguirles la pista hasta donde esté su base y dejar que los chicos se encarguen del resto.

Al capitán y a Joe pareció gustarles el plan. Pitt guardó silencio.

—¿Director? —dijo el capitán.

—Resulta muy arriesgado —comentó Dirk—. Es más fácil conseguir unas patrullas antisubmarinas de aviones con base en la costa.

—Lo único que conseguiremos con eso es ahuyentarlos —repuso Kurt—. De esta forma averiguaremos quiénes son y de dónde vienen.

—¿Y cómo piensas ir hasta allí sin que descubran tus intenciones? —preguntó Pitt—. Se olerán algo desde que te hagas a la mar.

Kurt sonrió y lanzó una mirada a Joe.

—Cogeremos el *Barracuda* —dijo.

Isla de Santa María, Vila do Porto, 24 de junio

Después de concluir la sesión de planificación en la sala de conferencias, Kurt, Joe y el capitán se separaron para ocuparse de distintas tareas. Joe se dirigió al taller de máquinas del *Argo* para empezar a trabajar en la fabricación de un transmisor lo bastante resistente para adherirse a la parte trasera de un submarino que avanzara a veinticinco nudos y lo bastante pequeño para pasar desapercibido. Prometió un milagro al cabo de una hora.

El capitán ordenó apagar todas las luces adicionales del *Argo* y luego se puso en contacto con la policía de Vila do Porto. Solicitó que enviaran dos coches y que aparcaran en el muelle con las luces encendidas. Supuso que así evitarían problemas y que también distraerían a quien estuviera observando mientras el *Barracuda* era botado discretamente.

Mientras tanto, Kurt acompañó a Katarina al final del muelle, a la espera de que llegara un coche.

—Tu acompañante —dijo, evitando la palabra «supervisor».

—No soy una espía —insistió ella—, y sin embargo tengo la sensación de que toda mi vida he tenido a alguien vigilándome.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Kurt.

—Estoy acostumbrada —dijo ella—. Pero no te imaginas lo difícil que fue acudir a una cita en Turín.

Él no pudo por menos de reírse.

—¿Y ese tipo?

—Sergei —contestó ella—. El comandante Sergei Komarov.

Al parecer era un agente competente y eficiente de la KGB/FSB. Por primera vez en su vida, Kurt se alegró de ello.

—No te separes de Sergei —dijo—. Mantén las puertas cerradas con llave. Estoy seguro de que ahora mismo esa gente tiene peces más gordos de los que ocuparse, pero no hay que bajar la guardia. Saben que los has visto, aunque fue de lejos y con poca luz.

—Lo haré —dijo ella.

—¿Te importaría decirme qué hacías buceando en el *Constellation*?

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—Al comandante podría no gustarle.

—Bueno, tal vez mañana o pasado mañana —dijo él.

La mirada de tristeza regresó a los ojos de Katarina.

—Si no me equivoco, nos iremos por la mañana. Puede que no vuelva a verte.

—No estés tan segura —contestó Kurt—. Siempre he querido visitar Rusia como turista. A lo mejor incluso voy en invierno y me compro uno de esos enormes gorros de pelo.

—Ven a verme —dijo ella—. Te prometo que no necesitarás un gorro para mantenerte caliente.

El coche llegó.

Sergei salió y se quedó junto a la puerta. Katarina dio un largo beso a Kurt y subió al vehículo.

Treinta minutos más tarde todo aquello no era más que un recuerdo, y Kurt y Joe surcaban a toda velocidad las negrísimas aguas del Atlántico en el *Barracuda*, rumbo a la torre de roca magnética. Llegaron en poco menos de dos horas y se acercaron a la zona con cautela.

—No oigo nada en el sónar —dijo Joe.

—Si ya estuvieran en el lugar, sonaría como si fuera un yacimiento de grava —dijo Kurt—. Al menos si tienen pensado sacar mucha cantidad de material. —Y añadió—: Deberíamos estar en su campo visual. Enciende las luces.

Joe las activó, y los largos y finos haces de luz amarillenta se extendieron sobre el paisaje submarino. Una vez más, Kurt se asombró ante la visión de los almacenes de barcos que sembraban el lecho marino. En una ocasión, tuvo la suerte de bucear en la laguna de Truk, donde había tenido lugar una batalla de la Segunda Guerra Mundial en la que la Marina estadounidense había hundido sesenta barcos japoneses y había derribado más de doscientos aviones. Los restos estaban más esparcidos que en la Guarida del Diablo, pero era lo más parecido que le venía a la mente a lo que estaba contemplando en ese momento.

—Posémonos al lado de ese viejo barco Liberty —propuso Joe—. Allí seremos casi invisibles.

Kurt miró el diagrama del lugar en el que estaban los pecios. Deslizó con mano experta el *Barracuda* hasta la parcela de arena situada justo al lado del gran barco. Al descender tuvo la extraña sensación de ser un pececillo en un acuario, asentándose junto al ubicuo barco hundido con un gran agujero en el costado.

—Apaga las luces —dijo.

Joe le dio a unos cuantos interruptores, y enseguida el *Barracuda* se quedó totalmente a oscuras.

Kurt levantó la mano a la altura de la cara para comprobar el grado de oscuridad, pero allí abajo, al menos, cuando todavía no había rayado el alba, no veía nada.

—¿Cuánto aire tenemos? —preguntó.

—Suficiente para unas diez horas —respondió Joe.

—Bien. —Kurt trató de ponerse cómodo—. Ahora solo nos queda esperar.

Cuatro horas más tarde Kurt notó que Joe le daba un golpe en el hombro. Habían

decidido dormir por turnos de dos horas. Kurt esperaba que el golpe de Joe significara que sus invitados habían llegado.

—¿Pasa algo? —preguntó, estirándose, y se dio con la cabeza contra la cubierta de la cabina y con la rodilla contra el tablero que tenía delante.

—Sí —asintió Joe—. Está saliendo el sol.

Kurt alzó la vista. Desde lo alto se filtraba un atisbo de luz. Y aunque abajo todavía estaba tan oscuro que la única luz que veía era la del fósforo brillante de su reloj de buceo, se fijó en que eran casi las siete de la mañana. Arriba tenía que haber mucha luz.

Trató de estirarse otra vez, pero fue inútil.

—La próxima vez que diseñes un submarino, procura dejar un poco de espacio para estar de pie.

—Desde luego —dijo Joe.

—Esto es peor que un vuelo de bajo coste a Australia.

—Por lo menos allí sirven comida —señaló Joe—, aunque sean cacahuetes.

—Sí —convino Kurt, pensando que podrían haber planificado mejor las cosas.

Sinceramente, no había pensado que tuvieran necesidad de ello. Su mayor temor era que llegaran y se encontraran a los criminales con las manos en la masa, lo que habría dificultado mucho su trabajo o lo habría hecho directamente imposible.

—No lo entiendo —dijo—. Yo pensaba que aprovecharían cualquier momento para extraer todo lo que pudieran. ¿Oyes algo por los hidrófonos?

—No —respondió Joe.

—¿Estás seguro?

—Hace tanto tiempo que llevo puestos estos auriculares que creo que se han fundido con mi cerebro —dijo Joe—. Pero ahí fuera no se oye nada salvo algún que otro pez nadando y apareándose.

—¿Puedes oír cómo se aparean? —preguntó Kurt.

—Solo la música *sexy* de fondo —dijo Joe—, pero sé lo que están haciendo.

Demasiado tiempo en soledad, escuchando los sonidos del mar, había derretido el cerebro de su amigo. Se frotó los ojos y parpadeó repetidamente. Demasiado tiempo, pensó.

—Ya no vendrán —dijo—. Enciende las luces.

—¿Estás seguro?

—A estas alturas apenas les daría tiempo a sacar algo antes de que tuvieran que marcharse —dijo—. Menuda gran idea la mía.

Joe empezó por las luces de navegación y la iluminación del panel inferior.

Una vez que sus ojos se adaptaron a la presencia de las luces secundarias, encendió las luces exteriores principales, y la zona a su alrededor se iluminó con el familiar color verde amarillento.

—No ha cambiado nada —dijo Kurt, quien albergaba la ligera esperanza de que la torre de roca magnética hubiera desaparecido delante de sus narices.

La torre seguía erguida a lo lejos como un monolito.

Kurt miró a la derecha y contempló la sombra oscura del barco Liberty al que se habían acercado. Una herida abierta debajo de la línea de flotación parecía haber sido el golpe fatal que había sentenciado la embarcación. Por un instante, se preguntó si se habría hundido durante la Segunda Guerra Mundial como los barcos que había visto en la laguna de Truk. No podía ser tan antiguo; había muy poca vegetación marina en el barco. Una cantidad propia de un par de años, si acaso.

Miró en la otra dirección a través del lecho marino, hacia el lugar donde se encontraban los pecios más próximos. El primero era un pequeño avión, o como mínimo lo que antaño había sido un Cessna bimotor. Recordó que Katarina había dicho que el Constellation de triple cola estaba fabricado de aluminio, un metal no ferroso que no se vería afectado por el magnetismo. Se encontraba en la periferia de la zona, pero los restos del avión estaban en el interior. ¿Por qué?, pensó.

Contempló otra de las embarcaciones hundidas situada más allá del avión naufragado. Era una trainera de casi treinta metros de longitud. Un barco pesquero con red múltiple corriente. Desde donde estaban no podía verlo claramente, pero recordaba haber navegado por encima de él durante la inspección inicial. Y ahora que se fijaba, la trainera también tenía poca vegetación, incluso menos que el barco Liberty junto al que se habían posado.

Se preguntó si el magnetismo afectaba al ritmo de crecimiento de la vegetación. Algunos barcos de la época utilizaban cargas eléctricas de baja intensidad para inhibir el crecimiento de algas en sus cascos. Tal vez se trataba de un efecto similar.

Se volvió otra vez hacia el barco que se alzaba junto a ellos y centró la vista en la herida abierta que tenía en el costado. Y entonces cayó en la cuenta.

—Soy idiota —dijo Kurt súbitamente—. Soy un idiota redomado.

—¿Qué dices? —preguntó Joe.

—¿Cómo he podido ser tan tonto? —masculló Kurt, absorto en sus pensamientos.

—Bueno, tenemos mucha práctica —observó Joe.

—¿Y sabes en qué otra cosa tenemos mucha práctica? —dijo Kurt—. En sacar barcos de las profundidades del mar. Y también en mandarlos al fondo. —Se volvió, tratando de mirar a Joe—. ¿Cuántos barcos has barrenado dentro del programa de desarrollo de arrecifes?

—Por lo menos cincuenta —respondió Joe—, si contamos todos los de los últimos diez años.

—Yo he participado en el programa la mitad del tiempo —señaló Kurt—. ¿Y cómo los hundimos?

—Colocamos cargas debajo de la línea de flotación —precisó Joe—. Les abrimos agujeros. ¿Por qué?

—Fíjate en los daños de ese barco —dijo.

El *Barracuda* tenía las luces principales encendidas, pero Joe activó una luz secundaria que era direccional. Enfocó con ella el agujero del costado del barco

Liberty. Aquello no dejó lugar a dudas.

—Las planchas de acero están reventadas hacia fuera —señaló Joe.

—Alguien barrenó ese barco —dijo Kurt.

—Pudo haber sido una explosión interna —dijo Joe—. No sabes lo que transportaba. Además, es un agujero mucho más grande que cualquiera de los que nosotros habríamos hecho.

—Eso es porque tú quieres que el barco se pose lenta y firmemente, y que caiga en el fondo de modo que se forme un bonito arrecife. Pero si intentaras hundir algo rápidamente y que nadie lo viera, esta podría ser la forma de conseguirlo.

Kurt encendió el impulsor, y el *Barracuda* se elevó del fondo del mar. Dirigió el submarino a través de la boca de la Guarida del Diablo hacia la trainera. Allí encontraron el mismo tipo de daños. Una gran explosión hacia fuera había hundido el barco. El mismo caso se daba en una tercera trainera.

—Ninguno de estos barcos tiene vegetación marina de más de un año —dijo Kurt—. El único que la tiene es el *Constellation*. Este sitio ha estado acumulando barcos durante mucho tiempo. Todos estos se hundieron al mismo tiempo.

—¿Cómo es posible que no lo hayamos visto? —preguntó Joe.

—Estábamos demasiado ocupados con los científicos —respondió Kurt—. Todo el mundo estaba obsesionado con la torre de roca y, aparte de Katarina, nadie pasó de un examen superficial de los barcos.

Mientras se posaban delante de la herida abierta del tercer barco, Kurt se devanaba los sesos tratando de atar cabos.

—Todo esto es un montaje.

—Desde luego lo parece —añadió Joe—. Pero ¿por qué? ¿Para qué? ¿Quién es capaz de llevar a cabo algo así?

Kurt creía que los dos sabían la respuesta a la última pregunta, pero no los motivos que había detrás.

Repasó mentalmente los acontecimientos una vez más, buscando desesperado una conexión. Presentía que se avecinaba algo funesto, como una tormenta que no fuera capaz de dejar atrás. No parecía que alguien pudiera sacar mucho provecho de un montaje como ese.

Si la misma gente que había atacado el *Kinjara Maru* estaba metida en eso, ¿para qué les servía? No les permitía conseguir ningún material. No les permitía ganar más dinero. De hecho, tenía que haber costado una pequeña fortuna preparar algo así.

—Algunos grupos terroristas son muy aficionados a la publicidad —dijo.

—Hay formas más efectivas de conseguirla —repuso Joe.

Tenía razón. Hasta el momento, aparte de unos cuantos gacetilleros, Kurt no había visto un gran interés.

De hecho, después del anuncio inicial, a pocas personas del mundo exterior parecía importarles lo que habían encontrado. Los únicos que habían aparecido en tropel y se habían quedado habían sido los expertos en magnetismo y

superconducción.

Kurt se quedó boquiabierto al darse cuenta de la verdad.

—Los científicos —dijo—. Eso es lo que les interesa.

Joe tardó un brevísimo instante en llegar a la misma conclusión.

Al parecer, el grupo que necesitaba más de todo había incluido los conocimientos en su lista de la compra. Si Kurt estaba en lo cierto, habían tendido una trampa para atraer allí a científicos de todo el mundo. Solo esperaba que no la hubieran hecho saltar ya.

Kurt cogió los mandos y abrió el regulador. En cuanto se pusieron otra vez en movimiento, inclinó el morro del *Barracuda* hacia arriba, y comenzaron a acelerar y a ascender hacia la luz gris que se filtraba desde arriba. Tenían que llegar a la superficie y enviar un mensaje al *Argo*.

Había que advertir a los equipos científicos.

Varias horas antes, poco después de que Kurt y Joe se hubieran posado en el lecho del mar junto al barco Liberty, Katarina Luskaya estaba haciendo la maleta bajo la atenta mirada del comandante Sergei Komarov.

Con todo lo que había pasado, el alto mando había decidido abandonar la misión por el momento.

—Te has involucrado sentimentalmente con el estadounidense —dijo, como si lo desaprobara.

—No tanto como me habría gustado —replicó ella con todo el descaro.

—No te mandamos aquí para eso —le recordó el hombre.

Habían pasado tantas cosas que ella casi se había olvidado de para qué.

—Él estaba al cargo de la zona de buceo —dijo—. Pensé que sería provechoso que me cogiera simpatía. Como en las viejas películas, ya sabe.

El comandante la miró con recelo y acto seguido esbozó una sonrisa; una ligera arruga apareció en su perpetua barba incipiente.

—Es una buena respuesta —dijo—. No sé si es verdad o no, pero estás aprendiendo.

Ella le dedicó una tímida sonrisa y siguió recogiendo sus cosas cuando de repente llamaron a la puerta. El comandante no era tan mala persona. Parecía más un hermano mayor que el Gran Hermano.

Él fue a abrir la puerta, introduciendo la mano en el bolsillo de su chaqueta en el que guardaba su pistola Makarov.

En el pasillo dos hombres aguardaban delante de la puerta. Un hombre bajo con el pelo moreno sostenía algo parecido a un pequeño telescopio, mientras que su compañero más alto sujetaba algo parecido a un trozo de tubería, aunque tenía escarcha en la parte superior curvada y una pesada batería eléctrica en el otro lado.

El hombre más bajo colocó el telescopio en la mirilla de la puerta.

—Movimiento —dijo, mirando por el instrumento—. Es el hombre. Tres segundos.

Se apartó de la puerta, y el hombre de la tubería intervino, sujetando un extremo del objeto contra la puerta a la altura del pecho.

—¿Sí? —dijo la voz grave con acento ruso del comandante Komarov a través de la puerta—. ¿Quién es?

—Ahora —dijo el hombre bajo.

El hombre de la tubería apretó un botón. Se oyó un zumbido que duró una fracción de segundo y acto seguido un ruido sordo, y alrededor del extremo de la

tubería pegado a la puerta saltaron astillas. Era un minicañón de riel impulsado por imanes superconductores y cargado con un afilado pincho metálico de un kilo de peso a modo de proyectil. Al presionar un botón, aceleraba inmediatamente el pincho a ciento sesenta kilómetros por hora, velocidad más que suficiente para atravesar la puerta y al comandante ruso.

El hombre de la tubería se apartó y dio una patada a la puerta. La jamba se partió, y lo que quedaba de la puerta se abrió.

Katarina Luskaya oyó un sonido extraño y alzó la vista. Astillas de madera volaban a través de la habitación. El comandante retrocedió dando traspiés, con las manos en la barriga y un trozo de metal corto parecido a una lanza que le sobresalía del abdomen. Su camisa blanca estaba empapada de sangre. Cayó al suelo sin decir palabra.

Katarina tardó en reaccionar, pero cuando lo hizo se movió con toda la velocidad que le permitió su cuerpo. Se abalanzó sobre el comandante al oír que abrían la puerta de una patada. Cayó al lado de él e intentó coger el arma de su chaqueta. La sacó de la pistolera, trató desesperadamente de quitar el seguro y se volvió hacia la puerta.

Una bota le golpeó la cara, y su cabeza se sacudió bruscamente a un lado antes de que pudiera disparar. Se desplomó, la pistola le resbaló de la mano y notó algo encima de ella un instante más tarde.

Aturdida debido al golpe, forcejeó brevemente antes de que le colocaran un trapo empapado en cloroformo en la cara. Notó que las manos se le dormían, y luego solo oscuridad.

Mientras el *Barracuda* subía a toda velocidad hacia la superficie, a Kurt le costaba contener la ira que sentía por haber sido tan estúpido. Había sacado conclusiones precipitadas, dando por supuesto que él y el *Argo* eran los objetivos de aquellos locos aunque, visto en retrospectiva, era evidente que ellos no tenían ningún valor real.

Él y Joe debían enviar un aviso. Tenían que llegar a la superficie a fin de poder usar la radio de onda corta para contactar con el *Argo*, a casi cincuenta kilómetros en el puerto de Santa María.

Pensó en los científicos franceses muertos, se preguntó por qué no se los habían llevado, y entonces se acordó de que parecía que hubieran ofrecido mucha resistencia. Supuso que todos los científicos tendrían las mismas opciones: luchar o rendirse. La mayoría se rendirían; algunos morirían.

Se preguntó qué sería de Katarina. Esperaba que ella y su «acompañante» del Estado ya estuvieran en el aeropuerto y se encontraran subiendo a bordo de un avión.

—Doce metros —anunció Joe.

Kurt redujo un poco la velocidad. Cuando se salía a la superficie a toda velocidad era muy fácil dar un salto, y posiblemente también volcar el submarino.

Lo niveló y emergieron a la superficie.

—Haz la llamada —dijo.

No hizo falta que diera la orden. Oyó a Joe activando los interruptores y el sonido de la antena de superficie extendiéndose.

—*Argo*, aquí el *Barracuda* —dijo Joe—. Por favor, contestad. Tenemos una transmisión urgente que completar.

Mientras los dos esperaban, Kurt mantuvo el *Barracuda* estable. Estaba diseñado para volar por debajo del agua, pero se movía peor en la superficie.

—*Argo*, aquí el *Barracuda*.

La siguiente voz que oyeron fue la del capitán Haynes, lo cual fue una sorpresa, aunque Kurt entendía que hubiera estado esperando toda la noche, preocupado por la peligrosa operación que Kurt y Joe creían estar realizando.

—Joe, soy el capitán —dijo Haynes—. Escucha, hay un problema. Hemos intentado...

Sonó un brusco crujido, y de repente la cubierta de la cabina se llenó de abolladuras y depresiones. Una sombra apareció por la izquierda en dirección a ellos. Sonó otro crujido, y Kurt se dio cuenta de que se trataba de un disparo de escopeta. Esta vez vio que aparecía un agujero en el ala izquierda.

Aceleró y viró bruscamente a la derecha.

Echó un vistazo y vio que se les echaba encima una lancha motora.

Parecía que estuviera a punto de cortarlos por la mitad. No tenía alternativa. Bajó el morro del submarino y descendieron. El agua entró a raudales por los pequeños agujeros de la cubierta de la cabina. La lancha pasó por encima de ellos emitiendo un rugido y un sonoro estallido que zarandeó el *Barracuda*.

Kurt miró a la derecha y vio que la aleta que hacía de timón había sido arrancada por el lado derecho. Notó que el agua se acumulaba a sus pies y reparó en lo lento que se había vuelto el estilizado y pequeño submarino.

Tiró hacia atrás de la palanca de mando, y el *Barracuda* giró hacia arriba. A continuación salió a la superficie y saltó a través de una ola antes de volver a caer.

—Date prisa —le dijo a Joe.

—Capitán, ¿está ahí? —preguntó Joe.

Vio que la lancha motora giraba de nuevo hacia ellos describiendo una amplia curva a la derecha. Más allá de ella vio otra lancha motora que se acercaba a toda velocidad para participar en la refriega. Aún no sabía cómo escaparían de aquello, pero debían hacer esa llamada fuera como fuese. Oyó que Joe daba golpecitos al micrófono, pero no había retroalimentación ni estática.

—*Argo*, aquí el *Barracuda* —dijo—. Los científicos son el objetivo. Repito, los científicos son el objetivo.

Kurt oyó un clic cuando Joe soltó el interruptor de transmisión. Esperaron.

—No contestan —dijo Joe.

Kurt volvió la cabeza; se disponía a ordenar a Joe que lo intentara de nuevo cuando vio la parte trasera del *Barracuda*. La antena de alta frecuencia había desaparecido. La plancha de metal parecía haber quedado destrozada por la hélice de la lancha.

—No recibo nada —dijo Joe.

Las lanchas avanzaban a toda velocidad hacia ellos en formación escalonada. El *Barracuda* no tenía ninguna posibilidad de dejarlas atrás. Y la otra radio que había a bordo era el transmisor submarino, que tenía un alcance máximo de aproximadamente un kilómetro y medio.

—Usa la cinta adhesiva de aluminio —dijo Kurt—. Tapa los agujeros.

Mientras Kurt alejaba el submarino de las lanchas y aceleraba al máximo, Joe se revolvió en su asiento.

Enseguida cogió la cinta de un pequeño compartimento y empezó a arrancar trozos cortos del rollo y a intentar tapar los agujeros de la cubierta de la cabina causados por los perdigones del disparo.

—Ahí vienen —dijo Kurt.

—Esto no aguantará a mucha profundidad —advirtió Joe.

—Trataré de quedarme cerca de la superficie —dijo Kurt.

Oyó el sonido de la cinta al romperse y pegarse, el rugido de las lanchas y el estallido sordo de otro disparo de escopeta. Esta vez los perdigones no les alcanzaron y abrieron un agujero espumoso en la ola que se alzaba junto a ellos.

—Sumérgete —dijo Joe.

Kurt bajó el morro del submarino. El agua se arremolinó sobre la cubierta de la cabina, y el *Barracuda* se metió debajo de las olas y se niveló a tres metros. Todavía se filtraba mucha agua, pero ya no rociaba como antes, y Joe siguió cortando y pegando la cinta.

En cuanto hubo acabado, cogió algo que parecía un tubo de pasta de dientes pero que en realidad era endurecedor de resina epóxica. La cabina se llenó de unos gases similares a los del amoníaco cuando Joe se puso a untar la cinta con resina. El endurecedor reaccionaría con otras resinas presentes en la cinta adhesiva y endurecería los parches en menos de un minuto.

A dos metros y medio de profundidad, Kurt observó cómo una estela y luego otra pasaban como un rayo por encima de ellos. Inmediatamente giró a la izquierda, una dirección que el *Barracuda* parecía preferir después de los daños que habían sufrido.

—¿Ves más agujeros? —preguntó Joe.

Kurt miró a su alrededor. Con los parches y la resina untada, parecía que alguien se hubiera dedicado a hacer pintadas en mitad de la cabina. Le dolía la cabeza y le picaban los ojos debido a los gases, pero el agua ya no entraba a raudales. Y cuando los parches se endurecieran, las fugas prácticamente se detendrían.

—Buen trabajo, Joe —dijo.

—No es mi mejor creación desde un punto de vista estético —contestó Joe—, pero el submarino no está pensado para ser remendado mientras se sumerge bajo el fuego enemigo.

—A mí me parece arte puro —dijo Kurt, esforzándose para ver detrás de los emplastes y localizar las lanchas que se acercaban.

—En una vida futura voy a trabajar en el equipo de boxes de NASCAR —dijo Joe.

—Trabajemos para alargar un poco más nuestras actuales vidas —replicó Kurt—. ¿Se te ocurre alguna forma de contactar con el *Argo*?

Se hizo el silencio mientras los dos se devanaban los sesos. Desde luego a Kurt no se le ocurría ninguna.

—La conexión de datos —dijo Joe—. Podemos mandarles un correo electrónico.

—¿Un correo electrónico?

—No exactamente, pero podemos mandarles un mensaje de datos. Sube a un satélite y luego baja. En cuanto alguien vea que el equipo de telemetría se enciende, lo recibirán.

Kurt se preguntó qué posibilidades había, imaginándose las pantallas de la unidad de telemetría encendiéndose sin que hubiera nadie presente para verlas. Desde luego no había motivos para que los estuvieran monitorizando en ese momento.

—¿Alguna cosa más?

—O eso o remamos hasta Santa María y hacemos señales con los semáforos —dijo Joe.

—Eso mismo pensaba yo —dijo Kurt—. Prepara el sistema de telemetría y avísame cuando estés listo.

—Necesitaremos estar treinta segundos en la superficie para conectar con el satélite.

—No creo que tengamos tanto tiempo —dijo Kurt.

Como demostración de lo que acababa de decir, vio que una de las estelas volvía hacia ellos; esta vez no corría, sino que redujo la marcha a la misma velocidad que ellos y luego avanzó en paralelo a su rumbo. La segunda estela hizo lo mismo en el otro lado y hacia la parte trasera.

Kurt viró de golpe a la izquierda, nuevamente rumbo al cementerio submarino. Las lanchas los siguieron.

—Pueden vernos, amigo mío —anunció Joe.

—Somos como un pez moribundo que va dejando un reguero de sangre —dijo Kurt, pensando en las burbujas que debía de estar expulsando el submarino.

Oyeron el extraño sonido de un impacto violento, y Kurt vio salpicaduras en el agua, en lo alto y al frente. Se figuró que sus perseguidores estaban disparando al agua con las escopetas. No suponía un peligro grave, pero era una señal más de la situación límite en la que se encontraban.

Tal vez si se sumergieran más...

Orientó el morro hacia abajo varios grados.

El indicador de profundidad señaló cuatro metros y luego seis y luego... ¡Crac!

Una de las partes pegadas con cinta adhesiva se desprendió, y entró un nuevo chorro de agua.

Mientras Joe recolocaba la parte suelta y empezaba a tapanla con cinta, Kurt elevó el submarino y lo niveló a tres metros. Cambió de rumbo otra vez, pero fue inútil.

—Probablemente lleven unas gafas de esas que te dejan ver los peces en el agua —dijo Joe.

Kurt se sentía como un pez en un tonel. O como una ballena siendo perseguida desde arriba por un par de barcos arponeros. Tarde o temprano tendrían que salir a la superficie, si no para enviar el mensaje, simplemente para sobrevivir.

Pese a los esfuerzos de Joe, el agua estaba entrando poco a poco en el *Barracuda*, no solo a causa de los agujeros de los perdigones en el parabrisas, sino también de los daños causados en otras partes. Los compartimentos que solían estar cerrados herméticamente para que no entrara el agua ahora se estaban llenando.

Y al igual que las ballenas, Kurt y Joe se enfrentaban a unos perseguidores que eran más rápidos, más grandes y estaban mejor armados que ellos. A esas alturas, les bastaba con seguir a Kurt y a Joe en el *Barracuda* y esperar a que salieran para coger aire.

Un destello iluminó el mar delante y a la derecha de ellos. Una violenta oleada sacudió el submarino al mismo tiempo que Kurt viraba a la izquierda. Momentos más tarde, un segundo destello se encendió justo delante de ellos. Kurt vio que el agua se

expandía, se contraía y chocaba contra el morro del *Barracuda*.

—Granadas —dijo.

Estaban empezando a aparecer grietas en la cubierta de la cabina. Líneas diminutas, casi invisibles, se extendían como telarañas detrás de los parches de Joe al tiempo que el plexiglás se debilitaba y empezaba a romperse.

Cuando se vieron sacudidos por otra explosión, Kurt supo que no tenían mucho tiempo.

—Prepara el mensaje —dijo.

—No duraremos ni diez segundos ahí arriba.

—Sí, si nos rendimos —contestó Kurt, consciente de que una vez que Joe pulsara el botón «Enter», no habría ninguna señal visible de que el mensaje de datos había sido enviado, y podrían permanecer con las manos en alto, confiando en que no les dispararan por pura diversión.

Joe no dijo nada, pero Kurt lo oyó teclear.

—Listo —dijo Joe.

Kurt orientó el morro hacia la superficie, con la esperanza de que no los ametrallasen al verlos. Justo cuando salieron a la superficie, desaceleró.

El *Barracuda* redujo la marcha enseguida, y las lanchas pasaron por delante de ellos.

—Ahora —dijo.

Joe pulsó el botón «Enter» al tiempo que Kurt activaba el interruptor de la cubierta y la cabina se elevaba.

—Vamos —murmuró Joe—. Rápido, por favor.

Kurt se levantó con las manos en alto en señal de rendición, mientras las lanchas daban la vuelta hacia ellos.

El *Barracuda* se balanceaba de un lado a otro sobre las olas, y las lanchas motoras se detuvieron a su lado. A unos ochocientos metros Kurt vio un barco más grande que también se dirigía hacia ellos.

—Nos rendimos —dijo Kurt.

Dos hombres con escopetas le apuntaron con sus armas.

Un pitido casi inaudible sonó en la parte de atrás de la cabina, y Joe también se levantó.

—Mensaje enviado —susurró.

Kurt asintió con la cabeza de forma casi imperceptible. Pasara lo que pasase ahora, fuera cual fuese la suerte que corrieran, por lo menos habían enviado el aviso. Esperaba que llegase a tiempo.

Enfrente de él, uno de los hombres bajó el arma y les arrojó una cuerda. Enseguida el *Barracuda* quedó amarrado a la lancha motora más grande, y Kurt y Joe se encontraron a bordo de la embarcación con las muñecas esposadas.

Al parecer, sus enemigos habían acudido preparados.

El barco más grande se acercó: un yate a motor de casi veinte metros con un

diseño que Kurt no había visto en su vida y un aspecto mucho más utilitario que ningún barco de su clase que él recordara. Casi parecía una embarcación militar reformada para pasar por un barco de placer.

El yate se aproximó poco a poco a ellos, y Kurt vio a un hombre vestido con uniforme de camuflaje en la proa, mirándolo fijamente. Era el mismo hombre que había visto la noche anterior y a bordo del *Kinjara Maru*. En su rostro se dibujó una sonrisa de conquistador, y saltó a la cubierta de la lancha motora antes de que el yate hubiera dado contra ella.

Se dirigió con paso resuelto hacia Kurt y Joe —que no estaban en situación de defenderse—, dispuesto a infligir dolor, a juzgar por su aspecto. Kurt lo miró fijamente en todo momento, sin parpadear ni apartar la vista.

—Andras —dijo entre dientes.

—¿Un amiguito tuyo? —preguntó Joe.

Antes de que Kurt pudiera contestar, el hombre levantó el brazo y le asestó un puñetazo en la mandíbula que lo derribó sobre la cubierta.

Kurt alzó la vista, mientras le caían gotas de sangre de la boca; tenía el labio partido.

—Lo siento —dijo Joe—. Olvida la pregunta.

Dos hombres agarraron la cadena de las esposas de Kurt y lo levantaron de un tirón.

—Quiero que vea una cosa —dijo Andras.

Hizo una señal para que el yate avanzara. El barco se acercó con un acelerón, y cuando los motores volvieron a apagarse, las dos embarcaciones entorchocaron. En la cubierta de popa de la embarcación más grande, un grupo mixto de treinta hombres y mujeres o más se hallaban sentados con esposas y grilletos de espaldas a la barandilla del fondo.

A pesar del dolor que le causaban el labio abierto y el orgullo herido, aquella imagen le provocó una angustia mucho más intensa. Kurt reconoció a los miembros de varios equipos científicos enviados a estudiar el magnetismo. Katarina se encontraba entre ellos, con un cardenal oscuro que le cubría el lado derecho de la cara.

Ella alzó la vista y sus ojos coincidieron con los de Kurt, y acto seguido bajó de nuevo la mirada a la cubierta, triste y abatida, como si de alguna forma hubiera fracasado.

Kurt escupió una mezcla de sangre y saliva.

—¿Qué está tramando, Andras? —dijo—. ¿De qué va todo esto?

—Me halaga que por fin me reconozca —dijo Andras—. Claro que me ofende un poco que haya tardado tanto. Creía que le había causado más impresión hace años. Pero por otra parte —añadió—, yo tampoco le reconocí. La primera vez que coincidimos no tenía canas. Me gustaría pensar que yo soy el responsable de algunas.

Kurt notó que su cuerpo se tensaba; sus instintos lo urgían a atacar y pelear. La desesperación de los científicos, el cardenal morado en la cara de Katarina, la arrogancia que rezumaba de la boca de Andras como agua de alcantarillado: todo ponía a prueba su control.

Si hubiera podido romper sus cadenas, se habría abalanzado sobre Andras y habría luchado a muerte con él allí mismo, pero estando esposado y en desventaja, poco podía hacer para enfrentarse a aquel hombre salvo servir de saco de arena.

Andras se paseó alrededor de él trazando un amplio círculo, pontificando. Kurt se había olvidado de lo mucho que le gustaba hablar.

—Cuando me enteré de lo que había pasado con la NUMA —dijo Andras—, debería haberme imaginado que usted estaba involucrado en ello. Es muy propio de Kurt Austin. Tan recto y honrado... Apuesto a que jura la bandera cada mañana, y seguramente todos tienen parches y chaquetas y llaveros con las barras y estrellas.

—Sí —dijo Kurt entre dientes—. Tal vez le lleve algunos cuando esto acabe y esté cumpliendo una pena de cien años incomunicado.

—¿Incomunicado? —repitió Andras—. Qué cruel. Por lo menos, cuando yo lo tire al mar, no lo mandaré solo. —Se inclinó hacia delante—. Y que quede claro: cuando esto acabe, usted servirá de comida para los peces y yo seré un rey.

Andras sonrió, y Kurt detectó algo extraño en las palabras y en la forma en que Andras se las había susurrado solo a él.

Mientras un escalofrío de miedo recorría todo su ser, Kurt se preguntó qué crueldad cometería ahora con ellos. Rezaba para que Katarina no fuera víctima de ella. A pesar de sus oraciones, Andras saltó de nuevo al yate y fue directo hacia la mujer. Se agachó, le posó la mano en su cara magullada y acto seguido se levantó.

—Meted otra vez al señor Austin en su pequeño submarino —ordenó.

Tres hombres se acercaron a Kurt, dos blancos y uno negro. Lo levantaron del suelo y lo lanzaron literalmente al *Barracuda*.

—Mathias —ordenó Andras, dirigiéndose al africano—, encadénalo a la barra elevadora.

Kurt se quedó mirando la barra. Parecía un toallero, fijado al casco del *Barracuda* por fuera de la cabina. Era un punto resistente del casco, el más resistente de todo el sumergible. Soldada directamente al armazón y hecha de acero al carbono, la barra elevadora estaba diseñada para soportar el peso de todo el submarino cuando era extraído del agua por la grúa del *Argo*.

No era un lugar al que Kurt deseara estar esposado.

Mathias cogió una llave que llevaba colgada del cuello y abrió las esposas de Kurt. Inmediatamente, este lanzó un codazo y dio a uno de los hombres blancos en la boca. Casi al instante, el otro hombre blanco le asestó un golpe en la coronilla que estrelló su cráneo contra el armazón de la cabina.

Kurt experimentó un aturdimiento momentáneo. Cuando se le despejó la cabeza, notó que tenía los brazos atados sobre el exterior del casco del *Barracuda*, aunque casi todo su cuerpo estaba en la cabina. Le habían quitado las esposas y lo habían vuelto a esposar alrededor de la barra elevadora.

—Al otro también —dijo Andras.

Joe fue arrojado junto a Kurt y recibió el mismo trato. Y mientras permanecían inmóviles sin poder hacer nada, Andras cogió una escopeta.

—Balas —ordenó.

Le dieron una caja, y empezó a llenar el arma de proyectiles sólidos. Cuando estuvo totalmente cargada, Andras deslizó la corredera y se dirigió a la parte trasera del submarino. Pegó dos rápidos disparos al impulsor y un tercero al ala de estribor.

Empezó a entrar agua por el ala hueca del *Barracuda*. Andras levantó el arma y abrió un agujero en el ala de babor.

Kurt no recordaba haberse sentido tan desesperado. Sabía que estaban a punto de hundirse, que les esperaba una muerte horrible, y su mente buscaba una forma de estirarla.

—¿Cree que ahogándonos esto se acabará? —gritó—. Lo sabemos todo de usted.

Nuestra organización lo sabe.

Joe no dijo nada. Kurt lo oía respirar rápido y hondo, tratando de llenar los pulmones de aire. Sabía que él debería estar haciendo lo mismo, pero no podía contenerse. No pensaba morir sin hacer ruido.

Mientras el agua llenaba las alas del *Barracuda*, Kurt intentó frenéticamente gritar algo que obligara a Andras a suspender el castigo. Si pudiera convencerlo de que eran lo bastante valiosos para perdonarles la vida, aunque fuera solo por un rato, tendrían una oportunidad.

—Sabemos lo de su submarino —gritó.

Andras arqueó una ceja.

—¿Ah, sí? —dijo—. Es más de lo que creía que sabían. Pero, de todos modos, no es mío.

Kurt percibió que sus palabras habían causado un ligero efecto, de modo que insistió.

—Sabemos lo que están tramando. Sabemos lo del arma de energía.

Aquello pareció acercarse más a su objetivo. Algo pareció agitarse dentro de Andras, y sus ojos empezaron a iluminarse. Se acercó.

—Sí —dijo—. Así me gusta. Sabía que no se rendiría.

Parecía que se hubiera dado cuenta de la táctica desesperada de Kurt y estuviera disfrutando mucho.

—Vamos, ¿qué más? —gritó.

Kurt tardó en contestar, y Andras agarró a Mathias y tiró de la llave y de la cuerda que colgaba alrededor de su cuello.

—Vamos —gritó sarcásticamente—. ¡Es usted Kurt Austin, de la NUMA! Seguro que puede hacerlo mejor. Dígame más cosas. Dígame algo que me convenza de que es usted importante.

Katarina se levantó y echó a correr hacia delante lo mejor que pudo. Kurt no sabía qué tenía en mente aquella mujer —y lo más probable era que ella tampoco lo supiera—, pero no llegó lejos. Uno de los hombres armados la agarró, la hizo retroceder de un tirón y la lanzó sobre la cubierta, y a Kurt le hirvió todavía más la sangre.

—Se le está acabando el tiempo, Austin —dijo su torturador.

Sacó la navaja que él y Austin se habían intercambiado dos veces y abrió la hoja de titanio. Ató el cordón de la llave a uno de los agujeros del mango.

Las alas del *Barracuda* estaban ya inundadas; la cabina empezaría a llenarse en cualquier momento. Quedaban unos pocos segundos preciosos.

—Sabemos lo del superconductor —dijo Kurt, odiándose por dejarse llevar—. Sabemos quién se lo vendió —mintió—. Sabemos que lo cargaron en el *Kinjara Maru* en Freetown.

Andras bajó la vista como si estuviera pensando. Lanzó una mirada breve a Mathias y se volvió nuevamente hacia Kurt, sonriendo como un loco.

—Eso está bastante bien —dijo, avanzando con la navaja en la mano—. Al

menos, lo bastante para la mitad.

Se inclinó hacia el *Barracuda*, levantó el brazo y clavó la navaja en el fino revestimiento de la parte exterior del casco. La navaja lo atravesó y se quedó firmemente alojada, fuera del alcance de Kurt.

—Por desgracia, la mitad no les salvará a los dos.

El agua entró a raudales en la cabina y se arremolinó alrededor de las rodillas de Kurt. Se estaban hundiendo.

Lanzó una mirada a Joe.

—Pase lo que pase —dijo—, haz lo que yo haga.

Joe asintió con la cabeza mientras Kurt se llenaba los pulmones, respirando hondo y rápido, al tiempo que el *Barracuda* empezaba a balancearse y se inclinaba hacia abajo.

El agua se agitó, el morro del submarino desapareció, y el resto de la embarcación lo siguió, arrastrando a Kurt y a Joe bajo la superficie. El último sonido que Kurt oyó claramente fue el de Katarina gritando su nombre.

A bordo del yate a motor, Katarina se cayó hacia delante mientras el *Barracuda* se hundía. Se quedó mirando las aguas arremolinadas en las que momentos antes había estado el pequeño submarino.

—No —gritó en un susurro quebrado—. No.

Bajó la vista y se tumbó boca abajo sobre la cubierta; los hombros se sacudieron mientras sollozaba.

Andras se la quedó mirando.

—Qué espectáculo tan triste...

Echó a andar hacia ella y se agachó. Colocó los dedos debajo de su barbilla y le levantó la cara hasta obligarla a mirarlo a los ojos.

—No te preocupes —dijo—. Tengo planes mucho más agradables para ti.

Ella le escupió a la cara, pero él se apartó sin problemas.

—¿Por qué todas intentáis las mismas tretas? —preguntó.

Retrocedió y le dio una patada.

Se apartó y se volvió hacia la timonera.

—Arranca los motores.

Mientras los motores diésel se encendían con estruendo bajo la cubierta, Mathias, el portador de la llave, se dirigió hacia él. Mathias no era uno de los hombres de Andras; Djemma lo había puesto a bordo, tal vez para vigilar a Andras.

—Les has dado la llave —dijo Mathias—. ¿Y si escapan?

Andras se echó a reír.

—Casi lo estoy deseando. Las cosas se pondrían más interesantes —dijo—. Pero no escapan —añadió—. Por lo menos, no los dos.

—¿Por qué?

—Porque la gente tiene que pagar por sus crímenes, y la muerte no es suficiente castigo.

Andras lanzó una mirada fulminante al amo de la llave con los ojos llenos de furia. Sentía una mezcla especial de odio y respeto por Kurt Austin. Había sufrido dolor a manos de Austin en una ocasión.

Convencido de que había puesto a Mathias en su sitio, Andras se volvió hacia la proa.

Mathias lo agarró del brazo y le obligó a darse la vuelta.

—Informaré a Djemma. Él no lo encontrará tan divertido.

Los ojos de Andras se entrecerraron hasta convertirse en rendijas.

—No lo he hecho por diversión.

—Entonces ¿por qué? No le veo la finalidad.

—En todo lo que hago hay una finalidad —le aseguró Andras—. Esto, por

ejemplo.

En un abrir y cerrar de ojos, Andras levantó una pequeña pistola y disparó. El disparo no sonó más alto que el de una pistola de juguete. No hubo gritos, ni llantos de dolor, ni mayor reacción por parte de Mathias. Tan solo una repentina apariencia flácida en su rostro cuando un pequeño agujero apareció en el centro de su frente. El africano retrocedió dando traspiés, bizqueando y temblando, pero todavía vivo.

Mientras el amo de la llave retrocedía contra la barandilla, Andras apretó otra vez el gatillo. Mathias se desplomó hacia atrás, cayó por la borda y chapoteó ruidosamente en el agua.

Desapareció por un segundo y acto seguido salió a la superficie, sostenido por el chaleco salvavidas gris que llevaba puesto. Un hilo de sangre carmesí manaba de los dos pequeños agujeros de su cabeza, pero no se movía ni temblaba.

Andras apartó la pistola, levantó la escopeta para que todos la vieran y gritó a pleno pulmón:

—¿Alguien más tiene problemas con la autoridad?

Miró a su alrededor de cara a cara.

Nadie dijo nada, y Andras se dirigió al piloto del barco.

—Vámonos —dijo.

Los motores rugieron, y el yate zarpó. Las dos lanchas motoras se unieron rápidamente a él, y las tres embarcaciones se marcharon a toda velocidad hacia el norte, dejando largas estelas detrás.

Casi diez metros por debajo de la superficie del mar y descendiendo, Kurt contenía la respiración mientras él y Joe se hundían a bordo del *Barracuda*. Cuando la presión aumentó en sus oídos y la luz de arriba empezó a atenuarse, Kurt trató de calmarse. Un plan estaba cobrando forma en su cabeza, pero primero tenía que reprimir la reacción natural de miedo y pánico, consciente de que esas emociones lo matarían tan rápido como cualquier otra cosa.

Sin gafas de submarinismo, todo a su alrededor se veía borroso, pero de un color verde amarillento, lo que significaba que las luces del *Barracuda* seguían encendidas. Eso significaba también que los disparos de escopeta no habían cortado su sistema eléctrico. Y pese a estar lleno de agua, Joe había dotado el submarino de instrumentos y controles sumergibles a grandes profundidades.

Si no se equivocaba con respecto a su situación, el lecho marino los sorprendería a una profundidad de cerca de treinta y cinco metros, y entonces Kurt intentaría convertir ese lecho en algo que no fuera una tumba.

No sería fácil, pero tenían una posibilidad. De hecho, según los cálculos de Kurt, sus probabilidades estaban casi igualadas. Todo dependía de cómo cayera el *Barracuda*.

Mantuvo los ojos abiertos aunque el agua salada le picaba y le escocía. Con el

morro del submarino apuntando hacia abajo, las luces delanteras empezaron a iluminar el lecho marino diez segundos antes de que llegaran. Kurt vio el sedimento de color claro con unos cuantos afloramientos oscuros que supuso era roca volcánica.

El fondo del mar se les echó encima más rápido de lo que Kurt esperaba. Se preparó y salió despedido hacia delante cuando el morro del pequeño submarino golpeó el lecho como un gigantesco dardo.

El impacto le afectó, pero no perdió los nervios y enseguida entró en acción.

Con las manos todavía esposadas a la barra del *Barracuda*, Kurt sacó el resto de su cuerpo del submarino, dando patadas y tirando. A los pocos segundos, vio a Joe haciendo lo mismo, imitándolo como había prometido.

Su única esperanza era crear una bolsa de aire para aspirar mientras el resto del plan se llevaba a cabo. Y la única forma de hacerlo era volcar el *Barracuda* sobre la parte posterior y hacer salir el oxígeno de las botellas de aire comprimido del tanque.

Entonces la sección interior de la cabina actuaría como un cubo al que habían dado la vuelta y se llenaría de aire que les permitiría respirar.

El único problema era que, aunque el *Barracuda* había caído con el morro hacia abajo, el peso del submarino favorecía la mitad inferior, donde se encontraban los principales sistemas: el motor, las baterías, el impulsor. Y aunque el submarino había dado con el fondo del océano casi en vertical sobre su morro, ya se estaba inclinando hacia atrás.

La única fuerza que impedía que se asentara con la quilla hacia abajo provenía de los esfuerzos de Kurt y Joe, pero decaerían en apenas un minuto.

Kurt daba fuertes patadas y tirones. Notaba que le ardían los pulmones. Si pudieran conseguir que el submarino sobrepasara la vertical varios centímetros, el peso se convertiría en su aliado.

Haciendo un gran esfuerzo, los pies de Kurt tocaron el suelo lleno de sedimento y se hundieron. Su pie izquierdo resbaló entre el cieno y se atascó contra una piedra dentada, lo que le permitió hacer palanca.

Esta vez, cuando tiró, la cola del submarino se movió y empezó a caer en dirección a él. Volvió a tirar, subiendo los dos pies a la superficie de la roca y apoyando todo su peso en ella.

Finalmente, el morro resbaló hacia atrás y la cola se cayó hacia ellos, y Kurt tuvo que agacharse dentro para evitar que el ala le diera. El submarino se asentó ligeramente ladeado y apuntado en un ángulo de treinta grados sobre la cubierta destrozada de la cabina.

No era perfecto, pero suficiente para considerar la primera fase de su plan un éxito. Sin embargo, con los pulmones doloridos y la cabeza a punto de estallar, él y Joe disponían de unos segundos preciosos para tomar el aire que saliera o todo habría sido en vano.

Ni él ni Joe podían alcanzar el interruptor con las manos esposadas, pero sus pies eran una posibilidad a contemplar. Kurt se estiró hacia el tablero, apuntando con la

puntera del zapato y pulsando el interruptor del oxígeno una y otra vez.

Sus intentos resultaron vanos, y notó que sus movimientos se volvían más débiles y menos coordinados. Reprimió el impulso de abrir la boca e inhalar. Reprimió los temblores y lo intentó una vez más. Debió de darle al interruptor de la luz porque todo se quedó a oscuras un instante y luego volvió a iluminarse.

Para entonces notaba los brazos y las piernas como si fueran de plomo, y no conseguía que hicieran todo lo que quería. Su mente empezó a rebelarse contra él a medida que su subconsciente le susurraba: «Ríndete».

La idea le enfureció y realizó un nuevo intento a fuerza de voluntad, tensando lo que quedaba de sus músculos. Antes de que pudiera moverse, un repentino torrente de burbujas entró en la cabina.

Al principio Kurt solo pudo ver la turbulencia, pero cuando las burbujas empezaron a llenar la cabina invertida, vio que se formaba una bolsa de aire encima de él en lo que habría sido el espacio para los pies si el submarino hubiera estado boca arriba. Retorció el cuerpo, estiró el cuello e introdujo la cara en el refugio que se formó rápidamente.

Después de exhalar una gran nube de dióxido de carbono, aspiró el aire. Tosió y escupió al absorber un poco de agua, pero no le importó y siguió tragando. El aire era vida, otra oportunidad de tirar los dados en lugar de sacar un funesto siete en el fondo del mar.

Mientras la burbuja se llenaba de aire, parpadeó para aliviar el efecto del agua salada y miró a su alrededor. El rostro sonriente de Joe Zavala estaba a su lado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kurt, consciente de que no había llegado a realizar el último intento por liberar el aire.

Joe sonrió, retorció el cuerpo y sacó un pie del agua. Estaba descalzo. No tenía ni zapato ni calcetín. Meneó los dedos.

—Como abrir el grifo de la bañera —dijo.

Kurt notó que una risa trataba de abrirse paso dentro de él. Todavía no tenía suficiente aire, pero la sensación era maravillosa.

—No podía darle al interruptor —dijo Kurt—. Estaba perdiendo la consciencia.

—Debías de estar quedándote sin aire —dijo Joe—. Suele ocurrir cuando uno tiene largas y farragosas conversaciones con chalados en la superficie.

Kurt asintió. La próxima vez mantendría la boca cerrada y respiraría por la nariz. A medida que el aire del *Barracuda* empezaba a introducirse en su cuerpo, notó que recobraba las fuerzas.

—Nunca pensé que le debería la vida a tus pies de gorila —dijo—. Buen trabajo.

Joe se echó a reír y a continuación se puso serio.

—Las válvulas están totalmente abiertas, y el sistema está intentando compensar la purga. Eso nos permitirá disfrutar de este pequeño oasis durante un rato, pero la reserva no durará. Tal vez veinte minutos antes de que se agote.

Kurt miró a su alrededor. El *Barracuda* reposaba en un extraño ángulo, y aunque

Kurt y Joe podían mantener la cabeza y los hombros en la bolsa de aire sin mayores problemas, seguían teniendo las manos esposadas fuera, y las burbujas salían a raudales por una esquina de la cabina doblada hacia arriba.

Kurt cogió aire, sumergió la cabeza y la sacó del refugio. Miró a su alrededor a la desvaída luz verde. Allí, colgando fuera de su alcance, estaban la llave y la navaja que Andras había clavado en el casco del *Barracuda*.

No tenía ni idea de por qué Andras les había dado una oportunidad como esa — tal vez solo para mofarse de ellos, tal vez por otro morboso motivo—, pero en ese momento a Kurt le daba igual. Se volvió, se quitó los zapatos y los calcetines a patadas como había hecho Joe y se estiró hacia el cordón.

Al primer intento lo tocó pero no pudo cogerlo.

Agachó la cabeza otra vez para coger aire y volvió a intentarlo. Esta vez alcanzó el cordón con los dedos del pie y lo enredó alrededor de la extremidad. A continuación, levantó el otro pie y dio una patada firme pero controlada a la navaja.

El cuchillo se movió pero no se soltó. Una segunda patada lo desprendió, y Kurt recogió el cordón, agarrando el trozo de cordel con toda la fuerza que le permitían los dedos del pie.

Agachó otra vez la cabeza y la metió en la cabina, respiró hondo de nuevo y sacó el pie a la superficie.

Joe se echó a reír.

—Te nombro King Kong honorario.

—Acepto el título —contestó Kurt—. Pero ninguno de los dos abrirá las esposas con los pies.

Kurt cogió aire otra vez, agachó la cabeza, la sacó de la cabina y se volvió. Flexionó la rodilla y giró la cadera con gran esfuerzo. Era incómodo, pero enseguida había levantado el pie junto a sus manos y la barra elevadora.

Primero palpó el filo de la navaja y luego el cordón. Lo agarró y lo sujetó fuerte.

Volvió a introducir la cabeza en la cabina y cogió aire de nuevo. Tenía la llave en la mano. Estaban un paso más cerca.

—¿Estás libre? —preguntó Joe.

—Todavía no —contestó Kurt—. No tengo práctica en hacer de Houdini, pero solo es cuestión de tiempo.

Incapaz de ver sus manos desde el interior de la cabina, tuvo que moverlas a tientas. Se recordó que debía tener cuidado; por encima de todo, no podía permitirse que se le cayera la llave como a un idiota torpe en una mala película.

Respiró un poco más despacio y buscó a tientas el ojo de la cerradura. El agua fría le estaba entumeciendo rápidamente los dedos, pero palpó una hendidura. Ladeó la llave, la meneó un poco y la introdujo. La llave giró, y la esposa de la mano izquierda hizo clic.

Su mano izquierda estaba libre. La sacó y entonces pudo deslizar las esposas sueltas por debajo de la barra y meterlas en la cabina.

—¡*Voilà!* —dijo, levantando las manos como un mago aficionado para que Joe las viera.

—Maravilloso —dijo Joe—. ¿Cuál será tu próximo truco?

—Voy a liberar al cocampeón de la liga de boxeo del sur de las Islas Azores.

Joe se echó a reír.

—Rápido, se me están durmiendo las manos.

Kurt asintió con la cabeza. La temperatura del agua que los rodeaba no debía de superar los quince grados. La hipotermia no tardaría en hacerse notar.

Se sumergió y salió de la cabina, y al ponerse a trabajar en las esposas de Joe topó con un problema. Meneó la llave a la fuerza y la introdujo a la fuerza, pero no giraba. Volvió a intentarlo, pero no tuvo más suerte. Extrajo la llave y salió de nuevo a la superficie en la bolsa de aire.

—Sigo esposado —dijo Joe.

—Lo sé —contestó Kurt, examinando la llave—. Espera.

Respiró hondo, se introdujo de nuevo en el agua y volvió a probar. Esta vez lo intentó con las dos esposas, pero fue inútil. La llave podía introducirse a la fuerza, pero una vez dentro no se deslizaba suavemente ni giraba un solo milímetro.

De repente, recordó que Andras había dicho que sus respuestas estaban «lo bastante bien para la mitad».

En su momento no lo había entendido, pero ahora sí. Les había dado una llave. Coincidió con las esposas de Kurt, pero no con las de Joe. Ese era el hombre que Kurt recordaba, un hombre que no se contentaba con vencer solo a sus enemigos, sino que necesitaba torturar a quienes había derrotado, infligirles dolor antes de asestar el golpe mortal.

Fueran cuales fuesen los otros motivos que Andras tuviera para dar a Kurt una oportunidad de escapar, aquel retorcido juego tenía que estar relacionado con ellos. Se imaginó a Andras visualizando mentalmente la escena y riéndose.

Kurt no pensaba dejar que eso ocurriera de ninguna manera. Volvió al interior de la cabina y emergió a la superficie una vez más.

—Creo que has entendido mal la idea —dijo Joe—. Cuando vuelves aquí, se supone que yo tengo que estar libre.

—Tenemos un problema —anunció Kurt—. La llave no encaja.

Joe miró la llave y luego a Kurt.

—Ese tipo usó una llave distinta en mi cerradura. Lo vi. Las esposas son distintas.

Kurt se guardó la llave en el bolsillo y empezó a buscar una herramienta en la cabina para liberar a Joe. Encontró un par de destornilladores, un juego de llaves Allen y otros instrumentos, todos miniaturizados para que cupieran en la pequeña cabina del submarino.

—¿Hay algo que podamos usar para hacer palanca? —preguntó.

Joe había construido el submarino. Lo conocía mucho mejor que Kurt.

—La verdad es que no —respondió Joe.

—¿Y la barra elevadora? —preguntó Kurt, refiriéndose a la pieza a la que estaba esposado Joe—. ¿Podemos sacarla o soltarla de alguna forma?

Joe negó con la cabeza.

—No sin quitar antes la mitad de la plancha metálica.

—¿Podemos romperla? —preguntó Kurt, aunque ya sabía la respuesta.

—Es el punto más duro del submarino —dijo Joe, quien estaba empezando a temblar debido al agua fría—. Está soldada al armazón. Está diseñada para soportar el peso de todo el submarino cuando se saca del agua.

Los dos hombres se miraron fijamente.

—No puedes liberarme —dijo Joe, expresando una idea temida por los dos.

—Tiene que haber una forma —masculló Kurt, pensando y tratando de combatir el frío que empezaba a embotarle la mente.

—No con lo que tenemos a bordo —dijo Joe—. Debes marcharte. No te quedes aquí y te ahogues conmigo.

—¿Por qué? ¿Para que tu fantasma vuelva y me persiga? —dijo Kurt, tratando de animar a Joe—. No, gracias.

—A lo mejor hay un barco en la superficie o un helicóptero —aventuró Joe—. A lo mejor alguien ha recibido nuestro mensaje.

Kurt lo pensó. Parecía poco probable. Y si Joe estaba en lo cierto con respecto a la duración de la reserva de aire, dudaba que dispusieran de más de quince minutos aproximadamente para esperar. No era suficiente tiempo para que alguien llegara hasta ellos aunque pudiera pedir ayuda.

Necesitaba otra solución, una tercera vía intermedia entre dejar que Joe se ahogara y morir allí abajo con él. Lo que necesitaba era una sierra para metales o un soplete para cortar la barra o, mejor aún, las cadenas de las esposas de Joe.

Y entonces cayó en la cuenta. No necesitaba forzosamente un soplete; simplemente algo que quemara mucho. Recordó la bombona verde que había visto en la cabina del *Constellation* cuando había rescatado a Katarina. Una bombona verde equivalía a oxígeno puro. El oxígeno puro quemaba mucho. Perfectamente modulado, podía servirle de soplete.

Abrió la portezuela de un compartimento. Dentro estaban las provisiones de emergencia del *Barracuda*. Dos gafas de buceo, juegos de aletas y dos pequeñas botellas de aire; unas botellas que le habría gustado que hubieran contenido oxígeno puro al cien por cien, pero que estaban llenas de aire corriente.

Una combinación de un veintiuno por ciento de oxígeno y un setenta y ocho por ciento de nitrógeno no quemaba, pero al menos se podía respirar.

Las sacó.

Detrás de las botellas encontró un paquete de bengalas y un transmisor de posición de emergencia, un TPE. Una balsa biplaza desinflada completaba el equipo. Suficiente para salvarlos si podían liberarse.

Kurt cogió una botella de aire y la ató con la correa al brazo de Joe como si fuera

el brazalet de un tensiómetro. Abrió la válvula y acercó el regulador a la boca de su amigo.

—Respira por la nariz hasta que el aire del *Barracuda* se agote y luego empieza a aspirar de aquí —dijo.

Joe asintió.

—¿Adónde vas? —preguntó—. ¿Vas a la superficie?

Kurt se estaba poniendo unas pequeñas aletas.

—Qué va —contestó—. Voy a la ferretería a comprar un soplete.

Joe entrecerró los ojos.

—¿Has perdido la cabeza?

—Hace años —dijo Kurt, colocándose las gafas de buceo. Se ató la botella de aire de emergencia al brazo y abrió la válvula—. Pero eso no quiere decir que esté loco.

Respiró a modo de prueba por el regulador de la botella amarilla.

Joe arqueó las cejas.

—¿Lo dices en serio?

Kurt asintió con la cabeza.

—Pues espero que no esté muy lejos —añadió Joe.

Kurt también lo esperaba. Sabía aproximadamente dónde se encontraban cuando los habían atacado. Creía que podía conseguirlo.

Se introdujo el regulador en la boca y agachó la cabeza en el agua con el fin de buscar otro objeto necesario para llevar a cabo su plan. Lo encontró y se sumergió.

—Vuelve deprisa —dijo Joe, pero Kurt ya se había puesto en movimiento.

Si Joe dijo algo más, Kurt no le oyó. Abandonó el *Barracuda* como si saliera de la boca de una cueva y empezó a bucear con fuertes brazadas.

Las aletas no eran de tamaño normal, pero le resultaban muy útiles, y con las gafas podía ver claramente. Aun así, tenía que adivinar dónde estaban. Sacó un instrumento que había cogido del panel del *Barracuda*: la brújula magnética.

No era más que una esfera dentro de una bola cerrada herméticamente llena de queroseno. Mientras no se hubiera agrietado ni se hubiera roto, seguiría desempeñando su función. Y esa función consistía en apuntar a la fuente magnética más intensa de los alrededores. Normalmente, era el polo magnético norte, pero en este caso Kurt suponía que apuntaría a la torre de roca magnética.

Pese a estar convencido de que se trataba de un fraude, el magnetismo que emanaba de la torre era auténtico. Pero no sabía si lo generaba algún tipo de dispositivo implantado dentro de la roca que despedía una corriente electromagnética o si solo era el resultado de unos minerales con una elevada carga situados en el lugar exacto.

Levantó una bengala y extendió la brújula. La aguja giró y poco a poco apuntó en una dirección concreta. La velocidad con la que se centró le indicó que estaba reaccionando a algo muy potente, y supo con certeza que apuntaba a la torre.

Consciente de que él y Joe habían estado navegando básicamente hacia el este antes de que los atraparan, trianguló mentalmente una dirección en la que nadar y partió hacia el *Constellation*.

Cinco minutos más tarde se topó con uno de los barcos del cementerio. Dos minutos más tarde vio la cola triple del viejo avión. Empujó fuerte con las piernas, consciente de que el tiempo se estaba agotando y de que necesitaba mantenerse lo más activo posible para aplazar la aparición de la hipotermia.

Se introdujo agachándose por el agujero del costado del avión, avanzó nadando rodeado de las burbujas que estaba expulsando y se dirigió a la cabina.

En el asiento del copiloto había una figura esquelética sentada, sujeta aún con el cinturón de seguridad y desprovista de toda materia orgánica. Solo quedaban el plástico del chaleco salvavidas, un par de placas de indentificación oxidadas y el cinturón de nailon y metal que lo sostenía. Dentro de unos cuantos años no quedarían ni los huesos.

Al mirar la figura por segunda vez, se dio cuenta de que esa presencia en el avión había sido una de las cosas que le habían desconcertado, que le habían impedido percatarse del montaje.

El esqueleto en el asiento del copiloto, los informes de la CIA sobre su misión secreta, su partida de Santa María y posterior accidente nueve minutos más tarde,

todo había dado un crédito oficial al misterio.

Apartó la idea de su cabeza, alargó los brazos hacia abajo y soltó la abrazadera que sujetaba la bombona de oxígeno al suelo. La recogió y examinó la válvula en busca de señales de corrosión o deterioro. Si bien había algo de vegetación en el anillo que rodeaba el cuello de la botella, no parecía que hubiera sufrido muchos daños. Esperaba que la gruesa bombona de acero todavía contuviera su carga pura.

Joe Zavala permanecía atrapado en el casco invertido del *Barracuda*. Su cabeza y sus hombros sobresalían dentro de la cabina y de su crucial bolsa de aire. Sus brazos permanecían en una incómoda posición por encima de su cuerpo, con los codos doblados y asomando por debajo del borde de la cabina. Ya no notaba las manos ni los pies, pero todavía podía pensar, y se dio cuenta de que abrir el aire al máximo había sido un error.

El exceso de aire se estaba saliendo por un lado antes de poder ser usado.

Logró estirar la pierna una vez más y usó los dedos de los pies, pese a lo entumecidos que estaban, para darle al interruptor.

El chorro de burbujas de aire se interrumpió. Un silencio mortal se hizo en la cabina, y Joe siguió respirando despacio y contando los segundos hasta que Kurt regresara con lo que tuviera pensado.

Solo era cuestión de tiempo, se decía. Kurt volvería pasara lo que pasase. Joe sabía que su amigo no lo abandonaría salvo que no hubiera otra salida. Solo esperaba que lo que Kurt tuviera pensado funcionara y rápido.

Mientras esperaba en silencio, Joe descubrió que contar era un modo de lo más tedioso de pasar el tiempo. De hecho, había empezado a creer sinceramente que lo único que conseguía era que el tiempo avanzara más despacio.

Decidió cantar, como forma de combatir el silencio para mantenerse alerta y a la vez como forma de no pensar en el miedo ni en la sensación de congelación que se estaba apoderando de su cuerpo.

Al principio pensó cantar algo relacionado con el calor, pero le pareció que cantar a grito pelado la versión de las Supremes de «Heat Wave», o una melodía similar, no haría más que empeorar las cosas en aquel gélido entorno.

Optó por otra canción que le pareció más apropiada. Tardó un segundo en pronunciar las palabras, pero lo consiguió.

—*We all live in a yellow submarine...* —comenzó.

El propio Joe habría reconocido que más que cantar hablaba, pero era una manera de estar ocupado. Y le dio ideas.

—Nota mental —dijo—. Pintar el próximo submarino de amarillo. E incluir una estufa que funcione bajo el agua, aunque se inunde toda la cabina. Y misiles, sí, también misiles.

Una vez archivada la nota, Joe continuó cantando más alto cada estribillo. Iba por

el tercer estribillo y estaba empezando a cogerle el tranquilo —había descubierto que la acústica del *Barracuda* invertido resultaba muy agradable al oído— cuando se dio cuenta de que estaba delirando. El aire se estaba viciando.

Estiró la pierna y dio con ella contra el tablero de control. Tenía los pies tan entumecidos que solo notó el impacto en el muslo, pero sabía que estaba en la zona adecuada. Golpeó una y otra vez, sin cesar en sus torpes intentos, hasta que los chorros de aire volvieron a salir.

Al oír el sonido de las burbujas corriendo y entrando a raudales en la cabina, se alegró y se puso a cantar otra vez.

Y entonces, en pleno verso, Kurt Austin salió a la superficie entre la espuma y las burbujas e interrumpió groseramente su actuación.

Kurt escupió el regulador y se levantó las gafas.

—Vaya, te lo has estado pasando mucho mejor de lo que creía.

—Estaba practicando para presentarme a un concurso de talentos —logró decir Joe. Le habían empezado a castañetear los dientes—. ¿Qué te parece?

—Puede que no triunfes en Hollywood, pero creo que podremos sacarte del submarino.

Kurt levantó una bombona verde.

—Oxígeno puro —dijo—. Voy a soltarte.

Joe trató de sonreír. Cuanto antes, mejor, fue todo cuanto pudo pensar.

Kurt ya se había puesto manos a la obra, raspando los percebes de la válvula de la bombona con un destornillador. Logró dejarla parcialmente limpia y entonces se detuvo.

Le enseñó a Joe el agujerito.

—¿Crees que será suficiente?

—Pruébalo.

Kurt manipuló la rueda de la válvula durante un minuto largo, golpeándola incluso contra el armazón de la cabina, hasta que se movió. Por fin cedió. Unos fragmentos de residuos salieron disparados de la abertura de la válvula. Kurt la metió debajo del agua. Salió un fino chorro de burbujas.

Kurt cogió otra bengala del equipo de supervivencia y arrancó un trozo del borde de aluminio del tablero de control. Iba a necesitar la fina tira de metal para su plan. Miró a Joe.

—Vas a notar calor —dijo.

—No suena mal —contestó Joe.

A diferencia de Kurt, él no se había movido durante veinte minutos largos, y estar inmóvil en el agua a quince grados de temperatura sin traje de submarinismo bastaba para provocar hipotermia. Joe se estaba acercando a ese punto.

—Tendré cuidado —dijo Kurt, colocándose las gafas.

—Kurt —dijo Joe muy serio—, no pienso morir aquí abajo. Si tienes que cortarme la mano, hazlo. De todos modos no la noto.

—¿Y privar al mundo del boxeo de tus dotes pugilísticas? —dijo—. Dios me libre.

—Kurt, solo digo que...

—¿Por qué no vuelves a cantar? —dijo Kurt. Levantó la botella—: Tengo una petición: «Light My Fire», de los Doors.

A continuación, Kurt volvió a introducirse el regulador en la boca y se sumergió.

Joe sabía que Kurt haría todo lo posible, pero también sabía que haría lo que le había pedido en caso necesario. Y para evitar que pensara en ello, Kurt no se lo diría por adelantado.

Con el fin de apartar aquel pensamiento de su mente, hizo lo que Kurt le había propuesto... más o menos. Esta vez pondría toda la carne en el asador y cantaría a pleno pulmón.

—*We all live in a yellow submarine...*

Fuera del *Barracuda*, Kurt oyó la voz gorjeante de Joe y en el fondo se alegró de estar fuera del submarino. Aun así, le hizo sonreír.

Ascendió junto a la barra elevadora. Joe tenía los puños cerrados a causa del frío. Apartó al máximo la mano derecha de Joe de la izquierda. Acto seguido, encendió otra bengala y levantó la tira de aluminio.

Presionó el lado puntiagudo de la tira contra los finos eslabones de la cadena de acero endurecida que mantenía unidas las manos de Joe. Luego desató torpemente la botella de oxígeno y abrió la válvula.

Las burbujas salieron a chorro una vez más. Dirigió el torrente hacia la tira de aluminio, la cadena y la punta ardiente de la bengala. Enseguida salió algo parecido a un chorro de fuego.

Era una tarea difícil. Kurt tenía la sensación de que necesitaba tres manos, pero sujetando la bengala y la tira de aluminio en una mano y la botella de oxígeno en la otra, pudo llevar a cabo la operación.

Aunque parecía que el oxígeno quemaba, Kurt sabía que en realidad era un oxidante. No quemaba. Hacía que otras cosas quemaran rápido: en este caso, el aluminio y, una vez que apareciera un pequeño corte en la cadena de Joe, el acero de los eslabones de la cadena.

El improvisado sistema echaba humo, burbujeaba y emitía chasquidos de forma irregular. Por un instante, pareció que fuera a apagarse, pero siguió encendido. Al cabo de treinta segundos, apartó el soplete. Los eslabones estaban al rojo vivo pero todavía no se habían fundido. Utilizó el soplete una vez más. Al cabo de otros quince segundos, las manos de Joe se separaron de repente.

Era libre.

Kurt cerró la válvula del oxígeno, pensando que podían necesitarlo, y se introdujo de nuevo en el submarino.

Joe sonreía de oreja a oreja.

—Te daría un abrazo —dijo, levantando los puños cerrados—, pero tengo demasiado frío.

—¿Cuánto tiempo hemos estado aquí abajo? —preguntó Kurt.

—Treinta minutos —contestó Joe.

A Kurt le pareció bien. Treinta minutos a treinta metros. Necesitarían como mínimo una parada de descompresión. Con la botella de supervivencia de Joe casi intacta y lo que le quedaba en la suya, junto con la bombona de oxígeno verde, Kurt estaba seguro de que podrían llegar sin problemas.

Cubrió la cara de Joe con las gafas de buceo y le colocó las aletas en los pies. Con la balsa salvavidas y la baliza del transmisor de posición debajo del brazo, Kurt condujo a Joe fuera del submarino.

Una vez en el exterior, giró la baliza hasta que empezó a parpadear, la soltó y observó cómo ascendía vibrando hacia la superficie.

Kurt echó un último vistazo al *Barracuda* y se fijó en que había algo brillante en el fondo del mar debajo de las luces. La navaja. La misma navaja otra vez. Otra burla de Andras.

Alargó la mano con ira y la cogió, y a continuación empezó a bucear detrás de Joe y de la lejana luz intermitente del transmisor de posición.

Emergieron a la luz del día diez minutos más tarde. Kurt trató de mantener un ritmo de ascensión de treinta centímetros por segundo, de acuerdo con las viejas normas de la Marina. Pero para asegurarse, él y Joe se detuvieron a doce metros durante dos minutos y luego a seis metros durante tres minutos más.

Salir por fin a la luz del sol era una sensación maravillosa. Kurt tiró del cordón para inflar la baliza. La carga de dióxido de carbono llenó e hinchó la pequeña balsa en unos segundos. La embarcación se desdobló y se puso rígida cuando estuvo totalmente inflada.

—Lista para recibir pasajeros —dijo Kurt.

Ayudó a Joe a subir a bordo y luego embarcó él.

Una vez subidos a la balsa, era recomendable que permanecieran inmóviles y tumbados. Kurt estaba seguro de que no podía hacer nada más.

Se quedó tumbado respirando, dolorido y agotado. Le sorprendió lo entumecido y frío que se sentía ahora comparado con el rato que habían pasado abajo.

Después de varios minutos durante los que el único sonido que se oyó fue el chapoteo del agua contra el costado de la balsa, Joe habló:

—¿Dónde está el sitio más seco de la tierra?

—No lo sé —respondió Kurt, pensando—. El desierto de Atacama, tal vez.

—La próxima aventura iremos allí —dijo Joe—. O a algún sitio caliente y seco.

—No creo que la Agencia Nacional de Actividades Subacuáticas tenga mucho

que hacer en un sitio caliente y seco —dijo Kurt.

Joe negó con la cabeza.

—Dirk y Al pasaron un tiempo en el Sáhara.

—Es verdad —dijo Kurt—. Pero no estoy seguro de que lo recomendaran.

—Caliente y seco —dijo Joe firmemente—. No aceptaré un no por respuesta.

Kurt se echó a reír. En ese momento no parecía una mala opción.

Era intensamente consciente de lo cerca que habían estado de morir. La balanza se habría podido inclinar en contra de cualquiera de los dos. Kurt sabía que su exceso de confianza con respecto a las actividades de sus enemigos era parte del motivo.

Miró a Joe, quien por fin empezaba a lucir algo de color en la cara.

—Me equivoqué —le dijo a Joe.

Joe volvió la cabeza con dificultad.

—¿Qué?

—Me equivoqué con respecto a St. Julien —puntualizó Kurt—. Es un gourmet. Nunca comería en un bufet libre.

Joe se lo quedó mirando un instante y acto seguido empezó a reírse y a toser al mismo tiempo. Kurt también se rió. Sabía que Joe entendía lo que quería decir.

—Todos metemos la pata, Kurt —dijo—, solo que tú la metes hasta el fondo.

Kurt asintió con la cabeza. Desde luego eso parecía.

Miró por encima de la superficie del agua. A casi treinta metros, vio la baliza del transmisor de posición de emergencia surcando las olas y parpadeando. Esperaba que vinieran pronto a rescatarlos porque todavía había mucho trabajo por hacer.

En su opinión, Andras había metido la pata todavía más al fondo que él. Había dejado a Kurt vivo y había avivado las amargas ascuas de la venganza en su corazón.

Frente a la costa de Sierra Leona, 26 de junio

Djemma Garand estaba cerca del borde del helipuerto de la falsa plataforma petrolífera a la que habían asignado el número 4. En esa plataforma se encontraba el centro de control de su arma y sería su puesto de mando si alguna vez necesitaba usarla.

El centro de control se hallaba tres pisos por encima del helipuerto, y el recinto de cristal de su sala principal sobresalía como el puente de mando de un barco. En ese momento la atención de Djemma estaba en otra parte.

Se encontraba apoyado contra una barandilla, a la sombra, con los ojos ocultos tras el omnipresente escudo verde de las gafas Ray-Ban que llevaba. En el centro del helipuerto, languideciendo bajo el abrasador sol ecuatorial, estaban los científicos capturados de los distintos equipos que habían acudido en masa al señuelo que él les había tendido: la anomalía magnética de las Azores.

Djemma sonreía ante su ingenio. Hasta el momento las cosas estaban saliendo de acuerdo con su plan.

Después de haber obligado a los científicos a ponerse en fila como si fueran a ser sometidos a inspección, permanecía a la espera. Cada vez que uno intentaba sentarse o salir de la fila, Andras o uno de sus hombres se acercaban y lo amenazaban con represalias mucho peores que estar al sol. Varios hombres rondaban continuamente el perímetro armados con ametralladoras.

Finalmente, cuando las quejas y protestas disminuyeron, Andras se acercó al lugar donde Djemma reposaba a la sombra.

—Si los dejas ahí fuera más tiempo se les freirá el cerebro —dijo Andras—. Y si no me equivoco, ese no es el motivo por el que los trajiste aquí.

Djemma se volvió hacia Andras. No pensaba responder a los comentarios de ese hombre.

—Había treinta y ocho expertos en superconducción, física de partículas y energía electromagnética en Santa María —dijo—. Aquí solo cuento treinta y tres prisioneros. Explícame la diferencia.

Andras volvió la cabeza, escupió por encima del lado de la plataforma y miró de nuevo a Djemma.

—El equipo francés tomó una muestra de la torre. Podría haber arruinado toda la operación antes de que diéramos el primer paso. Tenía que eliminarlos. La experta rusa resultó ser una espía. Intentó escapar dos veces. También la maté.

Andras no parpadeó al hablar, pero no pareció gustarle tener que dar explicaciones.

—¿Y Mathias? —preguntó Djemma.

—Tu querido portador de la llave se olvidó de cuál era su sitio —respondió Andras—. Me cuestionó delante de los demás. No podía permitirlo.

Por un momento Djemma se enfadó. Había puesto a Mathias con Andras para que lo vigilara, tal vez para tenerlo controlado. Sin duda, ese era uno de los motivos por los que Andras lo había matado.

Con todo, Djemma no podía mostrar su ira, de modo que se echó a reír.

—¿Qué jefe permitiría semejante insolencia?

Se apartó de la barandilla y se alejó de Andras, y salió al calor abrasador para dirigirse al grupo reunido.

Cuando se hubo situado delante de ellos, le caían gotas de sudor por un lado de la cara. Los científicos parecían al borde del desmayo. La mayoría eran de climas más fríos: América, Europa, Japón. Viendo su debilidad, Djemma se quitó las gafas de sol. Quería que vieran su fuerza y el ardor que desprendían sus ojos.

—Bienvenidos a África —dijo—. Son ustedes personas inteligentes, así que me dejaré de jueguecitos y secretos. Soy Djemma Garand, el presidente de Sierra Leona. Van a trabajar para mí.

—¿En qué? —preguntó uno de los científicos.

Al parecer, todavía no habían achicharrado a todo el mundo.

—Se les facilitarán los detalles y los requisitos del acelerador de partículas que he fabricado —dijo Djemma—. Tendrán una única misión: hacerlo más potente. Por supuesto, se les pagará por su trabajo, como a mí me pagaron por trabajar en las minas. Recibirán tres dólares al día por sus esfuerzos.

A su derecha, un científico, un hombre con el cabello canoso corto y los dientes desiguales dijo en un tono de burla:

—No pienso trabajar para usted ni por tres dólares al día ni por tres millones.

Djemma hizo una pausa. Un estadounidense, cómo no. No había personas en el mundo menos acostumbradas a sentirse indefensas que los estadounidenses.

—Por supuesto, esa es su decisión —dijo, haciendo una señal con la cabeza a Andras.

Andras dio un paso adelante y golpeó al hombre en la barriga con la culata de un rifle. El científico se desplomó sobre la cubierta, fue llevado a rastras al borde de la plataforma y lanzado sumariamente.

Su grito resonó al caer y se interrumpió de golpe. El agua estaba treinta metros más abajo.

—Comprobad su estado —dijo Djemma—. Si ha sobrevivido, renovad nuestra oferta de empleo.

Andras hizo un gesto a dos de sus hombres, y estos se acercaron a paso ligero a la escalera. El resto de los científicos se quedaron mirando el vacío por el que acababa de ser arrojado su colega. Unos cuantos se taparon la boca; uno se arrodilló.

—Mientras tanto —dijo Djemma, encantado de que alguien hubiera sido tan tonto

de resistirse de buenas a primeras—, les explicaré nuestro programa de incentivos. Un programa que les resultará muy generoso. Se les dividirá en cuatro grupos y se les proporcionará la misma información de trabajo. El grupo que proponga la mejor solución, la mejor forma de aumentar la potencia del sistema, conseguirá sobrevivir.

Los científicos dirigieron la vista rápidamente hacia él.

—Un miembro de cada uno de los grupos restantes morirá —concluyó.

A continuación, los hombres de Djemma intervinieron y empezaron a separarlos.

—Una cosa más —dijo Djemma lo bastante alto para interrumpir el proceso—. Disponen de setenta y dos horas para hacer la propuesta inicial. Si para entonces no he recibido ninguna solución satisfactoria, un miembro de cada grupo morirá y empezaremos otra vez.

Mientras los actuales treinta y dos miembros de la comunidad científica internacional eran separados y llevados a empujones a los ascensores situados en el centro de la plataforma, Djemma Garand sonrió. Advertía la conmoción y el miedo en sus caras. Sabía que la mayoría de ellos, si no todos, obedecerían.

Se volvió hacia Andras y otro tipo africano de uniforme, un general de sus fuerzas armadas.

—Volved al *Onyx* —dijo—. Colocadlo en posición.

Andras asintió con la cabeza y se marchó. El general se acercó.

—Ha llegado el momento, viejo amigo —dijo Djemma—. Ahora podrás recuperar lo que por derecho te pertenece.

El general saludó, dio media vuelta y se fue.

Washington, D.C., 27 de junio

Kurt Austin salió del ascensor en el undécimo piso del edificio de la sede de la NUMA a orillas del río Potomac, en Washington, D.C. Se movía despacio, con el cuerpo magullado y la vanidad maltrecha por el terrible error que habían cometido yendo a la torre de roca en medio de la noche.

Andaba con evidente dolor. La cara y los brazos se le estaban pelando a causa de las llagas producidas por el agua salada y las ocho horas que habían pasado esperando a que los rescataran bajo el sol ardiente. Le dolían las costillas del ataque con la tubería, y tenía el pómulo, el puente de la nariz y los labios llenos de costras en las zonas en las que Andras y sus matones lo habían golpeado y le habían abierto la piel.

Y por si eso fuera poco, había pasado horas sentado en la diminuta sala de conferencias del *Argo*, respondiendo a las preguntas de las autoridades españolas y portuguesas con Joe y el capitán Haynes, y luego había soportado un viaje en avión de catorce horas de Santa María a Lisboa y de allí a Washington.

Lo mínimo que podrían haber hecho era pagarle un billete de clase preferente.

Combatiendo el jet lag, el agotamiento y su orgullo herido, Kurt se dirigía ahora a otra sala de conferencias, donde él y Joe hablarían con Dirk Pitt y con miembros de la Marina de Estados Unidos y de la Agencia de Seguridad Nacional de lo que ya habían explicado media docena de veces. Mientras tanto, todas las pistas que Andras había dejado se enfriaban y se desvanecían.

Se acercó al final del pasillo y, pese al dolor y a la fatiga, halló un motivo para sonreír y seguir adelante. En la puerta de la sala de conferencias vio a Gamay Trout. Le preocupó que estuviera sola.

Se abrazaron, y notó que la mujer carecía de gran parte de su habitual confianza en sí misma.

—No tienes muy buena cara, Kurt. ¿Cómo te encuentras?

—En mi vida he estado mejor —dijo él.

Ella sonrió.

—¿Y Paul? —preguntó.

—Sigue inconsciente —logró responder ella.

—Lo siento.

—Los resultados del encefalograma están mejorando, y en el TAC que le han hecho no se aprecian daños, pero estoy preocupada, Kurt.

—Volverá —dijo Kurt esperanzado—. Después de todo, mira lo que le está esperando.

Ella trató de sonreír y acto seguido agarró el pomo de la puerta y cruzó el umbral.

Kurt la siguió al interior de la sala y se sentó en actitud protectora al lado de ella. Joe llegó momentos más tarde y se sentó al otro lado de Gamay. Dirk Pitt, Hiram Yaeger y algunos jefazos de la Marina estaban colocados al fondo de la mesa. A la cabecera de la mesa, un hombre trajeado de la Agencia de Seguridad Nacional ocupaba la posición central.

Dirk Pitt se levantó y empezó a dar explicaciones.

—Sé que todos habéis pasado muchas penalidades, pero estamos aquí porque la situación ha ido de mal en peor.

Señaló con la mano al hombre del traje.

—Este es Cameron Brinks, de la Agencia de Seguridad Nacional. Él y el contraalmirante Farnsworth dirigen la respuesta a lo que consideramos una amenaza real a la paz internacional.

Cameron Brinks se levantó.

—Les damos las gracias por descubrir y llamar nuestra atención sobre esta amenaza. Al igual que ustedes, creemos que un grupo con buena financiación o con respaldo nacional ha desarrollado un arma de energía dirigida de increíble potencia. Si las extrapolaciones de los datos son correctas, esa arma podría minar el actual equilibrio socio-militar mundial.

Kurt no estaba seguro de lo que significaba el término «equilibrio socio-militar», pero sonaba al lenguaje inventado de un político, y supuso que Brinks tenía más de político que de hombre de acción. Eso significaba que les esperaba un largo discurso. Genial.

Brinks prosiguió:

—Después de consultar al señor Yaeger, y de llevar a cabo nuestros propios estudios, hemos llegado a la conclusión de que esa arma usa un sistema de aceleración de partículas parecido a uno propuesto hace años para el escudo antimisiles de la Iniciativa de Defensa Estratégica.

Kurt consideró lo que Brinks estaba diciendo, y parte de su irritación se disipó. Por lo menos, esos hombres parecían entender el peligro que corrían.

—Para colmo de males —dijo Brinks—, los científicos secuestrados son precisamente la clase de personas necesarias para mejorar lo que esos terroristas poseen.

—¿Tiene alguna idea de quiénes son? —preguntó Kurt.

Brinks asintió con la cabeza.

—Además del individuo que usted identificó, tenemos dos indicios creíbles que hacen pensar que su base de operaciones está en África.

—¿África? —dijo Gamay.

—Sí, señora Trout —contestó Brinks—. Esta mañana temprano se recuperó un cadáver a tres kilómetros del lugar donde Kurt y Joe fueron rescatados.

Brinks hizo un gesto con la cabeza a un ayudante, quien sacó unas fotos que

pasaron a Kurt y a Joe.

—¿Lo reconoce? —preguntó Brinks.

El agua había hinchado la cara del hombre, pero no lo suficiente para ocultar su identidad.

—El portador de la llave —susurró Joe.

Kurt asintió.

—Este hombre estaba con Andras —dijo—. ¿Qué le pasó?

—Calibre veintidós, al estilo del Viejo Oeste —informó Brinks—. Justo entre los ojos. ¿Tienen alguna idea de por qué lo mataron?

—Estaba vivo cuando nos hundimos —dijo Kurt. Apartó la foto—. ¿Quién es?

—Ha sido identificado como ciudadano de Sierra Leona —explicó Brinks—. Un excomandante de las fuerzas armadas, tal vez un guardaespaldas del presidente, Djemma Garand.

—Sierra Leona —dijo Kurt.

Era la segunda vez que aparecía el nombre de ese país.

Brinks asintió con la cabeza.

—Por extraño que parezca, todo apunta a que existe una relación con ese país. Sabemos que el mineral superconductor fue transbordado en Freetown, pero hasta ahora creíamos que era obra de un grupo de mercenarios que controlaban los muelles. Puede que su amigo Andras sea uno de ellos.

A Kurt no le gustó que se refiriera a Andras como su amigo, aunque fuera de guasa. Aparte de eso, había algo extraño en aquella hipótesis.

—Sierra Leona es uno de los países más pobres del mundo. Apenas pueden alimentar y vestir a su gente. ¿Me está diciendo que tienen los medios para crear un acelerador de partículas usando superconductores avanzados?

—El cadáver de ese hombre demuestra que existe una relación —dijo Brinks, a quien no parecía hacerle especial gracia que las preguntas se las plantearan a él—. Tenemos más información que induce a pensar que puede existir una relación, incluidas unas movilizaciones militares recientes.

—Está bien. ¿Y qué vamos a hacer al respecto? —preguntó Kurt, incapaz de soportar más preámbulos.

Brinks volvió a centrar su mirada en Kurt.

—En primer lugar, se está redoblando la vigilancia del país. Hasta el momento no nos han dado muchos motivos para tenerlos controlados, pero estamos empezando a cambiar de opinión.

—¿Qué más?

—Lo crea o no —dijo Brinks—, seguimos pensando que su hipótesis inicial es correcta. Sin duda, esa gente está operando desde un submarino. Submarinistas portugueses han estado examinando la torre de roca y han encontrado túneles ocultos diseñados para canalizar la corriente a través de turbinas, bancos de baterías y potentes bobinas electromagnéticas. Todo diseñado para crear la apariencia de una

anomalía magnética. La construcción debió de requerir un abundante uso de sumergibles.

Kurt experimentó un ligero descargo, pero aun así había cometido un error muy costoso.

—¿Y...? —preguntó.

—Y ustedes tres van a ser destinados a un destacamento especial de la Marina encargado de encontrar ese submarino —informó Brinks—. La señora Trout trabajará con el equipo de acústica de la Marina para tratar de depurar la señal dejada en las grabaciones del sónar durante el ataque al *Grouper*.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros? —preguntó Kurt, irritado ante lo que parecía un enorme rodeo.

—Dada su experiencia en operaciones de rescate y construcción de sumergibles, ustedes dos van a ser destinados a unos equipos de guerra antisubmarina que serán enviados en busca de ese submarino.

Kurt no estaba seguro de haber oído bien.

—¿En su busca? —dijo—. ¿Quiere decir vagando por el mar, escuchando con hidrófonos y esperando captar algo más que ballenas copulando?

Ni Brinks ni el contraalmirante Farnsworth reaccionaron.

—¿Me toma el pelo? —prosiguió Kurt—. Hay más de cien millones de kilómetros cuadrados de mar ahí fuera. Y eso en caso de que esos idiotas sigan navegando, esperando a que los cacen. Es más probable que hayan guardado ese cacharro y hayan iniciado el siguiente paso de su plan.

—Nuestros equipos de guerra antisubmarina son los mejores del mundo, señor Austin —dijo el contraalmirante.

—Lo sé, contraalmirante, pero ¿cuántas unidades van a dedicar?

—Siete fragatas y veinte aviones —contestó él—. También usaremos la línea del Sistema de Vigilancia Acústica y otras estaciones de escucha en el Atlántico Sur.

Era más de lo que Kurt esperaba, pero insignificante comparado con lo que necesitaban. Y a menos que Kurt se hubiera perdido algo, todavía no sabían lo que estaban buscando.

—¿Han captado algo en el Sistema de Vigilancia Acústica durante alguno de los incidentes? —preguntó.

—No —reconoció el contraalmirante—. Solo los sonidos del *Kinjara Maru* haciéndose pedazos al hundirse y las explosiones de los torpedos durante el ataque del *Grouper*.

—Así que lo único que tenemos es la grabación indescifrable del *Matador* —dijo Kurt.

—¿Tiene alguna idea mejor, señor Austin? —preguntó Brinks intencionadamente.

—Sí —contestó él—. Voy a localizar a Andras. Y cuando lo encuentre, nos llevará hasta la persona para la que trabaja.

—La CIA lleva años buscándolo —dijo Brinks despectivamente—. Nunca

permanece en un sitio lo suficiente para que alguien obtenga información acerca de él. ¿Por qué iba usted a tener éxito donde otros han fracasado?

—Porque hay determinadas piedras que no les gusta levantar —dijo sin tapujos—. Yo no tengo esos escrúpulos.

Brinks frunció los labios y puso cara de disgusto. Se volvió hacia el director de la NUMA.

—Señor Pitt, ¿puede intervenir, por favor?

Dirk se recostó en su silla, con el aspecto más despreocupado posible.

—Claro —dijo a Brinks, y acto seguido se volvió hacia Kurt—. ¿Hablas en serio respecto a ese plan?

—Sí, señor —contestó Kurt—. Conozco a alguien a quien Andras utilizó de contacto hace años. Creo que sigue en activo.

—Entonces ¿qué haces perdiendo el tiempo con nosotros? Mueve el culo.

Kurt sonrió y se levantó.

—Sí, señor —dijo.

—Esto es ridículo —comentó Brinks.

—Y llévate a Joe —añadió Pitt—, si quiere ir.

—Creía que no iba a pedírmelo nunca —dijo Joe.

Brinks apretó los dientes y se inclinó sobre la mesa, mirando a Dirk Pitt.

—Solo tengo que hacer una llamada para anular esto —amenazó.

—No la hará —contestó Pitt con total seguridad—. En primer lugar, Kurt tiene razón. Meterlos a él y a Joe en un destructor es un desperdicio de recursos. En segundo, nos lo jugaríamos todo a una carta: su carta. Y después de haber pasado algo de tiempo en Washington últimamente, no creo que eso sirva de mucho. Usted recibe el mérito si tenemos éxito y nos echa la culpa a ellos y a la NUMA si fracasamos. Simples matemáticas. Pero se ha olvidado de una variable importante: yo no trabajo para usted, ni tampoco ninguno de estos hombres. Y no pienso dejar que ponga el país o la comunidad marítima en peligro por sus intereses políticos personales.

Brinks miró a su alrededor como un torero corneado en una corrida de toros. Incluso el contraalmirante Farnsworth parecía satisfecho con el resultado, preguntándose seguramente para qué necesitaba a un par de civiles de la NUMA en sus barcos.

El contraalmirante se rió entre dientes y a continuación miró a Gamay.

—Usted nos vendría bien de todas formas, señora Trout. Nuestros equipos de sónar son muy amistosos.

—Haré todo lo que pueda para ayudar —dijo ella.

Kurt se dirigió hacia la puerta.

—Una cosa más, Kurt —dijo Dirk.

Kurt miró atrás.

—Cíñete al plan. Para nosotros esto es una misión —le recordó Pitt—, no una

venganza.

Kurt entendía la preocupación de Dirk. Sentía el conflicto en su interior, y sin duda a alguien como Dirk Pitt le resultaba fácil advertirlo.

Asintió con la cabeza a Pitt, lanzó una mirada a Brinks y se dirigió a la puerta. La abrió y se topó de narices con una de las administrativas de la NUMA, una joven a la que no conocía.

—¿Estás bien? —preguntó Kurt.

La joven indicó que sí.

—Vengo a darle una noticia a la señora Trout.

Kurt abrió la puerta y la dejó pasar.

—Paul está despierto —dijo la mujer—. Ha preguntado por usted.

Freetown, Sierra Leona, 28 de junio

Djemma Garand permanecía erguido en la posición de comandante de la torreta de un viejo tanque de combate de fabricación rusa. Su país solo tenía cuarenta como aquel, y al dar inicio a su plan de nacionalización en el mundo, Djemma tenía pensado realizar una muestra de fuerza lo más pública posible.

Mientras unidades de infantería respaldadas por helicópteros y milicianos se hacían con el control de las minas en el campo, Djemma y veinte de sus preciosos tanques avanzaban por el centro de la ciudad.

Se desplazaban formando una larga columna, flanqueada por transportes cargados con misiles y *jeeps* y vehículos blindados para el transporte de tropas. Recorrían el centro al son de ensordecedoras ovaciones. Decenas de miles de civiles habían acudido por voluntad propia al enterarse de que Djemma les prometía trabajos mejores y sueldos más elevados al final de la nacionalización. Miles de ciudadanos más habían sido instados a alinearse a lo largo de la ruta del desfile con sutiles insinuaciones del aparato de seguridad de Djemma.

Conforme pasaba el convoy, las ovaciones sonaban sinceras, y Djemma se enorgullecía de lo que estaba haciendo. Su fuerza se dirigía al puerto en un gesto ceremonial. El puerto ya estaba en sus manos, como también lo estaban la gran refinería situada a varios kilómetros al norte, el aeropuerto y las diversas fábricas que había en territorio de Sierra Leona.

Montados a su lado, un reportero y un cámara cuidadosamente escogidos grababan el evento.

—Presidente Garand —dijo el reportero, casi gritando para hacerse oír por encima del estruendoso motor del tanque y de sus ruidosas y chirriantes orugas—, tengo entendido que ha informado al Fondo Monetario Internacional de que Sierra Leona no seguirá pagando su cartera de préstamos pendientes. ¿Es correcto?

—Sí —contestó Djemma—. Estamos hartos de deslomarnos solo para pagar los intereses.

—¿Y esa decisión está relacionada con los actos de hoy? —preguntó el reportero en el momento justo.

—Hoy es un día de libertad —declaró Djemma—. En otro tiempo nos liberamos del colonialismo. Hoy nos estamos liberando de otro tipo de opresión. La opresión económica.

El reportero asintió con la cabeza.

—¿Le preocupa que haya represalias por este acto? —preguntó el hombre—. Sin duda el mundo no se quedará al margen mientras usted infringe los derechos de

propiedad de docenas de corporaciones multinacionales.

—Solo estoy obedeciendo al principio del ojo por ojo, diente por diente —repuso Djemma—. Durante siglos, ellos han infringido los derechos de propiedad de mi gente. Han venido y nos han quitado nuestras piedras preciosas, nuestros metales y nuestros tesoros y solo nos han dado dolor a cambio. Un cocinero de la cafetería de una de esas empresas gana veinte veces más que un minero que trabaja duro exponiéndose al calor y al peligro, jugándose la vida cada día. Por no hablar del ejecutivo que trabaja menos que el cocinero.

Djemma se reía mientras hablaba. Un poco de alegría siempre venía bien.

—Pero las minas, la refinería, la infraestructura, esas cosas cuestan miles de millones de dólares en inversiones —dijo el reportero.

—Y mi gente ya los ha pagado —replicó Djemma—. Con sangre.

Los tanques siguieron avanzando, dirigiéndose con gran estruendo a las grúas del puerto. Una pequeña nube de humo negro se elevaba en el cielo al oeste del puerto. Definitivamente era un incendio, pero Djemma dudaba que hubiera la más mínima resistencia real.

Tal vez alguien había cometido una estupidez. O tal vez el humo negro no tenía nada que ver con los acontecimientos. Un coche o un camión incendiado o algún accidente industrial.

No importaba, era una bonita imagen.

—Grabe el humo —le dijo al cámara—. Que sepan que hablamos en serio.

El cámara se volvió, enfocó con el *zoom* y consiguió un plano más cerrado del humo. Su grabación y el vídeo de Djemma a bordo del tanque se reproducirían en un bucle continuo en la CNN, la FOX y la BBC.

Al cabo de veinticuatro horas, la gente de todo el mundo sabría de él y de un país del que la mayoría de ellos no había oído hablar nunca. Para entonces Djemma tendría a la mayoría de los ciudadanos extranjeros acorralados y a bordo de aviones de vuelta a sus respectivos países.

Sus naciones fanfarronearían y alardearían, y congelarían los prácticamente inexistentes bienes extranjeros de Sierra Leona. Le exigirían explicaciones, que él daría encantado, una y otra vez si era necesario. Para él, sus actos eran legítimos; ¿por qué no iba a hablar de ellos?

Y luego acudirían a él solicitando toda clase de cosas. Las negociaciones comenzarían. Al principio se esforzarían mucho por no ofrecer nada, por miedo a que se les viera ceder. Pero no importaría porque él no daría su brazo a torcer.

Se enfadarían, aporrearían la mesa, echarían pestes, despotricarían y amenazarían. Y luego la situación tomaría un cariz incierto, pues cuando los países del mundo por fin estuvieran interesados en él, Djemma no cedería, sino que exigiría más.

Conocía los riesgos, pero por primera vez en dos mil años un general africano estaba en posesión de un arma que podía derribar un imperio.

Paul Trout estaba incorporado en su cama de hospital. Su mujer se encontraba a su lado. Había estado abrazándolo y besándolo y apretándole la mano sin parar durante una hora. Resultaba agradable a pesar de todos los achaques de su cuerpo.

Tenía molestias en la espalda. Le dolía la cabeza y le costaba pensar, como si le hubieran dado demasiados medicamentos o hubiera bebido demasiado vino. Aun así, se sentía sorprendentemente bien, considerando lo que Gamay le estaba contando.

—No me acuerdo de nada —dijo después de oír su relato de la huida del *Grouper* y del estado de coma en el que se había encontrado los últimos cuatro días.

—¿Qué recuerdas? —preguntó ella.

Él hizo memoria, arañando la oscuridad de su mente. Desde que se había despertado, habían estado acudiendo a su mente pensamientos caprichosos. Al igual que un ordenador que se reinicia después de haberse apagado inesperadamente, parecía que su mente estuviera reorganizando las cosas. El olor a comida de la cafetería le trajo a la memoria un curioso recuerdo.

—Me acuerdo de aquel día de Acción de Gracias en Santa Fe que quemaste el pavo y luego reconociste que yo tenía razón en la forma de cocinarlo.

—¿Qué? —dijo ella, riéndose—. ¿Te acuerdas de eso?

—Bueno... —dijo él—. Tener razón en algo y que tú lo reconocieras el mismo día fue una experiencia bastante rara.

Ella frunció los labios.

—He oído que la gente con traumatismos craneales a veces descubre que tiene nuevas habilidades que no tenía antes, pero no es tu caso, amor mío. Nunca fuiste un buen cómico y sigues sin serlo.

Esta vez él se rió. Notó que la cabeza se le despejaba un poco más cada segundo.

—Me acuerdo del sol brillando en el mar —dijo—. Y de que nos estábamos preparando para sumergirnos con el *Grouper*. Y de que yo pensaba que no debíamos ir los dos.

Al final habían trabajado juntos a la perfección y casi habían conseguido volver a la superficie. Él no se acordaba, pero Gamay parecía querer decir que si él no hubiera estado allí, ella habría muerto.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —preguntó.

Ella lo puso al corriente del resto de los detalles y acabó contándole su siguiente cometido.

—Mañana a estas horas volaré a una fragata antisubmarina en el Atlántico. Vamos a trabajar en las grabaciones del sónar.

Paul se la quedó mirando. Entendía la llamada del deber y no iba a interferir, pero no podía quitarse de encima la intensa sensación de haber estado a punto de perderla

a pesar de no recordar los detalles.

Retiró la sábana.

—Me voy contigo —dijo, balanceando una pierna por encima del borde.

Ella le posó una mano encima.

—Paul.

—Ya estoy fuera de peligro —insistió él—. El médico lo ha dicho. Además, he trabajado con sonares mucho más que tú. Concretamente, con la unidad acústica GEO del *Matador*.

Notó que ella se oponía a la idea y que le preocupaba. Después de lo que había pasado, ¿quién no lo estaría? Pero Paul no pensaba quedarse.

Salió de la cama por la fuerza y se levantó, ligeramente vacilante. Era tan alto que la bata del hospital le quedaba como una minifalda.

—¿No las hacen largas? —preguntó.

Gamay seguía preocupada.

—Estaremos en un buque de guerra —añadió Paul—. Blindaje, misiles, armas, torpedos. No podríamos estar más seguros.

Ella sacudió la cabeza y espiró bruscamente.

—Está bien —asintió—. De todas formas, no podría hacerte entrar en razón.

Él se rió, pulsó el timbre para llamar a la enfermera y se puso a buscar una bata u otra prenda para taparse con ella.

—Una cosa más —dijo ella en un tono serio.

Él se volvió.

—No volveré a meterme en el agua —comentó Gamay.

Paul ladeó la cabeza.

—¿Qué?

—No volveré a meterme en el agua —repitió—. Ni en un sumergible, ni en un traje de buceo, ni de ninguna otra forma. No estoy lista.

Desde que él la conocía, Gamay nunca había tenido miedo de nada, pero ahora el temor resultaba evidente en su voz.

—Tú no te acuerdas —dijo—. En ese aspecto, creo que tienes suerte. Pero fue horrible.

—Nos quedaremos en cubierta —prometió él—. O en nuestro camarote con aire acondicionado. Con suerte, cerca de la máquina de helado.

Sonrió con la esperanza de sacarle una sonrisa, pero Gamay no reaccionó, y Paul empezó a temer por ella como no había temido antes.

Singapur, Malasia, 30 de junio

Veintiocho horas después de que los soltaran de las garras de la Agencia de Seguridad Nacional, Kurt y Joe aterrizaron en Singapur. Habían embarcado en un avión en Dulles, habían pagado de buena gana un dineral por unos billetes de primera clase, y habían volado literalmente a la otra punta del mundo.

Después de ir al hotel a deshacer la maleta y de llamar a un viejo amigo que lo había ayudado hacía años, Kurt se quedó sin nada que hacer salvo dormir. Estaba demasiado cansado para moverse del sofá y se durmió allí mismo.

El teléfono sonó en la oscuridad y puso fin a su siesta de dos horas.

Se despertó sobresaltado como si le hubieran pinchado con una picana y se abalanzó sobre el teléfono. Se cayó del sofá al cogerlo y levantó el aparato justo a tiempo para impedir que saltara el buzón de voz.

—El Rajá Blanco —dijo una voz que no reconocía.

—¿Qué? —preguntó Kurt.

—¿Es usted Kurt Austin?

—Sí.

—Me han dicho que le llame —dijo la voz—. Y que le explique dónde puede encontrar lo que está buscando. El Rajá Blanco.

—Un momento —dijo Kurt—. ¿Qué es...?

La línea se cortó, y a continuación sonó un tono de marcar. Kurt colgó el auricular en el soporte y se recostó contra la parte delantera del sofá.

—¿Dónde estoy? —masculló para sí.

Recordaba haber volado, haber cambiado de avión en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles y parte del siguiente vuelo. Recordaba haberse registrado en el hotel.

—Ah, sí —dijo—. Singapur.

Miró a su alrededor. La habitación estaba totalmente a oscuras a excepción de una radio reloj situada entre las camas enfrente de él. El reloj marcaba las 7.17 de la tarde. Parecía que fueran las tres de la madrugada.

Se levantó torpemente y llamó a la puerta de la habitación contigua.

—Levántate —gruñó a Joe—. Es hora de ir a trabajar.

La puerta se abrió segundos más tarde. Joe se encontraba allí, bien afeitado, con el pelo engominado y vestido con una camisa de Armani y unos pantalones de lino blancos.

Kurt se lo quedó mirando mudo de asombro.

—¿No duermes?

—La noche me llama —dijo Joe, sonriendo—. ¿Quién soy yo para negarme?

—Sí, bueno, a mí me ha llamado otra persona —contestó Kurt—. Así que mientras me ducho, averigua qué demonios es el Rajá Blanco. Supongo que es un hotel o un bar o una calle.

—¿Es ahí adónde vamos?

Kurt asintió con la cabeza.

—Alguien va a reunirse allí con nosotros —dijo.

—¿Quién?

—Esa es la cuestión —dijo Kurt—. No tengo ni idea.

Cuarenta minutos más tarde, luciendo un aspecto fresco, similar a una versión más conservadora de Joe, Kurt Austin entró con paso resuelto en los agradables confines del Rajá Blanco, un bar restaurante que había sido un viejo club inglés para caballeros en la época victoriana, cuando los ingleses tenían una influencia considerable en la isla de Malasia.

Kurt deambuló por varios salones con paneles de caoba exquisitamente tallados, tragaluces de paneles de vidrio soplado artesanalmente y mullidos sillones y sofás de cuero dignos de haber servido de asiento al mismísimo Churchill.

En lugar de torneos de *bridge* entre miembros jubilados de la Compañía Británica de las Indias Orientales y magnates de la industria fumando pipas y gruesos puros, veía a los jóvenes y ricos de Singapur cenando ostras y bebiendo en copas caras.

Un recuento informal le indicó que la clientela era mixta a partes casi iguales: la mitad eran expatriados occidentales y el resto ciudadanos locales u hombres de negocios asiáticos de visita.

Kurt dio la vuelta hacia la parte delantera del establecimiento y se sentó junto a la barra principal, que parecía estar hecha de una fina lámina de alabastro iluminada por debajo. Se diría que era ámbar brillante.

—¿Les sirvo algo? —preguntó rápidamente un camarero.

Joe sonrió. Kurt sabía que había estado en Singapur con anterioridad.

—Yo tomaré un Tiger —dijo.

—Perfecta elección —contestó el camarero, y acto seguido se volvió hacia Kurt—. ¿Y usted, señor?

Kurt todavía estaba mirando a su alrededor, buscando a alguien, cualquiera a quien reconociese, incluido el contacto al que había llamado por teléfono al aterrizar. Nadie le resultaba familiar.

—¿Señor?

—Café —dijo Kurt—. Solo.

El hombre asintió con la cabeza y se marchó a toda prisa.

—Café —dijo Joe, aparentemente sorprendido de la bebida que había elegido Kurt—. ¿Tienes idea de qué hora es?

Encima de ellos, una luz azul parpadeó a través de los paneles de vidrio del

tragaluz; o se trataba de un relámpago a lo lejos o de una tormenta que se avecinaba.

—Ni siquiera sé qué día es —dijo Kurt—. Apenas sé en qué planeta estamos.

Joe se echó a reír.

—Pues no me eches a mí la culpa si te quedas levantado toda la noche.

—No sé por qué —contestó Kurt—, pero tengo la sensación de que así será.

Kurt miró la pared situada detrás de la barra. Un lienzo en el que aparecía un fornido inglés vestido con ropa colonial ocupaba una posición central.

—El señor James Brooke —dijo Kurt, leyendo la inscripción en la placa de latón de la parte inferior.

El camarero regresó con sus bebidas y pareció reparar en su centro de atención.

—El Rajá Blanco —dijo.

—¿De verdad?

—Sofocó una rebelión contra el sultán de Brunei en mil ochocientos cuarenta y uno y le concedieron el título de rajá de Sarawak. Él y su familia gobernaron un pequeño imperio en lo que ahora llamamos Kuching durante unos cien años, hasta la invasión japonesa en mil novecientos cuarenta y uno.

—Pero Sarawak está al otro lado del estrecho —dijo Kurt, sabedor de que Sarawak y Kuching estaban en la isla vecina de Borneo.

—Sí —convino el camarero—. Pero cuando la guerra terminó, la familia devolvió el territorio al Imperio británico. Al club se le cambió el nombre en honor a él.

Mientras el camarero se marchaba arrastrando los pies, Kurt bebió un sorbo del café intenso y cargado; cada vez se sentía mejor.

Joe lo miró.

—Bueno, ¿qué hacemos en Singapur? —preguntó—. ¿Aparte de recibir una lección de historia?

Kurt comenzó a explicarle la situación.

—Hace doce años hice un trabajo de salvamento aquí —dijo—. Uno de mis últimos trabajos para la empresa antes de ingresar en la NUMA.

Joe ladeó la cabeza.

—No conocía esa historia.

—Probablemente todavía sea confidencial —dijo Kurt—. Pero como ahora viene al caso, te contaré lo esencial.

Joe acercó su asiento y echó un vistazo a su alrededor como si estuviera buscando espías. Kurt dejó escapar una risita.

—Un E-6B Prowler tuvo problemas y se hundió en el mar de China meridional —dijo—. Era un prototipo. Tenía toda clase de aparatos que no queríamos que el otro bando encontrara; en el otro bando estaban China, Rusia y Corea del Norte.

—Todavía lo están, en buena parte.

Kurt asintió.

—El piloto estaba usando un nuevo radar de barrido lateral y volaba a lo largo del límite del espacio aéreo chino. Teníamos motivos para creer que se había desviado y

había cruzado la línea.

—Ah —dijo Joe—. Ya veo donde podría estar el problema.

—Conoces las normas de salvamento —prosiguió Kurt—. En mar abierto, el que se encuentra algo se lo queda, pero si ese avión hubiera entrado unos centímetros en las aguas territoriales chinas y lo hubieran descubierto, habrían colocado la mitad de su flota allí y habrían disparado a cualquiera que entrara en un radio de quince kilómetros. Aunque no hubiera entrado, sabíamos que irían a por él.

—Sí —admitió Joe—. Una oportunidad única.

—Exacto —convino Kurt—. Así que nos inventamos que habíamos recuperado los restos. Incluso grabamos un vídeo falso del avión siendo extraído del mar y de las secciones de las alas siendo subidas a bordo de una embarcación auxiliar. Mientras tanto, mi equipo y yo reunimos a un grupo de gente de la zona que pudiera buscar los restos y recuperarlos sin levantar las sospechas de los chinos.

»El tipo que nos ayudó a organizarlo era un contacto de la CIA conocido como señor Ion. Es un operador mitad estadounidense, mitad malasio. Conocía a todo el mundo y sabía cómo conseguirlo casi todo. Y sigue sabiéndolo, por lo que tengo entendido. Pero opera en terreno neutral. Normalmente, puedes fiarte de que hará lo que dice, pero no puedes esperar que no trabaje para el otro bando cuando te hayas marchado.

»En cualquier caso, nos ayudó a formar el equipo, en el que había un tipo que estuvo con nosotros desde el primer día. Andras.

—¿Os dio problemas? —preguntó Joe, inclinándose hacia atrás la cerveza.

—No hasta el final —contestó Kurt—. Incluso descubrió a un traidor que estaba relacionado con el servicio secreto chino. Pero después de montar el equipo de elevación y de prepararnos para la operación, nos encontramos con mal tiempo. Estuvimos tres días cruzados de brazos, y me puse nervioso. Estábamos demasiado cerca de la meta para quedarnos parados de esa forma. Decidí que sacaría el Prowler a pesar del tiempo. Reuní el equipo, pero Andras no estaba por ninguna parte.

—¿Qué pasó?

Kurt bebió un trago de café.

—Fuimos al sitio, y el avión ya no estaba. Corrió la voz de que los rusos habían sobornado a Andras. Estaban empezando a cogerle el gusto al capitalismo y vendían como rosquillas los cazas MiG. Con la aviónica y la tecnología del Prowler, se podrían haber saltado una generación de la noche a la mañana.

—Así que ese tipo ya era un traidor en aquel entonces —dijo Joe.

Kurt asintió con la cabeza.

—¿Qué hiciste?

—En mi primera inmersión al avión hundido, había preparado veinte kilos de cargas. Mis órdenes eran volar el avión si no podíamos levantarlo o si lo sacábamos del fondo y nos sorprendían los chinos. Los explosivos todavía estaban en el avión, y estaban listos y esperando una señal. Conecté con el satélite y los hice estallar. En

algún lugar sobre Kamchatka explotó un avión a reacción ruso. Los pobres desgraciados que lo pilotaban probablemente no tenían ni idea de qué carga llevaban.

Joe sacudió la cabeza suavemente.

—Un asunto feo.

—Sí —dijo Kurt, sintiendo un ligero remordimiento por la tripulación del avión pese al tiempo que había pasado—. Este también lo es. Y esta vez me aseguraré de que sea Andras quien sufra.

Joe miró a su alrededor.

—Estoy contigo. ¿Crees que vamos a encontrarlo aquí?

—A él no —respondió Kurt—. Pero sí a alguien que sabe cómo encontrarlo.

Kurt cogió el café y bebió otro sorbo.

A su modo de ver, Andras lo había vencido en dos ocasiones. Sin duda, le habían pagado cuando había entregado el E-69 Prowler a los rusos. La explosión era problema de ellos. Y si la historia servía de ejemplo, probablemente ya estaba contando el dinero por entregar a los científicos secuestrados a quien habían sido ofrecidos. Pero por otra parte...

Kurt alzó la vista hacia el cuadro del Rajá Blanco. Recordó que Andras había insistido en que sería un rey cuando todo acabara. Se preguntó qué estaba tramando aquel hombre.

Kurt terminó el café e hizo un gesto para que le sirvieran otro. Mientras el camarero le rellenaba la taza, Kurt se dio la vuelta para inspeccionar la sala.

Suponía que quien lo había llamado sería capaz de encontrarlo y que luego llegarían a un acuerdo respecto al intercambio de información, pero hasta el momento nadie se había acercado a él, ni le habían pasado ninguna nota, ni ningún camarero había insinuado que había alguien esperando para reunirse con ellos.

Por todas partes, los clientes cenaban, las copas tintineaban y algún que otro destello azul iluminaba el tragaluz en lo alto, pero no pasaba nada fuera de lo común.

Resultaba extraño. A veces, en el pasado, un sexto sentido había advertido a Kurt de que lo estaban vigilando, pero allí no sentía nada parecido. Daba más bien la sensación de que los hubieran apartado y dejado allí, como un vagón oxidándose entre malas hierbas.

Empezó a preguntarse si le habrían informado mal.

Y entonces la puerta de dos hojas situada enfrente de él se abrió y entró un trío de hombres. Dos gigantescos guardaespaldas. Con rostros bronceados y mandíbulas cuadradas, parecían más samoanos que malasios.

Delante de ellos iba un hombre más menudo, de aspecto estadounidense pero de rasgos malasios. Tenía unos ojos dulces y una piel relativamente tersa. Un cabello moreno corto y peinado en punta con fijador coronaba su gran cabeza redonda, una cabeza que parecía demasiado grande para su cuerpo de constitución endeble. En sus sienes se podían advertir unas levísimas canas.

Por su ropa y su actitud despreocupada, podría haber tenido entre treinta y cinco y

cuarenta años, pero Kurt sabía que era mayor: actualmente rayaba en los cincuenta.

—Ion —dijo Kurt, levantándose.

El hombre se volvió al oír su voz. Buscó a Kurt con la mirada desde su posición entre los dos guardaespaldas. Tardó unos segundos en reconocerlo, y entonces se dibujó una sonrisa en el rostro de Ion.

La sonrisa era falsa y forzada, y desapareció casi tan rápido como había aparecido. Una señal que solo podía significar una cosa: problemas.

En los elegantes espacios del Rajá Blanco, el hombre que se hacía llamar Ion dio un paso atrás. Se situó entre sus escoltas y algo hacia atrás. Estos se pusieron rígidos y centraron su atención en Kurt como un láser. Mientras Kurt los observaba, lo único que veía era un equipo de lucha libre listo para levantarlos en volandas a él y a Joe y estamparlos contra el suelo si alguno de los dos hacía algún movimiento en falso.

Sintiéndose a salvo, Ion habló.

—Deben de dejar entrar a cualquiera si te permiten la entrada a ti, Austin. Me quejaré al encargado.

—No es necesario —dijo Kurt—. Dame un poco de información y me iré como el viento.

—La información cuesta —comentó Ion—. Con la inflación que hay, el precio aumenta cada día. Pero dime, ¿qué buscas? ¿Y cuánto estás dispuesto a pagar?

—Me lo debes —le recordó Kurt—. Dame lo que necesito y estaremos en paz.

—No te debo nada —contestó Ion.

Kurt esperaba esa respuesta.

—En ese caso, te ofrezco tu derecho a conservar tu reputación. Tú tendrás que decidir lo que vale.

—¿Mi reputación? —dijo Ion—. ¿De qué estás hablando, Austin? Date prisa, tengo una reserva.

El pecho de Kurt se hinchó, pero no realizó ningún otro movimiento externo.

—Me refiero a las consecuencias a las que tendrás que hacer frente cuando le dé una paliza a tus guardaespaldas y te saque a golpes la información de tu enorme cráneo con forma de huevo. —Agitó la mano alrededor de la sala—. Puedo imaginarme cómo perjudicaría eso a tu reputación entre estas buenas personas.

La cara de Ion mostró la reacción exacta que Kurt esperaba: ira, pero mezclada con un asomo de miedo y cautela. Tal vez le escucharía. Pero por otra parte...

Ion inspiró apresuradamente, se hinchó durante unos segundos y se dirigió a sus guardaespaldas.

—Este hombre es un peligro —dijo—. Ocupaos de él.

Una barrera de músculos samoanos se flexionaron y empezaron a avanzar hacia Kurt. Un hombre chocó un puño contra la palma abierta de la otra mano, y el otro giró el cuello a un lado, lo hizo crujir sonoramente y sonrió. Al parecer, estaban listos para luchar.

Kurt se percató de la única ventaja que aún tenía: los dos hombres lo miraban fijamente a él y solo a él. Ion había dicho: «Este hombre es un peligro», no «Estos hombres...». No se había dado cuenta de que Joe, con su ropa elegante, tenía alguna relación con Kurt.

La mano de Kurt encontró la taza situada detrás de él. Mientras los dos gorilas se situaron a un metro y medio de él, Kurt arrojó el contenido sobre ellos.

El líquido caliente salpicó las caras de los dos hombres. El café no estaba lo bastante caliente para escaldarlos ni para dejarles una cicatriz, pero la sorpresa y el picor les hizo volver la cabeza bruscamente y cerrar los ojos apretándolos.

En ese instante Kurt atacó, agachando el hombro y embistiendo con él contra el torso del primer escolta justo por debajo del esternón. Fue como chocar de frente contra un árbol, salvo que el hombre se tambaleó hacia atrás cuando Kurt se estrelló contra él, empujando fuerte con las piernas. Fue un placaje perfecto del que habría estado orgulloso cualquier defensa de la liga nacional de fútbol americano, y los dos hombres dieron de lleno contra una mesa y cayeron al suelo.

Mientras Kurt atacaba, Joe ya se había puesto en movimiento. Se levantó de un brinco, cogió un taburete y golpeó con él en los hombros al otro escolta. El hombre se desplomó y empezó a arrastrarse como atontado. Joe lo dejó marchar y se volvió para ver si Kurt necesitaba ayuda.

Kurt había caído encima del guardaespaldas al que había placado, pero el hombre estaba mucho de estar inconsciente. Con los ojos entreabiertos, lanzó un directo contra la cara de Kurt y lo alcanzó debajo del mentón. Fue un golpe demoledor, pero Kurt sacudió la cabeza y acto seguido le propinó un fuerte codazo entre el cuello y el hombro que le dio en el pulso.

El hombre echó la cabeza atrás del dolor y ofreció a su contrincante una oportunidad perfecta de darle en la mandíbula. Kurt le asestó un derechazo con todas sus fuerzas y con toda la adrenalina que corría por su cuerpo. El golpe alcanzó al hombre en el mentón, le hizo ladear la cabeza de golpe y lo dejó fuera de combate.

Todo ocurrió tan rápido que a los clientes del restaurante solo les dio tiempo a expresar su sorpresa, mirando boquiabiertos, echándose hacia atrás y poniendo cara de horror. Una pareja se había levantado de su silla pero seguía sosteniendo su bebida. Aquel no era un tipo de club que necesitara gorilas, de modo que nadie parecía dispuesto a echar a Kurt y a Joe, pero el camarero empuñaba ahora un bate de béisbol en las manos.

Kurt se levantó poco a poco, y los comensales empezaron a relajarse. Algunos parecían molestos por haberse perdido el espectáculo.

Kurt se volvió hacia Ion, sorprendido de lo bien que había resultado todo.

La mirada de Ion se desplazó de Kurt a Joe y luego a cada uno de sus hombros. Al principio pareció horrorizado, luego decepcionado, y al final miró fijamente a Kurt y se encogió de hombros como diciendo «Uy».

Y entonces, justo cuando Kurt pensaba que el hombre se rendiría y hablaría, se volvió como un gato y salió corriendo por la puerta.

—Allí —dijo Joe, señalando con el dedo.

Ion estaba a la derecha de Kurt y Joe, avanzando a toda prisa por la calle. Partieron detrás de él corriendo por la acera vacía.

Kurt podría haber pensado que Ion se dirigiría a un coche, pero lo más probable era que él no condujera, sino que los samoanos le hicieran de chóferes. Y aunque tuviera las llaves, un hombre como Ion no aparcaría él mismo; utilizaría al aparcacoches. Y como no querría que lo alcanzaran y le pegaran mientras el chico que aparcaba los coches iba a buscar su Maserati o su Mercedes, Ion no tenía más remedio que ir a pie adondequiera que fuera.

A Kurt eso le venía bien. Alcanzar a Ion en una carrera a pie no parecía muy difícil... hasta que empezó a llover.

Por una parte, la lluvia dejó las aceras libres de los pocos transeúntes que quedaban; por otra, redujo drásticamente la visibilidad. Y cuando Ion torció a la derecha y salió a toda velocidad de la acera para meterse en un callejón, Kurt estuvo a punto de perderlo.

Dobló de repente la esquina y lo vio a cincuenta metros por delante, pasando por debajo del velo de una farola. Él y Joe siguieron corriendo mientras la lluvia caía con más fuerza.

—No puedo creer que ese hombrecillo corra tan rápido —gritó Kurt.

—Debe de saber quién lo persigue —dijo Joe.

Kurt suponía que la adrenalina tenía algo que ver, pero dudaba que Ion pudiera seguir corriendo a toda velocidad tanto como él y Joe. Y todo su entrenamiento corriendo en su hogar, en el gimnasio y en el *Argo* estaba a punto de resultarle útil.

Ion miró atrás en dirección a ellos y rápidamente se metió en otro callejón. Kurt y Joe lo siguieron. Mientras Kurt giraba, Joe se resbaló en la acera mojada y se cayó. Se deslizó a través de la acera y chocó contra un gran macetero de hormigón. Volvió a levantarse de un brinco, sin apenas perder un paso.

Tenía la camisa desgarrada y manchada de sangre en el codo, y los pantalones hechos jirones en la rodilla, pero siguió corriendo.

—¿Recuerdas que te dije que nuestra próxima aventura fuera en un sitio seco? —gritó—. Lo digo muy en serio.

Kurt procuró no reírse; necesitaba todo su aliento. Al final del callejón había una valla, que Ion trepó como un acróbata antes de caer al otro lado. Kurt la saltó primero, y Joe cayó de pie un segundo o dos más tarde.

Ahora que se encontraban en una especie de parque, la visibilidad era todavía menor. Su presa podría haberse escondido, pero siguió corriendo, y cuando Kurt lo vio advirtió que iba más despacio.

Después de correr a través de la hierba húmeda y de dejar atrás unos árboles muy bien cuidados, Ion saltó otra valla y salió de nuevo a una estrecha calle lateral llena de tiendas.

A continuación se tambaleó, giró a la derecha y se metió en otra calle.

Kurt apretó el paso, haciendo acopio de toda la velocidad extra de su cuerpo. Esa era su oportunidad. Pero cuando llegó a la calle, no se veía a Ion por ninguna parte.

Kurt patinó y se detuvo, mirando a su alrededor.

—¿Adónde ha ido?

—Desde luego ha entrado aquí —contestó Joe—. Le he visto girar.

Kurt parpadeó para evitar la lluvia y miró a su alrededor. En aquella parte de la ciudad había recovecos. Tenían forma de portales y huecos a lo largo de la pequeña hilera de tiendas. También había un par de coches aparcados, aguantando estoicamente mientras la lluvia caía sobre ellos y les hacía brillar. Había una farola en cada extremo de la hilera, pero el asfalto mojado absorbía toda la luz.

—Esa rata debe de estar escondida —dijo Kurt—. Tú ve por ese lado de la calle, y yo iré por este. Ve despacio. Está aquí, en alguna parte.

Joe asintió con la cabeza y cruzó la calle. Mientras él echaba a andar por el lado derecho, Kurt empezó a inspeccionar el izquierdo. Miró debajo y dentro de los coches, pero no vio a nadie escondido en los asientos traseros ni debajo de los chasis.

Las tiendas tenían las puertas empotradas en unos huecos. Kurt examinó cada nicho, preparado para un ataque por sorpresa, pero no encontró nada.

Al otro lado de la calle, Joe negó con la cabeza.

Un coche pasó bajo la lluvia. Sus faros iluminaron la calle por un instante, despidiendo una luz cegadora. Kurt vio a una mujer en el asiento del conductor, pero a nadie más. El coche había venido de tan lejos que Ion habría necesitado una mochila propulsora para haber llegado a él y haberse escondido dentro.

Volvió a relampaguear, y esta vez se oyó el tenue estruendo de un trueno. La lluvia caía con más fuerza, y Kurt se metió en el hueco situado detrás de él. Estaba casi a punto de reconocer que Ion había escapado cuando volvió a relampaguear.

Al bajar la vista reparó en unas huellas húmedas en el suelo casi seco del hueco. Sus propias pisadas resultaban claras, pero las otras describían una curva abierta y daban la vuelta en zonas en las que Kurt no había pisado.

Permaneció inmóvil y alargó la mano por detrás. Sus dedos encontraron el pomo de la puerta y se cerraron en torno a él, pero no necesitó girarlo.

Incluso con aquel leve roce, la puerta cedió sin problemas.

Un escalofrío recorrió la columna de Kurt, pero no tenía nada que ver con el tiempo lluvioso. Dio un paso adelante, con cuidado de no mostrar ninguna reacción. Hizo una señal a Joe con una mano para que se acercara.

—¿Has encontrado algo? —preguntó un poco más alto de lo necesario.

—Nada —contestó Joe—. Ha desaparecido.

Kurt señaló con la cabeza la puerta situada detrás de él. Joe echó un vistazo a la puerta, que estaba un poco entornada. Asintió. Comprendió.

—Está bien —dijo Kurt—, larguémonos de aquí.

Pero en lugar de salir, volvió a posar la mano sobre el pomo redondo. Respiró hondo y abrió de un tirón con un movimiento brusco de muñeca.

Se oyó un súbito chillido y el sonido de unos pies correteando y dando rápidos saltos. Kurt vio una jaula llena de tucanes y otros pájaros de vivos colores que no reconoció. Detrás de ellos había otra jaula que contenía una enorme iguana del tamaño de un perro de casi quince kilos.

Mientras los pájaros se posaban, unas cuantas plumas volaron por el aire.

—A la porra con el factor sorpresa —masculló Joe.

Kurt no pudo por menos de estar de acuerdo, pero al ver más huellas húmedas en el suelo supo con seguridad que estaban tras la pista de Ion.

—Es una especie de pajarería —dijo, aunque no se imaginaba sacando de paseo a la gigantesca iguana, que parecía un pequeño dinosaurio.

Miró atrás hacia la puerta. El marco de madera estaba roto y astillado en la zona donde le habían dado una patada. Ion debía de haber cerrado la puerta una vez dentro, pero como estaba tan deteriorada ya no se cerraba del todo.

Kurt desplazó la vista hacia arriba. Un letrero rezaba «Raros y exóticos»; aparentemente, se refería a los animales.

Había dos pasillos en la tienda, larga y estrecha. En el centro había una hilera de jaulas apiladas; a los lados había armazones más grandes, algunos con barrotes y otros con paredes y puertas de plástico transparente.

Kurt señaló a la derecha, y Joe se dirigió a ese pasillo. Kurt enfiló el otro.

A medida que avanzaba por su pasillo, Kurt vio un dragón de Komodo dormido bajo una tenue luz. Lémures, monos y un perezoso dormían en grandes jaulas en el centro. Un caracal, un gato montés con el pelo leonado y las orejas negras, ocupaba una jaula de tamaño medio al lado.

Kurt pisaba sin hacer ruido, permaneciendo atento por si notaba movimiento. Oía sonidos, pero parecían de ronquidos y pisadas de animales. Entonces oyó un tintineo como de metales entrechocando. A continuación se hizo el silencio y luego oyó otro sonido metálico.

Después sonaron pisadas, pero no de dos en dos. Había cuatro.

Se interrumpieron, y Kurt oyó un gruñido grave. De repente, hubo un siseo y un rugido y un gran estruendo de jaulas.

Los monos se despertaron sobresaltados y empezaron a chillar y a aporrear los barrotes de su jaula, y se oyó otro rugido de algún felino más grande.

Kurt se lanzó a la vuelta de la esquina y vio a Joe apretujado en el reducido espacio entre la parte superior de la jaula de los monos y el techo. Un joven leopardo trataba de darle zarpazos, enseñando las fauces, con las orejas pegadas a la cabeza.

Kurt agarró lo que parecía un cuenco de comida, se lo lanzó al leopardo y le dio en el brazuelo. El animal se volvió en dirección a él, sorprendido, soltó otro gruñido y echó a correr en dirección contraria hacia la parte delantera de la tienda. Kurt lo observó hasta que salió por el hueco de la puerta abierta.

—Recuérdame que llame a la protectora de animales cuando hayamos acabado — dijo mientras Joe bajaba.

Antes de que Joe pudiera contestar, una sombra se movió en la parte de atrás de la tienda. Esta vez andaba erguida.

Kurt echó a correr en esa dirección. Ion había llegado a la salida trasera y estaba tirando de la puerta con todas sus fuerzas, pero la puerta de acero estaba bien cerrada. Y a diferencia de la puerta principal, estaba diseñada para proporcionar seguridad, no para tapar un simple agujero. Tiró y la golpeó con el hombro, y a continuación se volvió y miró fijamente a Kurt.

Desesperado, trató de pasar corriendo por delante de Kurt, pero este lo agarró y lo lanzó hacia atrás contra la puerta. Ion se precipitó hacia el otro pasillo, vio a Joe y se detuvo.

En un último intento desesperado, tiró una pecera de un estante en dirección a Kurt. El recipiente cayó con gran estrépito y estalló, y arrojó cristales, agua, peces y un aluvión de diminutos guijarros azules por el suelo.

En algún lugar de la pecera, supuso Kurt, había pirañas o alguna especie de pez tropical, pero en ese momento no le importaba. Saltó hacia atrás. Evitó el impacto mayor y alzó la vista a tiempo para ver a Ion tratando de escapar de nuevo hacia la puerta principal. Esta vez Kurt empleó su superioridad física, placó al esquivo hombrecillo con el brazo en el cuello y lo inmovilizó contra el suelo.

Aturdido y derrotado, Ion alzó la vista, rodeado de grava azul y peces que aleteaban.

—Podría haber sido mucho más sencillo —señaló Kurt, agarrándolo por las solapas y levantándolo de un tirón.

—No voy a decirte nada —dijo Ion.

—Ni siquiera sabes lo que quiero —repuso Kurt.

—Quieres a Andras —dijo Ion—. Sé que lo estás buscando.

Tal vez por eso se había resistido tanto.

—Me matará si hablo contigo —explicó Ion.

—No si yo lo mato primero —repuso Kurt.

—Nunca lo matarás —aseguró Ion—. Siempre te ha llevado ventaja.

—Más vale que te equivoques —le advirtió Kurt—. Porque vas a decirme dónde está.

—Por mucho que me hagas, no será peor que lo que me hará Andras —dijo Ion.

Kurt se dio cuenta de que probablemente aquello era cierto. Resultaba poco útil ser un tipo decente, pero, salvo en las peores circunstancias, no se rebajaría a las cotas más mezquinas de inhumanidad. Y eso significaba que la gente como Ion siempre tendría más miedo de alguien como Andras que de él.

Agarró a Ion del cuello y lo arrastró a través del suelo.

—¿Dónde te metemos? —masculló, deteniéndose delante de cada jaula—. Los monos son demasiado listos para ti. El perezoso podría darte una paliza, pero no tenemos toda la noche.

Mientras Ion lo miraba como si estuviera loco, Kurt lo acercó a rastras al habitáculo del dragón de Komodo. El gigantesco lagarto no había movido un solo músculo a pesar del alboroto.

—Este servirá —dijo Kurt, posando la mano en la puerta y moviendo el pestillo de doble pasador.

—¿Qué? —gritó Ion—. ¿Estás loco?

Cuando Kurt consiguió abrir la puerta, el lagarto sacó la lengua rápidamente y probó el aire. Abrió un solo ojo, pero no se movió.

Ion trató de escabullirse, pero Kurt cogió un collar del estante que había al lado. Tenía un largo palo unido a él. Parecía una especie de artilugio para controlar a los animales que permitía al cuidador empujar o tirar del animal según las necesidades, especialmente diseñado para mantener una boca peligrosa lejos de su preparador.

A su manera, Ion tenía una boca peligrosa, pero Kurt necesitaba que la abriera.

Le metió el collar por la cabeza, se lo colocó en el cuello y lo obligó a avanzar con el palo, empujándolo contra la puerta abierta.

—No sé si es la elección más acertada —dijo Joe.

Kurt lo miró.

—Me refiero al dragón —aclaró Joe.

—Entonces ¿no lo metemos con el dragón? —preguntó Kurt.

—Su mordedura es particular —dijo Joe—. Es venenosa, pero no como la de una cobra. Muerden a la víctima y la dejan morir. Se tarda días en palmarla.

—¿Eh? —exclamó Kurt—. Eres una caja de sorpresas. ¿Desde cuándo sabes tanto de lagartos?

—Trabajé en el zoo un verano —respondió Joe.

—¿Había una chica de por medio?

—Callie Romano —reconoció su amigo.

—Cómo no.

Kurt tiró del collar hacia atrás, e Ion se vio arrastrado por el suelo y estuvo a

punto de caer de bruces. Cuando Kurt cerró la puerta, el dragón de Komodo cerró su ojo y volvió a dormirse.

—Entonces ¿qué propones? —preguntó Kurt, quien estaba empezando a divertirse.

Joe recorrió despacio la hilera de jaulas.

—¿Qué tal esta?

Se detuvo delante de uno de los habitáculos más grandes de la pequeña tienda. Medía casi dos metros y medio de profundidad por un metro ochenta de ancho, y tenía follaje, un pequeño charco de agua y tierra marrón en el suelo. También había una caja con una reja en la parte superior. Un par de ratas grandes se hallaban agazapadas dentro de la caja.

Kurt miró el habitáculo mayor. Lo que al principio había pensado que era parte de un árbol se movió.

—Pitón reticulada —dijo Joe, leyendo las notas que había en la parte delantera de la puerta de plástico transparente—. Cazadoras nocturnas. Pueden llegar a alcanzar casi nueve metros de longitud —añadió—, pero se supone que esta solo mide siete.

—Constrictor —dijo Kurt, pensando en voz alta—. Una serpiente de siete metros y ciento veinte kilos. Perfecto.

—¿No irás a...?

Antes de que Ion pudiera acabar la frase, Kurt había retirado el pestillo de la puerta, había colocado a Ion delante de la abertura y lo había empujado dentro. El hombrecillo se cayó en el foso del agua de la serpiente.

Kurt abrió el collar, lo sacó por encima de la cabeza de Ion y lo retiró. Joe cerró la puerta de golpe y echó el pestillo.

—Este cacharro es muy útil —dijo Kurt, observando el collar unido al palo; luego lo dejó.

Ion se levantó y miró a su alrededor. Por increíble que pareciera, la serpiente ya había empezado a moverse. Solo la cabeza y el pescuezo, olfateando, nada agresivo de momento, pero parecía interesada.

—He estado en un par de zoos —comentó Kurt—. Sinceramente, nunca había visto moverse a uno de estos bichos.

—Sí —convino Joe—. A las pitones de los zoos les dan de comer a menudo, y engordan tanto que no tienen mucha actividad. Pero mira lo delgada que está esta.

Joe señaló con el dedo. A Kurt no le parecía que la serpiente estuviera demasiado delgada, pero le siguió el juego.

—La verdad es que está un poco flaca —convino.

—Probablemente lleva meses pasando hambre —dijo Joe.

Para entonces Ion se había dirigido a la puerta.

—¿Por qué iban a dejar que pasara hambre? —preguntó Kurt.

—Los dueños de estas tiendas venden las serpientes a coleccionistas ricos que quieren verlas en acción, estrujando algo y comiéndoselo —contestó Joe—. Así que

les hacen pasar hambre hasta que aparece un comprador. De ahí las ratas.

Kurt no tenía ni idea de si Joe hablaba en serio o si se lo estaba inventando, pero era una buena historia.

La serpiente también estaba colaborando, deslizándose desde las repisas que había en la parte de atrás del habitáculo y empezando a estirarse.

Ion se acercó a la puerta.

—Déjame salir, Austin.

Kurt no le hizo caso y se dedicó a mirar un cartel en el que se describía a la pitón. Miró a Joe.

—Aquí dice que estos bichos pueden comerse una cabra.

—Sí, claro.

Kurt miró el habitáculo.

—Él es casi del mismo tamaño que una cabra. Me pregunto si podrá tragárselo.

—No lo sé —respondió Joe—. Tiene un buen cabezón.

Kurt se volvió.

—Sí, tiene un melón grande. Apuesto a que se le cansa el cuello de sostenerlo.

Ion se disponía a hablar pero se quedó paralizado. La serpiente se había acercado a él por detrás, había sacado la lengua y le había rozado el muslo.

Kurt se preguntaba si lo mordería primero o si empezaría a enroscarse alrededor de él. Antes de que hiciera cualquiera de las dos cosas, Kurt decidió que le daría a Ion otra oportunidad de liberarse.

—¿Quieres hablarme de Andras? —preguntó, sin el anterior tono de voz burlón.

—No puedo —susurró Ion.

—Cuando la serpiente te rodee, lo único que podré hacer será marcharme y tratar de cerrar bien la puerta —dijo Kurt—, así que más te vale hablar rápido antes de que sea demasiado tarde.

Ion estaba pegado contra la puerta de cristal. Parecía que apenas respirara. La serpiente se deslizó por encima de sus piernas y empezó a curvarse hacia atrás.

—¿Puede percibirlo? —preguntó Kurt a Joe.

—Oh, sí. Esa serpiente percibe el calor.

La serpiente comenzó a enroscarse como si fuera a atacar.

Ion sí que la percibía; estaba temblando pero no decía nada. Entonces la serpiente se abalanzó sobre él, lo derribó y lo envolvió.

Kurt no había contado con que pasara eso.

Ion se puso a gritar y a forcejear. Ambos movimientos fueron un grave error, pues consumieron aire, y tan pronto como su cavidad torácica se encogió un poco, la constrictor se puso rígida.

—Austin —logró decir, liberando un brazo y tratando de agarrar el pescuezo de la serpiente—. Austin...

Ion no podía hablar, y era evidente que si se moría no podría decir nada. Kurt abrió la puerta y entró en acción. Pasó el collar por la cabeza de la serpiente y lo

apretó. Después de moverse para poder hacer palanca, levantó a la fuerza la cabeza de la serpiente y la apartó de Ion.

Kurt empujó con todas sus fuerzas. Le parecía increíble lo fuerte que era el animal. La serpiente luchaba contra él, se retorció y daba vueltas, enroscada aún alrededor de Ion.

—Joe —gritó Kurt—. ¿Una ayudita de un guarda de zoo?

Joe ya estaba dentro. Se había agachado al lado de Ion y había agarrado la sección central de la serpiente, tirando con todas sus fuerzas. Arqueó la espalda y trató de hacer un poco de sitio en su rígida cola enroscada.

Delgado, húmedo y desesperado por vivir, Ion se soltó retorciéndose, salió arrastrándose de la jaula y se desplomó en el suelo.

Joe salió inmediatamente detrás de él, y Kurt soltó a la serpiente y cerró de un portazo. Enseguida volvió a colocar el collar en la cabeza de Ion. El hombre ni siquiera se resistió.

—¿Dónde puedo encontrar a Andras? —preguntó Kurt.

Ion desplazó la vista hacia Kurt, con el rostro macilento y la expresión de un hombre derrotado.

—Hace más de un año que no lo veo —respondió.

—Mientes —dijo Kurt—. Eras su hombre de confianza en todos los trabajos que hizo. Cualquiera lo sabe.

—Ya no necesita trabajo —repuso Ion—. Ahora tiene una ocupación permanente. Hace dos años que no busca acción.

—Y aun así lo viste hace un año —dijo Kurt, apretando el collar otra vez—. Aclárame la historia.

—Sí, lo vi hace un año —reconoció Ion—. Pero no estaba buscando trabajo. Estaba contratando.

—¿Contratando?

—Necesitaba hombres —explicó Ion—. Necesitaba tipos que supieran de demoliciones y de barcos más que él.

Kurt pensó en ello, pensó en el ataque pirata al *Kinjara Maru* y en la información de Dirk Pitt acerca del grupo de mercenarios que habían cargado el material superconductor a bordo del barco en Freetown. Desde luego parecía que Andras había formado un pequeño ejército. Pero ¿por qué?

—¿Cómo contactas con él? —preguntó Kurt.

—Por correo electrónico —contestó Ion—. ¿Quieres ir a cargarte un servidor escondido en un bloque de oficinas en alguna parte?

Uno de los problemas del mundo moderno: la gente podía enviar y recibir información en cualquier parte y a cualquier hora. Por lo general, los días de las citas secretas y los escondrijos clandestinos habían quedado atrás.

Kurt miró a Ion. Estaba seguro de que seguía callándose información.

—Sabes algo que aún no me has dicho —insistió—. De lo contrario, me habrías

contado todo esto sin problemas.

Ion no contestó.

—Joe —dijo Kurt—. Si eres tan amable, hay que dar de comer otra vez a nuestra amiga.

Joe retiró el pestillo de la puerta de la jaula de la serpiente una vez más. Kurt empezó a acercarse a rastras a Ion.

—Un momento... un momento —dijo.

—O hablas conmigo —lo amenazó Kurt— o hablas con la serpiente.

—Vive en el mar —confesó Ion—. Andras vive en el mar. No tiene hogar. Va de un sitio a otro en barco. Por eso nadie puede encontrarlo. Por eso puede entrar y salir prácticamente de cualquier país, aunque no tenga la nacionalidad ni pasaporte y lo busquen en todas partes. Desembarca como miembro de la tripulación y a veces con la carga.

Ahora tenía sentido. Cada vez que la CIA, el FBI o la Interpol tenían una pista sobre Andras, este parecía esfumarse como un fantasma para aparecer inesperadamente en otra parte un mes más tarde. Era como el juego del mazo y los topes a escala internacional. Nadie había sido capaz de averiguar dónde se escondía. Resultó ser una especie de versión malvada de Juan Cabrillo.

—¿Cómo se llama el barco? —preguntó Kurt.

—Podría ser cualquier barco —respondió Ion.

Kurt lo empujó hacia la puerta.

—Lo juro —dijo Ion—. ¿Crees que me lo diría?

Kurt se relajó. Se le había ocurrido una idea mejor.

—¿Cuándo estuvo por última vez en Singapur? —preguntó—. Las fechas exactas.

—La última vez que lo vi fue el cuatro de febrero —contestó Ion—. Lo sé porque era el día después del Año Nuevo chino, que aquí es un día festivo.

Kurt se dio cuenta de que Ion estaba diciendo la verdad. Lanzó una mirada a Joe, quien cerró bien la puerta del habitáculo de la serpiente. De todas formas, la pitón se había retirado a la parte de atrás y se había enroscado en actitud defensiva.

Kurt soltó a Ion y se elevó por encima de él.

—Nos marchamos —dijo—. Ni se te ocurra advertir a Andras. Si lo haces, sabrá que le has traicionado. Y tienes razón: él te hará algo mucho peor que usarte de comida para las serpientes.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Ion, mirando hacia arriba y frotándose el cuello en la zona donde le había apretado el collar.

—Ya te lo he dicho, voy a matarlo —contestó Kurt—. Por tu propio bien, más te vale que tenga éxito.

Kurt Austin se hallaba encorvado sobre un ordenador portátil en su habitación. Él y Joe habían regresado sin ningún percance al hotel y habían denunciado a las autoridades pertinentes que habían visto un leopardo en la zona comercial. A continuación se habían puesto inmediatamente manos a la obra.

Para Joe eso significaba darse una ducha caliente y curar sus diversas heridas. Para Kurt, secarse la cara y el pelo, ponerse ropa seca y llamar a la sede de la NUMA. Necesitaba descargar información, parte de la cual era accesible para la NUMA, pero existían otros datos por los que tenían que suplicar a la Interpol, al FBI y a otras agencias.

Afortunadamente, la NUMA tenía una larga historia de colaboración con esas agencias y suficientes favores por devolver para seguir gozando de una posición ventajosa.

Kurt había estado trabajando en ello durante casi cuarenta y cinco minutos antes de que Joe volviera a aparecer por la puerta contigua de su habitación.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Me he estado sacando la grava de la rodilla.

Kurt se echó a reír.

—Eso te pasa por correr con unos zapatos italianos bajo la lluvia.

—No sabía que íbamos a correr por toda la ciudad —contestó Joe.

Desde luego, Kurt tampoco lo sabía.

—¿Qué tal el brazo?

Joe se lo mostró. Los zarpazos estaban vendados, pero resultaban claramente visibles.

—Algún día te servirán para contar una gran historia. Tal vez a tu exnovia del zoo.

A Joe no pareció resultarle divertido.

—Muy gracioso —dijo—. Dime que mi camisa de Armani favorita no ha muerto en vano.

Kurt se volvió de nuevo hacia el ordenador.

—Un valeroso sacrificio, amigo mío. Y no ha sido infructuoso.

Le mostró unas listas paralelas.

—A la derecha, tenemos avistamientos confirmados y oficiales de nuestro amigo Andras, cortesía de la Interpol, del FBI y de un conocido de Dirk en la agencia.

Mientras Joe examinaba la lista, Kurt leyó los nombres de los lugares uno a uno.

—Pyongyang, hace dieciocho meses. Singapur, cinco semanas más tarde, la fecha exacta que Ion nos ha dicho.

—Bravo por la coacción con serpiente —dijo Joe.

—Sí —dijo Kurt—. Le da un significado totalmente distinto a apretar las clavijas a un sospechoso.

Joe se echó a reír, y Kurt prosiguió.

—Después de Singapur, encontramos a Andras en Kaohsiung, Taiwán. Pasa allí veinticuatro horas, transcurridas las cuales desaparece tres meses hasta un posible avistamiento en Yemen. Seis semanas más tarde se confirmó su presencia en Madagascar.

—¿Madagascar?

Kurt asintió con la cabeza.

—Otra posible en Ciudad del Cabo, Sudáfrica, otra vez en Madagascar y hace tres meses una estancia prolongada en Lobito, Angola. Bueno, prolongada para él. Cuatro avistamientos en aproximadamente tres semanas antes de desaparecer. La siguiente aparición fue cuando me tropecé con él en el *Kinjara Maru*, pero si la teoría de Dirk es correcta y formaba parte de la tripulación que cargó el material superconductor en el barco, habría estado en Freetown, Sierra Leona, hace menos de un mes.

—Vale —dijo Joe—. Sabemos su ruta. ¿Cómo averiguamos en qué ha estado viajando? Podría estar en un yate transatlántico, en una fragata, en una gabarra para la basura. Tal vez el submarino que estamos buscando es suyo.

—No lo creo —repuso Kurt—. Mi encuentro con él en Santa María tuvo lugar casi al mismo tiempo que el ataque contra Paul y Gamay a ochocientos kilómetros de allí. El submarino que están buscando tiene que estar bajo el mando de otra persona, pero se rumorea que como Andras no se fía de nadie, ni siquiera tiene segundo de a bordo. Trabaja en una estructura de mando totalmente horizontal. Están él y un grupo de peones. De esa forma, no hay nadie en posición natural de desafiarlo o usurparle el poder.

—Parece una actitud paranoica —dijo Joe.

—Desde luego —convino Kurt—. Y eso significa que si tuviera un submarino, no le daría las llaves a nadie, y menos a alguien elegido en la Tienda de Mercenarios del Señor Ion.

—Tienes razón —contestó Joe—. De modo que es una embarcación de superficie. Pero habrá unos diez mil barcos capaces de hacer los viajes que él ha hecho.

—Tal vez más —apuntó Kurt—. Pero considéralo de esta forma. Empezando por Singapur y las notas de su capitán de puerto, podemos reducir considerablemente la lista. Si damos por supuesto que se encontraba allí el cuatro de febrero, y que su barco estaba en el puerto o cerca, podemos eliminar el noventa y ocho por ciento de los barcos del inventario mundial en el acto.

Examinó sus notas.

—Durante los días que Andras estuvo aquí, ciento setenta y un barcos transatlánticos estaban atracados en la zona o anclados cerca de la costa y presentaron su documentación a los oficiales de aduanas.

—Es una cantidad considerable, Kurt.

—Sí —convino este—. Pero si la contrastamos con los otros sitios en los que Andras fue visto y con los barcos atracados en esos sitios y en ese momento, podemos reducirla considerablemente.

—Supongo que no tenemos registros de Yemen, Madagascar o Angola —dijo Joe.

—No —contestó Kurt—, pero tenemos imágenes tomadas por satélite de sus puertos durante casi todos los días del año, incluidos los días que se denunció la presencia de Andras.

—¿Y...?

—Menos en Sudáfrica, un barco ha estado presente o cerca de todos los lugares en los que nuestro amigo Andras ha estado el último año y medio. Solo uno.

Kurt hizo clic en un nombre de la lista del lado derecho de la pantalla. Apareció una foto en la que se veía un gran petrolero con el casco pintado de negro, la cubierta principal blanca y una bandera de Liberia ondeando en el mástil.

—El *Onyx* —dijo orgullosamente Kurt.

Joe se mostró impresionado pero escéptico. Según los datos estadísticos que aparecían en la parte inferior, el barco era un superpetrolero de trescientas mil toneladas.

—¿Me estás diciendo que ese tipo tiene esa clase de fondos?

—¿Nunca has leído a Sherlock Holmes?

—He visto la película —contestó Joe—. ¿Sirve?

—Es elemental, mi querido Zavala —dijo Kurt—. Descarta lo imposible, y lo que queda, por improbable que sea, debe de ser la verdad. Ese barco atracó cerca de la costa en todos los puertos en los que Andras apareció el año pasado menos en Ciudad del Cabo. Pero el avistamiento allí fue discutible. Además, el barco es demasiado ancho para el canal de Suez, lo que puede explicar la larga ruta alrededor de África y Freetown antes de echar el anzuelo y atacar el *Kinjara Maru*.

Joe parecía estar cada vez más convencido.

—¿A nombre de quién está matriculado?

—Al de una empresa de fuera de Liberia de la que nadie ha oído hablar —dijo Kurt.

Joe dio un paso atrás, todavía con cara de preocupación.

—Pues digámosles a Dirk y a Brinks que creemos que nuestro sospechoso puede estar a bordo de ese barco, terminemos ya y vayámonos a pescar.

Kurt negó con la cabeza. Necesitaban pruebas concretas. Y si por casualidad Andras tenía a los científicos en el barco, necesitaban contar con el factor sorpresa. De lo contrario, la gente a la que le interesaba salvar —Katarina, concretamente— estaría más en peligro que nunca.

—¿Desde cuándo se ha puesto en marcha la maquinaria del gobierno porque un par de personas normales y corrientes como tú y yo piensen algo en concreto?

Joe apartó la vista.

—No es muy habitual.

—Exacto —convino Kurt—. Necesitamos pruebas.

—¿Quieres subir a bordo de ese barco? —preguntó Joe.

Kurt asintió.

Joe se resignó a ayudarlo como siempre, pero no parecía demasiado contento con el derrotero que estaba adquiriendo el caso.

—¿Y cómo tienes pensado exactamente subir a bordo de un barco hostil, con una tripulación compuesta de terroristas y asesinos que seguro están atentos al menor movimiento desde cualquier rincón, sin que se enteren?

Kurt sonrió. Tenía un plan. Puede que fuera todavía más disparatado que el último, pero ese había funcionado.

—De la misma forma que se le saca un diente a un tigre —respondió—. Con mucho cuidado.

Barco estadounidense Truxton, 1 de julio

Paul Trout se hallaba sentado con el operador de sónar en la cómoda y oscurecida sala de control climatizada del *Truxton*. El espacio que los rodeaba lo ocupaban una serie de monitores de pantalla plana y controles informáticos. Recordaba en parte a un estudio de mezclas, lo cual no distaba mucho de la realidad, ya que los sonidos grabados se cortaban y fragmentaban y volvían a empalmarse por segmentos.

Parte del problema para extraer información coherente de la señal residía en el carácter del sistema de sónar del *Matador*. Tenía veinte años y había sido diseñado para trazar un mapa del fondo del mar en amplias franjas para varios equipos de medición. Cuando estaba en modo activo, una onda acústica salía despedida de un timbre en la quilla del *Matador*, rebotaba en el suelo y era recogida por los hidrófonos del sistema. En modo pasivo, simplemente se dedicaba a escuchar y a captar sonidos ambientales.

Otra limitación existente era que cada hidrófono apuntaba hacia abajo, lo que abarcaba una zona estrecha pero que se iba ensanchando a medida que penetraba en las profundidades del mar, como un cono de luz bajo una farola. El problema residía en que, como la farola del símil en una noche increíblemente oscura, nada resultaba visible fuera del cono.

Un operador de guerra antisubmarina del *Truxton*, el suboficial de Marina Collier, se encontraba con ellos. Collier, un joven enjuto y fuerte de actitud relajada, había estado cortando y fragmentando las grabaciones con ellos durante horas. Mientras que a Paul le resultaba tedioso, el suboficial se interesaba por el más mínimo detalle y se entusiasmaba cada vez que tenían que empezar de nuevo el proceso.

—Muy bien, allá vamos —dijo por quincuagésima vez.

Paul se llevó las manos a los auriculares acolchados y los presionó contra sus oídos. Vio que Gamay apretaba el botón de un bolígrafo y ladeaba la cabeza con expectación. El joven suboficial de la Marina presionó el botón de reproducción, y Paul oyó los familiares sonidos de la grabación por enésima vez. En cada ocasión había habido una ligera diferencia, ya que el alférez y sus ordenadores extraían con filtros el ruido de fondo y otros sonidos. Esta vez había añadido algo.

—Para que se hagan mejor una idea de lo que están oyendo —dijo el suboficial Collier—, hemos sincronizado sus archivos de voz de las comunicaciones con la superficie con la grabación.

Esta vez, cuando la grabación se reprodujo, Paul oyó su propia voz: eran él y Gamay, bromeando con el *Matador* en la superficie y luego entre ellos.

Le resultaba surrealista. Era él, sabía que era él, pero no recordaba nada de lo que

estaba oyendo. No recordaba qué estaba haciendo mientras pronunciaba aquellas palabras.

Gamay lo miró.

—¿Alguna cosa?

—¿Te refieres a la memoria?

Ella asintió con la cabeza.

—No.

Ella examinó de nuevo sus notas, y la grabación prosiguió. Finalmente, llegó al punto del primer ataque.

Paul presionó los auriculares contra sus oídos una vez más, pero mantuvo la vista fija en Gamay. Cada vez que la grabación llegaba a ese punto, ella se agitaba. Y esa ocasión no fue distinta. Gamay ya había empezado a apretar nerviosamente el botón del bolígrafo.

—Voy a introducirla más en el barco —oyó decir a Gamay en la grabación, en referencia a *Rapunzel*.

Se detectó un ligero cambio en el ruido de fondo, señalado por un pico de determinadas frecuencias en la pantalla del ordenador.

Varios segundos más tarde, el controlador del *Matador* habló.

«—Paul, estamos detectando una señal por el sónar».

«—¿De qué clase?».

«—Desconocida. Al este de vosotros, y muy débil. Pero se mueve deprisa».

Paul escuchó el sonido. Esta vez era más discernible, como si se hubiera pulido.

Oyó su propia voz preguntando si el sonido era mecánico o natural, y entonces, conforme la señal aumentaba de volumen, la voz del controlador también cambió de tono y subió de repente media octava.

«—¿Mecánica o natural?».

«—Desconocida... Es algo pequeño...».

«—... Es un torpedo. Dos, y van hacia vosotros».

—Detén la grabación —dijo Paul—. Repite los últimos veinte segundos.

—No creo que sea necesario, Paul —repuso Gamay—. Es inútil.

—No —dijo Paul—. He oído algo. Algo que no oí la última vez. Repítelo.

Gamay se volvió hacia él, con expresión desencantada y pensativa. Tenía las uñas mordidas y no paraba de mirar a su alrededor, centrando su atención en la puerta y en el reloj como un niño durante la última clase del último día de colegio.

Paul se imaginaba que al escuchar la grabación una y otra vez estaba obligándola a revivir el incidente y entendía cómo debía de estar afectándola, pero a pesar de sus repetidas insinuaciones, Gamay se negaba a dejarlo solo.

La grabación se reprodujo de nuevo, y Paul escuchó atentamente.

Cuando terminó, pidió escucharla una vez más.

Vio que Gamay tragaba saliva mientras la grabación avanzaba de nuevo.

«—Paul, estamos detectando una señal por el sónar».

«—¿De qué clase?».

«—Desconocida. Al este de vosotros, y muy débil. Pero se mueve deprisa».

—¡Para! —exclamó Paul—. Justo ahí.

Gamay se quitó los auriculares y los puso sobre la mesa.

—Necesito tomar el aire —dijo.

Paul asintió con la cabeza y observó cómo su mujer salía de la habitación. Por extraño que pareciera, su pérdida de memoria parecía estar ayudándole, pues no tenía ninguna implicación emocional con lo que había sucedido. Era una investigación como cualquier otra. Un misterio que deseaba resolver. No le despertaba ninguna emoción concreta.

—¿Puedes aislar la vibración y quitar la pista de voz? —preguntó Paul.

—Claro —contestó el suboficial.

Le llevó un minuto, tras lo cual la grabación quedó lista y empezó a reproducirse otra vez. Había otra cosa que tapaba el sonido. Paul miró la pantalla del ordenador. Un gráfico de frecuencias mostraba un montón de ruidos de fondo de escasa relevancia y dos fuentes de vibraciones principales. Una estaba en una banda ligeramente inferior a la otra.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando con el dedo el pico de la gráfica.

—El sonido del motor del *Grouper* —contestó el suboficial.

—¿Puedes extraerlo?

Collier asintió, y pocos segundos más tarde indicó que estaba listo.

—Dale —dijo Paul.

Esta vez, cuando la grabación se reprodujo, Paul supo con seguridad lo que estaba oyendo. No sabía qué significaba, pero no eran imaginaciones suyas.

—Señor Trout —dijo el suboficial—, el gobierno se asegura de que tengamos el mejor equipo del mundo. Puedo hacer que suene el himno nacional, si quiere.

Paul se rió.

—Solo haz que esa onda sonora suene más alta —pidió—, y alárgala un poco.

Esta vez la grabación sonaba un poco como un ciclomotor avanzando a toda velocidad hacia él por la calle de una ciudad vacía. No había más ruidos, ni gritos urgentes que advirtieran de la llegada de torpedos, solo una pequeña vibración que aumentaba ligeramente de volumen y luego bajaba de tono, no una sino dos veces. Como si los hubiera sobrepasado y estuviera dando la vuelta.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó Paul.

El suboficial reprodujo la grabación una vez más y asintió con un gesto.

—Compresión —dijo—. El primer sonido está comprimido a alta frecuencia porque la fuente se dirige al *Grouper*, y en los últimos tres segundos de grabación el sonido está alargado a una frecuencia más baja porque la fuente se está alejando del *Grouper*.

—Como el silbido de un tren —dijo Paul—, o un coche al pasar por la calle. El vehículo sigue emitiendo el mismo sonido, pero tu percepción es distinta. Así que no

pueden ser los torpedos.

—No —convino el suboficial—. Decididamente es un vehículo. Por el sonido, yo diría que dos.

Paul asintió con la cabeza; era lo que él estaba pensando.

—Pero ¿por qué no los hemos oído antes?

—Por la distorsión —respondió Collier—. Y los torpedos. De hecho, el sonido del motor está registrado casi en las mismas bandas de frecuencia que los torpedos.

—¿Qué significa eso?

—En mi opinión, señor Trout, eso significa que les atacó algo pequeño y rápido. Unos submarinos capaces de generar muchas revoluciones por minuto con pequeñas hélices, como un torpedo.

—No un submarino grande sino dos pequeños —dijo Paul.

No estaba seguro de lo que eso quería decir, pero suponía que la teoría del buque nodriza volvería a salir a colación. Por lo menos estaban haciendo progresos.

Collier lo reprodujo una vez más para asegurarse. El sonido solo resultaba audible un par de segundos de tiempo real antes de que el ruido de los torpedos lo ahogara.

Collier se quitó los auriculares.

—Informaré al capitán. Trabajaremos en ello.

—¿Quieres que me quede? —preguntó Paul.

—Creo que tiene trabajo que hacer, señor Trout.

Señaló con la cabeza hacia arriba como si quisiera dar a entender a Paul que subiera a la parte superior.

—De acuerdo —dijo Paul.

Dejó los auriculares, se levantó y cruzó la puerta del mamparo.

Dos minutos más tarde, salió a la cubierta de popa del *Truxton*.

Lo recibieron el sol, el aire fresco y el sonido ensordecedor de las paletas de un helicóptero. Un SH-60B Seahawk estaba descendiendo al helipuerto con una carga útil colgada debajo.

Encontró a Gamay observándolo y se acercó a ella.

—Creo que hemos encontrado algo —gritó por encima del ruido.

Ella no reaccionó salvo para darse por enterada de su presencia.

—Creo que hemos aislado la acústica del submarino que nos atacó —explicó—. En realidad, fueron dos submarinos.

—Bien —dijo Gamay, quien parecía cualquier cosa menos entusiasmada.

—Creía que te alegrarías —dijo él—. Ya no tenemos que escuchar más la grabación. ¿Por qué estás tan disgustada?

Ella lo miró y señaló con la cabeza el helicóptero.

—¿Qué hace eso aquí?

Paul miró. La carga que colgaba debajo del helicóptero estaba siendo depositada sobre la cubierta con un bastidor. Ahora estaba tan cerca que Paul podía distinguir de qué se trataba: un pequeño sumergible. Sujeto a la parte trasera del submarino había

un paquete de dispositivos mecánicos y una figura con forma humana hecha de metal.
Rapunzel.

—Lo ha mandado Dirk —dijo Paul.

—¿Lo sabías?

—Me lo ha dicho esta mañana —contestó Paul—. Solo para emergencias. Por si la necesitamos.

Gamay no dijo nada. Se limitó a sacudir la cabeza airadamente y a lanzarle una mirada colérica; luego pasó por su lado dándole un empujón y regresó al interior del barco.

Sierra Leona, 5 de julio

En su palacio presidencial con suelos de mármol, Djemma Garand se hallaba sentado en compañía de Alexander Cochrane. Este se había pasado la noche revisando las opciones propuestas por los científicos invitados a tal fin.

—Básicamente —dijo Cochrane—, todos han ofrecido la misma solución. Solo veo diferencias menores.

—¿Y cuál es su evaluación de las soluciones? —preguntó Djemma, deseoso de ir al grano.

—El hecho de que todos hayan llegado a la misma conclusión por separado indica que probablemente sea correcta. No veo ningún error en los cálculos.

—¿Y la puesta en marcha? —preguntó Djemma.

—En principio, podemos usar el acelerador de partículas tal como está —respondió Cochrane—. Solo tenemos que generar una partícula más cargada para dispararla a través de él. Es como cambiar una bala del calibre veintidós por una del cuarenta y cinco. Todo lo demás es igual. Las partículas se moverán un poco más despacio, no lo bastante para afectar a la operación, pero su impacto será tres veces más potente. —Dejó sus notas—. En realidad, es bastante simple.

—Es una lástima que no se le ocurriera hace meses —dijo Djemma, pronunciando las palabras con manifiesto desprecio.

—Es trabajo teórico —contestó Cochrane—. No es mi especialidad.

—Sí —convino Djemma—. Después de todo, usted es un simple mecánico.

El interfono del teléfono de Djemma sonó.

—Señor presidente —dijo su secretaria—, ha llegado una visita que quiere hablar con usted. El embajador estadounidense.

—Excelente —dijo Djemma—. Que pase.

Cochrane se levantó.

—Necesito veinticuatro horas para hacer los cambios.

—Entonces le recomiendo que se ponga manos a la obra —dijo Djemma. Señaló con el dedo la puerta trasera—. Salga por allí.

Cochrane obedeció y salió a toda prisa por la parte trasera mientras la puerta principal del despacho de Djemma se abría y el embajador estadounidense entraba. Normalmente, Djemma habría recibido a un hombre de su condición en medio de la estancia, pero permaneció en su asiento, haciendo señas al embajador para que se sentara enfrente de él en el asiento que Cochrane acababa de dejar libre.

—Presidente Garand —dijo el embajador con un pausado acento texano—, seguro que ya sabe por lo que vengo a preguntarle.

—¿A qué se refiere, señor embajador? —preguntó Djemma—. Estamos celebrando nuestro cuatro de julio. Con un día de retraso.

El embajador logró forzar una sonrisa, pero negó con la cabeza.

—Lo que usted llama independencia no es más que manifiesta agresividad, robo y violación de la ley internacional. Para serle sincero, no recuerdo un acto tan insolente.

—Entonces no debió de ser un buen estudiante de historia —replicó Djemma—. En mil novecientos cincuenta, tras amenazar con nacionalizar todos los bienes de Standard Oil, la familia real saudí se quedó con la mitad del petróleo de Arabia. Ese petróleo ha adquirido un valor de tres billones y medio durante los últimos sesenta años. En dos mil uno, Hugo Chávez, presidente de Venezuela, hizo prácticamente lo mismo. En mil novecientos setenta y dos, Chile nacionalizó sus minas de cobre con Salvador Allende en el poder. En mil novecientos setenta y tres, la India nacionalizó toda su industria del carbón. En mil novecientos cincuenta y nueve, Fidel Castro tomó La Habana y esperó pacientemente hasta que el hotel Hilton estuvo acabado para poder usarlo como sede del Partido Comunista. Embargó todos los bienes extranjeros y jamás los ha entregado. ¿Se acuerda de alguno de esos hechos, señor embajador?

El embajador respiró hondo.

—Por supuesto que me acuerdo, pero esto es distinto.

—Sí —asintió Djemma—. Y todavía no ha descubierto hasta qué punto. Mientras tanto, en términos estrictamente económicos, mis actos tienen una importancia relativa comparados con los sucesos que acabo de recordarle. Para ser sincero, me sorprende verlo. Esperaba que el embajador chino llegara primero; ellos se exponen a perder mucho más que ustedes.

La última afirmación supuso un golpe para el orgullo del embajador, pero no reaccionó.

—Estamos de parte de ustedes —dijo—. Y de todos los países que tienen quejas y reivindicaciones. Bueno, extraoficialmente, estamos dispuestos a considerar la modificación de las condiciones de devolución de sus préstamos, pero no les perdonaremos ni una pequeña parte de la deuda. Y antes de que den comienzo las negociaciones, sus fuerzas deberán retirarse de los centros industriales de propiedad extranjera.

Djemma sonrió.

—Le propongo una contraoferta —dijo—. Me quedaré con lo que hemos tomado en justicia. Y solo pediré a su país veinte mil millones al año en donaciones.

—¿Qué? —exclamó el embajador.

—Pediría nuevos préstamos —dijo Djemma—, pero considerando que no he devuelto los otros, me temo que nadie nos concederá crédito. Por lo tanto, tendrán que hacernos donaciones. No se preocupe, les pediremos las mismas contribuciones a China y a Europa.

—No puede estar hablando en serio —respondió el embajador con sequedad—.

¿Roba propiedades internacionales y luego exige que le demos colectivamente sesenta mil millones de dólares al año en dinero regalado?

—Es una pequeña cantidad —le aseguró Djemma—. Hace unos años ustedes dieron a sus bancos setecientos mil millones. Se gastaron un billón de dólares en Irak, veinte mil millones al mes. Lo que pido a cambio es una parte de eso, y nadie tendrá por qué sufrir. A cambio, permitiremos que empresas estadounidenses lleven a cabo numerosos proyectos de construcción. Puede considerarlo un programa de incentivos.

Para entonces Djemma sonreía como un desquiciado. Durante mucho tiempo había escuchado cómo los europeos y los estadounidenses daban lecciones de responsabilidad fiscal a los países pobres. Hipócritas, pensaba. Ellos se lo habían buscado. Ahora se la devolvería con una patada.

El embajador se estaba poniendo colorado.

—Está extendiendo su radio de acción más allá de su capacidad de alcance, señor presidente —soltó—. Esto no aguantará.

—Los saudíes aguantarán —replicó Djemma—. Chávez todavía aguanta. Y también Castro. Verá cómo negociar les resulta más fácil de lo que aparenta. Y si no... le advierto que habrá consecuencias.

Era la primera amenaza velada por parte de Djemma. Tenía que ser sutil. Por el súbito cambio de expresión del embajador, supo que había sido bastante claro. Pero cuando el embajador empezó a reírse entre dientes, Djemma sintió que su ira aumentaba.

—¿Qué le resulta tan gracioso? —preguntó.

El embajador se tranquilizó, pero la sonrisa no desapareció de su cara.

—Me siento como si estuviera en una representación de *Un golpe de gracia* —dijo—. Podría tomar este país con un grupo de *boy scouts* y unos cuantos policías, ¿y cree que puede amenazarnos?

Volvió a reírse, y Djemma saltó. Estampó la fusta sobre la mesa con un movimiento increíblemente rápido. El embajador retrocedió de un brinco al oír el sonido, sorprendido.

—Su arrogancia lo delata, señor embajador —dijo Djemma. Se levantó y se irguió con su casi metro noventa de estatura—. Durante demasiado tiempo, ustedes y las otras naciones ricas se han burlado de países como el mío. Lo crea o no, esos días están a punto de tocar a su fin. El mundo industrializado nos apoyará, y no lo hará con cuentagotas, sino generosamente. ¡Nos ayudarán a levantarnos o les arrastraremos al fango con nosotros! Solo entonces entenderán la verdad. No somos unos ratones con los que jugar. Sierra Leona es la Tierra de los Leones. Y si no se andan con cuidado, notarán nuestros dientes en sus blandos y decadentes cuellos.

Djemma no esperó una contestación por parte del embajador estadounidense. Apretó el botón del interfono, y un grupo de guardias entró en la habitación.

—Acompañad al embajador al campo de aviación —gritó—. Que sea deportado inmediatamente.

—Esto es un escándalo —chilló el embajador.

—¡Llévoslo! —ordenó Djemma.

Obligaron al embajador a salir a empujones, y la puerta se cerró de un portazo detrás de él.

Djemma se quedó solo, echando humo. Estaba enfadado por la arrogancia y el desdén del embajador. No esperaba una reacción así tan pronto. Pero estaba todavía más enfadado consigo mismo por picar el anzuelo y expresar su amenaza de forma tan contundente. No tenía pensado hablar tan pronto. Ahora ya no habría negociaciones. A menos que...

No tenía elección. Había hecho una afirmación que los estadounidenses considerarían un farol. Tenía que demostrar su poder; de lo contrario, ellos y el mundo entero no harían más que burlarse y reírse con desdén mientras él despotricaba: otro dictador chiflado de una república bananera.

Darí rienda suelta a toda la potencia de su arma, y no les quedaría más remedio que tratarlo con respeto.

Washington, D.C., 6 de julio, 13.30 horas

Dirk Pitt ocupaba un asiento en la primera fila de la sala de crisis del Pentágono. Cameron Brinks, de la Agencia de Seguridad Nacional, estaba montando una escena. El presidente no había asistido, pero sí su jefe de Estado Mayor, jefes de los diferentes cuerpos del ejército y varios miembros del consejo de ministros. Y también el vicepresidente de Estados Unidos, el exjefe de Dirk Pitt, el almirante James D. Sandecker.

Después de los extraños sucesos ocurridos en Sierra Leona durante los últimos días, seguidos de las amenazas de su presidente, Brinks había aceptado sin reservas la posibilidad de que Sierra Leona estuviera implicada en los secuestros de científicos y en la creación de un tipo de arma de energía.

¿Cómo si no podían tener el descaro de amenazar al mundo y a Estados Unidos en concreto? Después de buscar con sus satélites durante días, Brinks aseguraba haber encontrado el lugar del arma, que consideraba un grave peligro.

En la parte de delante de la sala, en un monitor ligeramente más pequeño que algunas pantallas gigantes que había visto, Pitt examinaba unas imágenes tomadas vía satélite. Mostraban una zona frente a la costa de Sierra Leona, una bahía poco profunda de dieciséis kilómetros de ancho, sede de una zona de producción petrolífera conocida como el Cuadrángulo debido a sus dimensiones y a las cuatro plataformas separadas a intervalos regulares. Desde una perspectiva más amplia, se asemejaban a cuatro puntos grises. Más de cerca, esos puntos se podían identificar sin problemas como enormes plataformas petrolíferas.

En la pantalla estaban apareciendo más datos: números y códigos que Pitt no conocía. En algunos aspectos, se preguntaba qué hacía allí. La NUMA estaba implicada marginalmente en la investigación, pero cualquier acción a ese nivel se les escapaba de las manos.

Cuando les concedieron a los asistentes unos minutos para que revisaran las carpetas que tenían delante, Dirk examinó por segunda vez lo que le habían dado. Le llamó la atención que todo el campo y las cuatro plataformas fueran propiedad del gobierno de Sierra Leona y siempre lo hubieran sido, a diferencia de todas las estructuras tomadas pocos días antes durante la extensa nacionalización.

Otra señal de alerta que destacaba era el hecho de que los petroleros con los que la NUMA había hablado insistían en que no había petróleo bajo la plataforma donde estaba perforando el gobierno de Sierra Leona. Era una medida inútil, insistían. Un despilfarro del dinero que el Fondo Monetario Internacional estaba invirtiendo en el país.

Si a eso se le sumaba la continua presencia de balsas para construcción y las constantes entregas de material mucho después de que hubiera finalizado la construcción de las plataformas, parecía que estuviera pasando algo raro.

Pitt cerró la carpeta situada delante de él y cuando alzó la vista vio que Brinks y el vicepresidente Sandecker se dirigían hacia él. Se pararon a charlar con el jefe del Estado Mayor de la Armada antes de acercarse a donde estaba sentado Pitt.

Este se levantó y estrechó la mano a los dos.

—Le dije que su hombre estaba buscando inútilmente a ese mercenario —dijo Brinks.

Pitt sonrió, y sus ojos verdes no mostraron más que pura alegría, pese al deseo de darle un puñetazo en la boca a Brinks.

—Espero sinceramente que tenga razón —dijo Pitt—. Después de todo lo que ha pasado, Austin se merece unas vacaciones.

—Pues estamos a punto de dárselas —contestó Brinks en un tono seguro.

Cuando Brinks se marchó, Sandecker se sentó junto a Pitt.

—Gracias por la invitación —dijo Pitt sarcásticamente—. Es como una fiesta en la piscina con tiburones y caimanes.

—¿Crees que quería que vinieras? —bromeó Sandecker—. Brinks fue el que te llamó.

—¿Por qué?

—Probablemente para regodearse.

—Nada como recrearse en la victoria —señaló Pitt.

Sandecker se mostró de acuerdo.

—He oído que el otro día lo pusiste en evidencia.

—Él se lo buscó —repuso Pitt.

El vicepresidente se rió entre dientes y se reclinó, centrándose en la pantalla.

—Me lo imagino.

Pitt valoraba el apoyo de Sandecker. Siempre lo había valorado.

—Se me hace raro verte sin un puro en la boca —dijo Pitt.

—En la sala de crisis está prohibido fumar —contestó Sandecker—. Y ahora cierra el pico y atiende.

Delante del todo, Cameron Brinks se levantó y dio comienzo a su exposición. Después de explicar lo que Dirk ya había descubierto en la carpeta, pasó a dar más detalles.

—Seré lo más breve posible —dijo—. Todos conocemos la situación en la que se encuentra Sierra Leona. Lo que no sabíamos hasta ahora era si las amenazas que nos han dirigido merecían algún crédito. A raíz de una información descubierta por varias fuentes, ahora sabemos que sí. Por extraño que parezca, Sierra Leona, uno de los países más pobres del mundo, se encuentra actualmente en posesión de un arma de increíble poder destructivo.

Brinks se dirigió a un lado de la sala y conversó un instante con un ayudante que

parecía conectado con la sede de la Agencia de Seguridad Nacional en Fort Meade, Maryland, desde donde estaban enviando los datos por satélite.

—En el tiempo transcurrido desde que les hemos preparado las carpetas que tienen delante —dijo—, hemos llevado a cabo nuevos barridos con el satélite en la zona descrita. El Cuadrángulo. El vídeo de la pantalla es una exploración en tiempo real.

Brinks miró abajo, esperó mientras su ayudante tecleaba en el ordenador situado delante de él, y a continuación levantó un mando a distancia y apuntó a la pantalla. Con solo pulsar una tecla, los colores de esta cambiaron. Unos tonos irreales iluminaron el agua, el terreno y unos elementos que no resultaban visibles en la imagen anterior.

—Lo que ven es una exploración infrarroja de la zona del Cuadrángulo —explicó Brinks.

Pitt siguió mirando. La zona que rodeaba cada plataforma petrolífera estaba bañada de un color rojizo que se extendía con la marea. Debía de producirse algún tipo de descarga, una descarga que estaba aumentando la temperatura del agua alrededor de las plataformas y estaba siendo desviada poco a poco por la corriente. Lo primero que pensó fue que se trataba de la contaminación, una fuga de petróleo o algún tipo de destilado, pero entonces se acordó de que no había petróleo en la zona.

—Las plataformas están bombeando agua caliente —dijo.

Brinks asintió con la cabeza.

—Muy bien, señor Pitt. Cada una de esas plataformas está lanzando agua caliente al Atlántico. Cientos de miles de metros cúbicos de agua a elevada temperatura cada día. Solo puede haber un motivo para algo así: que lo que sea que estén haciendo requiera una inmensa cantidad de refrigeración.

—Están generando energía —susurró Pitt a Sandecker segundos antes de que Brinks lo confirmara.

—Lo que tenemos que preguntarnos es por qué —dijo Brinks—. La respuesta es sencilla: para utilizar un enorme acelerador de partículas que han transformado en un arma.

Brinks pulsó el mando a distancia, y la imagen volvió a cambiar, añadiendo color morado al azul oscuro, al gris y al magenta que ya aparecían en la pantalla. El nuevo color iridiscente trazaba una línea fina y rodeaba las cuatro plataformas petrolíferas —que en realidad estaban separadas por miles de kilómetros— como un gigantesco lazo. Otros dedos finos salían del lazo y se extendían en el Atlántico. Un grupo se dirigía al oeste y al noroeste, otro grupo al norte y al noreste, y un tercer grupo de esos finos filamentos morados se desviaba hacia atrás en dirección al continente africano.

—Este lazo marca los límites de una estructura subterránea que ha sido identificada a través de una combinación de exploraciones infrarrojas y del radar subsuperficial de un avión espía Aurora. El lazo tiene un diámetro de veinticuatro

kilómetros —prosiguió Brinks, empleando un puntero láser para señalar el círculo—. Y cada una de esas supuestas plataformas petrolíferas solo es una fachada para despistarnos. Debajo de sus estructuras hay grupos electrógenos lo bastante grandes para iluminar una pequeña ciudad.

—¿Qué clase de grupos electrógenos? —preguntó alguien.

—Generadores de turbinas de gas que se alimentan con un gran gasoducto supuestamente construido para obtener gas de la zona. Ahora sabemos que lo que hacen es justo lo contrario.

—¿Y toda esa energía? —preguntó otra persona.

—Se usa para los electroimanes superconductores que aceleran las partículas —contestó Brinks—, y para el enorme sistema de refrigeración necesario para mantener el anillo a una temperatura operativa.

Brinks retrocedió y continuó con las explicaciones.

—Según nuestros cálculos, el sistema genera y utiliza veinte veces la energía que el CERN utiliza para su Gran Colisionador de Hadrones. Solo se nos ocurre una explicación para tanta necesidad de energía. Esa cosa es un arma. Probablemente puede derribar satélites sobre Europa, el Atlántico y, por supuesto, África. Puede suponer una amenaza para la navegación en el Atlántico, tal vez hasta ciento cincuenta kilómetros de la costa. Puede suponer también una amenaza para la aviación comercial en un radio de casi quinientos kilómetros.

—¿El arma solo puede disparar a menos de quinientos kilómetros? —preguntó Pitt.

—No —respondió Brinks—. Es probable que pueda causar daños a mucha más distancia, tal vez incluso a decenas de miles de kilómetros, pero dispara en línea recta como un láser. No puede describir una curva alrededor de la tierra como un misil balístico.

Eso tenía sentido, pero había otra cosa que no.

—¿Y el *Kinjara Maru*? —preguntó Pitt—. Ese barco estaba muy lejos de Sierra Leona cuando fue alcanzado.

—Cierto —concedió Brinks—. Probablemente tienen un arma derivada en el submarino que estamos buscando. Pero es un arma táctica, algo insignificante. Esta cosa es de carácter estratégico y supone una amenaza para toda una región. Nos ocuparemos primero de ella y luego del submarino.

Brinks se volvió de nuevo hacia el grupo.

—Recomendamos que sea eliminada en un ataque aéreo quirúrgico antes de que Djemma pueda usarla contra alguien.

Después de esa declaración se hizo el silencio. Nadie se mostró en desacuerdo después de los actos de Djemma Garand en los días precedentes y de sus amenazas, si bien no especificadas, contra Estados Unidos.

—¿Qué método recomiendan, señor Brinks? —preguntó el vicepresidente Sandecker.

—Aconsejamos eliminar las plataformas, señor vicepresidente —contestó Brinks—. Eso cortará la energía de forma eficaz. Y sin energía, el acelerador de partículas no es más que un gran túnel con un montón de bonitos aparatos dentro.

A Pitt no le gustaba el tono desenvuelto de Brinks, pero hizo una estimación similar de la situación. Existía una amenaza, controlada por un dirigente que parecía inestable. Un ataque aéreo causaría una destrucción y unas bajas mínimas. La tecnología se preservaría para ser estudiada.

Para gran disgusto suyo, no podía por menos de estar de acuerdo con la evaluación de Brinks.

—Transmitiré su recomendación al presidente —dijo Sandecker, y acto seguido se levantó.

Las reuniones de ese tipo no solían durar mucho. Y aunque la sesión fuera a continuar, el vicepresidente ya había visto bastante.

Sin embargo, antes de que se marchara, la pantalla situada en la parte delantera de la sala hizo algo raro. Los colores se alteraron por un instante y luego se diluyeron, como si algo estuviera interfiriendo con la señal.

Todos los ojos se centraron en ella.

Brinks miró a su ayudante.

—¿Qué ocurre?

El asistente estaba tecleando en su ordenador portátil. Alzó la vista y negó con la cabeza.

Un segundo más tarde, un destello de luz blanca cruzó la pantalla y todo se oscureció. A continuación hubo unas interferencias y la imagen de la pantalla se fue. Un rótulo en la esquina inferior derecha indicaba que se había perdido por completo la señal.

Brinks se mostró incómodo.

—Llama y averigua qué ha pasado con la imagen.

—La línea no tiene ningún problema —dijo el asistente—. La señal llega perfectamente, pero no transmite ningún dato.

Pitt había estado observando algo extraño en la pantalla justo antes de que se produjera el destello. Dudaba que alguien más hubiera reparado en ello en el momento en que el vicepresidente se estaba marchando. Cuando Sandecker se había levantado, el resto de los presentes habían hecho lo mismo, incluido Pitt, pero él no había apartado la vista de la pantalla.

Eso le había permitido ver un número que indicaba que la emisión de calor de las plataformas petrolíferas estaba aumentando súbitamente. Se había incrementado con rapidez, como un cuentakilómetros dando vueltas. Una nueva zona de color rojo y magenta había aparecido sobre uno de los angulosos filamentos. Había resultado visible durante un segundo, pero Pitt estaba convencido de que sabía lo que era.

En algún lugar de Fort Meade, los técnicos probablemente también lo sabían, solo que estaban demasiado atónitos para decirlo hasta que hubieran comprobado todas las

posibilidades.

—El problema no está en el ordenador —anunció Pitt—. Se trata del satélite.

Todos los ojos se volvieron hacia él.

—¿Ah, sí? —dijo Brinks—. ¿Y desde cuándo se ha vuelto usted un experto en el diagnóstico por imagen a distancia?

—No lo soy —contestó Pitt—. Pero pruebe a reproducir los últimos cinco segundos. Verá un pico de energía justo antes del destello. Han achicharrado su satélite, Brinks. Ya no funciona.

Brinks miró a su ayudante.

—Estamos intentando restablecer la conexión —dijo este último.

—Olvídalo —comentó Pitt—. Es inútil.

—Conecte con Keyhole Bravo —ordenó Brinks, refiriéndose al satélite auxiliar que orbitaba en un ángulo distinto a mayor altitud.

El ayudante de Brinks realizó un último intento desesperado y cuando acabó de teclear alzó la vista.

—Han caído dos satélites —señaló Sandecker—. Es una puñetera acción de guerra.

Las expresiones de los presentes se tornaron más serias al darse cuenta de la gravedad de la situación.

—Creía que se alegraría —dijo Pitt a Brinks—. Eso confirma su teoría: Djemma Garand es peligroso, su arma está en funcionamiento, y no le da miedo usarla. Incluso yo estoy de acuerdo con usted ahora. Hay que eliminarlo.

Algún lugar sobre el Atlántico, 7 de julio

Kurt Austin y Joe Zavala se encontraban en la ruidosa cabina de un avión de transporte IL-76 de diseño ruso que volaba a diez mil metros de altura. Estaban sentados en los asientos plegables, justo detrás de los pilotos. Llevaban auriculares y monos de vuelo y contemplaban a través del parabrisas la brillante puesta de sol sobre el Atlántico.

Después de marcharse de Singapur, habían pasado varios días reuniendo el equipo que Kurt consideraba necesario para subir a bordo del *Onyx*. La última pieza del rompecabezas había sido un avión a reacción capaz de realizar un vuelo transatlántico, pilotado por unas personas que no hacían preguntas.

Lo habían fletado a las afueras de Tánger, a través de una cadena algo turbia de intermediarios que empezaba por un amigo egipcio de Joe, quien conocía a un tipo de Grecia, quien a su vez tenía buenas relaciones con unas cuantas personas en Marruecos.

Aunque la cadena de mando preocupaba un poco a Kurt, el viejo avión en el que volaban resultaba todavía más temible. Vibraba y hacía ruido y olía como si perdiera combustible por media docena de sitios distintos. Los pilotos golpeaban con fuerza los viejos manómetros analógicos como si no funcionaran, se pusieron a toquetear un par de fusibles en un momento determinado, y charlaban en inglés con acento de Europa del Este, realizando continuas referencias al «mecanismo inútil».

De momento las alas no se habían desprendido. Kurt lo consideraba una pequeña victoria.

Mientras meditaba sobre si su suerte duraría, el copiloto se volvió hacia él.

—Una llamada por radio para usted —dijo—. Pase al canal dos en los auriculares.

Kurt miró el conmutador de palanca que había al lado de la toma de los auriculares. Vio unas letras en cirílico y los números 1 y 2. Movié el interruptor al número 2.

—Soy Kurt —dijo.

—Eres una persona muy difícil de encontrar, Kurt. —Era la voz de Dirk Pitt—. De no haber sido por un gasto bastante grande en tu línea de crédito de la NUMA relacionado con el fletamento de un avión, no habría podido localizarte.

—Ah, sí —masculló Kurt—. Puedo explicarlo.

Dio un golpecito al copiloto en el hombro.

—¿Es segura esta línea? —preguntó Kurt.

El copiloto asintió con la cabeza.

—Es un canal exclusivo. Se codifica hasta que llega al avión. —Sonrió, y su gran

bigote apuntó hacia arriba al elevar las comisuras de su boca—. Está incluido en el servicio.

Kurt estuvo a punto de echarse a reír. No era precisamente un aparato de tecnología punta, pero tendría que servir.

—Creo que hemos dado con algo —dijo, deseando haber podido mantener esa conversación después de haber confirmado la exactitud de la información—. Creo que hemos encontrado a nuestro hombre.

—¿Dónde? —preguntó Dirk.

—En un barco en mitad del Atlántico.

—Entonces ¿por qué vais en avión?

Kurt miró por la ventanilla. Delante de ellos, el sol estaba a punto de hundirse bajo el horizonte. Todavía faltaban dos horas para el momento de la verdad.

—Es la única forma de acercarse lo suficiente —dijo—. El barco en el que creemos que está se encuentran en mitad del Atlántico, avanza a pocos nudos y prácticamente navega sin rumbo. El problema es que está a ciento sesenta kilómetros de la ruta de navegación más cercana, en un lugar desolado en medio del océano. Si nos acercásemos a él por mar, nos descubriría al instante, y eso sería mortal. Nuestra única esperanza es lanzarnos desde el aire.

Dirk se quedó callado, tal vez evaluando la valentía de su empleado o su ineptitud para el servicio.

—Estoy seguro de que tienen radar —repuso Pitt finalmente—. Supongo que no iréis a sobrevolar el barco y saltar.

—No, señor —dijo Kurt.

—De acuerdo —contestó Dirk, consciente de lo que Kurt tenía pensado—. Eso explica el segundo gasto de la cuenta.

—He pedido los recibos —insistió Kurt, como si eso importara.

—Ya hablaremos de eso más tarde —dijo Dirk—. La cuestión es que no creo que necesitéis saltar.

—¿Por qué?

—Digamos que hemos confirmado que nuestro principal objetivo está en otra parte —explicó Dirk—. Lamentablemente, hoy nos las hemos visto con él y hemos perdido. Brinks tenía razón: tu hombre no es más que un jornalero. Entregó a los rehenes y se marchó. Aunque localizarlo tiene cierto valor, no pondría vuestra vida en peligro por ello.

Kurt consideró lo que Pitt le estaba contando. Todos los jefazos daban por sentado que Andras era un mercenario, ¿y por qué no? Era lo que siempre había sido. Parecía que creyeran que su papel había terminado y que se fuera a ir de vacaciones o a cambiar de trabajo.

Tal vez lo detuvieran más adelante, o tal vez no, pero si Kurt no había entendido mal, habían confirmado que Sierra Leona estaba patrocinando toda aquella locura.

—¿Por qué no te mantienes al margen? —añadió Dirk.

—Sabes que lo haría —dijo Kurt—, pero hay algo que me sigue preocupando. Nuestro objetivo no está actuando como un mercenario, sino más bien como si fuera el anfitrión de la fiesta. No estoy seguro de lo que significa, pero juraría que no todo se reduce a lo que sabemos.

Miró a Joe.

—Además de eso, el señor Zavala dice que hay muchos detalles del petrolero que no tienen sentido. En primer lugar, es doce metros más ancho que la mayoría de los petroleros de su longitud, lo que le da un aspecto achaparrado a pesar de que mide trescientos sesenta y cinco metros de eslora. También tiene unos bultos extraños que sobresalen cerca de la proa debajo de las anclas delanteras, y una sección elevada en medio del barco. No tenemos ni idea de para qué son esas cosas, pero nos dan mala espina. Si a usted no le importa, me gustaría observarlo más detenidamente.

—Te has ganado el derecho a observarlo —dijo Pitt—. Pero será mejor que lo hagas por el motivo correcto.

—No pretendo ser un héroe —contestó Kurt—. Si allí abajo no hay nada interesante, saltaré por el costado, tiraré del inflador de mi balsa de supervivencia y esperaré a que me mande a una rubia, una morena y una pelirroja a recogerme. Pero en el hipotético caso de que Joe y yo tengamos razón, será mejor que lo averigüemos ahora y no más tarde.

Pitt se quedó callado.

—Está bien —dijo al fin—. Procura que no te vuelen por los aires. Antes quiero echarte un buen rapapolvo por todas las facturas que están llegando.

Kurt se rió.

—Lo intentaré.

A continuación, Pitt puso fin a la comunicación. Kurt volvió la vista al frente y miró el sol, una bola naranja, que en aquel preciso momento se estaba hundiendo bajo el horizonte. La verdad aguardaba mil trescientos kilómetros más adelante, avanzando despacio a través de la oscuridad nocturna.

Dos horas más tarde, todavía a bordo del viejo avión a reacción, Kurt y Joe habían salido de la cabina y habían vuelto a la sección principal del fuselaje. En ese momento se encontraban en una caverna metálica, rodeada de material, pequeños contenedores y correas de sujeción.

A pesar del traje de presión compensada, los guantes, las botas y los cascos de piloto de caza con auriculares que reducían el ruido y una máscara de oxígeno, Kurt notaba el frío glacial y cortante a diez mil metros de altura. Notaba cada vibración del avión y no oía más que el chirrido agudo de los estrechos motores de los setenta que impulsaban el avión.

Así era el compartimento de carga de un avión de transporte ruso.

A su lado, con un anorak con forro de pelo alrededor de la cara y unos auriculares y una máscara de oxígeno propia, Joe Zavala parecía estar diciendo algo, pero Kurt no distinguía las palabras.

—No te he oído —gritó Kurt.

Joe se pegó la máscara de oxígeno y el micrófono a la cara y repitió el comentario.

—He dicho que debes de estar loco —gritó.

Kurt no contestó. Estaba empezando a pensar que Joe tal vez tenía razón. Sujetándose firmemente a una correa que colgaba de un lado del armazón, Kurt se volvió hacia la cola del avión. Una rendija empezó a aparecer en la parte de atrás a medida que la rampa de la cola se abría.

Mientras la rampa descendía, el viejo avión empezó a sacudirse más que nunca, y el aire atravesó el compartimento de carga, los zarandó a él y a Joe y amenazó con derribarlos.

El avión se había despresurizado treinta minutos antes, de modo que no se escapó ninguna ráfaga de la atmósfera, pero la temperatura descendió enseguida de pocos grados sobre cero a quince bajo cero, y el rugido de los motores del avión subió cuatro puntos como mínimo.

Kurt miró por la abertura la negrura del cielo nocturno. Estaba aspirando oxígeno de una bombona y llevaba un paracaídas especialmente diseñado. Y aunque había hecho más de doscientos saltos en su vida, incluidos veinte lanzamientos desde gran altitud con apertura a baja cota, lo que se disponía a intentar era algo que no había hecho antes, algo que Joe no había parado de recomendarle que se replanteara.

Hasta el momento se había reído del pesimismo de Joe, llamándolo «madraza», pero ahora, mirando por la parte trasera del avión, Kurt ya no se sentía tan seguro.

Soltó la correa y se dirigió con cuidado a un objeto situado cerca de la rampa abierta de la cola. Parecía un cruce entre un bobsleigh olímpico y un «torpedo de

fotones» de la serie Star Trek. Los diseñadores lo llamaban «Unidad de Inserción de Recorrido Táctico Uniplaza». Los hombres que lo habían probado lo llamaban CX, o Chalado Exprés.

Funcionaba como un planeador para una sola persona. Soltado desde once kilómetros de altura con una tasa de planeo de veinte a uno, el Chalado Exprés podía transportar a su ocupante a través de doscientos veinte kilómetros y lograrlo sin hacer ruido ni dejar ningún rastro de calor ni ninguna firma radárica, pues estaba hecho de plástico especial y cubierto de una capa que absorbía los radares y cuyo aspecto y tacto recordaban a Kurt una goma blanda de neumático.

Para pilotarlo, el ocupante se subía, se tumbaba de cabeza y agarraba un par de mangos que no se distinguían mucho de los manguitos de una vieja bicicleta de diez marchas. A continuación introducía los pies en lo que parecían las sujeciones de unos esquíes.

La parte más moderna del vehículo era un parabrisas de plexiglás transparente con un sistema de visualización de datos básico proyectado en él. Indicaba la velocidad, la altitud, el rumbo, la tasa de planeo y la velocidad vertical de descenso. También ofrecía un indicador de inclinación de planeo diseñado para ayudar al piloto a mantener el ángulo correcto y llegar al destino elegido; en este caso, el petrolero *Onyx*, a ciento veinte kilómetros de distancia.

Debido a su peculiar situación en el mar, el *Onyx* había resultado un destino de difícil acceso. No solo estaba lejos de la ruta de navegación más próxima, sino que además no había rutas aéreas cerca de él. Sobrevolarlo, incluso a diez mil metros, habría resultado sospechoso en el acto, pero había una ruta aérea muy transitada a ciento veinte kilómetros al sur, y el IL-76 solo aparecería en el radar como otro avión de pasajeros en la autopista aérea. Kurt no creía que mereciera más de un vistazo.

Y aunque estuvieran vigilando, ningún sistema conocido por Kurt captaría el planeador y a su ocupante.

Era un plan sencillo en teoría. En el simulador, Kurt se había sentido como si estuviera jugando con un videojuego. Pero la puesta en práctica infundía un poco más de respeto.

Joe se acercó al planeador.

—¿Tienes idea de la cantidad de cosas que podrían salir mal en tu plan?

—No —dijo Kurt—. Y no quiero que me las digas.

—El lanzamiento podría ir mal, podrías acabar hecho pedazos por las turbulencias de estela del avión, el oxígeno podría fallar, lo que significaría que te desmayarías antes de llegar a una altitud prudencial...

Kurt alzó la vista.

—¿Qué acabo de decir?

—... Podrías morir congelado —continuó Joe, sin hacerle caso—. Podrías ser incapaz de soltar la cubierta o de abrir el paracaídas. Se te podrían quedar atascados los pies. Los planos aerodinámicos podrían negarse a abrirse correctamente.

Kurt saltó por encima de la barandilla y se metió en el planeador con forma de torpedo, renunciando a interrumpir a Joe.

—¿Y tú? —preguntó—. Tienes que quedarte en este trasto. ¿Has visto lo oxidada que está la base del ala? ¿Has visto el humo que salió del motor número tres cuando todos se encendieron? No puedo creer que este viejo cacharro haya despegado.

—Todo forma parte de la experiencia Aeroflot —insistió Joe—. No es que no hubiera preferido volar en un avión de fabricación estadounidense, pero creo que es más seguro que lo que tú estás a punto de hacer.

Kurt quería disentir, pero no podía. En realidad, creía que el avión de transporte era seguro, aunque vibrara, hiciera ruido y chirriara terriblemente, pero si Joe quería ponerlo nervioso, le pagaría con su misma moneda.

—Y no te olvides de los pilotos —añadió Kurt—. Me pareció verlos tomando chupitos de sake al estilo kamikaze justo antes de que despegáramos.

Joe se echó a reír.

—Sí, en tu honor, amigo.

Se encendió una luz amarilla. Estaban a un minuto del lugar del salto.

Kurt aseguró sus pies, se tumbó y encendió el sistema de visualización. Mientras se iniciaba, hizo una señal de aprobación con los pulgares a Joe, que colocó la fina cubierta sobre la espalda de Kurt y los tapó a él y a su paracaídas de diseño especial.

Se encendió otra luz amarilla, y una luz roja empezó a brillar. Treinta segundos.

Joe se retiró del campo de visión de Kurt y se dirigió al control de lanzamiento.

Varios segundos más tarde, Kurt oyó a Joe iniciando la cuenta atrás.

—Tres... Dos... Uno. —Y luego, con gran entusiasmo exclamó—: ¡Vámonos, amigo mío!

Kurt notó que el planeador se aceleraba hacia atrás mientras una cinta transportadora con motor lo impulsaba a toda velocidad hacia la parte trasera del avión. Y entonces cayó y salió disparado hacia atrás todavía con más fuerza cuando el planeador con forma de torpedo llegó a la corriente de aire de quinientos nudos.

Segundos más tarde, un paracaídas de frenado se desplegó detrás del planeador, y la fuerza de gravedad de la desaceleración impactó a Kurt con la fuerza de un lanzamiento desde la cubierta de un portaaviones, pero en la dirección opuesta.

El arnés de sujeción estrujó los hombros de Kurt al deslizarse hacia delante. Los brazos se le doblaron, las manos aguantaron el resto de su peso, y los ojos parecían estar a punto de salirse de las órbitas.

El lanzamiento continuó de esa forma antes de que la desaceleración se redujera.

Una vez que estabilizó su cuerpo, Kurt examinó el sistema de visualización.

—Cuatrocientos —gritó Kurt, dirigiéndose a sí mismo. Y segundos más tarde—: Trescientos cincuenta...

El planeador disminuyó de velocidad y descendió, dirigiéndose a las aguas del centro del Atlántico como un gigantesco proyectil de artillería o una bomba tripulada. Finalmente, cuando la velocidad se redujo por debajo de doscientos diez nudos, Kurt

soltó el paracaídas.

Este se desprendió con un ruido reverberante, y Kurt pasó de descender de forma violenta y temblorosa a hacerlo con una desconcertante suavidad. El casco amortiguó casi por completo el silbido del viento, y el zarandeo prácticamente desapareció.

Un instante más tarde, cuando la velocidad de vuelo alcanzó los ciento noventa nudos, un par de gruesas alas se extendieron, impulsadas hacia fuera por un gato mecánico.

Ese era el momento más peligroso del vuelo para Kurt. Algunos prototipos se habían perdido porque las alas no se habían extendido por igual, lo que había hecho que el planeador se descontrolara dando vueltas y se hiciera pedazos.

Cierto, todavía tenía un paracaídas en caso de que eso ocurriera, pero no podía saberse qué efectos tendría en su cuerpo si el vehículo empezaba a dar vueltas y se descontrolaba o si se desarmaba en el aire a casi doscientos nudos.

Las alas se desplegaron, acompañadas de una tremenda presión en el pecho y en el vientre de Kurt, mientras el planeador adquiría propulsión y pasaba de ser un misil pilotado en trayectoria descendente a convertirse en un avión que elevaba el morro y luego volaba casi recto y nivelado.

Una vez que Kurt se hizo con el control, decidió probar las alas para asegurarse de que todo funcionaba bien. Se ladeó a la derecha y luego a la izquierda. Una vez más, hizo descender el planeador en picado y a continuación tomó una trayectoria horizontal, y aprovechó el impulso para empezar a ascender.

Todo estaba listo, y a pesar del peligro que le aguardaba más adelante y del pesimismo de Joe, Kurt no recordaba haber experimentado tanta euforia. Era lo más parecido que se imaginaba a tener el don de volar, como un gran pájaro.

El pequeño planeador respondía inmediatamente a sus órdenes, y descubrió que podía virar empleando su peso y apoyándose hacia un lado o el otro como un motociclista que corría por una carretera.

Todo estaba oscuro a su alrededor, salvo la tenue iluminación del sistema de visualización y los puntitos de luz de las estrellas.

Mientras maniobraba, casi deseó que fuera de día para intensificar la sensación, pero para llegar al *Onyx* sin ser visto había que acercarse de noche. La diversión tendría que esperar a otro día.

Cuando terminó de jugar, corrigió el rumbo, ajustó la inclinación de planeo y se asentó. Estaba a ocho mil doscientos metros, descendiendo ciento cincuenta metros por minuto, y volaba a ciento veinte nudos. Según el icono del objetivo, el *Onyx* estaba a ciento diez kilómetros de distancia.

Katarina Luskaya estaba sentada en una silla dentro de un pequeño camarote en el nivel inferior del bloque de las dependencias del *Onyx*. Solo podía intentar adivinar qué hora era, pero parecía de noche. No importaba. La luz nunca variaba en su camarote sin ventanas.

Trató de estirarse pero no pudo. Tenía las manos atadas y los pies sujetos con grilletes. Durante los últimos cinco días solo había recibido una cantidad mínima de comida y bebida.

Mientras intentaba descansar sin éxito, la puerta del camarote se abrió. Andras entró. Estaba solo. Había ido cada día, su única visita, siempre para obsequiarla con malas noticias.

Los otros científicos ya no estaban; los habían dejado en un país extranjero y convertido en esclavos. Ella permanecía allí porque él así lo quería, pero podía cambiar de opinión. Nadie la estaba buscando, insistía Andras. Le había dicho a todo el mundo que estaba muerta.

Y así todos los días. Nunca mencionaba los planes que tenía para ella, pero por la forma lasciva de mirarla, casi babeando, Katarina sospechaba que le esperaba algo como mínimo horrible.

Normalmente lo recibía en un silencio absoluto, negándose a hablar o a responder preguntas. El día anterior él le había dado un bofetón y le había quitado la botella de agua que le había dado. Ahora tenía la garganta tan seca y la boca tan falta de saliva que no sabía si podría hablar.

Andras se situó enfrente de ella, con una nueva botella de agua en la mano, y ella se sorprendió mirándola fijamente. El hombre dejó la botella fuera de su alcance, como había hecho con la llave atada a la navaja que le había ofrecido a Kurt.

—¿Ya es la hora de visita? —dijo, con voz ronca.

—Oh —exclamó él—. El pájaro enjaulado por fin canta.

La resistencia y el silencio no le habían servido de nada. Decidió ser más agresiva.

—Pronto tú serás el que esté en una jaula. Si alguien no te mata antes. Puede que los estadounidenses prefieran arrestarte, pero en mi país las agresiones se tratan de otra forma. Nos gusta dar lecciones a la gente.

—Oh, sí —dijo él—. Soy muy consciente de ello. Sigues aferrándote a la idea de que eres muy fuerte. Al igual que haría una niña con poca autoestima, recurras a la intimidación con la esperanza de demostrar tu resistencia.

Parte de sus palabras eran ciertas.

—Eso no quiere decir que corras menos peligro —replicó ella—. En primer lugar, tu gente mató al comandante Komarov. Y en segundo, me raptaste a mí. A mis

compatriotas no les quedará más elección que liquidarte o parecerán unos débiles, hagas lo que hagas conmigo.

Él casi parecía conmovido.

—Es curioso que utilices la palabra «elección» —dijo, mientras retiraba una silla, le daba la vuelta y se sentaba—, porque todos podemos elegir.

Cogió la botella de agua, le quitó el tapón y bebió un sorbo. Acto seguido volvió a dejarla, una vez más fuera del alcance de Katarina. Se inclinó hacia ella, con los brazos apoyados en el respaldo de la silla y la cara tan cerca de ella que la hizo sentir incómoda.

—Tu amigo Austin, por ejemplo —dijo—. Le di la posibilidad de elegir. Podía elegir salvarse o podía elegir morir con su amigo. A ti te ofrezco la misma elección. Vive y prospera o muere con los que van a sufrir.

Ella volvió a quedarse callada; no sabía a qué se refería aquel hombre, pero era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera el agua.

—Y también —añadió con un ademán ostentoso— le ofrezco una opción a tu país herido en su amor propio. Una posibilidad de vengarse de mí o... una forma de restablecer su poder y su antiguo prestigio.

Sacó un estilete de un bolsillo oculto y pulsó el botón lateral. La hoja salió disparada y se abrió al instante. La acercó a la cara de ella.

—Te preguntaría qué destino eliges para ti, pero las palabras pueden ser muy engañosas. Veamos qué nos dicen tus actos.

Le cogió las manos, cortó la cuerda con el estilete y retrocedió.

Ella esperó un segundo o dos, pero su sed era abrumadora. Alargó la mano para coger el agua, consciente de que él ya había bebido. Bebió un sorbo y luego un trago, aunque temía que le entraran ganas de vomitar. Tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no beberse toda la botella.

Miró fijamente a Andras, quien no había movido un músculo. Alargó la mano para coger la llave. Encajaba en los grilletes de sus pies. La giró y quedó en libertad.

—¿Me vas a dejar escapar? —preguntó.

—¿Adónde irás? —dijo él—. Estamos a más de mil kilómetros del trozo de tierra más cercano. ¿Qué vas a hacer? ¿Ir nadando? ¿Robar una lancha y remar hasta Gibraltar?

Se echó a reír. Tenía razón, por supuesto. No había salida.

—Puedes elegir: puedes ser una prisionera o una invitada —añadió.

—¿Qué tengo que hacer para ser una invitada? —preguntó ella con recelo.

Él recorrió su cuerpo con una mirada de admiración.

—Tienes un gran concepto de ti misma. Eres... bastante deseable, lo reconozco, pero me niego el placer de tenerte porque puedes ofrecer cosas más importantes.

Ella se alegró de oír eso.

—¿Como qué?

—Este barco no es un petrolero, como parece —dijo—. Es un arma flotante de

increíble potencia. Este barco puede destruir misiles balísticos en pleno vuelo. Puede acabar con una fuerza naval entera en un abrir y cerrar de ojos. Se puede usar para esterilizar una ciudad sin tener que volar un solo edificio. —Se acercó a un sofá, se sentó, colocó los pies en alto y prosiguió—: El mundo todavía no lo sabe pero pronto lo sabrá. Y cuando ese momento llegue, quiero que te pongas en contacto con tus superiores en Rusia, les digas quién soy e inicies la negociación para la venta del arma. Ofrezco el arma del futuro a cambio de mil millones de dólares en diamantes.

Los ojos de Katarina se entrecerraron. No estaba segura de a qué se refería aquel hombre, pero tenía una vaga idea.

—¿Por qué no te pones en contacto con ellos tú mismo? Seguro que conoces a unas cuantas personas, ¿verdad?

—Oh, sí —dijo él—. Y ellos me conocen a mí. Pero la última vez que les vendí algo, tu amigo Austin se lo arrebató antes de que pudieran disfrutar de su compra. Me temo que eso les dejó mal sabor de boca. En realidad, la culpa fue de su incompetencia, y no siento la necesidad de devolverles el dinero o de disculparme. Desde entonces, no se fían de mí como deberían.

Sí que necesitaba su ayuda, pensó Katarina. Tal vez «necesitar» no era el verbo adecuado; «querer» se ajustaba mejor. Si aquel hombre realmente pretendía hacer lo que decía, la presencia de ella sin duda podía facilitar la venta. Y luego qué. Ella no tenía el más mínimo deseo de participar en el tráfico de armas y no sabía si sobreviviría a la transacción una vez que hubiera cumplido su parte.

Aun así, tenía que haber una forma de utilizarlo en su provecho. Tal vez si consiguiera que el barco diera la vuelta, podría aumentar sus opciones.

—¿Así que se supone que tengo que llamarlos, contarles la historia que me acabas de explicar y pedirles un montón de diamantes a cambio de un viejo petrolero? Tampoco se fían tanto de mí —dijo.

—Tú eres una experta en formas avanzadas de producción y transmisión de energía —contestó él—. Tienes muchos conocimientos sobre la física de partículas. Estoy seguro de que cuando hayas echado un vistazo debajo del capó, podrás convencerlos de que lo que tengo es auténtico.

Andras se levantó. Era lo que ella había estado esperando. No tenía ni idea de qué hacer después, pero lo primero era salir del camarote.

—¿Un recorrido por el barco? —preguntó ella.

—Te enseñaré lo que vas a vender —dijo él, y acto seguido sonrió—. Se quedarán muy impresionados con lo que ha descubierto su joven agente.

—¿Y cuando haya terminado?

—Te irás con el barco —respondió Andras—. Te llevarás tu premio a Murmansk como un conquistador que vuelve a su hogar.

Katarina no creía que todo acabara tan bien para ella, pero no tenía sentido mostrar ahora su recelo.

—¿Y tus amigos los africanos? —preguntó. Había oído la discusión que había

tenido lugar en el yate. Recordaba el nombre Djemma—. ¿No se disgustarán?

Él sonrió.

—Eres más lista de lo que pensaba —dijo—. Dime, ¿por qué crees que disparé a aquel hombre en el barco y lo dejé flotando en el agua? ¿Porque me hizo enfadar? No. Porque llevará a los estadounidenses hasta Djemma. De hecho, ya los ha llevado hasta él. Ahora mismo, una formación de barcos de guerra estadounidense está ocupando sus posiciones. Le apretarán las tuercas. Tendré ocasión de hacer mi demostración. Y después, estará tan ocupado con los bárbaros a las puertas de su casa que solo podrá decirme adiós con la mano.

Katarina cogió la botella de agua y bebió otro sorbo.

—Echaré un vistazo —dijo ella—. Y si lo que dices es verdad, informaré a mi país. Tal vez luego podamos cambiar esta agua por algo más agradable, como vino.

Katarina dudaba que él viera el cambio que se había operado en ella como algo más que una clara estratagema, pero se había fijado en la forma en que la miraba. Haría todo lo que estuviera en su mano para pillarlo desprevenido.

Después de treinta minutos en el planeador, Kurt se estaba acercando al petrolero. La pequeña lectura verde del sistema de visualización indicaba que su velocidad de vuelo era de ciento veinte nudos, y las cosas pintaban bien. Incluso podía ver el petrolero a lo lejos iluminado como un monumento de mármol blanco en un mar negro.

A tres kilómetros de distancia, Kurt soltó la cubierta como un capó que Joe había fijado antes. Esta salió volando detrás de él, y el plácido vuelo de repente se convirtió en un vuelo ajetreado, como correr a toda velocidad por la autopista en un Porsche descapotable.

Redujo la velocidad a noventa nudos y pasó por encima del barco a mil metros. Un silencioso mirlo en la oscuridad de la noche.

Siguió avanzando a lo largo de ochocientos metros y activó un rudimentario piloto automático que mantendría el morro orientado hacia delante y las alas niveladas. Convencido de que se encontraba lo bastante lejos, Kurt soltó sus botas y sus manos al mismo tiempo y fue absorbido literalmente del planeador.

En un instante estaba descendiendo en caída libre y abriendo el paracaídas.

El planeador seguiría volando hacia delante a lo largo de otros siete u ocho kilómetros antes de hundirse en el mar y desaparecer. Un centinela con prismáticos de visión nocturna no lo vería amerizar, pero si estuviera mirando a lo alto podría ver a Kurt Austin cayendo del cielo.

Para reducir esa posibilidad, Kurt iba vestido de negro, y su paracaídas también era negro. A seiscientos metros, balanceándose debajo de él, Kurt giró describiendo un amplio arco y se dirigió al barco. Tenía un minuto.

Treinta segundos más tarde estaba a cuatrocientos metros de la proa del barco, doscientos setenta y cinco metros por encima, en vías de descubrir un gran fallo de su plan.

De lejos, las brillantes luces del barco le habían sido de gran ayuda, pues le habían ayudado a divisar el barco y a orientarse hacia él, pero de repente Kurt se dio cuenta de que ahora podían resultar desastrosas.

Las brillantes luces de cuarzo que reflejaban la cubierta pintada de blanco casi le cegaban. Y lo que era aún peor, lo verían en cuanto aterrizara como un murciélago gigante posándose en un patio iluminado en medio de una cena al aire libre.

Al percatarse de su error, Kurt tiró fuerte de las cuerdas del paracaídas y redujo la velocidad de descenso. Se dejó llevar hacia la derecha, el lado de babor del barco, y siguió bajando.

Solo se le ocurría una forma de aterrizar en el barco sin ser visto. La última sección de la cubierta principal situada detrás de la superestructura, no estaba

iluminada. Tendría que dejar pasar trescientos metros de espacio llano, dar la vuelta por detrás del barco y confiar en mantener suficiente velocidad para llegar hasta los últimos metros de la cubierta.

Parecía casi imposible, pero era eso o caer al mar, llamar para que vinieran a recogerlo y quedarse flotando varias horas, con la esperanza de no atraer a ningún tiburón hambriento.

Pasó por encima del barco, a ciento veinte metros de altura y de separación de la proa. Tenía veinte segundos. Al sobrevolar la superestructura, vio una figura en el puente de mando pero ningún centinela. Dudaba que alguien en aquel barco increíblemente iluminado pudiera verlo. Su visión nocturna sería nula con toda esa luz.

Empezó a girar.

Las turbulencias del bloque de dependencias lo sorprendieron y amenazaron con privar de aire al paracaídas. Se recuperó y se lanzó hacia dentro por detrás.

Debajo de él vio el extremo de la cubierta y el agua blanca y revuelta de la estela del barco. Debajo de la estela, un par de hélices de seis metros estarían dando vueltas a cien revoluciones por minuto, como una licuadora de tamaño gigantesco esperando para hacerlo trizas.

Se inclinó hacia delante, tomó algo de velocidad y empezó a descender rápido. Tiró fuerte de las cuerdas, pero era demasiado tarde. El viento que azotaba el barco lo empujó hacia atrás. Se le escapó la cubierta y descendió más lejos, rumbo al agua blanca y a una muerte horripilante.

Trató de dar la vuelta, pero el viento cambió y lo succionó hacia delante como un trozo de papel arrastrado detrás de un coche. La corriente de aire lo lanzó hacia el lado de popa del barco. Vio fugazmente unas enormes letras blancas que rezaban ONYX, y a continuación se desplomó en un espacio abierto entre la cubierta principal y otra cubierta situada debajo.

El impacto lo sacudió y lo arrojó hacia delante cuando las cuerdas del paracaídas se engancharon en algo alrededor de la abertura. Cayó de espalda y prácticamente en el acto se vio empujado hacia atrás de un tirón en dirección a la barandilla. El aire turbulento de detrás del barco había vuelto a llenar el paracaídas, que ahora amenazaba con arrastrarlo por la cubierta y sacarlo nuevamente de allí.

Atrás, adelante, atrás. Kurt ya había tenido bastante.

Apretó el botón para desenganchar el arnés, y el paracaídas fue succionado y cayó en el agua. El artefacto ondeó y se fue oscureciendo, y finalmente desapareció en la penumbra detrás del gran barco.

Estaba a bordo. A pesar de todos los riesgos y de que la lógica apuntaba a lo contrario, había aterrizado sano y salvo en el *Onyx*. Pensó en la larga lista de advertencias de Joe sobre lo que podía ir mal y estuvo a punto de reírse. No se había cumplido ninguna. Pero Joe no había mencionado ni una sola vez las cubiertas iluminadas, el viento cortante y la posibilidad de ser descuartizado por las hélices del

barco.

Kurt miró a su alrededor y le asombró el lugar exacto en el que había aterrizado. El oscuro espacio abierto le recordaba la cola en abanico del lado de popa de un portaaviones, la enorme zona situada entre la cubierta principal y la cubierta del hangar.

Unas escaleras de mano descendían hasta el agua. Había un par de escotillas que parecían bien cerradas, y a la izquierda de Kurt, unas cuantas tumbonas andrajosas y un cubo lleno de colillas. Por suerte para él, no había nadie sentado allí fuera fumando un cigarrillo cuando él realizó su desagradable aterrizaje.

Bastante seguro de que nadie había reparado en su llegada, Kurt se quitó el casco y desconectó la botella de oxígeno. Y arrojándolos con fuerza, los lanzó a la noche.

No oyó el impacto contra el agua. El viento y la estela del barco hacían demasiado ruido.

Liberado de esos objetos, se dirigió al rincón más oscuro de la oscura abertura e hincó una rodilla.

Arrodillado en la oscuridad, Kurt sacó una Beretta de nueve milímetros de un bolsillo lateral y empezó a enroscar un silenciador en el cañón. Tenía los sentidos sobrecargados de estímulos. Permaneció atento por si escuchaba movimiento.

No podía oír gran cosa aparte de la vibración de los motores y del zumbido de la maquinaria. Pero antes de que pudiera moverse, la manivela de una de las puertas se giró. La escotilla de estribor se abrió, y Kurt se apretujó más en la oscuridad, como una araña tratando de esconderse en un trozo agrietado de hormigón.

Salieron dos figuras, iluminadas por la luz del interior hasta que la puerta de la escotilla se cerró de golpe.

Se dirigieron a la barandilla.

—Veo que estás impresionada —oyó decir a una voz de hombre, una voz que reconoció inmediatamente: Andras.

Incapaz de creer la suerte que había tenido, Kurt apretó la Beretta con la mano. Entonces la otra voz habló, y Kurt también la reconoció. Una voz de mujer. Una voz rusa. La voz de Katarina.

—No sé cómo construisteis algo así sin que el mundo se enterara —dijo—. Detesto reconocerlo, pero es un diseño increíble. Supongo que debería darte las gracias por la visita, y por la comida y el vino.

—Ahora entiendes por qué les interesará a tus superiores —dijo Andras.

—Sí —confirmó ella—. Sospecho que lo que tengo que contarles les fascinará.

A Kurt empezó a darle vueltas la cabeza al oírla hablar. Desde luego no la culpaba por utilizar cualquier método que se le ocurriera para ganarse la confianza de su captor y ser puesta en libertad, pero las palabras que empleaba insinuaban que había algo más importante en juego.

Antes de que siguieran hablando, un tripulante abrió la puerta de la escotilla.

—Una llamada por radio para ti, Andras —anunció el hombre—. Desde

Freetown. Es urgente.

—Hora de marcharse —dijo Andras.

Condujo a Katarina a la puerta, la dejó pasar y la siguió. La franja de luz se ensanchó y a continuación se estrechó, y desapareció cuando la gruesa puerta de acero se cerró ruidosamente.

Si Kurt había tenido alguna duda, ya no le quedaba ninguna. A los rusos no les interesaría un superpetrolero cualquiera. El barco debía de ocultar algo, lo que significaba que todas aquellas estructuras extrañas y las anomalías de la embarcación probablemente tenían una finalidad. Y Kurt estaba seguro de que no sería una finalidad benigna.

Se levantó y se dirigió a la puerta del mamparo que Andras y Katarina habían cruzado un minuto antes. Giró la manivela sin hacer ruido. La movió despacio hasta que hizo un ruido seco.

Entornó la puerta unos milímetros y miró por el pasillo. Al no haber nadie a la vista, Kurt abrió más la puerta y entró sigilosamente.

Gamay Trout se encontraba junto a su marido Paul en el centro de operaciones del *Truxton*. La actividad a bordo de la nave y de otros barcos del grupo de combate había aumentado a un ritmo frenético durante las últimas horas.

El barco estaba siendo preparado para la batalla, y no estaba solo. Habían desplegado helicópteros en abanico no solo desde el *Truxton*, sino también desde el buque insignia de la flota, el portaaviones estadounidense *Abraham Lincoln*. Poco después, Gamay oyó el rugido de los aviones a reacción al despegar y al alejarse volando a toda potencia. El sonido era inconfundible aunque el *Lincoln* se hallara a ocho kilómetros de distancia.

De momento, a ella y a Paul no los habían puesto al corriente oficialmente, pero se figuraba que estaban a punto de descubrir lo que pasaba.

El capitán del barco, Keith Louden, dio un paso adelante. De estatura media, con el cabello canoso corto y unos ojos penetrantes, el capitán tenía cincuenta y pocos años, estaba delgado y en forma.

—Como seguramente ya sabrán —comenzó Louden—, nos disponemos a tomar medidas contra un enemigo hostil. Un enemigo que ya ha destruido dos de nuestros satélites con un arma basada en un acelerador de partículas.

Gamay respiró hondo.

—¿Estamos a salvo aquí? —preguntó, recordando los cadáveres que habían visto en el *Kinjara Maru*, ennegrecidos y quemados.

El capitán asintió con la cabeza.

—Según los expertos del Pentágono, esa arma tiene una trayectoria en línea recta, como un láser. A diferencia de una bala o un obús, o incluso de la cabeza explosiva de un misil balístico, no puede alcanzar ningún objetivo alrededor de la curvatura de la tierra. De modo que en nuestra actual situación deberíamos estar fuera de peligro. Pero si un barco o un avión aparece por encima del horizonte, es harina de otro costal.

El capitán pasó a explicarles la situación y les informó de lo que se sabía de Sierra Leona, de las amenazas que Djemma Garand había proferido y de la respuesta planeada del ejército.

Mientras el capitán hablaba los condujo a un monitor táctil. En la pantalla vieron la parte de la costa de Sierra Leona donde estaban situadas el arma y las plataformas petrolíferas. Una línea curva emitía un brillo rojo a través de la pantalla.

—Eso es el horizonte —les dijo el capitán—. Cualquier cosa que pase de esa línea, ya sea un barco o un avión o un misil, probablemente será incinerada en cuestión de segundos.

Gamay observó la línea, un arco circular a una distancia aproximada de sesenta y

cinco kilómetros.

—Creía que el horizonte estaba a veinticinco kilómetros —dijo.

El capitán se volvió hacia ella.

—Depende de dónde se encuentre uno. Por ese motivo a todos los soldados les gusta ocupar una posición elevada: porque permite ver más lejos. En este caso, señora Trout, depende del lugar y de la altura desde la que estén disparando.

Pulsó la pantalla, y apareció una foto de una de las plataformas petrolíferas.

—La estructura principal de esas plataformas petrolíferas se eleva unos cien metros por encima de la superficie. El anillo del acelerador de partículas tiene un diámetro de veinticuatro kilómetros. Un disparo desde la plataforma delantera, o desde la parte delantera del anillo del acelerador, podría llegar más lejos en el Atlántico que uno desde la plataforma más cercana a la costa. Además, la altura les permite dispararnos hacia abajo.

—Como arqueros en la torre de un castillo —comentó Paul.

—Exacto —dijo el capitán—. Cuanta más altura, más lejos pueden alcanzarnos.

—¿Por ejemplo? —preguntó Paul.

—Tenemos un perfil bastante bajo para un destructor —contestó Louden—. Pero aun así sobresalimos por encima de la superficie casi veinte metros. Podrían alcanzar nuestra superestructura a cincuenta kilómetros y los palos del radar a cincuenta y cinco.

—¿Y un avión? —preguntó Gamay.

—Se enfrentan al mismo peligro —respondió el capitán—. Volar a baja altura sigue implicando un elemento vertical. Y a los pilotos que tienen problemas se les enseña a cabecear hacia arriba enseguida porque es mejor que chocar contra la cubierta o contra el mar. Pero aquí fuera eso los expondría inmediatamente al fuego directo. Y para un avión que vuela a mucha altitud, como los aviones de pasajeros civiles, la zona de peligro podría extenderse quinientos kilómetros o más.

Gamay respiró hondo y miró a Paul.

—Lo cierto es que se trata de algo a lo que no nos hemos enfrentado antes —continuó el capitán.

—¿Cuáles son sus opciones? —preguntó Paul.

—El procedimiento normal exige ataques aéreos —dijo el capitán—. Empezando por misiles de crucero. Pero tanto los Tomahawk como los Harpoon vuelan a velocidades supersónicas. Los F-18 alcanzan una velocidad máxima de unos dos mach, y menos cuando vuelan a baja altitud.

Se volvió de nuevo hacia la pantalla y la línea roja que señalaba el «horizonte de sucesos».

—Un acelerador como ese dispara un chorro de partículas que se mueven casi a la velocidad de la luz. Eso significa que nuestro misil más rápido no recorrerá más de sesenta centímetros en el tiempo que ese rayo tarda en recorrer ochenta kilómetros.

Una imagen acudió a la mente de Gamay. Se imaginó a unos soldados de la

Primera Guerra Mundial cruzando muros de trincheras en fútiles ataques contra enemigos armados con ametralladoras. No era ninguna especialista en la guerra, pero entendía por qué la mortandad había sido tan elevada y las líneas de batalla no se habían movido. La mayoría de los hombres que habían participado en esos ataques habían sido eliminados antes de poder avanzar diez metros. La situación actual parecía similar.

—Entonces, si los aviones supersónicos y los misiles son demasiado lentos para atacar esa cosa, ¿cómo proponen hacerlo? —preguntó.

El capitán señaló el anillo circular.

—Evidentemente, decidieron construir ese sistema bajo la superficie para impedir que se viera. Sin embargo, eso conlleva un punto débil: se les puede atacar bajo la superficie, donde la densidad del agua impide usar el rayo de partículas de manera eficaz.

—¿Tienen submarinos preparados? —preguntó Paul.

El capitán asintió con la cabeza.

—Cada grupo de combate lleva consigo un par de amigos que no se ven. Tenemos dos submarinos de ataque de clase Los Ángeles: el *Memphis* y el *Providence*. Nuestra intención es enviarlos al ataque. El sónar está captando un montón de señales que coinciden con el sonido que grabó su equipo.

—¿Un montón? —repitió Gamay.

El capitán asintió.

—Tienen como mínimo una docena de esos pequeños submarinos patrullando la boca de esta zona. Si todos están armados, aunque sea con un par de torpedos cada uno, estamos hablando de algo serio.

—Seguro que dos submarinos de clase Los Ángeles pueden encargarse de ellos —comentó Paul.

—Podemos ir allí y buscar camorra —dijo el capitán—, pero nuestros submarinos están diseñados para dar caza a grandes submarinos rusos y chinos en las partes más oscuras y profundas del mar. Esa arma está situada en una extensión poco profunda de plataforma continental. La profundidad media del Cuadrángulo no pasa de dieciocho metros. A los tres kilómetros desciende un poco y hay un pequeño cañón aquí...

Señaló con el dedo una fina línea que se ensanchaba y se hacía más profunda hasta convertirse en una hendidura en el fondo del mar conforme se alejaba de la zona del objetivo.

—... Pero aparte de ese barranco, la profundidad nunca supera los sesenta metros hasta pasados dieciséis kilómetros. Eso reduce la capacidad de maniobra de nuestros barcos y les da ventaja.

El capitán se apartó e inspiró, se quitó la gorra, se alisó su cabello corto y volvió a calarse la gorra en la cabeza.

—Parte del trabajo de un capitán consiste en no destinar sus tropas a territorio

indefendible ni enviarlas a la batalla en misiones para las que no están preparadas. La otra parte consiste en saber cuándo tiene que infringir ese principio. Si esos hombres tienen alguna forma (cualquiera) de amenazar Estados Unidos, no tenemos otra alternativa que arriesgarnos.

—Tengo la sensación de que nos está contando esto por algún motivo —dijo Gamay.

El capitán lo admitió con un gesto.

—Puede que necesitemos su ayuda.

Ella abrió bien los ojos.

—¿Nuestra ayuda?

Paul parecía igual de sorprendido.

—¿Qué podemos hacer nosotros que no pueda hacer la Marina de Estados Unidos? —preguntó.

—Con su pequeño sumergible, pueden descender al fondo de ese cañón (llega hasta mil doscientos metros) y acercarse sin ser vistos.

Gamay tuvo que hacer un esfuerzo para no perder los papeles. La cabeza le daba vueltas y vueltas. Tenía ganas de vomitar.

Paul habló por ella.

—¿Por qué no mandan uno de los submarinos de ataque al cañón?

—Es demasiado estrecho —contestó el capitán—. En la parte superior solo hay una fisura de menos de seis metros de ancho. Y más abajo hay partes en las que ningún submarino grande puede maniobrar.

Paul miró a Gamay. Estaba temblando y negando con la cabeza. Ella y Paul solo habían ido allí para escuchar las grabaciones; eran civiles.

—Puedo ordenárselo —dijo Louden—. Pero se lo estoy pidiendo. Ninguno de mis hombres está cualificado para pilotar ese sumergible, y aunque se les pudiera formar deprisa, la clave es su *Rapunzel*.

Paul negó con la cabeza. Él era el hombre al que ella amaba. Su protector.

—Lo siento, capitán —dijo—. Seguro que está al tanto de lo que hemos pasado. Cuando accedimos a venir a bordo, le prometí a mi mujer que no correríamos ningún riesgo acompañándoles. Sinceramente, no podría haberme imaginado estas circunstancias, pero como solía decir mi padre: «No hagas una promesa si no vas a cumplirla».

El capitán se quedó decepcionado.

—Entiendo por qué nos lo pide —continuó Paul—. Pero lo siento, no puedo faltar a mi palabra.

El capitán inspiró, con semblante dolido, pero pareció entenderlos.

—Entonces informaré a...

—Un momento —dijo Gamay.

El capitán miró en su dirección.

—¿Cuántos hombres hay en esos submarinos? —preguntó ella.

—Doscientos sesenta y uno.

Doscientos sesenta y un hombres, pensó Gamay. Se preguntaba cuántos tenían familia. Mujeres o maridos o hijos. Si ellos estaban dispuestos a arriesgarlo todo, ¿cómo no iba a estarlo ella? También era su país.

Miró a Paul. Él sabía lo que estaba pensando. Asintió con la cabeza.

—¿Qué tendríamos que hacer? —preguntó.

—Mientras nosotros intentamos atraer sus disparos —comenzó el capitán—, ustedes maniobrarán a través la fisura y soltarán el robot. Vamos a fijar cien kilos de explosivos de gran potencia a su armazón. Ustedes dirigirán el robot por el anillo acelerador y buscarán un punto débil, cualquier sitio por el que pueda transmitirse la energía o donde el túnel suba a la superficie, pues debe estar así para poder disparar. La colocarán allí y activarán el detonador.

—¿Y luego? —preguntó Gamay.

—Nosotros nos ocuparemos del resto —dijo el capitán.

Gamay respiró hondo. No se imaginaba volviendo a meterse en un sumergible. Con solo pensarlo le flaqueaban las piernas. Pero lo haría porque había que hacerlo.

Empuñando su Beretta por delante, Kurt Austin recorrió sigilosamente un estrecho pasillo que avanzaba doce metros antes de terminar en una escalera.

Un tramo subía, el otro bajaba.

Al echar un vistazo por encima de la barandilla, no pudo determinar lo lejos que llegaba la escalera en cualquiera de las dos direcciones, pero era un largo trecho. Probablemente hasta la parte superior del bloque de las dependencias, tal vez incluso hasta la azotea, donde estaban las diversas antenas y emisores de radar. Diez pisos más arriba.

Y abajo...

Tal vez hasta el fondo del casco. Al pantoque. Supuso que Katarina y Andras habían subido. Pese al persistente deseo de encontrar a Andras y enfrentarse a él, Kurt miró hacia abajo.

Fuera lo que fuese realmente el *Onyx*, la verdad no se encontraría en las oficinas y en las dependencias del barco, ni siquiera en su puente de mando. Se hallaría abajo, donde se suponía que estaban los depósitos y las bombas de petróleo y las entrañas del barco.

Dos niveles más abajo, encontró una sala de bombas inactiva. Entró a hurtadillas.

Los petroleros del tamaño del *Onyx* tenían enormes salas de bombas; un barco que podía contener millones de barriles de petróleo tenía que poder cargarlo y descargarlo o trasladarlo rápidamente. Kurt había estado en unos cuantos petroleros cuyas salas de bombas eran tan grandes como sus salas de máquinas. Aquella no era distinta, salvo...

Kurt se acercó a las tuberías principales. Una capa de escarcha se hallaba pegada a ellas y se extendía a través de la pared del mamparo. Tocó la tubería con los dedos. Estaba increíblemente fría.

Sin duda no estaban bombeando petróleo.

Encontró una serie de mandos y una pantalla de ordenador. En ella se podía leer el siguiente mensaje:

Sistema conectado al puente de mando
 ¿Interrumpir s/n? _____
 Contraseña: _____

Fuera lo que fuese lo que se cocía allí abajo, lo controlaban desde arriba. No se atrevió a interferir. De todas formas, probablemente no podría obtener acceso, y el

simple hecho de intentarlo sin duda alertaría de su presencia a la tripulación del puente de mando.

Retrocedió hasta la puerta y pegó la oreja a ella. Al oír solo el zumbido del motor y de varios generadores, la abrió.

Se dirigió de nuevo a la escalera y siguió descendiendo. Decidió saltarse unos cuantos pisos y llegar literalmente al fondo del asunto.

Había bajado dos tramos cuando un sonido metálico lo detuvo en seco.

Echó un rápido vistazo por encima de la barandilla y dos tramos más abajo vio una mano, que se deslizaba por la barandilla y subía. Oyó voces y pies pisando pesadamente los escalones.

—... Lo único que sé es que quiere que los ponga a toda potencia y que los mantenga así —estaba diciendo un hombre.

—Pero si no hay ningún barco cerca —dijo una segunda voz.

—A mí no me preguntes —contestó el primer hombre—, pero aquí está pasando algo. Nunca antes hemos estado al ciento por ciento.

Kurt quería oír más, pero no podía quedarse esperando. Se dirigió al rellano más cercano, cruzó la puerta y la cerró lo más rápida y silenciosamente que pudo.

La maquinaria sonaba más fuerte en aquella cubierta. Todavía podía oír a los hombres hablando, pero ya no distinguía las palabras. Se sintió aliviado cuando las pisadas doblaron la esquina y subieron más arriba.

Entonces, de repente, la puerta se abrió y se mantuvo de esa forma.

—Oye, no digas nada —gritó a su amigo el hombre que sujetaba la puerta—, pero estoy dispuesto a bajarme de este barcucho la próxima vez que atraquemos.

El hombre que seguía subiendo la escalera se rió.

—Por lo menos hasta que te fundas toda la pasta, ¿verdad?

Kurt se quedó mirando la puerta.

El hombre se encontraba en el umbral, con la mano en la puerta abierta y la espalda vuelta hacia Kurt, mientras proseguía su conversación con el tipo de la escalera. Kurt necesitaba que volviera a salir o que entrara, pero la perspectiva de que siguiera allí era cualquier cosa menos ideal.

El hombre se volvió riéndose de la broma de su amigo, entró en el pasillo y se encontró de cara el cañón de la Beretta de Kurt y de su silenciador.

—Ni se te ocurra parpadear —susurró Kurt.

Le hizo señas para que entrara.

El tripulante era un caucásico delgado con aire mediterráneo. Tenía el cabello corto y rizado y la cara morena y arrugada tras la exposición al sol a lo largo de los años, pero no debía de tener más de treinta y cinco años.

El hombre hizo lo que Kurt le ordenó y cerró la puerta detrás de él.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy un diablillo —contestó Kurt—. ¿Has visto alguno antes?

—¿Un diablillo?

—Sí, nos movemos sin que nadie nos vea y enredamos las cosas. Nos dedicamos a dar la lata en general.

El hombre tragó saliva con nerviosismo.

—¿Me vas a matar?

—No a menos que me obligues —dijo Kurt—. Vamos. —Señaló con la cabeza pasillo abajo—. Busquemos un buen sitio para descansar.

El tripulante se situó delante de Kurt y echó a andar despacio. No hacía movimientos en falso, pero Kurt sabía que podía hacerlos en cualquier momento. Al final del pasillo aguardaba otra puerta.

—Ábrela —ordenó Kurt.

El hombre obedeció y entró. Kurt lo siguió y a continuación se detuvo. Estaba en una enorme sala abierta con un techo como mínimo de doce metros de altura.

El calor de las tuberías de vapor se difundía a través del espacio, y Kurt notó que la humedad le empapaba el cuerpo casi de inmediato. Un extraño zumbido armónico emanaba de una serie de generadores que vibraban en una octava grave. Grandes tuberías blancas avanzaban en una dirección mientras que otras pintadas de azul se cruzaban con ellas, protegiendo conductos eléctricos. Las tuberías azules continuaban junto a una pasarela y se enroscaban hacia arriba y alrededor de una estructura cilíndrica verde claro de tres pisos de altura que dominaba el centro de la sala.

Kurt avanzó empujando al joven caucásico delante de él. En un lateral del enorme cilindro verde vio unas letras impresas. Un número y la palabra rusa *Akula* confirmaron sus temores.

—¿Es esto un reactor? —preguntó.

El tripulante asintió con la cabeza.

Como confirmación de su respuesta, un cartel, escrito en inglés, francés y español lucía el símbolo de los tres triángulos que advertía del peligro de radiactividad.

Kurt miró detrás de la enorme estructura y vio otra idéntica, a unos sesenta metros.

—El Typhoon desaparecido —dijo para sí.

Todas las pruebas indicaban que alguien lo había comprado y lo había hecho desaparecer. De modo que estaba en lo cierto con respecto a lo ocurrido, aunque se había equivocado en lo tocante a su finalidad. Efectivamente, el submarino había desaparecido, y Andras y su socio eran los nuevos dueños, pero al parecer se habían interesado más por los reactores que por el casco.

¿Por qué?, se preguntaba Kurt. ¿Para qué demonios necesitaba un par de reactores nucleares un petrolero que navegaba a siete nudos? Estaba despidiendo humo de diésel, él lo había oído al aproximarse, de modo que si no estaban usando los reactores para impulsar las hélices, ¿para qué los estaban utilizando?

—¿Para qué es esto? —preguntó.

—No sé cuál es su función —contestó el hombre de la tripulación.

Kurt le golpeó en la cara con la culata de la pistola y a continuación le apuntó a

los ojos.

—No me mientas —amenazó.

—Para el acelerador —dijo el hombre dócilmente.

—¿Un acelerador de partículas? ¿Aquí, en el barco?

El tipo se quedó callado.

—Vamos —ordenó Kurt, amartillando la Beretta—. Te he oído decirle a tu amigo que alguien quería más potencia. Por eso te has quedado en este piso. Por la ropa que llevas, eres un ingeniero, no un marinero de cubierta. Sabes lo que está pasando aquí. O me lo cuentas o te llevarás el secreto a la tumba.

El hombre se quedó mirando la pistola que Kurt sostenía en las manos. Se pasó la lengua por los labios y acto seguido habló.

—Utilizan los reactores para impulsar el acelerador —respondió—. La energía se canaliza a través de la parte delantera del barco. Puede incapacitar una embarcación.

—Puede hacer más que eso —contestó Kurt—. He visto los cadáveres de hombres quemados vivos y sus cerebros achicharrados en sus cráneos con tu juguete.

—Yo solo hago funcionar los reactores —explicó el caucásico.

—Una gran excusa —dijo Kurt—. ¿Adónde ibas?

—A la sala de control —contestó.

—Llévame allí —le mandó Kurt.

El hombre volvió a mirar la pistola que Kurt empuñaba y asintió con la cabeza. Se dirigió a la pasarela y empezó a subir por ella. Kurt lo siguió por la pasarela que serpenteaba alrededor del muro de contención del reactor.

En lo alto la pasarela se desviaba del reactor. Allí, una pequeña zona apartada del centro y rodeada de paredes de acero y ventanales dominaba toda la instalación.

El hombre de la tripulación agarró un pomo y abrió una puerta. Kurt lo empujó adentro y entró corriendo detrás de él.

Allí esperaban otros dos individuos, vestidos de blanco, observando un monitor. Uno llevaba un mono y parecía un ingeniero. El otro, supuso, era un técnico, a juzgar por la bata que llevaba puesta.

Kurt no tardó en tenerlos a los tres contra la pared.

La pregunta ahora era qué hacer.

Avanzó muy lentamente hacia la pantalla que los hombres habían estado observando. El monitor mostraba una vista lateral del barco.

—¿Un diagrama esquemático? —preguntó.

Uno de los técnicos asintió con la cabeza.

—Conductos de alimentación —dijo.

Kurt miró más detenidamente. Había unos iconos de colores con distintos textos al lado. Junto a un bloque amarillo ponía «Instalación eléctrica principal». Supuso que se trataba del sistema eléctrico normal del barco. Un icono de color azul indicaba «Alta tensión». Sus líneas descendían al fondo del barco y luego serpenteaban en círculo, subían cerca de la proa y volvían a una sección en medio del barco. A partir de las fotos que él y Joe habían visto, advirtió que las secciones elevadas coincidían con los extraños salientes que Joe había observado junto a las amarras y la parte abultada del centro del barco.

—¿Esta es la ruta del acelerador? —preguntó.

Los hombres asintieron con la cabeza perfectamente sincronizados.

—Recorre el barco y sale cerca de la proa —dijo el ingeniero.

—Claro —masculló Kurt.

No podía creer que no hubiera reparado antes en la conexión.

El *Onyx* había estado en Sierra Leona cuando habían visto allí a Andras, y Kurt sabía que ese dato coincidía con la carga del óxido de itrio, bario y cobre en el *Kinjara Maru*, pero no había caído en la cuenta de que el *Onyx* contenía el arma que había carbonizado el *Kinjara Maru*.

Ahora parecía muy evidente, pero había una cosa que le desconcertaba. ¿Dónde estaba el *Onyx* la mañana que él y el *Argo* habían encontrado el buque de carga destruido? Después de que Andras hubiera huido y fingido su muerte destruyendo la lancha motora, habían llevado a cabo una búsqueda exhaustiva. No habían encontrado nada visualmente ni por el radar.

Eso significaba que todavía tenía que haber un submarino.

Kurt supuso que Andras y sus hombres habían saltado por la borda justo antes de la explosión. Supuso que habían buceado hasta un pequeño submarino, situado a unos cinco o diez metros por debajo de la superficie, y habían entrado por algún tipo de cámara hermética.

Mientras tanto, Kurt y el resto de la tripulación del *Argo* se habían quedado paralizados por la explosión.

Pero si el *Typhoon* estaba en un desguace en alguna parte, ¿qué estaban utilizando aquellos matones?

—¿Tenéis un submarino? —preguntó.

El técnico asintió.

—Hay tres aquí.

—¿Alguno es lo bastante grande para transportar carga?

—El *Bus* —contestó el ingeniero—. Mide treinta y tres metros de largo. La mayoría es espacio vacío.

A menos que esté lleno de toneladas de óxido de itrio, bario y cobre, pensó Kurt.

Si estaba en lo cierto, el *Onyx* había carbonizado el *Kinjara Maru* y había seguido avanzando. Andras debía de haber retirado el óxido de itrio, bario y cobre del *Kinjara* durante la noche, haberlo cargado a bordo del *Bus* y enviado al submarino para transportarlo adondequiera que estuviera el *Onyx*, algún lugar mucho más allá del horizonte. Pero no había conseguido que el barco se hundiera lo bastante rápido, y por eso Kurt había visto la estela de humo por la mañana.

Sin embargo, eso no respondía a una pregunta más urgente. Si el *Onyx* era el asesino de barcos, ¿por qué estaba pidiendo Andras que los reactores funcionaran a toda potencia? Si Kurt no había oído mal, no había ningún barco a tiro que achicharrar con el acelerador de partículas.

Pulsó la pantalla para pasar a un plano general con el *zoom*. Sus ojos se posaron en un montón de líneas de alta tensión situadas justo en el centro del barco, donde habrían estado los tanques si el *Onyx* hubiera sido realmente un petrolero.

—¿Qué es esto? —preguntó, señalando la sección central del barco—. ¿Qué es todo este lío?

Los hombres vacilaron.

—Vamos —les espetó Kurt, sujetando con firmeza la pistola—. No tengo todo el día.

—Es el fulcro —dijo por fin el ingeniero.

—¿Fulcro? —repitió Kurt—. ¿Qué hace?

El ingeniero alargó la mano, pulsó la pantalla y enfocó el conjunto de líneas de alta tensión con el *zoom*. Kurt desplazó la vista a la pequeña pantalla con excesivo entusiasmo. Eso le hizo vulnerable. No se percató de ello hasta que fue demasiado tarde.

El ingeniero se abalanzó sobre él y agarró la pistola con las dos manos. Kurt le arrebató el arma de un tirón, le asestó un codazo en el abdomen y acto seguido le dio

un golpe de refilón con el antebrazo en la cara. El miembro de la tripulación había cogido una llave inglesa del suelo y la blandió con intención de atacar a Kurt, pero este se echó atrás y no le dio por pocos centímetros.

Kurt disparó la Beretta apretando rápidamente el gatillo dos veces, y la pistola escupió dos balas contra el pecho del hombre; el silenciador amortiguó el sonido. El tipo cayó hacia atrás, soltó la llave inglesa con gran estrépito y se desplomó sobre la cubierta.

Kurt giró rápidamente el arma a su derecha, pero era demasiado tarde.

El técnico había pulsado una especie de botón de alarma. Empezaron a sonar cláxones y a destellar luces.

Kurt apretó la pistola contra la cara del hombre, pensó en matarlo, pero se ablandó.

Que él supiera, aquel individuo era el único que sabía cómo apagar el reactor.

Calculando que tenía poco tiempo, Kurt propinó un rodillazo al hombre en el plexo solar y lo derribó. A continuación se volvió, salió por la puerta y echó a correr por la pasarela. Sus pies hacían mucho ruido sobre el metal y se oían por encima del zumbido de los generadores, pero no tenía tiempo para andarse con sigilo.

Cuando ya había bajado la mitad de la escalera de la pasarela sonaron disparos.

Primero vio una bala que rebotaba y luego a un grupo de hombres cerca de la puerta por la que había entrado. Devolvió el fuego y los obligó a ponerse a cubierto, y saltó por encima de la barandilla. Cayó de pie y se fue corriendo. Pasó a toda velocidad por delante de los reactores y se adentró corriendo en el barco.

Llegó a una puerta, agarró el pomo y lo abrió de un tirón. Para su sorpresa, lo recibió una ráfaga de aire frío.

Entró a toda velocidad y se vio corriendo debajo de un gigantesco entramado de grandes brazos entrelazados, doblados de tal forma que le recordaron un montón de sillas plegables apiladas o una monstruosa estructura de juegos infantil que no hubiera sido montada.

Cientos de bloques grises bordeaban cada uno de los brazos. Conductos de electricidad de alta tensión y una red de tuberías y mangueras cubiertos de escarcha corrían entre los bloques.

El compartimento era del tamaño de un pequeño estadio, con diez pisos de altura, ciento veinte metros de longitud y una extensión que abarcaba toda la anchura del *Onyx*. Al correr por el suelo metálico vio unos gigantescos pistones hidráulicos conectados al conjunto, plegado de brazos articulados.

Supuso que eso era el fulcro, pero no tenía ni idea de para qué servía.

Por el diseño, le dio la impresión de que podía abrirse, extendiéndose como un gigantesco abanico. En la pared, un diagrama que advertía a la tripulación que no se acercara a las articulaciones parecía indicar lo mismo. Kurt había dado por sentado que el acelerador de partículas que recorría el casco y salía por la parte delantera era el arma del barco. Así pues, ¿qué demonios hacía esa cosa?

Fuera lo que fuese, a los científicos les parecía más importante que el acelerador de partículas, y eso preocupaba a Kurt.

Antes de que pudiera descubrir algo más, oyó pisadas y otra puerta abriéndose en el otro lado de la cavernosa sala. Se dio cuenta de que lo estaban rodeando. Alzó la vista. Había otra pasarela diez metros más arriba.

Trepó con cuidado por el accionador hidráulico y subió a la estructura. Era como trepar por la estructura de juegos más grande del mundo. Casi había llegado al final cuando tocó sin querer una de las tuberías de refrigerante.

Apartó el brazo a la velocidad del rayo y logró no perder el equilibrio ni soltar un taco a causa del dolor. Se miró la mano apretando los dientes. La piel se estaba descamando como si se hubiera quemado, pero sabía lo que había ocurrido: se había congelado en el acto.

Miró la tubería. Escrito en letras apenas visibles bajo la escarcha ponía «NL²», una abreviatura común de nitrógeno líquido. Había aprendido que era necesario enfriar los imanes superconductores a temperaturas absurdas para activar sus propiedades superconductoras. Calculaba que la superficie aislante de la tubería debía de estar a casi cincuenta grados bajo cero. El líquido que contenía se presurizaría y se bombearía a la increíble temperatura de ciento noventa y seis grados bajo cero.

Kurt empezó a trepar de nuevo.

«No toques las tuberías», se decía esbozando las palabras con los labios, como si su piel quemada por la congelación no bastara para recordárselo.

Cuando llegó a la pasarela pudo ver a los hombres que lo perseguían. Tres de ellos se acercaban por un lado y otros cinco por el otro, repartidos por el suelo.

Kurt subió a la pasarela haciendo el menor ruido posible. Tras quedarse quieto un segundo, comenzó a avanzar con sigilo por ella.

Permaneció en un silencio prácticamente absoluto, pero la vibración causada por el movimiento hizo que un pedazo de escarcha se desprendiera del fondo. El trozo se desplomó como un carámbano desde un cable de alta tensión y emitió un sonido parecido al del cristal cuando se hace añicos al caer al suelo.

—¡Allí arriba! —gritó alguien.

Kurt echó a correr. Oyó un disparo, y luego nada.

Si hubiera logrado mirar atrás, habría visto al jefe de los perseguidores agarrando al tirador y prácticamente estrangulándolo por disparar una bala perdida en aquella sala. Pero Kurt no miró atrás. Llegó a la puerta del otro lado de la amplia zona del fulcro, la cruzó y la cerró tras de sí.

Avanzó corriendo, buscando desesperadamente un lugar para esconderse y una forma de enviar un mensaje.

Estaba a punto de pasar algo; ese barco estaba a punto de emprender algún tipo de acción, estaba seguro. Y fuera lo que fuese, estaba convencido de que al resto del mundo no le gustaría lo que se avecinaba.

Moscú, Rusia

El hombre calvo del Estado, un miembro superior del FSB, daba audiencia en una sala sin ventanas en la Lubyanka, el enorme y monolítico edificio del cuartel general del Servicio Federal de Seguridad Ruso.

Le acompañaban en la sala varios miembros del Politburó, un representante de la Marina Rusa y un general del Ejército Rojo.

Acababa de escuchar una llamada por radio de Katarina Luskaya, quien afirmaba estar a bordo de un barco con un hombre llamado Andras que deseaba venderles una superarma que los situaría años por delante de los estadounidenses y de los chinos.

Después de escuchar la explicación, uno de los políticos, incapaz de ocultar su desprecio, intervino.

—Es extraño que no hayamos oído nada de esa arma y ahora tengamos que creer que su operaria más inexperta la ha descubierto.

—Fue capturada por Andras —le informó el hombre calvo—. Es una suerte que la haya mantenido con él. Es él quien nos hace la oferta. Tenemos una historia en común con ese tipo.

—Y no es buena —comentó el general.

—No, no lo es —reconoció el hombre calvo.

—Y exige una cantidad escandalosa —dijo el miembro del Politburó.

El hombre calvo lo rechazó con un gesto de la mano.

—Por supuesto no le pagaremos lo que pide. Una parte, tal vez el diez por ciento. Y solo si así se decidiera.

—Su agente parecía estar bajo presión —dijo el general.

—Sí —contestó el hombre calvo.

Ella había usado una palabra en clave pensada para alertarles de que la estaban reteniendo en contra de su voluntad. Pero había que decir en su defensa que había elegido la menos grave de las dos, lo que significaba que pensaba que la situación podía ser controlable. El hombre calvo estaba bastante impresionado con la joven exdeportista olímpica.

El único representante naval del grupo expuso su opinión.

—Estaría bien echar un vistazo a ese barco —dijo—. Si resulta ser interesante, comenzaremos las negociaciones. Si resulta ser una patraña, daremos por muerta a la señora Luskaya.

El hombre calvo lanzó una mirada al representante naval. La generación más joven no entendía nada. Era algo que le preocupaba.

—Todos ustedes están pasando algo por alto. Según Andras, probarán el arma

contra el capitolio estadounidense dentro de menos de treinta minutos. Eso hace irrelevante la cuestión del barco. Lo que debemos decidir, ahora que hemos sido informados, es si avisamos a los estadounidenses.

La sala se quedó en silencio. Nadie quería hablar.

—Es una situación muy delicada —dijo el hombre calvo—. Si la amenaza resultara ser auténtica y saliera a la luz que fuimos informados por adelantado...

No hacía falta dar más detalles.

El miembro del Politburó intervino.

—¿Qué recomienda?

El hombre calvo se retorció las manos. Su instinto le decía que era un problema de los estadounidenses. Hasta cierto punto, no le habría importado ver que su antiguo adversario sufría una catástrofe. Pero las repercusiones podrían ser enormes. Sin olvidar la ley de las consecuencias imprevistas.

—Informen a los estadounidenses de la amenaza —dijo por fin—. No hablen del barco, y olviden que hemos mantenido esta conversación.

Miró alrededor de la sala. Todos los presentes eran hombres de poder, pero le temían, como les correspondía.

—Lo que pase después será cosa de ellos —añadió.

—¿Y el barco?

—Si se nos presenta la oportunidad —respondió el hombre calvo—, lo aceptaremos cuando nos lo ofrezcan. Tal vez paguemos, tal vez hagamos un trueque. Son simples detalles que consideraremos más adelante.

A ocho mil kilómetros de distancia, en medio del Atlántico, Andras se alzaba por encima de Katarina, que permanecía ante la consola de radio. Por fin llegó una llamada. Era el hombre calvo.

—Dígale a Andras que esta vez no estamos interesados en bienes dañados —dijo.

Ella alzó la vista. Significara lo que significase, Andras lo entendió. Asintió con la cabeza.

—Lo entiende —dijo Katarina, activando el micrófono.

—*Da* —asintió el hombre calvo—. Bien hecho, señora Luskaya. Esperamos su regreso.

Katarina tenía la sensación de que no había actuado bien. Lo único que había hecho era acobardarse ante un matón que la había secuestrado, la había amenazado y había matado a otras personas, incluidos el comandante Komarov y Kurt, quien había intentado evitar que ella corriera la misma suerte. Y ahora era partícipe de un incidente que se cobraría incontables vidas en su país.

No veía la forma de impedirlo.

De repente, empezaron a sonar unos cláxones. Andras reaccionó, y la puerta se abrió segundos más tarde.

—¿Qué coño pasa? —preguntó Andras.

Allí había un tripulante sin aliento.

—Hay un problema en el compartimento del reactor.

—¿Una fuga? —preguntó él.

—No —respondió el hombre—. Tenemos un intruso.

Andras se echó a reír.

—¿Un intruso? ¿Estás seguro? Estamos a dos mil kilómetros del terreno más cercano.

—Lo sé —contestó el tripulante—. No sé cómo ha sucedido. No se han acercado a nosotros barcos ni lanchas. El sónar no ha detectado ningún submarino. Tal vez sea un polizón —aventuró al fin.

—Tampoco es probable —dijo Andras con suma confianza—. Es más posible que sea alguien borracho que haya cometido un error muy grave.

Katarina percibía la ira en su voz. No le gustaría ser el miembro de la tripulación que había cometido ese error.

—Toda la tripulación está en su sitio —dijo el hombre—. Un ingeniero ha muerto y el otro ha sido golpeado por un comando estadounidense con el pelo canoso.

El rostro de Katarina se iluminó.

—¿Pelo canoso? —dijo Andras, al tiempo que se ponía tenso súbitamente.

El tripulante asintió con la cabeza.

—Austin —murmuró despacio Andras.

Eso esperaba Katarina. No sabía cómo era posible, pero esperaba que fuera verdad.

Andras lo vio.

—Mira qué ojos —dijo sarcásticamente—. Llenos de esperanza. Si así es como ocultas tus emociones, no durarás mucho como agente.

—No soy una agente —repuso ella.

—Está claro.

Andras parecía disgustado.

—Lo estamos buscando —dijo el hombre de la tripulación, interrumpiéndolos—. Pero se ha ido corriendo por la zona del fulcro y ha desaparecido.

—Esto es un barco —señaló Andras—. No hay muchos sitios adónde ir. Seguid buscando. Estaré en el puente de mando. Colocad centinelas en todas las entradas del fulcro y cerca de los reactores. Disparad a todo lo que se acerque a cualquiera de los dos sitios.

El tripulante asintió con la cabeza, y Andras miró su reloj.

—Tenemos diecinueve minutos. Mantenedlo a raya todo ese tiempo, y yo le daré caza personalmente.

El miembro de la tripulación se marchó. Andras cogió a Katarina de la muñeca y la sacó a rastras al pasillo. Dos puertas más abajo, abrió su compartimento, la lanzó en la silla y la ató otra vez. Las manos primero, detrás del respaldo, y luego los pies.

—Esperaba pasármelo mejor contigo —dijo—, pero eso tendrá que esperar. No te preocupes, ya no tendrás que hacerte la interesada. Me da igual.

A continuación, salió como un huracán, dio un portazo y cerró la puerta con llave. Si había un momento para escapar, pensó ella, era ahora.

Tiró de sus ataduras, se retorció y trató desesperadamente de soltarse las cuerdas, pero solo consiguió que le apretaran más. Miró alrededor de la estancia. No había nada afilado; ni cuchillos, ni abrecartas, ni tijeras. Pero eso no significaba que fuera a darse por vencida.

Balanceó la silla de un lado a otro hasta que se volcó. Una vez en el suelo, la arrastró moviéndose como una oruga con una piedra en el lomo y avanzando prácticamente tanto como una larva. Al final, logró acercarse muy lentamente a la pequeña mesa.

Encima estaban las dos copas de vino y la botella que habían compartido ella y Andras, ambos con la esperanza de alterar el juicio del otro.

Tumbada al pie de la mesa, empezó a golpearse contra ella con el hombro. La mesa se balanceó de acá para allá hasta que una de las copas se cayó y se hizo añicos.

Se retorció, tratando de alcanzar uno de los trozos. Notó que se le clavaban unos cuantos fragmentos en el brazo. Le daba igual. Lo único que importaba era conseguir uno grande con forma curvada y utilizarlo para cortar la cuerda.

Por fin tocó uno. Lo agarró torpemente y notó que se le hundía en la palma, pero consiguió sostenerlo en una posición que le permitiera emplearlo contra la cuerda. Empezó a moverlo de un lado a otro, apretándolo contra la cuerda lo mejor que pudo.

Esperaba que estuviera cortando la cuerda que la ataba porque con cada movimiento notaba que el cristal se le hincaba en la mano, y la palma y los dedos le resbalaban cada vez más a causa de la sangre.

Le dolía terriblemente, pero no pensaba darse por vencida hasta que hubiera derramado la última gota de sangre de su cuerpo.

Todavía estaba trabajando en la cuerda cuando oyó un golpe suave en la puerta. Como si alguien hubiera chocado contra ella.

A continuación oyó el sonido de la puerta abriéndose. No podía verla; estaba detrás de ella. Temía lo que haría Andras si la descubría. Tal vez la dejara allí tumbada hasta que muriera desangrada.

La puerta se cerró, y algo pesado golpeó el suelo a su lado. Notó unas manos sobre ella, unas manos que no eran frías y amenazantes sino afectuosas.

Se volvió.

En lugar de la cara de Andras, vio unos tiernos ojos azules y un cabello canoso.

—Kurt —dijo con voz entrecortada.

Él se llevó un dedo a los labios.

—No te muevas —dijo—, estás sangrando mucho.

La desató, cogió un trapo y le envolvió la palma con fuerza.

Detrás de Kurt, un tripulante yacía muerto en el suelo, mientras le goteaba sangre

de un agujero de bala en el pecho. Katarina se imaginó que era el centinela apostado en su puerta.

—Creía que estabas muerto —susurró ella.

—Yo he pensado lo mismo al verte con las muñecas ensangrentadas —dijo él.

La ayudó a incorporarse.

—Van a utilizar este barco contra tu país —dijo ella—. Van a atacar Washington dentro de menos de quince minutos.

—¿Cómo? —preguntó él.

—Han construido un gigantesco acelerador de partículas frente a la costa de Sierra Leona. Quieren enviar un enorme rayo de partículas cargadas a Washington. Se desplazará de un lado a otro como el haz explorador en la pantalla de un ordenador. Destruirá todos los aparatos eléctricos que se encuentran dentro de los límites de la ciudad y quemará cualquier cosa incendiable. Las cañerías maestras de gas explotarán. Los coches. Los camiones. Los aviones. La gente entrará en combustión espontánea al pasear por la calle. Matará y mutilará a cientos de miles de personas.

—Ya he visto algo de eso —dijo—. Pero ¿cómo pueden hacerlo desde tan lejos?

—Este barco está equipado con una potente instalación electromagnética —explicó ella.

—El fulcro —dijo él—. Lo he visto. ¿Qué hace? ¿El rayo viene de allí?

—No —contestó ella—. El rayo viene de Sierra Leona, pero pasa por encima de nosotros, y con toda la energía que están generando y canalizando a través del fulcro, podrán desviar la trayectoria del rayo de partículas. En lugar de seguir hasta el espacio en línea recta, alcanzará una especie de apogeo, miles de kilómetros por encima de este barco, y luego se arqueará por obra de las fuerzas magnéticas y será redirigido sobre la capital de tu país.

—Como un tiro por banda —dijo Kurt—. ¿Por eso lo llaman fulcro?

Ella asintió con la cabeza.

—Deben de estar locos —repuso él—. Van a provocar una guerra total.

Holgaba decir que había que detenerlos. Kurt se levantó, extrajo el cargador de su pistola y lo cambió por uno nuevo.

—Tengo que llegar a esa instalación.

Ella se levantó junto a él.

—Te estarán esperando allí. Saben que irás a por ella. También tienen los reactores vigilados.

Él se mostró irritado.

—¿Alguna propuesta?

Ella se devanó los sesos. Le costaba pensar debido a la falta de sueño y a la media botella de vino, pero al final se le ocurrió algo.

—El refrigerante —señaló ella.

—Nitrógeno líquido —dijo él.

Ella asintió.

—Si cortamos la salida de nitrógeno, los imanes se calentarán rápidamente por encima de su temperatura operativa. Sus propiedades superconductoras se debilitarán, y la instalación perderá energía. Con suerte, lo bastante para impedir que cumpla su función.

Katarina se fijó en la expresión tensa y decidida de Kurt. A continuación, él se volvió ligeramente al percibir un sonido que ella también oyó.

La puerta del camarote se abrió de golpe. Irrumpió un hombre de la tripulación.

—Te dije que montaras guardia fuera...

Fueron las últimas palabras que pronunció, pues Kurt lo atravesó con dos disparos de la Beretta. Corrió hacia la puerta, pero ya era demasiado tarde: el hombre se había caído hacia atrás, al pasillo.

Se desplomó en el corredor. Cuando Kurt llegó hasta él, se oían gritos por el pasillo.

Kurt disparó, primero en una dirección y luego en otra.

—Vamos —gritó a Katarina.

Salió corriendo y giró a la derecha mientras él disparaba por el pasillo de la izquierda.

Kurt corrió detrás de ella, y enseguida bajaban a toda prisa por una escalera de mano.

—Sé adónde ir —dijo Kurt, cogiéndola de la mano y tirando de ella—. Esperemos llegar a tiempo.

Paul Trout estaba sentado en el asiento de mando del nuevo sumergible, encogido como un jugador de baloncesto en un coche compacto. Aunque ese submarino era más pequeño que el *Grouper*, estaba diseñado con un perfil más alto, lo que al menos le permitía incorporarse. También había suficiente espacio para que Gamay realizara su trabajo con el simulador de realidad virtual sin tener que tumbarse.

En ese momento se encontraba sentada, vestida con su traje, mirando inmóvil por los pequeños ojos de buey situados delante de ellos. La vista era surrealista. Avanzaban deprisa a ciento cuarenta nudos a escasos tres metros por encima de la superficie, colgados de un bamboleante grupo de cables bajo el SH-60 Seahawk.

Aunque era de noche, las crestas de las olas resultaban visibles al pasar a toda velocidad.

El plan consistía en lanzarlos desde el aire hacia el sur, lo más cerca posible de la línea del horizonte de sucesos. Desde allí se sumergirían en el cañón y avanzarían poco a poco, transportando su pequeño bombardero robótico.

Dentro de veinte minutos comenzaría la primera oleada de ataques aéreos. Aunque nadie esperaba que fuera bien, tenían la esperanza de que las oleadas de misiles y las fintas del escuadrón de cazas del *Lincoln* distrajeran a las fuerzas de Djemma Garand y permitieran que Paul y Gamay se introdujeran sin ser vistos.

—Un minuto para el punto de lanzamiento —les anunció el piloto del helicóptero.

—Recibido —dijo Paul.

No había nada que él pudiera hacer. El submarino estaba equipado y listo. Cuando el piloto decidiera lanzarlos, descenderían. Esperaba que no fuera a ciento sesenta kilómetros por hora.

—He traído provisiones —le dijo a Gamay.

—¿Qué? —exclamó ella—. Esto no es un *picnic*.

Él señaló detrás de ellos. Material de buceo sujeto con cables elásticos.

—Por si tenemos que repetir nuestra milagrosa huida. Esta vez podremos hacerlo con un poco más de tranquilidad.

Ella sonrió, lo justo para hacerle saber que la había conmovido. A continuación, su mirada se tiñó de suspicacia.

—¿Te acuerdas?

—Al subirme a este trasto me ha venido todo a la memoria —dijo él.

Ella puso cara de tristeza.

—Es una lástima.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Fue horrible —contestó ella.

—Fue espantoso, pero sobrevivimos. Prefiero pensar que fue uno de nuestros

momentos fulgurantes.

Paul esperaba que no tuvieran que volver a hacer nada parecido, pero los tanques, las gafas y las aletas les serían de ayuda en caso de que así fuera.

—Treinta segundos para el lanzamiento —anunció la voz del piloto.

—Adelante —dijo ella valientemente—. Muchas personas morirán si fracasamos.

—Diez segundos —dijo el piloto.

Paul vio que Gamay respiraba hondo.

El submarino se balanceó a un lado y al otro mientras disminuían de velocidad hasta casi detenerse por completo. Y entonces notaron una súbita sensación de ingravidez, seguida un segundo más tarde de una brusca desaceleración y una sensación de chapoteo cuando el submarino cayó al agua. El vehículo estaba configurado para la inmersión, y en cuestión de segundos las olas ya los habían cubierto.

Paul aceleró, pisó el pedal derecho del timón y puso el submarino en rumbo.

—Llegaremos al cañón dentro de cinco minutos —dijo—. A partir de allí es un paseo. Quince minutos hasta la parte superior y luego es cosa de *Rapunzel*.

Veinte minutos en total. No pintaba nada mal, pero Paul sabía que serían los veinte minutos más largos de su vida.

Djemma Garand se encontraba en la sala de control de su imponente proyecto. Quince pisos por encima del mar. Era perfectamente consciente de que su arriesgada partida contra los estadounidenses había alcanzado un punto crítico. Ya había destruido dos de sus satélites y había vedado el espacio aéreo de África a los aviones espía de cualquier país, pero las últimas noticias de sus comandantes militares hacían pensar que la partida se jugaría sin límites.

—Hay una flota de portaaviones estadounidense a trescientos veinte kilómetros de nuestra costa —le informó uno de ellos—. Nuestro radar principal ha detectado al menos veinticuatro aviones.

—¿Y submarinos? —preguntó.

—Nada todavía —contestó el comandante de las fuerzas navales—. Los estadounidenses tienen fama de ser muy silenciosos, pero cuando entren en los bajíos los oiremos y atacaremos.

Eso era lo que él esperaba.

—Levantad las redes antitorpedos —dijo—. Y sacad a la superficie el emisor.

Bajo la plataforma, sus lanchas patrulleras arrancaron sus ruidosos motores y zarparon hacia la boca de la bahía. Mientras tanto, sus helicópteros, cargados de misiles antisubmarinos, se elevaban de las plataformas del Cuadrángulo.

Se alegraba de verlo, pero solo servirían de prácticas de tiro a los estadounidenses si el arma de energía no funcionaba.

A un kilómetro y seiscientos metros enfrente de la plataforma número cuatro, una larga rampa inclinada empezó a salir del agua como una enorme serpiente que hubiera cobrado vida. Se elevó hasta que estuvo a noventa metros por encima de las olas, y las torres telescópicas se fijaron como puntales bajo un puente.

Un largo tubo reposaba en el centro de la rampa, y en su parte superior había un semicírculo lleno de superconductores que podía enviar el chorro de partículas en cualquier dirección.

—Emisor conectado, niveles de energía al noventa y cuatro por ciento —anunció uno de sus técnicos.

Cerca de él, Cochrane estudiaba la lectura. Asintió con la cabeza.

—Todos los indicadores conectados.

—Misiles entrantes —informó su operador de radar—. Seis por el sur, diez justo por el oeste. Ocho por el noroeste.

—Conectad el rayo de partículas —dijo—. Destruílos.

Activaron los interruptores, y se inició un programa de codificación informático. Los potentes sistemas de radar que había comprado estaban conectados, captando los misiles estadounidenses, siguiéndolos y fijándolos como objetivos. El sistema de

control de disparo pasó a modo automático.

La batalla se libraba por fin.

Djemma sabía que llevaba mucha desventaja. Para vencer tendría que rechazar el ataque de los estadounidenses y luego golpearles fuerte en su propio territorio. Para tener éxito tendría que conseguir lo que ningún país había logrado en casi doscientos cincuenta años: obligar a los estadounidenses a retroceder.

Mientras pensaba en aquello, múltiples explosiones iluminaron el horizonte oscuro, y Djemma Garand supo que se había anotado el primer tanto.

A varios miles de kilómetros de allí, en la sala de crisis del Pentágono, el mismo grupo que se había reunido doce horas antes observaba y esperaba mientras el ataque en Sierra Leona se desarrollaba en tiempo real.

Dirk Pitt no recordaba haberse sentido tan tenso, tal vez porque a esas alturas los acontecimientos escapaban a su control, tal vez porque al menos dos de sus empleados, Paul y Gamay, estaban allí.

Después de que dos tandas de Tomahawk hubieran sido destruidas y un avión con dispositivo de inhibición de radares hubiera corrido la misma suerte nada más situarse en posición, se había iniciado una segunda oleada de ataques.

En la pantalla, Pitt observaba cómo unos iconos que representaban un escuadrón de F-18 Hornet se aproximaban a la costa de Sierra Leona procedentes de distintas direcciones. Los aviones estaban convergiendo en una línea imaginaria, el horizonte de sucesos. Se creía que el arma del rayo de partículas era capaz de incinerar cualquier cosa que cruzara esa línea, pero no podían dar rienda suelta a Djemma sin antes probarlo.

A pocos kilómetros de la línea, los Hornet soltaron una tanda de misiles Harpoon, el arma no balística más veloz de la Marina de guerra. Atacando desde distintos ángulos al mismo tiempo, esperaban superar la capacidad de respuesta de los sistemas, pero al ver que un misil tras otro dejaba de enviar señales de telemetría, Pitt empezó a intuir el fracaso de la segunda fase.

En la parte inferior de la gran pantalla, un vídeo de una cámara de a bordo grababa la trayectoria de un misil acercándose desde el sur. Otros tres misiles avanzaban por delante de él a diferentes distancias, volando deliberadamente con rumbos apenas distintos.

A lo lejos apareció una explosión, a la izquierda del misil. Comenzó como un destello, luego una nube, y más tarde un arco en llamas de combustible que se extendió a través del encuadre. Segundos más tarde, se produjeron dos explosiones parecidas, esta vez al frente y a la derecha. Y luego una llamarada en el objetivo, unas cuantas interferencias y la pantalla en negro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Brinks, aunque sin duda todo el mundo lo sabía.

—Los misiles han caído —dijo un operador de telemetría.

Al fondo, unas llamadas por radio confirmaron que los pilotos estaban viendo lo mismo. Y luego, de repente, un piloto transmitió que tenía problemas.

—Experimento fallo en el control...

La señal se cortó.

Un segundo piloto informó de algo parecido, y acto seguido su señal se interrumpió.

—Grandes explosiones, virando a uno, cinco, cinco —comunicó un tercer piloto—. Tenemos dos, tal vez tres aviones derribados...

El comandante del escuadrón intervino.

—Descienda a baja altitud, retírese.

Antes de que sus órdenes pudieran ser obedecidas, se perdieron dos señales más. E instantes más tarde, confirmó que había cinco aviones abatidos.

—Al parecer, hemos trazado la puñetera línea en el lugar equivocado —dijo.

Con la cara colorada y las venas abultadas en el cuello, Brinks parecía a punto de explotar. Una sensación de malestar se apoderó del resto de los presentes en la sala.

A continuación entrarían en acción los submarinos, junto con los dos civiles de Dirk, que llevarían a cabo una táctica evasiva. Pero ese ataque se produciría en cámara lenta.

Mientras esperaban, un ayudante entró en la sala y habló con el vicepresidente Sandecker, a quien pasó una nota.

Sandecker alzó la vista, con expresión preocupada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Brinks.

—Una comunicación desde Moscú —dijo Sandecker.

—¿Moscú? —preguntó Pitt.

Sandecker asintió con la cabeza.

—Afirman que acaban de descubrir una información que indica que Washington está a punto de ser atacada. La amenaza tiene la forma de un arma que dispara un rayo de partículas. Por lo visto, la misma que no hemos podido destruir nosotros. Insisten en que la información es muy creíble y que la amenaza es válida. Nos recomiendan que hagamos todo lo posible para defendernos o evacuar la zona.

—Pero ¿qué demonios...? —Comenzó a decir Brinks.

Sandecker alzó la vista.

—Si la información es exacta, el ataque tendrá lugar dentro de los próximos diez minutos.

—¿Diez minutos?

—Es un detalle por su parte que nos avisen tan pronto —masculló alguien.

—No podemos evacuar la ciudad en diez minutos —dijo alguien—. No podríamos hacerlo ni en diez horas.

—El Sistema de Aviso de Emergencias —propuso otra persona—. Que recomienden a todo el mundo que se ponga a cubierto. Sótanos, garajes subterráneos, el metro. Si es verdad, la gente estará más segura en esos lugares.

Brinks sacudió la cabeza.

—«Si es verdad» —dijo sarcásticamente—. Es una broma. Y si empezamos a gritar que el cielo se está desplomando, miles de personas morirán de pánico por nada. Probablemente eso es lo que quieren, y que nuestros ciudadanos se preocupen por si podemos protegerlos o no.

—¿Y si no podemos protegerlos? —preguntó Pitt—. ¿Vamos a dejarlos morir felices en su ignorancia?

Brinks se retorció.

—Oiga —repuso—, puede que Garand haya ganado esta ronda, pero de ninguna manera van a alcanzarnos aquí. Todos nuestros expertos concluyen lo mismo. Su arma dispara en línea recta. No puede alcanzar ningún objetivo más allá del horizonte. Incluso los F-18 se han puesto a salvo, después de replegarse varios kilómetros.

El vicepresidente miró a su alrededor.

—¿Alguien tiene algo que añadir? Si es así, este es el momento.

Se hizo el silencio por un instante, y acto seguido intervino otro miembro de la Agencia de Seguridad Nacional, un hombre menudo con gafas sin montura.

—Existe una posibilidad —dijo.

—Hable —ordenó Sandecker.

—Los rayos de partículas se apuntan y se dirigen mediante imanes —explicó el hombre—. Nuestro estudio concluyó que un campo magnético muy potente situado a lo largo de la línea del objetivo podría curvar un chorro de partículas y redirigirlo sobre un nuevo objetivo. Básicamente, eso le proporcionaría la capacidad de disparar en una trayectoria curva.

A Pitt no le gustó cómo sonaba eso. Dio un paso adelante, aunque en realidad ese no era su sitio.

—¿Qué haría falta para que nos alcanzaran aquí?

El hombre se puso bien las gafas y carraspeó.

—La potencia de salida de una ciudad pequeña encauzada hasta una vigorosa instalación magnética de algún tipo.

—¿Dónde tendría que estar esa instalación magnética? —preguntó Pitt.

El hombre no vaciló.

—Tendría que estar situada aproximadamente a medio camino entre el emisor de las armas y el objetivo.

Eso hacía la amenaza menos probable. Allí no había islas; desde luego no había ningún sitio lo bastante grande para generar la clase de energía de la que estaba hablando ese hombre. Pero por otra parte...

Pitt se volvió hacia el miembro del personal del Pentágono que estaba manejando la visualización táctica.

—Amplíe la pantalla para que aparezca todo el Atlántico —solicitó.

Nadie puso ninguna objeción, y el empleado llevó a cabo la operación con dos

rápidas pulsaciones en el teclado.

En el lado izquierdo de la gran pantalla apareció el familiar perfil de la costa este de Estados Unidos. África y Europa occidental ocuparon sus lugares a la derecha.

Una serie de pequeños iconos en el lado inferior derecho señalaban el grupo de combate y el Cuadrángulo justo debajo de África occidental.

—Muéstreme la posición del petrolero liberiano *Onyx* —dijo Pitt—. Según el último informe de Kurt Austin.

Pasaron unos segundos y entonces apareció un nuevo icono teñido de azul, un azul tan claro que casi parecía blanco. Una pequeña bandera colocada a su lado rezaba «*Onyx. Liberia*».

Dirk Pitt se quedó mirando el icono junto al resto de los presentes en la sala de crisis.

Se encontraba casi justo en el centro de la pantalla, exactamente a medio camino entre el Cuadrángulo de la costa de Sierra Leona y la ciudad de Washington.

—Dios santo —exclamó Sandecker—. ¿Cuándo van a atacar nuestros submarinos?

—Faltan solo treinta minutos para que se sitúen al alcance —contestó el ayudante de la Marina—. No podrán detenerlo.

A continuación, Sandecker intervino agarrando al ayudante.

—Lleven al presidente al búnker —dijo—. Ordenen la alerta inmediata por el Sistema de Aviso de Emergencias. Contacten con todas las agencias de seguridad y los servicios de emergencias y con las compañías eléctricas. Díganles que pongan a cubierto a sus empleados y que estén preparados para una desconexión de emergencia. Vamos a necesitar que vuelvan a poner en marcha este sitio si ocurre lo peor.

Mientras Sandecker hablaba con el ayudante, un general de brigada de las Fuerzas Aéreas se comunicaba por teléfono con Andrews, transmitiéndole la noticia y ordenando el despegue de urgencia de sus aviones. Otras personas de la sala estaban dando órdenes parecidas, en persona o por teléfono. La normalmente silenciosa sala de crisis parecía de repente una ajetreada centralita de telemarketing o un corro de Wall Street.

Pitt cogió su móvil y envió un mensaje urgente a todo el personal de la NUMA en las inmediaciones. Y para rematar, llamó a la oficina.

Por su parte, Brinks parecía afligido, manejando torpemente su teléfono móvil mientras intentaba llamar a su mujer. Dirk lo entendía; daba gracias por que su mujer, Loren, y sus hijos, Summer y Dirk, estuvieran esa semana en la costa Oeste, pues de lo contrario se habría visto en la misma danza frenética.

Brinks colgó y se acercó con paso vacilante a Pitt, entre todos los presentes.

—El buzón de voz —dijo, como si estuviera en trance—. Vaya momento para que salte el buzón de voz.

—Sigue intentándolo —le dijo Pitt—. Llama a ese teléfono hasta que eche humo.

Brinks asintió con la cabeza y siguió comportándose como si estuviera drogado. La conmoción lo había dejado paralizado.

Lanzó una mirada esperanzada a Pitt.

—¿Ha subido tu hombre a bordo de ese barco? —preguntó en voz baja.

Pitt asintió con la cabeza.

—Que yo sepa, sí.

Brinks tragó saliva, o tal vez se tragó su orgullo.

—Supongo que ahora él es nuestra única esperanza.

Dirk asintió. El destino de miles, si no cientos de miles, de personas estaba ahora en manos de un hombre que se encontraba en un petrolero en medio del Atlántico.

A bordo del *Onyx*, Kurt corría y disparaba una y otra vez. Vació el segundo cargador, introdujo otro y siguió avanzando, empujando a Katarina por delante.

Al verse momentáneamente libres de sus perseguidores, se escondieron en un hueco entre dos pañoles del barco y escucharon.

Una extraña alarma había empezado a sonar. Se parecía al «Uuuh, uuuh» que se oía en un submarino antes de que estuviera a punto de hundirse.

—¿Qué es eso? —preguntó Katarina.

—No lo sé —contestó él.

Segundos más tarde, una voz grabada sonó por el altavoz del barco: «Fulcro en funcionamiento. Manténgase lejos de la instalación situada en medio del barco. Repito. Manténgase lejos de la instalación situada en medio del barco».

—Se nos está acabando el tiempo —dijo Katarina—. Solo deben de quedar un par de minutos.

—Y además vamos en la dirección equivocada —añadió Kurt.

No les había quedado otra opción; cada grupo de hombres con el que se habían topado los había obligado a desviarse. Desde que habían salido del camarote, se habían alejado hacia la proa en lugar de hacia la popa.

Sin embargo, contaban con un dato a su favor: a pesar del tamaño descomunal del petrolero, su tripulación no superaba los cien hombres. Algunos de ellos debían encontrarse en estaciones de servicio para llevar a cabo lo que quiera que Andras estuviera haciendo con la instalación del fulcro. Y como mínimo seis ya estaban muertos.

La arquitectura del barco no jugaba en su favor. El compartimento del fulcro se hallaba entre ellos y la sala del refrigerante en el extremo de popa del barco. Puesto que el fulcro ocupaba la parte superior de la nave y avanzaba de bao en bao, la única forma de llegar más allá era internarse en el barco y utilizar las cubiertas inferiores para pasar por debajo.

La alarma y la grabación siguieron sonando, y Kurt se imaginó la gigantesca configuración en forma de abanico, más grande que un campo de fútbol americano, surgiendo a través de unas enormes puertas sobre el casco del *Onyx*.

—Vamos —dijo, levantando a Katarina y poniéndose de nuevo en marcha.

Ella tenía que esforzarse para no quedarse atrás, pero no se había quejado lo más mínimo.

Kurt encontró una escalera de mano que descendía por un agujero desde la cubierta. La agarró y se deslizó colocando los pies en la parte exterior de la barandilla.

—Vamos —repitió.

Mientras Katarina bajaba por la escalera, él se fijó en que el trapo que la joven llevaba alrededor de la mano estaba empapado de líquido rojo.

Se acercó a examinarla.

—Me encuentro bien —afirmó ella—. Sigue bajando.

Después de descender unos cuantos metros más por otra escalera, llegaron a otra cubierta. Esta vez Kurt se detuvo. Oía máquinas vibrando según una extraña pauta intermitente.

Eso le dio una idea.

—Espera aquí —dijo.

Kurt avanzó sigilosamente. En un par de escotillas unas marcas indicaban: «Unidad de propulsión».

Detrás de él, Katarina se apoyó en una pared y se deslizó por ella en cámara lenta.

—Estoy bien —dijo cuando Kurt miró atrás hacia ella—. Solo... estoy... descansando un poco.

Katarina no iba a llegar mucho más lejos. Al menos corriendo por el barco a toda velocidad. Y de todas formas se les estaba acabando el tiempo.

La alarma se interrumpió, y en las entrañas del barco el casco vibró ligeramente cuando algo grande encajó en alguna parte.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

—Un minuto —dijo ella, agotada—. Tal vez menos.

Se desplomó de lado, y el trapo empapado que le cubría la mano manchó de sangre la cubierta metálica.

En aquel momento Kurt no podía ayudarla. Tenía que hacer algo con el fulcro antes de que fuera demasiado tarde. Empleando un hacha para incendios que cogió de una abrazadera de la pared, abrió de un golpe la cerradura de la puerta situada delante de él. Un sonido de maquinaria vibrando resonaba por toda la sala.

Entró. Abajo estaban los potentes motores eléctricos de los propulsores de popa. Por la manera en que funcionaba el sistema, tenía problemas para mantener el barco perfectamente alineado.

Kurt supuso que redirigir un rayo de partículas exigiría una precisión absoluta. Si pudiera parar los propulsores, o desbaratarlos, podría dar al traste con la cohesión o la puntería del rayo.

Frente a la costa de Sierra Leona, Djemma Garand observaba el campo de batalla desde su posición ventajosa en la sala de control de la plataforma número cuatro. Había obligado a retroceder a los estadounidenses. Había rechazado sus agresiones dos veces. Ahora atacaría con furia.

—¡Vuelva a poner todas las unidades a toda potencia!

Cochrane estaba a su lado; no parecía en absoluto un hombre a punto de adquirir una reputación infame para toda la eternidad. Parecía más bien un roedor que hubiera

preferido escabullirse debajo de un arbusto y esconderse antes que alguien preparado para reclamar su lugar en la historia. Pero hacía lo que le decían, y había formado lo bastante bien a los otros ingenieros de Djemma para que manejaran la maquinaria si él vacilaba.

—Todas las unidades al cien por cien de capacidad prevista —dijo Cochrane—. Los túneles magnéticos están activados y listos. La mezcla de partículas pesadas se encuentra estable.

Observó otra pantalla, una visualización telemétrica del *Onyx*.

—La instalación del fulcro está en posición —añadió—. Puede disparar cuando lo desee.

Djemma saboreó el momento. Los estadounidenses le habían atacado con misiles y aviones, y en ese instante las lecturas del sónar indicaban que dos submarinos suyos estaban entrando en los bajíos. Se estaban doblegando ante su fuerza, y ahora, tal como había prometido, notarían su dentellada.

Una vez que diera la orden, el sistema se activaría. La carga tardaría quince segundos en acumularse en los túneles de su enorme acelerador, y un cuarto de segundo más tarde el estallido de energía avanzaría a toda velocidad, cruzaría el *Onyx* y se dirigiría a Washington.

Durante un minuto entero se extendería a través de la capital estadounidense, desplazándose de un lado a otro y sembrando el caos y la destrucción.

Miró a Cochrane.

—Inícielo y dispare —dijo tranquilamente.

En la sala de máquinas del *Onyx*, Kurt encontró lo que necesitaba: las gruesas líneas de alta tensión que había visto en la sala del reactor. Las líneas azules, pensó, acordándose del diagrama esquemático. Recorrían el acelerador y luego volvían al fulcro.

Era su única posibilidad. Se acercó a ellas, blandió el hacha y la soltó en el último momento para evitar electrocutarse al cortar los cables.

La hoja del hacha golpeó las líneas y soltó una impresionante lluvia de chispas. Un cegador destello atravesó la abertura como un relámpago artificial, y todo el barco se sumió en la oscuridad.

Kurt se vio arrojado a la cubierta por la explosión. Notaba la cara quemada. Durante varios segundos, el compartimento permaneció totalmente a oscuras. Los motores de los propulsores de proa emitieron un ruido estruendoso y empezaron a detenerse. Finalmente, las luces de emergencia se encendieron, pero para gran alegría de Kurt, ningún otro elemento tenía electricidad.

Esperaba que bastara con eso. Esperaba haber actuado a tiempo.

En el puente de mando del barco, Andras observaba. El barco se había quedado a oscuras, y en la negrura de la noche parecía como si el mundo hubiera desaparecido. Segundos más tarde, las luces de emergencia se habían encendido.

Al principio temió que la instalación hubiera sobrecargado el sistema. Alargó el brazo, tecleó en los mandos del fulcro y activó el conmutador de palanca situado en un lateral del aparato. No obtuvo respuesta, ni siquiera la luz de un piloto luminoso auxiliar.

Un segundo más tarde, parte de los sistemas básicos volvían a estar conectados, y Andras miró a su alrededor esperanzado.

—Es la línea de ciento veinte voltios —dijo uno de los ingenieros—. La de alta tensión sigue cortada. —El hombre estaba accionando unos interruptores sin obtener ningún resultado—. Los propulsores no funcionan, ni hay energía para la instalación. Ni tampoco para el acelerador.

Andras se inclinó para examinar visualmente la instalación del fulcro. Allí estaba, extendida como el manto de hojas de un gigantesco árbol que hubiera brotado del centro del barco, pero no funcionaba. Ni siquiera se encendían las parpadeantes señales rojas luminosas.

Cogió la palanca de mando que había elevado la instalación y se puso a toquetearla un instante, y a continuación lanzó el controlador a un lado con saña.

—¡Maldito seas, Austin! —gritó.

Tras un instante de reflexión, se dio cuenta de que era posible restablecer la electricidad. Solo tenía que asegurarse de que Austin no andaba cerca para cortarla por segunda vez. Cogió su rifle y comprobó el seguro.

—Que alguien baje a redireccionar las líneas de alta tensión —ordenó—. Volveremos a intentarlo cuando funcione.

El ingeniero asintió con la cabeza.

Otro hombre miró a Andras desde el rincón opuesto del puente de mando.

—¿Qué le decimos a Garand si llama?

—Decidle... que ha errado el tiro.

A continuación, Andras salió como un huracán del puente de mando, con una sola idea en mente: tenía que acabar con Austin.

La tensión en la sala de crisis del Pentágono podía cortarse con un cuchillo. Si se hubiera caído una aguja, habría sonado como un cañonazo.

Uno de los miembros del personal transmitió un mensaje, con una mano pegada al auricular.

—Confirmamos una descarga en el sitio del Cuadrángulo —dijo—. Una descarga continua... Con una duración de al menos sesenta segundos.

Nadie se movió. Todos se quedaron mirando la pantalla y esperaron lo inevitable. A diferencia de los misiles balísticos, con su tiempo de aproximación, aquello debería haber transcurrido en un abrir y cerrar de ojos.

Diez segundos más tarde, las luces seguían encendidas y los ordenadores seguían funcionando.

Todo el mundo empezó a mirar a su alrededor.

—¿Y bien? —preguntó el vicepresidente Sandecker.

—Las redes siguen transmitiendo en directo —intervino una agente—. No hay señales de impacto ni de daños.

El rostro de Brinks recuperó el color. Se volvió hacia Pitt.

—Tu hombre lo ha conseguido —dijo esperanzado.

—Se llama Austin —señaló Pitt.

—Pues dale las gracias en mi nombre y en el del país —dijo Brinks—. Y mis disculpas por ser un idiota bocazas.

Pitt asintió con la cabeza, imaginándose que a Kurt Austin le gustarían las tres cosas. Se volvió hacia los jefazos de la Marina presentes en la sala.

—Necesitará salir de alguna forma de ese barco.

—Eso está hecho —contestó uno de ellos, sonriendo.

Eso complació a Pitt. Pero todavía no estaban fuera de peligro.

En el monitor, los iconos que representaban los submarinos estadounidenses *Memphis* y *Providence* brillaban. Se estaba informando de la posición de un nuevo barco. Iban a entablar batalla.

El submarino estadounidense *Memphis* había subido de las profundidades, más allá del límite de la plataforma continental. Estaba allí fondeado cuando el potente sónar de su proa había empezado a emitir señales frenéticamente.

No era el procedimiento operativo normal, pues revelaba la posición del barco, pero el plan consistía en sacar la pequeña flota de submarinos de Garand de su bahía y permitir que los *Trout* y *Rapunzel* entraran a hurtadillas detrás de ellos.

Las violentas emisiones del sónar sembrarían probablemente la confusión e

incluso el terror entre el enemigo.

Dentro de la sala de control del submarino, el operador de sónar veía que el plan estaba saliendo demasiado bien.

—Se acercan cinco objetivos —gritó—. Identificados como bravo uno hasta bravo cinco.

—¿Tenemos cálculos para acertar el objetivo? —preguntó el capitán del submarino.

El oficial responsable de abrir fuego vaciló. Su ordenador no paraba de emitir un destello verde equivalente a un sí y uno rojo equivalente a un no.

—Los submarinos son tan pequeños y cambian tanto de dirección que el ordenador no puede proponer una solución.

—Entonces dispare en modo acústico —ordenó el capitán—. Cuando yo diga.

—Preparado, señor.

—Dispare por todos los tubos.

Durante un período de cinco segundos, el aire comprimido del submarino lanzó seis torpedos Mark 48 por los tubos situados en mitad del *Memphis*.

Segundos más tarde, el operador de sónar oyó un sonido distinto.

—Se acercan torpedos —gritó—. Rumbo cero, cuatro, tres y tres, cinco, cinco. Por lo menos cuatro.

Se aproximaban torpedos por el cuadrante delantero derecho y el izquierdo. Los proyectiles los privaron de la capacidad de maniobra.

—Todo a estribor —gritó el capitán—. A toda revolución, timones de proa levantados al máximo. Desplieguen contramedidas.

El barco viró, aceleró y se elevó hacia la superficie. Las contramedidas diseñadas para desviar los torpedos fueron arrojadas al agua detrás de ellos.

Las batallas entre submarinos eran versiones en cámara lenta de los combates aéreos. Y la espera mientras un torpedo seguía su trayectoria procedente de fuera podía hacerse interminable.

Pasaron diez segundos y luego veinte.

—Vamos —gruñó el capitán.

El submarino se elevaba rápido.

—Han fallado —informó el operador de sónar. Segundos más tarde, añadió—: No nos han dado.

Habían conseguido evitar los proyectiles. Pero el *Memphis* no era tan ligero como la pequeña embarcación contra la que estaba combatiendo. Como un oso enredado con una jauría de lobos, no duraría mucho. El operador de sónar volvió a gritar, como si quisiera demostrar ese hecho.

—Nuevos objetivos con rumbo cero, nueve, cero.

—Ángulo de descenso completo —ordenó el capitán.

Una serie de explosiones a lo lejos sacudieron las profundidades cuando dos de los torpedos del *Memphis* dieron en sus blancos en rápida sucesión. Sin embargo, no

hubo celebraciones; ellos también tenían problemas, y muy cerca.

—El casco está subiendo rápido, capitán —informó el timonel.

—Nivele el submarino —dijo el capitán—. Más contramedidas.

El ángulo de aproamiento disminuyó. Otra explosión los sacudió desde lejos, pero el operador de sónar tenía una expresión afligida.

Se volvió hacia el capitán, negando con la cabeza.

—No sirve de nada.

Un instante más tarde el *Memphis* fue alcanzado. Todos los que no estaban sentados ni tenían los cinturones abrochados se vieron lanzados al suelo. Las luces principales se apagaron. Las alarmas sonaban por toda la embarcación.

El capitán se levantó y logró echar un vistazo al panel de daños.

—Emersión de emergencia —ordenó.

El *Memphis* vació todos los depósitos y empezó a ascender.

A kilómetros de distancia de allí, Paul y Gamay Trout no podían ver ninguna pantalla ni oír ninguna llamada por radio que les describieran la acción, pero el mar transportaba el sonido de manera mucho más efectiva que el aire, y los ecos de las estruendosas explosiones llegaron hasta ellos uno detrás de otro como el sonido de un trueno lejano.

Ninguno de los dos dijo nada, salvo lo necesario para la navegación.

Finalmente, Paul redujo la velocidad. Habían sido lanzados desde el helicóptero de la Marina, habían descendido al otro extremo del cañón y habían regresado serpenteando hacia las plataformas.

—Estamos a sesenta metros y continuamos —dijo Paul—. Si el sistema inercial no se equivoca, las plataformas están a menos de un kilómetro y medio.

Gamay ya estaba activando el programa de *Rapunzel*. Quería acabar con aquello lo más rápido posible.

—Soltando el cordón umbilical —dijo.

Notó que estaba sudando otra vez a pesar del frío. Y luego notó la mano de Paul sobre su hombro, masajeándolo suavemente.

Otra serie de explosiones retumbó a través de las profundidades, esta vez más grandes, más próximas y más amenazantes que las anteriores.

—¿Crees que ha sido uno de los nuestros? —preguntó ella.

—No lo sé —respondió él—. No pienses en ello. Haz lo que tienes que hacer.

Gamay trató de apartar la idea de su mente, al mismo tiempo que otro estruendo llegaba hasta ellos, pero a través del visor no se veía más que oscuridad.

Pasaron unos segundos.

—¿A qué distancia? —preguntó.

—Ya deberías estar allí —dijo Paul.

Algo iba mal.

—No se mueve —dijo Gamay.

—¿Qué?

Gamay examinó los datos del pequeño robot.

—Su motor funciona, pero no se mueve. Está atascada.

—¿Cómo es posible? —preguntó Paul.

Con un movimiento rápido de la mano derecha, Gamay encendió la luz exterior de *Rapunzel*. La respuesta a la pregunta de Paul enseguida se hizo evidente.

—Está atrapada en una red.

Gamay dio marcha atrás al robot y este retrocedió unos metros. La red no estaba allí por casualidad; estaba colgada desde arriba.

—Redes antitorpedos —dijo Paul—. Debemos de estar justo al lado de la plataforma.

Gamay puso en marcha el instrumento para cortar.

—Voy a cortarla.

El *Memphis* había emergido a la superficie, pero se estaba llenando de agua rápidamente. Se dio la orden de abandonar la embarcación, y los hombres salieron por las escotillas y subieron a botes o se lanzaron al agua.

Sin embargo, los supervivientes habían rebasado sobradamente la línea del horizonte de sucesos. Si su enemigo lo deseaba, podía achicharrarlos a todos con una sola ráfaga de su arma.

En el *Onyx*, Kurt advirtió que las luces estaban de nuevo encendidas. Daba gracias por que los propulsores de proa no se hubieran reiniciado. Confiaba en que eso significara que las líneas de alta tensión seguían cortadas y que la instalación del fulcro continuaba desconectada.

Regresó al lugar del pasillo donde estaba Katarina.

—¿Lista para otra carrerita? —preguntó.

—No creo que pueda.

Él le examinó la mano. El flujo sanguíneo había disminuido, y la sangre de la herida por fin se estaba coagulando.

—Vamos —dijo—. Eres una campeona. Demuéstramelo.

Ella lo miró a los ojos y apretó la mandíbula. Kurt la ayudó a levantarse, y echaron a andar.

—¿Sigues queriendo ir a la sala del refrigerante? —preguntó ella.

Él asintió con la cabeza.

—Dentro de poco volverán a tener electricidad. Debemos desactivar esa cosa para siempre.

—Conozco otro camino para llegar allí —dijo Katarina—. No se imaginarán que

vayamos a usarlo.

Llevó a Kurt más adelante hasta que llegaron a otra escotilla, pero estaba bien cerrada.

Kurt se agachó y agarró la manivela.

Después de dos rotaciones completas, giró fácilmente. La abrió y vio una escalera de mano que bajaba por un pozo. Unas tenues luces rojas iluminaban los peldaños y un aire glacial ascendió hacia él. De repente, se acordó del «Infierno» de Dante, donde se describía el último círculo del infierno como una zona fría de apariencia ártica.

—¿Qué hay ahí abajo? —preguntó.

—Los túneles del acelerador —dijo ella.

No parecía un lugar seguro, pero un sonido de pisadas en la cubierta metálica le hizo cambiar de opinión.

La ayudó a bajar a la escalera, descendió al lado de ella y cerró la escotilla. Al llegar al pie de la escalera encontraron un túnel.

A Kurt le recordó el andén de un metro, como el de Washington, solo que más estrecho. Las familiares líneas de alta tensión y los conductos de nitrógeno líquido recorrían cada pared, así como el techo y el suelo. Hileras de brillantes rectángulos grises —que, como bien sabía Kurt, eran imanes superconductores— se perdían a lo lejos, formando una pequeña curva en el límite de su campo de visión.

Kurt expulsó una nube de cristales de hielo. Estaba muerto de frío. Aquel lugar le recordaba el compartimento del fulcro pero más frío.

—Si seguimos en esa dirección —dijo ella—, podemos salir por la escotilla de acceso trasera. Un nivel por debajo de la sala del refrigerante.

Kurt echó a andar, mientras Katarina se apoyaba pesadamente sobre su hombro. Era un plan estupendo. A la tripulación no se le ocurriría buscarlos allí, estaba seguro.

—¿Y si encienden esa cosa? —preguntó.

—Entonces moriremos antes de saber qué ha pasado.

—Más motivo para darnos prisa —dijo él.

A esas alturas, Djemma Garand percibía el peligro arañándole la garganta. Washington permanecía intacta. Andras no contestaba, y la tripulación del *Onyx* informaba de la presencia de comandos a bordo.

El ejército estadounidense lo rodeaba y no daba muestras de retroceder, por mucho que él lo atacara.

—¿Dónde está Andras? —preguntó por radio.

—Está buscando al estadounidense —contestó una voz.

—¿Y la instalación?

—Sigue apagada. No tenemos electricidad.

El tripulante del *Onyx* parecía aterrado, pero no se enfrentaba a lo mismo que Djemma.

Dejó los auriculares. Todo estaba condenado al fracaso. Ahora lo veía.

Contempló las olas. Uno de sus submarinos había sido destruido y obligado a salir a la superficie. Los otros seguían combatiendo, disparando desde aguas más profundas.

A través de unos enormes prismáticos, vio a la tripulación del submarino estadounidense cabeceando en sus balsas salvavidas de color naranja.

—Apunte a su posición —dijo tranquilamente.

Cochrane vaciló.

—Vamos a morir, señor Cochrane —señaló Djemma—. Lo único que podemos hacer es llevarnos por delante a todos los que podamos.

Cochrane se apartó de los mandos.

—Olvídelo —dijo—. Si quiere buscarse la ruina, es asunto suyo. Yo no pienso morir.

Djemma había estado esperando ese momento. Sacó su vieja pistola y le hizo a Cochrane tres agujeros.

Cochrane cayó hacia atrás y se quedó inmóvil. Djemma disparó unas cuantas veces más a su pellejo inútil por puro placer.

—De nuevo ha demostrado usted estar equivocado, señor Cochrane —dijo.

Se dirigió a los mandos, mirando coléricamente a los ingenieros.

—¡Apunten a las balsas salvavidas y disparen!

Gamay Trout había terminado de cortar la red y había sacado con cuidado a *Rapunzel* y su harnés con explosivos. Desde entonces, había estado buscando lo que el capitán del *Truxton* había descrito.

—Rumbo dos, nueve, cero —dijo Paul.

Gamay situó a *Rapunzel* en rumbo y la puso otra vez en movimiento. Se planteó apagar el foco, pero no quería tropezarse con más obstáculos. Además, ya casi habían llegado: más adelante podía ver la base de una gran estructura.

Un largo tubo avanzaba hacia ella, como un descomunal canal de desagüe. Supuso que formaba parte del acelerador.

—Es esto —dijo—. Tiene que serlo.

—Creo que tienes razón —asintió Paul, entusiasmado—. Busca la base donde se une con el fondo del mar.

Gamay miró a su alrededor, enfocando con la luz de *Rapunzel* en la oscuridad. A continuación dirigió el robot a la base de la enorme tubería.

—¿Qué opinas? —preguntó.

—Métela entre el fondo y la tubería, donde empieza a elevarse del agua —dijo Paul—. Eso dará más potencia a la explosión.

Gamay hizo lo que su marido le aconsejó.

—Es lo más lejos que puede llegar.

Paul cogió el detonador y levantó la tapa del seguro.

—Dale —dijo Gamay.

Él apretó el interruptor.

—Adiós, *Rapunzel* —dijo ella, dando gracias por haber contado con la pequeña máquina y lamentando su partida.

La imagen del visor de Gamay se interrumpió, y se lo levantó. Dos segundos más tarde la sacudida llegó hasta ellos. Les alcanzó acompañada de un tembloroso retumbo que agitó el submarino por un instante y luego se apagó.

En la plataforma, Djemma se dio cuenta de que todos los indicadores de su arma se ponían rojos. Vio una gran erupción de agua y sedimento justo debajo del emisor. Un instante más tarde, la parte elevada del túnel del acelerador se desplomó en el mar.

¿Cómo?, se preguntó. ¿Cómo lo habían hecho?

Casi al mismo tiempo, uno de sus hombres gritó desde la consola del radar:

—Se acercan más misiles. Un minuto para el impacto.

Djemma no le hizo caso. Salió de la sala de control y avanzó hasta la plataforma. El viento lo zarandeó. La oscuridad de la noche se arremolinaba en torno a él, y el agua se agitaba en la zona de su arma en la que se había abierto una brecha.

Alzó la vista al horizonte. Vio los puntitos de fuego que se acercaban: la cola de los misiles Harpoon que le apuntaban. No había forma de escapar.

—Y así caeré —susurró para sí—. Como Aníbal antes de mí.

Los misiles impactaron a su izquierda y a su derecha casi al mismo tiempo. Las explosiones se fundieron y lo volatilizaron en una bola de fuego que pudo verse desde kilómetros de distancia.

Kurt y Katarina siguieron avanzando hacia el extremo de popa del *Onyx*. Kurt le rodeaba la cintura con un brazo y la abrazaba fuerte porque cada vez se sentía más débil y apenas podía seguirle el paso.

El túnel se estaba llenando de una densa niebla blanca y de un frío que los helaba hasta los huesos. Con las líneas de alta tensión cortadas, el nitrógeno líquido estaba empezando a calentarse y a dilatarse. Se evaporaría tan pronto como superara los 160 grados bajo cero. Kurt suponía que un sistema como ese tendría válvulas de seguridad que purgarían el gas en el túnel.

Avanzaron a tuestas entre la fría nube. En ocasiones, la visibilidad en el túnel no pasaba de un metro. Se movían despacio, buscando la escotilla situada más cerca de popa.

Al final, la mano de Kurt se posó sobre una juntura curvada. Reconoció la manivela incrustada y la forma de una escotilla de acceso.

—La salida —dijo, alargando la mano y girando la rueda que cerraba herméticamente la escotilla.

Después de abrirla, ayudó a Katarina a subir la escalera. Ella empezó a ascender lentamente por los peldaños. Kurt se disponía a subir detrás de ella cuando una voz familiar atravesó la densa niebla como un cuchillo.

—Kurt Austin.

Katarina se detuvo en la escalera.

—Vete —susurró Kurt—. Y no me esperes.

Ella continuó su ascenso, y Kurt permaneció inmóvil.

—¿Sabe que posiblemente es el hombre más molesto sobre la faz de la tierra? —dijo Andras, todavía oculto entre los vapores.

Convencido de que el asesino se preparaba para lanzar una ráfaga en el túnel con sus armas automáticas, Kurt se tumbó en la cubierta y apuntó con el cañón de su pistola de nueve milímetros al manto blanco de niebla.

Andras no tardó en disparar una ráfaga de tiros al pasillo. Los disparos resonaron como un trueno en una noche cálida y lloviznosa. Las balas estallaron contra los mamparos de acero y rebotaron como un enjambre de avispa mortales.

Tal como Kurt esperaba, las balas pasaron por encima de él, pero dejó escapar un gemido y habló como si estuviera agonizando.

—No importa lo que me haga —dijo gruñendo—. Ha perdido.

Esperó una respuesta pero no hubo ninguna.

Kurt podía oír la pasarela crujiendo debajo de él. Dedujo que Andras estaba cambiando de posición y apuntando hacia el sonido de su voz. Kurt necesitaba que él hablara para poder hacer lo mismo, pues no hacía falta ser un genio para adivinar que

Andras no estaba de pie en mitad del túnel sino tumbado en la cubierta como él o pegado contra el mamparo a un lado o al otro.

Respirando sonoramente para llamar la atención de su rival, Kurt volvió a hablar.

—Yo en su lugar... me... largaría... de aquí.

Confiaba en que Andras tuviera suficiente orgullo para creer que había herido de muerte a su presa, pero, hasta el momento, aquel hombre no había cometido ningún error.

—Deme su arma —dijo Andras; su voz procedía del velo de gas como un perverso fantasma oculto.

Austin se quedó quieto con el frío penetrando en su piel. Tenía la cara tan entumecida que apenas notaba algo. Sostenía la Beretta con las manos casi congeladas y los codos apoyados en la cubierta.

—Deje marchar a la chica —dijo, ahuecando la mano contra la oreja como un radar y esperando una respuesta.

—Por supuesto —aseguró Andras, y sus palabras resonaron en el túnel—. Todo el mundo queda en libertad. Los mandaré a todos a casa con rosas y caramelos. ¡Y ahora deslíceme la pistola!

—Lo... intentaré —murmuró Kurt en tono angustiado.

Se dirigió lentamente a su izquierda, golpeó con la pistola contra la pasarela metálica como si se le hubiera caído y la arrastró por la cubierta, para que pareciera que se estaba deslizando sobre el metal antes de pararse.

A continuación, rodó rápidamente al otro lado del túnel. Entonces sonó una ráfaga de tres disparos que produjeron un sonido metálico en la zona de la cubierta donde él había estado.

—Lo siento, señor Austin —dijo Andras como si estuviera aburrido—. Ya no me fío un pelo de usted.

Varias ráfagas más sacudieron el túnel. Los fogonazos iluminaron la niebla como un relámpago en una nube. El resplandor era demasiado difuso para revelar la posición de Andras, pero Kurt descubrió otra cosa. No podía ver las balas propiamente dichas, pero se fijó en que creaban diminutas ondas de choque en la niebla espesa y fría.

Devolvió el fuego y descargó una salva de ocho disparos que resonó a través de la bruma. Cuando acabó, la corredera de su arma se quedó abierta. El cargador estaba vacío.

A continuación se hizo un silencio inquietante. Kurt se quedó mirando la bruma, preguntándose, esperanzado, si había disparado algún tiro certero.

Andras no se había caído, o Kurt lo habría oído. Ni tampoco había devuelto el fuego.

Kurt empezó a preocuparse y comprobó la munición que le quedaba. Solo tenía una bala en otro cargador que no había vaciado.

Retiró el armazón metálico de la pistola, introdujo el cargador en la recámara y

apretó con el pulgar el retén de la corredera. El arma se cerró, con la última bala en la recámara.

Por fin oyó movimiento a través del velo glacial. Sonaba como un borracho que avanzara arrastrando los pies por una acera. Una forma borrosa y fantasmal apareció: Andras, cojeando, arrastrando la pierna.

Empuñaba un rifle de asalto, con la culata encajada en la axila y la boca del arma apuntando en un extraño ángulo a la cubierta y a Kurt Austin. Le caía sangre de la boca, lo que indicaba que había recibido un disparo en un pulmón. Tenía la cara manchada de color carmesí y le manaba sangre de un surco profundo en la parte superior del cuero cabelludo. Por un segundo, Kurt pensó que se caería, pero no fue así.

Se fijó en que sus ojos ardían con una intensidad que iba más allá de toda locura. Era la imagen de un hombre que descubría sorprendido que era vulnerable a cualquier otro hombre. Se detuvo a menos de dos metros de donde se encontraba Kurt. Lo miró fijamente a través de su máscara ensangrentada, asombrado de que después de todos los disparos Kurt hubiera sobrevivido sin ningún rasguño.

Kurt tenía su propio dilema. Como le quedaba una sola bala, no estaba seguro de que pudiera acabar con Andras, al menos sin dispararle a la cabeza. Y tan pronto como disparara, Andras rompería el fuego con su rifle y haría pedazos a Kurt a tan poca distancia.

Aquello se había convertido en un duelo.

Kurt se levantó muy lentamente de la cubierta y se puso en pie. Se encontraban a escasos metros el uno del otro, apuntándose con sus armas. La mano derecha de Kurt sostenía la Beretta, y la izquierda había encontrado una navaja en el bolsillo. La misma navaja que él y Andras se habían intercambiado tres veces. No podía abrirla, pero todavía podía usarla.

Lanzó la navaja a Andras, que la atrapó diestramente y sonrió al mirarla.

—¿Se ha quedado sin munición, señor Austin? Es una lástima que no haya abierto la navaja antes de tirarla.

Lleno de seguridad, Andras se movió despacio. Levantó el rifle de asalto preparado para disparar.

Kurt se le adelantó, se tomó un instante para apuntar y disparó a la tubería de nitrógeno líquido situada justo encima de Andras. El líquido salió repentinamente a elevada presión, roció abundantemente a Andras en el lado derecho del cuerpo y se derramó sobre su brazo y el rifle de asalto que sostenía.

El rifle se cayó y se rompió al golpear la cubierta. Andras se tambaleó y se dio contra la pared del túnel. Miró sin comprender cómo su brazo, su mano y sus dedos se rompían en mil fragmentos como un jarrón de cristal al caer al suelo desde un estante alto. Un grito de agonía se quedó congelado en su garganta.

Al cabo de unos segundos el nitrógeno empezó a llenar el túnel. Cubrió a Andras, cuyo cuerpo ya estaba congelado como un bloque de hielo. Se extendió por el pasillo

en dirección a Kurt mientras este corría hacia la escotilla y subía por la escalera de mano.

La fría niebla lo seguía como una ola en la marejada, pero Kurt ascendió todo lo rápido que le permitieron sus manos y sus pies y salió a la parte de arriba del pasadizo.

Cerró de golpe la escotilla superior. Cuando notó que esta encajaba, se quedó tumbado boca arriba y se relajó por primera vez desde hacía más horas de las que podía calcular.

Después de un minuto, y solo uno, se puso en pie y buscó a Katarina. La encontró sentada junto a una escalera como si estuviera esperando un milagro.

—¿Cómo te va? —preguntó.

Ella se volvió y lo miró, y su cara se iluminó como una nube bajo el sol.

—Oh, Kurt —dijo—. ¿Cuántas veces he creído que habías muerto?

—Por suerte, el que ha muerto ha sido Andras.

La sonrisa de ella se ensanchó con una mezcla de duda y alegría.

—¿Estás seguro?

Kurt asintió con la cabeza.

—Le he visto hacerse pedazos con mis propios ojos.

Kurt y Katarina llegaron a la misma escalera por la que él había bajado horas antes. Kurt miró hacia arriba. No había forma de que Katarina pudiera subir ocho tramos de escalera.

—¿Hay otra salida? —preguntó.

Ella asintió con la cabeza.

—Por aquí —dijo, y lo condujo pasada la escalera.

Veinte metros más adelante apareció otra puerta. Kurt la abrió. En un estanque, amarrados a los bordes de un muelle metálico, había tres sumergibles. Dos de ellos se parecían sospechosamente al XP-4 que había rescatado hacía una semana. En comparación con el mayor se veían pequeños, y supuso que este era el Bus.

Se fijó en que los sumergibles que se parecían al XP-4 tenían torpedos fijados a los costados, como si fueran pontones.

A su lado estaba el yate a motor de veinte metros en el que Katarina había estado cautiva.

—Ese es el barco en el que vine —dijo.

Kurt buscó los mandos de la puerta.

—¿Estamos por encima de la línea de flotación? —preguntó.

Ella asintió con la cabeza.

Él apretó un interruptor, pero no pasó nada. Las líneas de alta tensión seguían cortadas. Encontró un cierre manual y levantó la palanca. Una rueda parecida a un cabrestante empezó a girar mientras la puerta descendía con la fuerza de la gravedad.

Segundos más tarde, él y Katarina estaban en uno de los XP-4, internándose en la oscuridad de la noche.

Con Andras muerto, las líneas de alta tensión inutilizadas y el nitrógeno líquido derramándose en el túnel del acelerador de partículas, Kurt se figuraba que había cumplido su palabra al decir que era un diablillo, pero todavía se guardaba un último as en la manga.

Dio la vuelta al pequeño submarino y giró hacia la popa del barco.

Disparó dos torpedos contra los propulsores y el mecanismo del timón.

La explosión fue cegadora. Casi inmediatamente, vio cómo la estela del barco se convertía en una masa densa. Las hélices quedaron destrozadas o desaparecieron, y el agua del mar debía de estar inundando la cubierta inferior.

El barco no se hundiría. Los torpedos eran relativamente pequeños, y en una embarcación del tamaño del *Onyx* podían entrar enormes cantidades de agua antes de irse a pique. Con los desperfectos que tenía en la cola, no naufragaría, pero tampoco iría a ninguna parte. Ni a Rusia ni a China ni a ningún otro país hostil.

Una vez hecho eso, Kurt desvió el sumergible del *Onyx* y empezó a alejarse. Él y

Katarina se esforzarían por mantenerse despiertos durante las siguientes tres horas, pero poco después de que amaneciera, un helicóptero de la Marina de Estados Unidos los divisó, se lanzó en picado y los recogió.

Kurt pidió que le informaran de las noticias.

El médico le dijo que en Washington había cundido el pánico, pero que no había sucedido nada. Preguntó por Sierra Leona, y le comunicaron que la batalla que había tenido lugar en la costa de Sierra Leona había terminado. Había habido bajas, pero la amenaza había sido eliminada. Kurt preguntó si un avión de carga ruso había sufrido un misterioso accidente y dio gracias al oír una firme respuesta negativa.

Se disponía a preguntar por los científicos desaparecidos cuando el médico levantó la mano.

—Se pondrá bien —dijo el médico—, pero tiene que dejar de hablar.

Kurt lo entendió.

Observó a Katarina mientras dejaban atrás el casco humeante del *Onyx*, plagado para entonces de marines estadounidenses. Desde allí giraron al oeste y emprendieron un viaje de noventa minutos que los llevaría a la fragata armada con misiles teledirigidos de la que había despegado el helicóptero.

Con las noticias que le habían dado, Kurt experimentó una sensación de placidez que no notaba desde hacía semanas. Esa sensación, el agotamiento, el ruido rítmico de las palas del helicóptero, todo lo que le rodeaba parecía empeñado en calmarlo y adormecerlo. Cerró los ojos y se dejó llevar.

Epílogo

Durante los días que siguieron al incidente, pareció como si el mundo girara un poco más despacio. La situación en Sierra Leona se había estabilizado con la ayuda de una fuerza pacificadora de la ONU y de las tropas de la Unión Africana. Muchos presos políticos habían sido puestos en libertad, incluido el hermano de Djemma Garand, a quien pidieron que ayudara a formar un gobierno de coalición.

Los científicos desaparecidos habían sido hallados y devueltos a sus respectivos países. Varios estaban heridos, pero solo uno había muerto. La fuerza de ataque de Estados Unidos había sufrido la peor parte de las pérdidas. Treinta y un hombres y mujeres del *Memphis* murieron o desaparecieron. Once aviadores navales —pilotos y oficiales de radar— habían sido eliminados. Pero sus sacrificios, y los esfuerzos de los civiles de la NUMA, habían impedido que se produjera un suceso catastrófico.

En la emergencia de última hora que tuvo lugar en Washington, no se registró ni una sola muerte. Docenas de accidentes de tráfico, cientos de lesiones, pero la gente había permanecido extraordinariamente tranquila en sus esfuerzos por ponerse a salvo.

De vuelta en Estados Unidos, Kurt se recuperó. Vio muchos noticiarios y recibió las visitas de Joe Zavala, de los Trout y de Dirk Pitt.

Joe se pasaba horas contándole historias de sus aventuras con la tripulación del IL-76 en Tánger. Paul y Gamay tenían sus propias historias, no tan desenfadas, pero de las que hacían que uno se sintiera orgulloso. Se fijó en que no se soltaban las manos en ningún momento.

Dirk Pitt los felicitó a todos por el trabajo bien hecho y a continuación empezó a sumar los gastos. El *Barracuda*, los ultraligeros, unos daños del campo de fútbol, unos asuntos jurídicos con el club Rajá Blanco de Singapur y algo relacionado con un leopardo desaparecido.

—No quiero ni saber por qué estamos pagando la captura de un leopardo —dijo Dirk.

Kurt abrió la boca en un intento por explicarse pero la cerró. ¿De qué serviría?

El IL-76 fletado era el siguiente de la lista, además del Chalado Exprés destruido y cuestiones de limpieza internacional relacionadas con la fuga de petróleo del *Onyx* como resultado del ataque con torpedos.

Cuando Dirk terminó de repasar la lista, sonrió.

—A medida que me he hecho viejo he aprendido unas cuantas cosas —dijo—. Una es que el dinero y la calidad van de la mano. Tú y Joe sois como uno de mis coches. Caros, perjudiciales para el medioambiente y a menudo un incordio, pero valéis hasta el último centavo.

En cuanto pudo, Kurt se puso en contacto con Katarina y concertó una cita con

ella en Santa María.

Después de todo lo que había ocurrido, el gobierno de Estados Unidos y el del Rusia habían acordado que los artículos que había a bordo del Constellation pertenecían en justicia a los rusos. Ambas partes acordaron que sería adecuado que Kurt y Katarina supervisaran las inmersiones para recuperarlos.

Katarina sonrió al verlo, y lo besó larga y apasionadamente en cuanto se encontraron pese a la presencia de un reducido público.

Unos días más tarde estaban en un barco de buceo fletado con representantes del gobierno ruso y del gobierno estadounidense a bordo vigilando la operación.

Después de una inmersión a modo de ensayo, se sumergieron para recuperar los baúles de acero inoxidable. El uso de sopletes para desprenderlos del suelo del Constellation le recordó a Kurt la escapada de Joe.

Se dio cuenta de que no habría sobrevivido si el viejo avión hundido y su botella de oxígeno no hubieran estado allí. Después de extraer los contenedores del avión y fijarlos a unos flotadores, que inflaron con aire de sus botellas, Kurt volvió a sumergirse y buceó hasta la cabina.

Alargó la mano para coger las placas de identificación del copiloto, que seguían colgadas alrededor del esquelético cuello del hombre. Las desprendió con cuidado y acto seguido salió buceando del avión.

Emergió a la superficie y subió a bordo del barco de buceo. Katarina ya estaba cortando el candado de uno de los baúles de acero inoxidable.

El candado se rompió y cayó a la cubierta. Katarina abrió el baúl.

Pese al cierre hermético del contenedor, todos aquellos años en el fondo del mar habían dejado que se filtraran sedimentos y agua en el interior. Al principio lo único que Katarina vio fue agua turbia, pero introdujo la mano y sacó un collar de grandes perlas blancas.

Lo colocó sobre la cubierta y volvió a meter la mano con cuidado. Esta vez extrajo una diadema que parecía incrustada de diamantes.

Había allí un representante de la sociedad histórica rusa, que se había mantenido al margen. Al ver aquello, dio un paso adelante. Cogió la diadema con meticulosa precisión y sonrió.

—Exquisita —dijo el hombre con gafas—. Y casi increíble. Pero ahora es cierto. Levantó la diadema.

—Esta prenda la llevó Anastasia, hija del zar Nicolás II —dijo—. Fue fotografiada con ella en mil novecientos quince. La diadema desapareció, junto con muchas otras joyas, cuando el zar cayó en manos de la revolución.

Kurt lo miró.

—Creía que todos los tesoros del zar habían sido encontrados.

—Sí y no —dijo el hombre—. Los tesoros por los que eran famosos fueron descubiertos hace mucho tiempo. En realidad, muchas joyas fueron cosidas a su ropa para ocultárselas a los guardias. Anastasia y sus hermanas fueron fusiladas y

apuñaladas sin éxito porque su ropa estaba tan rellena de piedras preciosas que prácticamente era a prueba de balas.

—Me imagino que ya tienen esas joyas —señaló Kurt—. Entonces ¿de dónde han salido estas?

—La fortuna del zar eran tan extensa que la magnitud de su riqueza no llegó a ser catalogada —dijo el hombre—. Por motivos políticos, los soviets insistieron en que toda la riqueza había sido recolectada y dejada en fideicomiso para el pueblo. El gobierno ruso que sucedió al gobierno de los soviets siguió con esa farsa, pero muchas fotografías de esa época muestran tesoros que nunca fueron descubiertos. Durante mucho tiempo se dio por supuesto que la historia los había perdido. ¿Quién iba a pensar que su gobierno y el mío sabían dónde estaban algunos de esos tesoros?

Kurt consideró lo que ese hombre estaba diciendo. No le importaba que las joyas volvieran a Rusia; simplemente se preguntaba cómo habían salido de Moscú.

—¿Cómo acabaron aquí? —preguntó.

—Eso puedo decírselo yo —dijo una voz vacilante.

Kurt se volvió. Mientras él y Katarina se encontraban buceando, había llegado una nueva visita a bordo. Kurt sabía quién era y había pedido que fueran a buscarlo y le ofrecieran la posibilidad de estar presente.

Kurt se acercó y estrechó la mano del hombre.

—Katarina —dijo—, miembros del gobierno ruso, les presento a Hudson Wallace.

Este dio un paso adelante, moviéndose despacio. Debía de tener casi noventa años, pero seguía pareciendo el tipo de hombre capaz de dar un puñetazo si uno se pasaba de la raya. Llevaba una camisa hawaiana de vivo color rojo, unos pantalones cortos color canela y unos zapatos náuticos con calcetines hasta los tobillos.

Fijó la mirada en Katarina y sonrió de oreja a oreja.

—Mi copiloto y yo recogimos a un tipo en Sarajevo —dijo—. Un refugiado político llamado Tarasov.

—Era un delincuente que se llevó las joyas después de enterrarlas años antes con otros tres soldados —informó el ruso.

—Claro, claro —dijo Wallace—. Para unos era un delincuente y para otros un guerrillero. El caso es que lo sacamos pitando de allí y lo llevamos a Santa María, donde debíamos repostar y dar el salto al charco. Pero no pudimos despegar por culpa de una tormenta, y unos agentes de su país nos encontraron.

Movió la cabeza con tristeza.

—Dispararon a Tarasov por la espalda. También mataron a mi copiloto, Charlie Simpkins. Yo resulté herido. Conseguí despegar, pero una tormenta eléctrica, los problemas con el motor y la pérdida de sangre pudieron conmigo. Perdí el control del avión y caí al mar. A día de hoy, todavía no recuerdo cómo salí de allí.

—Esa historia fue uno de los motivos por los que nos creímos el montaje, ¿sabe? —dijo Kurt.

Wallace se rió, y su cara se arrugó.

—En aquel entonces, esa clase de cosas pasaban continuamente. Los instrumentos se helaban, los indicadores se congelaban, no sabías si estabas arriba o abajo.

—¿Y los problemas con el motor? —preguntó Katarina.

—A mí también me costaba creerlo —dijo Wallace—. Manteníamos esas preciosidades en perfecto estado. Entonces caí en la cuenta. En Santa María llovió durante tres días seguidos. Echamos combustible al Constellation de los depósitos de tierra. Creo que el día antes de marcharnos aspiramos un montón de agua al coger más de dos mil litros de combustible. Qué mala pata.

Kurt asintió con la cabeza mientras Hudson miraba la diadema y el collar.

—Durante sesenta años me he preguntado qué había en esas cajas —dijo—. Supongo que están llenas hasta arriba.

Katarina le sonrió afablemente.

—Seguro que podrá verlas en un museo —dijo.

—No, gracias, señorita —contestó él—. He venido a por algo mucho más valioso. —Se volvió hacia Kurt—. ¿Las ha conseguido?

Kurt se metió la mano en el bolsillo y sacó las placas de identificación que había quitado al copiloto. Wallace las miró con reverencia como si estuvieran hechas del oro más puro.

—Un equipo de la Marina partirá mañana —dijo Kurt—. Charlie será enterrado en Arlington la semana que viene. Allí estaré.

—¿Usted?

—Usted perdió a un amigo aquí —señaló Kurt—. Pero en cierto modo usted y su copiloto salvaron a un amigo mío. Los dos estaremos allí. Le debo eso y más.

—Ha tenido que esperar mucho tiempo para volver a casa —dijo Wallace.

Kurt asintió con la cabeza.

—Sí, así es.

—Lo veré allí —dijo Wallace.

Sonrió a Katarina, hizo un gesto de desprecio al experto ruso y volvió al barco en el que había acudido. Tardó un instante en subir a bordo. Una vez allí, Wallace cogió una corona de flores y extendió los brazos. A continuación, lanzándola suavemente, la depositó en el agua.

Tres días más tarde, después de terminar de recobrar y de pasar cuarenta y ocho horas con Katarina que realmente podían calificarse de descanso y recuperación, Kurt volvió a Estados Unidos.

Katarina lo negaba, pero él tenía la ligera sospecha de que ella había disfrutado de su experiencia como espía. Prometieron reunirse algún día, y Kurt se preguntaba si el encuentro tendría lugar gracias a una meticulosa planificación o si se daría por

casualidad en algún lugar apartado en medio de un torbellino de intrigas internacionales. En cualquier caso, estaba deseando que llegara ese día. Se pasó por la sede de la NUMA y encontró el lugar vacío durante el fin de semana. Un mensaje de Joe le indicaba que volviera a casa.

Haciendo caso del consejo, regresó a su casa flotante en el Potomac.

Detectó con desconfianza un aroma a filetes adobados asándose a la parrilla que emanaba de su propio porche. Rodeó la vivienda hacia la parte trasera de la casa.

Joe y Paul se encontraban en el porche sobre el río. Gamay estaba sentada cerca en una tumbona. Paul parecía haberse apropiado de la parrilla a gas de Kurt, en la que chisporroteaban lo que parecían unos entrecots para los cuatro.

Joe estaba garabateando algo en una pizarra, y sobre su mesa rinconera había una botella de merlot, una nevera portátil con cervezas y unos folletos turísticos.

Gamay lo abrazó.

—Bienvenido a casa.

—Sabéis de sobra que esto es mi casa —dijo—, no una residencia de estudiantes.

Ellos se echaron a reír, y Kurt hojeó los folletos y advirtió en ellos un elemento en común.

Joe le dio una Bohemia helada, como la que había liberado del alijo del capitán del *Argo*.

Los Trout bebían vino a sorbos.

—¿Qué pasa? —preguntó Kurt, sintiéndose como si se hubiera tropezado con una reunión secreta.

—Estamos planeando un viaje —anunció Joe.

—¿No hemos pasado ya bastante tiempo juntos? —dijo Kurt, bromeando, perfectamente consciente de que estaba con su familia.

—Serán unas vacaciones —aclaró Gamay—. Nada de correr, ni disparar, ni explosiones.

—¿De verdad? —dijo Kurt, bebiendo un sorbo de cerveza—. ¿Adónde vamos?

—Me alegro de que lo preguntes —dijo Joe.

Se acercó a la pizarra, en la que había escritos tres nombres. Cada uno tenía un signo de verificación al lado.

—Todos hemos votado una vez —dijo Paul—, pero solo podemos echar humo blanco por la chimenea.

—Así que mi voto es el que decide —supuso Kurt.

—Correcto —dijo Joe—. Y que no influyan en tu voto todas las veces que te he salvado la vida.

Kurt se acercó más a la pizarra y lanzó una mirada de reojo a Joe.

—Ni todas las veces que me has dado problemas.

Examinó las opciones.

—Safari en camello de ocho días en Marruecos —dijo, leyendo la primera opción. Tenía el nombre de Paul al lado—. ¿Has montado alguna vez en camello,

Paul?

—No, pero...

—Ocho minutos pueden ser divertidos, pero ocho días...

Kurt negó con la cabeza.

Paul se mostró dolido. Gamay y Joe sonrieron.

—Excursión a pie a Death Valley —dijo, mirando la siguiente línea. La opción de Gamay. La miró—. ¿Death Valley? —repitió—. No, es un poco lúgubre, ¿no crees?

—Venga ya —protestó Gamay—. Es precioso.

—Sí —dijo Joe.

Levantó los brazos como si hubiera ganado.

—Espera, colega —dijo Kurt—. No estoy seguro de que el desierto del Gobi cuente como lugar de vacaciones.

—Claro que sí —repuso Joe—. He visto un anuncio. Incluso tienen un eslogan: «No te agobies, ven al Gobi».

Kurt se echó a reír.

—Deberían seguir puliéndolo.

—Es un sitio seco —dijo Joe—. Es imposible ahogarte o helarte o estropear tu mejor camisa de Armani.

Kurt volvió a reírse. Le costaba imaginarse a Joe vestido de Armani en medio del desierto. Suspiró, sospechando que no hablaban del todo en serio, pero había un lugar soleado y seco al que siempre había querido ir.

—Yo voto por el desierto australiano —dijo Kurt—. Ayers Rock, canguros y cerveza Foster's.

Los tres lo miraron, pasmados.

—¿Canguros? —repitió Gamay.

Y estallaron en una algarabía de noes y de prolijos motivos por los que Australia no les parecía un buen destino. Cuando acabaron, Paul estaba dando la vuelta a los entrecots y Kurt se había terminado la cerveza.

—Está bien —dijo Paul—. Probemos otra vez.

Joe borró la pizarra y garabateó «Segunda ronda» en la parte superior. Entre tanto, Kurt se sentó en la otra tumbona, cogió otra cerveza y contempló el plácido río mientras se proponían las siguientes candidaturas.

Cuando se anunciaron los nombres de varios lugares cálidos y secos, Kurt no pudo por menos de sonreír. Tenía la sensación de que seguirían así durante un rato. Y allí sentado, rodeado de sus amigos y absorbiendo el sol, esperaba que así fuera. De hecho, por el momento, no se le ocurría ningún otro sitio donde prefiriera estar.